

EL DIARIO

DE

JOSÉ SMITH JR.

**Compilación de los originales
por Leland R. Nelson**

INDICE

Pag.

- 03. Introducción
- 04. 1805—1829 Vermont-New York: Traducción del Libro de Mormón
- 15. 1830 Nueva York: Organización de la Iglesia
- 26. 1831 Kirtland: Crecimiento Rápido
- 31. 1832 Kirtland: Persecución - Más revelaciones
- 36. 1833 Misuri: Persecución oficial
- 46. 1834 Misuri: Campo de Sión
- 61. 1835 Kirtland: Templo, Momias Egipcias
- 69. 1836 Kirtland: Dedicación del Templo
- 81. 1837 Kirtland: Misión a Inglaterra
- 83. 1838 Misuri: Adán-on-di-Ahmán
- 106. 1839 Misuri: Cárcel de Liberty
- 120. 1840 Washington: El Presidente Carlos Van Buren
- 122. 1841 Nauvoo: Más persecución
- 129. 1842 Nauvoo: Organización de la Sociedad de Socorro
- 140. 1843 Illinois-Misuri: Hábeas Corpus
- 167. 1844 Nauvoo-Cartago: Traición – Asesinato

INTRODUCCIÓN

Este libro es lo que el título indica: El diario personal del profeta que abrió la última dispensación del Evangelio de Jesucristo en la historia del mundo. Aquí no hay interpretaciones de historiadores, teólogos, académicos o periodistas, sino lo que el profeta mismo escribió y dictó sobre sus sentimientos, experiencias, revelaciones, persecuciones, logros y otros eventos en su corta pero increíblemente productiva vida.

José Smith dictó la mayor parte del material a varios escribas incluyendo a su esposa, Oliverio Cowdery, Willard Richards, y otros. Desde el principio él quiso guardar un registro completo, pues entendió muy bien su glorioso llamamiento. Pero algunos escribas le fallaron, la persecución fue constante y muy intensa, y algunos registros se perdieron en incendios y destrucción por sus perseguidores. Lo arrestaron más de cuarenta veces y aun en la cárcel, recibió revelaciones y escribió cartas e instrucciones a los fieles.

Los documentos originales están en los archivos de la Iglesia en la ciudad de Lago Salado, Utah. Fueron compilados originalmente por el historiador B.H. Roberts, y publicados en los siete volúmenes de la Historia de la Iglesia en 1951. El diario de José Smith es solo una pequeña parte de todos sus escritos. La Historia completa contiene volúmenes de cartas, notaciones, y documentos sobre muchos asuntos pertenecientes al comienzo, desarrollo e institucionalización fundamental del Reino de Dios en los últimos días.

Aquí conocemos al gran profeta como hijo, esposo, hermano, padre, amigo, misionero, escritor, organizador, filósofo, predicador, maestro, edificador de ciudades, líder, estadista, y mucho más. Lo vemos como hombre humilde, manso, enérgico, seguro de si mismo, viril, cariñoso, amigable, juguetón, pero jamás comprometiendo sus principios.

Este libro es un pedazo de la historia más importante del mundo porque es parte de la historia de uno de los más importantes hombres que ha nacido en el mundo.

VERMONT- NEW YORK
1805—1829
TRADUCCIÓN DEL LIBRO DE MORMÓN

Debido a las muchas noticias que personas mal dispuestas e insidiosas han circulado acerca del origen y progreso de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, con las cuales sus autores han intentado combatir su reputación como iglesia y su progreso en el mundo, se me ha persuadido a escribir esta historia para sacar del error a la opinión pública y presentar a los que buscan la verdad los hechos tal como han sucedido, tanto en lo concerniente a mí, así como a la Iglesia, y lo hago hasta donde el conocimiento de los hechos me lo permite. En este relato presentaré con verdad y justicia los varios sucesos que con esta Iglesia se relacionan, tal como han sucedido, o como en la actualidad existen, siendo ocho, con éste, los años que han transcurrido desde la organización de dicha Iglesia.

Nací en el año de nuestro Señor, mil ochocientos cinco, el día veintitrés de diciembre, en el pueblo de Sharon, Condado de Windsor, Estado de Vermont. Mi padre, que también se llamaba José Smith, nació el doce de julio de 1771, en Topsfield, Condado de Essex, Massachusetts; su padre, Asael Smith, nació el siete de marzo de 1744, en Topsfield, Massachusetts; el padre de él, Samuel Smith, nació el veintiséis de enero de 1714, en Topsfield, Massachusetts; a su vez, su padre, Samuel Smith, nació el veintiséis de enero de 1666, en Topsfield, Massachusetts; su padre, Roberto Smith, originalmente vino de Inglaterra. Tendría yo unos diez años de edad, cuando mi padre salió del Estado de Vermont y se trasladó a Palmyra, Condado de Ontario (hoy Wayne), Estado de Nueva York. Como a los cuatro años de la llegada de mi padre a Palmyra, se mudó con su familia a Manchester, en el mismo Condado de Ontario. Once personas integraban su familia, a saber, mi padre José Smith; mi madre Lucy Smith (cuyo apellido de soltera era Mack, hija de Salomón Mack); mis hermanos Alvin (fallecido el diecinueve de noviembre de 1824, a los veintisiete años de edad), Hyrum, yo, Samuel Harrison, Guillermo, Don Carlos, y mis hermanas, Sophronia, Catalina y Lucy.

Durante el segundo año de nuestra residencia en Manchester, surgió en la región donde vivíamos una agitación extraordinaria sobre el tema de la religión. Empezó entre los metodistas, pero pronto se generalizó entre todas las sectas de la comarca. En verdad, parecía repercutir en toda la región, y grandes multitudes se unían a los diferentes partidos religiosos, ocasionando no poca agitación y división entre la gente, pues unos gritaban: “¡He aquí!”; y otros: “¡He allí!”. Unos contendían a favor de la fe metodista; otros, a favor de la presbiteriana, y otros, a favor de la bautista. Porque a pesar del gran amor expresado por los conversos de estas distintas creencias al tiempo de su conversión, y del gran celo manifestado por los clérigos respectivos, que activamente suscitaban y fomentaban este cuadro singular de sentimientos religiosos —a fin de lograr convertir a todos, como se complacían en decir, a la secta que fuere— sin embargo, cuando los convertidos empezaron a dividirse, unos con este partido y otros con aquél, se vio que los supuestos buenos sentimientos, tanto de los sacerdotes como de los prosélitos, eran más fingidos que verdaderos; porque siguió una escena de gran confusión y malos sentimientos —sacerdote conteniendo con sacerdote, y prosélito con prosélito— de modo que toda esa buena voluntad del uno para con el otro, si alguna vez la abrigaron, ahora se perdió completamente en una lucha de palabras y contienda de opiniones.

Por esa época tenía yo entre catorce y quince años de edad. La familia de mi padre se convirtió a la fe presbiteriana; y cuatro de ellos ingresaron a esa iglesia, a saber, mi madre Lucy, mis hermanos Hyrum y Samuel Harrison, y mi hermana Sophronia. Durante estos días de tanta agitación, invadieron mi mente una seria reflexión y gran inquietud; pero no obstante la intensidad de mis sentimientos, que a menudo eran punzantes, me conservé apartado de todos estos grupos, aunque concurría a sus respectivas juntas cada vez que la ocasión me lo permitía. Con el transcurso del tiempo llegué a favorecer un tanto la secta metodista, y sentí cierto deseo de unirme a ella, pero eran tan grandes la confusión y contención entre las diferentes denominaciones, que era imposible que una persona tan joven como yo, y sin ninguna experiencia en cuanto a los hombres y las cosas, llegase a una determinación precisa sobre quién tendría razón y quién no. Tan grande e incesante eran el clamor y el alboroto, que a veces mi mente se agitaba en extremo. Los presbiterianos estaban decididamente en contra de los bautistas y de los metodistas, y se valían de toda la fuerza del razonamiento, así como de la sofistería, para demostrar los errores de

aquellos, o por lo menos, hacer creer a la gente que estaban en error. Por otra parte, los bautistas y metodistas, a su vez, se afanaban con el mismo celo para establecer sus propias doctrinas y refutar las demás.

En medio de esta guerra de palabras y tumulto de opiniones, a menudo me decía a mí mismo: ¿Qué se puede hacer? ¿Cuál de todos estos partidos tiene razón; o están todos en error? Si uno de ellos es verdadero, ¿cuál es, y cómo podré saberlo? Agobiado bajo el peso de las graves dificultades que provocaban las contiendas de estos partidos religiosos, un día estaba leyendo la Epístola de Santiago, primer capítulo y quinto versículo, que dice:

“Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, el cual da a todos abundantemente, y sin reproche, y le será dada.”

Ningún pasaje de las Escrituras jamás penetró el corazón de un hombre con más fuerza que éste, en esta ocasión, el mío. Pareció introducirse con inmenso poder en cada fibra de mi corazón. Lo medité repetidas veces, sabiendo que si alguien necesitaba sabiduría de Dios, esa persona era yo; porque no sabía qué hacer, y a menos que pudiera obtener mayor conocimiento del que hasta entonces tenía, jamás llegaría a saber; porque los maestros religiosos de las diferentes sectas interpretaban los mismos pasajes de las Escrituras de un modo tan distinto, que destruía toda esperanza de resolver el problema recurriendo a la Biblia. Finalmente llegué a la conclusión de que tendría que permanecer en tinieblas y confusión, o de lo contrario, hacer lo que Santiago aconsejaba, esto es, recurrir a Dios. Al fin tomé la determinación de “pedir a Dios”, habiendo decidido que si El daba sabiduría a quienes de ella, y la impartía abundantemente, y sin reprochar, yo podría intentarlo. Por consiguiente, de acuerdo con esta resolución mía de recurrir a Dios, me retiré al bosque para hacer la prueba. Fue en la mañana de un día hermoso y despejado, a principios de la primavera de 1820. Era la primera vez en mi vida que hacía tal intento, porque en medio de toda mi ansiedad, hasta ahora no había procurado orar vocalmente.

Después de apartarme al lugar que previamente había designado, mirando a mi alrededor y encontrándome solo, me arrodillé y empecé a elevar a Dios el deseo de mi corazón. Apenas lo hube hecho, cuando súbitamente se apoderó de mí una fuerza que me dominó por completo, y surtió tan asombrosa influencia en mí, que se me trabó la lengua, de modo que no pude hablar. Una espesa niebla se formó alrededor de mí, y por un tiempo me pareció que estaba destinado a una destrucción repentina. Mas esforzándome con todo mi aliento para pedirle a Dios que me librara del poder de este enemigo que se había apoderado de mí, y en el momento en que estaba para hundirme en la desesperación y entregarme a la destrucción —no a una ruina imaginaria, sino al poder de un ser efectivo del mundo invisible, que ejercía una fuerza tan asombrosa como yo nunca había sentido en ningún otro ser— precisamente en este momento de tan grande alarma, vi una columna de luz, más brillante que el sol, directamente arriba de mi cabeza; y esta luz gradualmente descendió hasta descansar sobre mí.

No bien se apareció, me sentí libre del enemigo que me había sujetado. Al reposar sobre mí la luz, vi en el aire arriba de mí a dos Personajes, cuyo fulgor y gloria no admiten descripción. Uno de ellos me habló, llamándome por mi nombre, y dijo, señalando al otro: Este es mi Hijo Amado: ¡Escúchalo!

Había sido mi objeto recurrir al Señor para saber cuál de todas las sectas era la verdadera, a fin de saber a cuál unirme. Por tanto, luego que me hube recobrado lo suficiente para poder hablar, pregunté a los Personajes que estaban en la luz arriba de mí, cuál de todas las sectas era la verdadera, y a cuál debía unirme. Se me contestó que no debía unirme a ninguna, porque todas estaban en error; y el Personaje que me habló me dijo que todos sus credos eran una abominación a su vista; que todos aquellos profesores se habían pervertido; que “con sus labios me honran, pero su corazón está lejos de mí; enseñan como doctrinas mandamientos de hombres, teniendo apariencia de piedad, mas negando la eficacia de ella”. De nuevo me mandó que no me afiliara con ninguna de ellas; y muchas otras cosas dijo que no puedo escribir en esta ocasión. Cuando otra vez volví en mí, me encontré de espaldas mirando hacia el cielo. Al retirarse la luz, me quedé sin fuerzas, pero poco después, habiéndome recobrado hasta cierto punto, volví a casa. Al apoyarme sobre la mesilla de la chimenea, mi madre me preguntó si algo me pasaba. Yo le contesté: “Pierda cuidado, todo está bien; me siento bastante bien”. Entonces le dije: “He sabido a satisfacción mía que el presbiterianismo no es verdadero”.

Parece que desde los años más tiernos de mi vida el adversario sabía que yo estaba destinado a perturbar y molestar su reino; de lo contrario, ¿por qué habían de combinarse en mí contra los poderes de

las tinieblas? ¿Cuál era el motivo de la oposición y persecución que se desató contra mí casi desde mi infancia? A los pocos días de haber visto esta visión, me encontré por casualidad en compañía de uno de los ministros metodistas, uno muy activo en la ya mencionada agitación religiosa; y hablando con él de asuntos religiosos, aproveché la oportunidad para relatarle la visión que yo había visto. Su conducta me sorprendió grandemente; no sólo trató mi narración livianamente, sino con mucho desprecio, diciendo que todo aquello era del diablo; que no había tales cosas como visiones o revelaciones en estos días; que todo eso había cesado con los apóstoles, y que no volvería a haber más. Sin embargo, no tardé en descubrir que mi relato había despertado mucho prejuicio en contra de mí entre los profesores de religión, y fue la causa de una fuerte persecución, cada vez mayor; y aunque no era yo sino un muchacho desconocido, apenas entre los catorce y quince años de edad, y tal mi posición en la vida que no era un joven de importancia alguna en el mundo, sin embargo, los hombres en altas posiciones se fijaban en mí lo suficiente para agitar el sentimiento público en mi contra y provocar con ello una amarga persecución; y esto fue general entre todas las sectas: todas se unieron para perseguirme.

En aquel tiempo me fue motivo de seria reflexión, y frecuentemente lo ha sido desde entonces, cuán extraño que un muchacho desconocido de poco más de catorce años, y además, uno que estaba bajo la necesidad de ganarse un escaso sostén con su trabajo diario, fuese considerado persona de importancia suficiente para llamar la atención de los grandes personajes de las sectas más populares del día; y a tal grado, que suscitaba en ellos un espíritu de la más rencorosa persecución y vilipendio. Pero, extraño o no, así aconteció; y a menudo fue motivo de mucha tristeza para mí. Sin embargo, no por esto dejaba de ser un hecho el que yo hubiera visto una visión. He pensado desde entonces que me sentía igual que Pablo, cuando presentó su defensa ante el rey Agripa y refirió la visión, en la cual vio una luz y oyó una voz. Mas con todo, fueron pocos los que le creyeron; unos dijeron que estaba mintiendo; otros, que estaba loco; y se burlaron de él y lo vituperaron. Pero nada de esto destruyó la realidad de su visión. Había visto una visión, y él lo sabía, y toda la persecución debajo del cielo no iba a cambiar ese hecho; y aunque lo persiguieran hasta la muerte, aun así sabía, y sabría hasta su último aliento, que había visto una luz, así como oído una voz que le habló; y el mundo entero no pudo hacerlo pensar o creer lo contrario. Así era conmigo. Yo efectivamente había visto una luz, y en medio de la luz vi a dos Personajes, los cuales en realidad me hablaron; y aunque se me odiaba y perseguía por decir que había visto una visión, no obstante, era cierto; y mientras me perseguían, y me censuraban, y decían falsamente toda clase de mal en contra de mí por afirmarlo, yo pensaba en mi corazón: ¿Por qué me persiguen por decir la verdad? En realidad he visto una visión, y ¿quién soy yo para oponerme a Dios?; ¿o por qué piensa el mundo hacerme negar lo que realmente he visto? Porque había visto una visión; yo lo sabía, y comprendía que Dios lo sabía; y no podía negarlo, ni osaría hacerlo; por lo menos, sabía que haciéndolo, ofendería a Dios y caería bajo condenación.

Mi mente ya estaba satisfecha en lo que concernía al mundo sectario: que mi deber era no unirme con ninguno de ellos, sino permanecer como estaba hasta que se me dieran más instrucciones. Había descubierto que el testimonio de Santiago era cierto: que si el hombre carece de sabiduría, puede pedirla a Dios y obtenerla sin reproche.

Seguí con mis ocupaciones comunes de la vida hasta el veintiuno de septiembre de mil ochocientos veintitrés, sufriendo continuamente severa persecución de manos de toda clase de individuos, tanto religiosos como irreligiosos, por motivo de que yo seguía afirmando que había visto una visión.

Durante el tiempo que transcurrió entre la ocasión en que vi la visión y el año mil ochocientos veintitrés —habiéndome prohibido unirme a las sectas religiosas del día, cualquiera que fuese, teniendo pocos años, y perseguido por aquellos que debieron haber sido mis amigos y haberme tratado con bondad; y si me creían engañado, haber procurado de una manera apropiada y cariñosa rescatarme— me vi sujeto a toda especie de tentaciones; y, juntándome con toda clase de personas, frecuentemente cometía muchas imprudencias y manifestaba las debilidades de la juventud y las flaquezas de la naturaleza humana, lo cual, me da pena decirlo, me condujo a diversas tentaciones, ofensivas a la vista de Dios. Esta confesión no es motivo para que se me juzgue culpable de cometer pecados graves, porque jamás hubo en mi naturaleza la disposición para hacer tal cosa. Pero sí fui culpable de levedad, y en ocasiones me asociaba con compañeros joviales, etc., cosa que no correspondía con la conducta que había de guardar uno que había sido llamado de Dios como yo. Mas esto no le parecerá muy extraño a cualquiera que se acuerde de mi juventud y conozca mi jovial temperamento natural.

Como consecuencia de estas cosas, solía sentirme censurado a causa de mis debilidades e imperfecciones. De modo que, en la noche del ya mencionado día veintiuno de septiembre, después de haberme retirado a mi cama, me puse a orar, pidiéndole a Dios Todopoderoso perdón de todos mis pecados e imprudencias; y también una manifestación para saber de mi condición y posición ante El; porque tenía la más completa confianza de obtener una manifestación divina, como previamente la había tenido. Encontrándome así, en el acto de suplicar a Dios, vi que se aparecía una luz en mi cuarto, y que siguió aumentando hasta que la pieza quedó más iluminada que al mediodía; cuando repentinamente se apareció un personaje al lado de mi cama, de pies en el aire, porque sus pies no tocaban el suelo. Llevaba puesta una túnica suelta de una blancura exquisita. Era una blancura que excedía cuanta cosa terrenal jamás había visto yo; ni creo que exista objeto alguno en el mundo que pudiera presentar tan extraordinario brillo y blancura. Sus manos estaban desnudas, y también sus brazos, un poco más arriba de la muñecas; y en igual manera sus pies, así como sus piernas, poco más arriba de los tobillos. También tenía descubiertos la cabeza y el cuello, y pude darme cuenta de que no llevaba puesta más ropa que esta túnica, porque estaba abierta de tal manera que podía verle el pecho. No sólo tenía su túnica esta blancura singular, sino que toda su persona brillaba más de lo que se puede describir, y su faz era como un vivo relámpago. El cuarto estaba sumamente iluminado, pero no con la brillantez que había en torno a su persona.

Cuando lo vi por primera vez, tuve miedo; mas el temor pronto se apartó de mí. Me llamó por mi nombre, y me dijo que era un mensajero enviado de la presencia de Dios, y que se llamaba Moroni; que Dios tenía una obra para mí, y que entre todas las naciones, tribus y lenguas se tomaría mi nombre para bien y mal, o que se iba a hablar bien y mal de mí entre todo pueblo. Dijo que se hallaba depositado un libro, escrito sobre planchas de oro, el cual daba una relación de los antiguos habitantes de este continente, así como del origen de su procedencia. También declaró que en él se encerraba la plenitud del evangelio eterno cual el Salvador lo había comunicado a los antiguos habitantes. Asimismo, que junto con las planchas estaban depositadas dos piedras, en aros de plata, las cuales, aseguradas a un pectoral, formaban lo que se llamaba el Urim y Tumim; que la posesión y uso de estas piedras era lo que constituía a los “videntes” en los días antiguos o anteriores, y que Dios las había preparado para la traducción del libro.

Después de decirme estas cosas, empezó a repetir las profecías del Antiguo Testamento. Primero citó parte del tercer capítulo de Malaquías, y también el cuarto o último capítulo de la misma profecía, aunque variando un poco de la manera en que se halla en nuestra Biblia. En lugar de repetir el primer versículo cual se halla en nuestros libros, lo hizo de esta manera:

“Porque, he aquí, viene el día que arderá como un horno, y todos los soberbios, sí, todos los que obran inicuaemente, arderán como rastrojo; porque los que vienen los quemarán, dice el Señor de los Ejércitos, de modo que no les dejará ni raíz ni rama.”

Entonces citó el quinto versículo de esta forma:

“He aquí, yo os revelaré el sacerdocio por la mano de Elías el profeta, antes de la venida del grande y terrible día del Señor.”

También expresó el siguiente versículo de otro modo:

“Y él plantará en el corazón de los hijos las promesas hechas a los padres, y el corazón de los hijos se volverá a sus padres. De no ser así, toda la Tierra sería totalmente asolada a su venida.”

Aparte de éstos, repitió el undécimo capítulo de Isaías, diciendo que estaba para cumplirse; y también los versículos veintidós y veintitrés del tercer capítulo de los Hechos, tal como se hallan en nuestro Nuevo Testamento. Declaró que ese profeta era Cristo, pero que aún no había llegado el día en que “toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo”, sino que pronto llegaría. Citó, además, desde el versículo veintiocho hasta el último, del segundo capítulo de Joel. También indicó que todavía no se cumplía, pero que se realizaría en breve; y declaró, además, que pronto entraría la plenitud de los gentiles. Repitió muchos otros pasajes de las Escrituras y propuso muchas explicaciones que no pueden mencionarse aquí.

Por otra parte, me manifestó que cuando yo recibiera las planchas de que él había hablado —porque aún no había llegado el tiempo para obtenerlas— no habría de enseñarlas a nadie, ni el pectoral con el

Urim y Tumim, sino únicamente a aquellos a quienes se me mandase que las enseñara; si lo hacía, sería destruido. Mientras hablaba conmigo acerca de las planchas, se manifestó a mi mente la visión de tal modo que pude ver el lugar donde estaban depositadas; y con tanta claridad y distinción, que lo reconocí cuando lo visité.

Después de esta comunicación, vi que la luz en el cuarto empezaba a juntarse en derredor del personaje que me había estado hablando, y así continuó hasta que el cuarto una vez más quedó a oscuras, exceptuando alrededor de su persona inmediata, cuando repentinamente vi abrirse, cual si fuera, un conducto directamente hasta el cielo, y él ascendió hasta desaparecer por completo, y el cuarto quedó tal como había estado antes de aparecerse esta luz celestial. Me quedé reflexionando la singularidad de la escena, y maravillándome grandemente de lo que me había dicho este mensajero extraordinario, cuando en medio de mi meditación, de pronto descubrí que mi cuarto empezaba a iluminarse de nuevo, y, como si fuera en un instante, el mismo mensajero celestial apareció una vez más al lado de mi cama. Empezó, y otra vez me dijo las mismísimas cosas que me había relatado en su primera visita, sin la menor variación; después de lo cual me informó de grandes juicios que vendrían sobre la Tierra, con grandes desolaciones causadas por el hambre, la espada y pestilencias; y que esos penosos juicios vendrían sobre la Tierra en esta generación. Habiéndome referido estas cosas, de nuevo ascendió como lo había hecho anteriormente.

Ya para entonces eran tan profundas las impresiones que se me habían grabado en la mente, que el sueño había huido de mis ojos, y yacía dominado por el asombro de lo que había visto y oído. Pero cuál no sería mi sorpresa al ver de nuevo al mismo mensajero al lado de mi cama, y oírlo repasar o repetir las mismas cosas que antes; y añadió una advertencia, diciéndome que Satanás procuraría inducirme (a causa de la situación indigente de la familia de mi padre) a que obtuviera las planchas con el fin de hacerme rico. Esto él me lo prohibió, y dijo que al obtener las planchas no debería tener presente más objeto que el de glorificar a Dios; y que ningún otro propósito habría de influir en mí sino el de edificar su reino; de lo contrario, no podría obtenerlas. Después de esta tercera visita, de nuevo ascendió al cielo como antes, y otra vez me quedé meditando la extrañeza de lo que acababa de experimentar; cuando casi inmediatamente después que el mensajero celestial hubo ascendido la tercera vez, cantó el gallo, y vi que estaba amaneciendo; de modo que nuestras conversaciones deben haber durado toda aquella noche.

Poco después me levanté de mi cama y, como de costumbre, fui a desempeñar las faenas necesarias del día; pero al querer trabajar como en otras ocasiones, hallé que se me habían agotado a tal grado las fuerzas, que me sentía completamente incapacitado. Mi padre, que andaba trabajando cerca de mí, vio que algo me sucedía y me dijo que me fuera para la casa. Partí de allí con la intención de volver a casa, pero al querer cruzar el cerco para salir del campo en que estábamos, se me acabaron completamente las fuerzas, caí inerte al suelo y por un tiempo no estuve consciente de nada. Lo primero que pude recordar fue una voz que me hablaba, llamándome por mi nombre. Alcé la vista y, a la altura de mi cabeza, vi al mismo mensajero, rodeado de luz como antes. Entonces me relató otra vez todo lo que me había referido la noche anterior, y me mandó que fuera a mi padre y le hablara acerca de la visión y mandamientos que había recibido. Obedecí; regresé a donde estaba mi padre en el campo, y le declaré todo el asunto. Me respondió que era de Dios, y me dijo que fuera e hiciera lo que el mensajero me había mandado. Salí del campo y fui al lugar donde el mensajero me había dicho que estaban depositadas las planchas; y debido a la claridad de la visión que había visto tocante al lugar, en cuanto llegué allí lo reconocí.

Cerca de la aldea de Manchester, Condado de Ontario, Estado de Nueva York, se levanta una colina de tamaño regular, y la más elevada de todas las de la comarca. Por el costado occidental del cerro, no lejos de la cima, debajo de una piedra de buen tamaño, yacían las planchas, depositadas en una caja de piedra. En el centro, y por la parte superior, esta piedra era gruesa y redonda, pero más delgada hacia los extremos; de manera que se podía ver la parte céntrica sobre la superficie del suelo, mientras que alrededor de la orilla estaba cubierta de tierra.

Habiendo quitado la tierra, conseguí una palanca que logré introducir debajo de la orilla de la piedra, y con un ligero esfuerzo la levanté. Miré dentro de la caja, y efectivamente vi allí las planchas, el Urim y Tumim y el pectoral, como lo había dicho el mensajero. La caja en que se hallaban estaba hecha de piedras, colocadas en una especie de cemento. En el fondo de la caja había dos piedras puestas transversalmente, y sobre éstas descansaban las planchas y los otros objetos que las acompañaban.

Intenté sacarlas, pero me lo prohibió el mensajero; y de nuevo se me informó que aún no había llegado el tiempo de sacarlas, ni llegaría hasta después de cuatro años, a partir de esa fecha; pero me dijo

que debería ir a ese lugar precisamente un año después, y que él me esperaría allí; y que había de seguir haciéndolo así hasta que llegara el tiempo para obtener las planchas. De acuerdo con lo que se me había mandado, acudía al fin de cada año, y en esa ocasión encontraba allí al mismo mensajero, y en cada una de nuestras entrevistas recibía de él instrucciones y conocimiento concernientes a lo que el Señor iba a hacer, y cómo y en qué manera se conduciría su reino en los últimos días.

Debido a que las condiciones económicas de mi padre se hallaban sumamente limitadas, nos veíamos obligados a trabajar manualmente, a jornal y de otras maneras, según se presentaba la oportunidad. A veces estábamos en casa, a veces, fuera de casa; y trabajando continuamente podíamos ganarnos un sostén más o menos cómodo. En el año 1824 sobrevino a la familia de mi padre una aflicción muy grande con la muerte de mi hermano Alvin, el mayor de la familia. En el mes de octubre de 1825 me empleó un señor de edad llamado Josías Staal, del Condado de Chenango, Estado de Nueva York. El había oído algo acerca de una mina de plata que los españoles habían explotado en Harmony, Condado de Susquehanna, Estado de Pennsylvania; y antes de ocuparme ya había hecho algunas excavaciones para ver si le era posible descubrir la mina. Después que fui a vivir con él, me llevó con el resto de sus trabajadores a excavar en busca de la mina de plata, en lo cual estuve trabajando cerca de un mes sin lograr el éxito en nuestra empresa; y por fin convencí al anciano señor que dejase de excavar. Así fue como se originó el tan común rumor de que yo había sido buscador de dinero (caza-fortunas).

Durante el tiempo que estuve en ese trabajo, me hospedé con un señor Isaac Hale, de ese lugar. Fue allí donde por primera vez vi a mi esposa (su hija), Emma Hale. Nos casamos el dieciocho de enero de 1827 mientras yo todavía estaba al servicio del Sr. Staal. Por motivo de que yo continuaba afirmando que había visto una visión, la persecución me seguía acechando, y la familia del padre de mi esposa se opuso muchísimo a que nos casáramos. Por tanto, me vi obligado a llevarla a otra parte, de modo que fuimos y nos casamos en la casa del señor Tarbill, en South Bainbridge, Condado de Chenango, en Nueva York. Inmediatamente después de mi matrimonio dejé el trabajo del señor Staal, me trasladé a la casa de mi padre y con él labré la tierra esa temporada.

Por fin llegó el tiempo para obtener las planchas, el Urim y Tumim y el pectoral. El día veintidós de septiembre de mil ochocientos veintisiete, habiendo ido al fin de otro año, como de costumbre, al lugar donde estaban depositadas, el mismo mensajero celestial me las entregó, con esta advertencia: que yo sería responsable de ellas; que si permitía que se extraviasen por algún descuido o negligencia mía, sería destruido; pero que si me esforzaba con todo mi empeño por preservarlas hasta que él (el mensajero) viniera por ellas, entonces serían protegidas.

Pronto supe por qué había recibido tan estrictas recomendaciones de guardarlas, y por qué me había dicho el mensajero que cuando yo terminara lo que se requería de mí, él vendría por ellas. Porque no bien se supo que yo las tenía, cuando se hicieron los más tenaces esfuerzos para privarme de ellas. Se recurrió a cuanta estratagema se pudo inventar para realizar ese propósito. La persecución llegó a ser más severa y amarga que antes, y gran número de personas andaba continuamente al acecho para quitármelas, de ser posible. Pero mediante la sabiduría de Dios permanecieron seguras en mis manos hasta que cumplí con ellas lo que se requirió de mí. Cuando el mensajero, de conformidad con el arreglo, llegó por ellas, se las entregué; y él las tiene a su cargo hasta el día de hoy, dos de mayo de mil ochocientos treinta y ocho.

Sin embargo, la agitación continuaba, y el rumor con sus mil lenguas no cesaba de hacer circular calumnias acerca de la familia de mi padre y de mí. Si me pusiera a contar la milésima parte de ellas, llenaría varios tomos. La persecución llegó a ser tan intolerable, sin embargo, que me vi obligado a salir de Manchester y partir con mi esposa al Condado de Susquehanna, Estado de Pennsylvania.

Mientras nos preparábamos para salir —siendo muy pobres, y agobiándonos de tal manera la persecución que no había probabilidad de que se mejorase nuestra situación— en medio de nuestras aflicciones hallamos a un amigo en la persona de un caballero llamado Martín Harris, que vino a nosotros y me dio cincuenta dólares para ayudarnos a hacer nuestro viaje. El señor Harris era vecino del Municipio de Palmyra, Condado de Wayne, en el Estado de Nueva York, y un agricultor respetable. Mediante esta ayuda tan oportuna, pude llegar a mi destino en Pennsylvania, e inmediatamente después de llegar allí, comencé a copiar los caracteres de las planchas. Copié un número considerable, y traduje algunos por medio del Urim y Tumim, obra que efectué entre los meses de diciembre —fecha en que llegué a la casa del padre de mi esposa— y febrero del año siguiente.

En este mismo mes de febrero, el antedicho señor Martín Harris vino a nuestra casa, tomó los caracteres que yo había copiado de las planchas, y con ellos partió rumbo a la ciudad de Nueva York. En cuanto a lo que aconteció, respecto de él y los caracteres, deseo referirme a su propio relato de las circunstancias, el cual él me comunicó a su regreso, y que es el siguiente:

“Fui a la ciudad de Nueva York y presenté los caracteres que habían sido traducidos, así como su traducción, al profesor Charles Anthon, célebre caballero por motivo de sus conocimientos literarios. El profesor Anthon manifestó que la traducción era correcta y más exacta que cualquiera otra que hasta entonces había visto del idioma egipcio. Luego le enseñé los que aún no estaban traducidos, y me dijo que eran egipcios, caldeos, asirios y árabes, y que eran caracteres genuinos. Me dio un certificado en el cual hacía constar a los ciudadanos de Palmyra, que eran legítimos, y que la interpretación de los que se habían traducido también era exacta. Tomé el certificado, me lo echó en el bolsillo, y estaba para salir de la casa cuando el Sr. Anthon me llamó, y me preguntó cómo llegó a saber el joven que había planchas de oro en el lugar donde las encontró. Yo le contesté que un ángel de Dios se lo había revelado.

“El entonces me dijo: ‘Permítame ver el certificado’. De acuerdo con la indicación, lo saqué del bolsillo y se lo entregué; y él, tomándolo, lo hizo pedazos, diciendo que ya no había tales cosas como ministerio de ángeles, y que si yo le llevaba las planchas, él las traduciría. Yo le informé que parte de las planchas estaban selladas, y que me era prohibido llevarlas. Entonces me respondió: ‘No puedo leer un libro sellado’. Salí de allí, y fui a ver al Dr. Mitchell, el cual confirmó todo lo que el profesor Anthon había dicho respecto de los caracteres, así como de la traducción”.

Luego de haber vuelto de ese viaje, el Sr. Harris partió hacia Palmyra para arreglar algunos asuntos, y regresó a mi casa alrededor del doce de abril, comenzando entonces a escribir para mí mientras yo traducía las planchas; y así lo hicimos hasta el catorce de junio, fecha para la cual él había escrito ciento dieciséis páginas de manuscrito, en tamaño pliego común. Poco tiempo después de que el Sr. Harris hubo empezado su labor de escribiente, comenzó a pedirme con insistencia que le permitiera llevar a su casa los manuscritos para mostrarlos a algunas personas, y a expresarme su deseo de que yo le preguntara al Señor, mediante el Urim y Tumim, si podía hacerlo. Al fin pregunté y la respuesta fue que no lo hiciera. Sin embargo, él no quedó satisfecho con esa respuesta e insistió en que preguntara de nuevo. Así lo hice, y la respuesta fue igual a la anterior. Pero él siguió insatisfecho y continuó importunándome para que preguntara de nuevo. Después de mucho rogármelo, volví a preguntarle al Señor, y El entonces nos otorgó permiso para que Martín Harris llevara los escritos bajo ciertas condiciones, es decir: que los mostrara solamente a su hermano, Preserved Harris; a su propia esposa; a sus padres; y a la Sra. Cobb, hermana de su esposa. De acuerdo con la última respuesta, le pedí que me prometiera de la manera más solemne, que haría solamente lo que se nos había indicado, y así lo hizo, dándome su palabra de cumplir lo que le había requerido. Luego partió llevándose los escritos. Sin embargo, a pesar de las grandes restricciones a las que se había sujetado, y de la solemnidad del convenio que había hecho conmigo, los mostró a otras personas, quienes mediante artimañas se los quitaron, y hasta la fecha nunca más los recuperamos.

Mientras Martín Harris estuvo ausente después de llevarse los escritos, fui a visitar a la familia de mi padre en Manchester. Ahí permanecí un poco tiempo y luego regresé a mi casa en Pennsylvania. Después de volver a casa, me encontraba un día caminando a cierta distancia cuando, he aquí, el mensajero celestial que antes se había manifestado apareció y me entregó de nuevo el Urim y Tumim —pues me lo había quitado por haber importunado al Señor al solicitar el privilegio de que Martín Harris llevara los escritos, los cuales perdió por transgresión— y preguntando al Señor por ese medio, recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 3.

Después de obtener la revelación anterior se me quitaron otra vez las planchas y el Urim y Tumim, pero a los pocos días me fueron devueltos, ocasión en que inquirí del Señor, y El me dijo así: Véase Doctrina y Convenios, Sección 10.

Sin embargo, no comencé a traducir enseguida, sino que me fui a trabajar en la pequeña granja que le había comprado al padre de mi esposa, a fin de proveer para la manutención de mi familia. En el mes de febrero de 1829 mi padre vino a visitarnos, y en ese entonces recibí para él la siguiente revelación: Véase Doctrina y Convenios, Sección 4.

El día cinco de abril de 1829 vino a mi casa Oliverio Cowdery, a quien yo jamás había visto hasta entonces. Me dijo que había estado enseñando en una escuela que se hallaba cerca de donde vivía mi padre y, siendo éste uno de los que tenían niños en la escuela, había ido a hospedarse por un tiempo en su casa; y que mientras estuvo allí, la familia le comunicó el hecho de que yo había recibido las planchas y, por consiguiente, había venido para saber más. Dos días después de la llegada del señor Cowdery (siendo el día siete de abril), empecé a traducir el Libro de Mormón, y él comenzó a escribir por mí, y habiendo continuado en ello durante algún tiempo, preguntó al Señor por medio del Urim y Tumim, y recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 6.

Luego de haber recibido esta revelación, Oliverio Cowdery me dijo que cuando él ya estaba viviendo en la casa de mi padre, donde se alojaba, y después que la familia le había dicho que yo tenía en mi poder las planchas, una noche, al retirarse a su dormitorio, acudió al Señor para saber si lo que le habían dicho era verdad, y el Señor le manifestó que era verdadero; pero que él había mantenido el asunto en absoluto secreto y no lo había mencionado a nadie; de manera que después de recibir esta revelación tuvo otro testimonio de que la obra era verdadera, porque ningún ser viviente sabía de las circunstancias a que se refería la revelación, sino Dios y él mismo.

Durante el mes de abril continué traduciendo y Oliverio Cowdery, escribiendo, sin muchas interrupciones, y durante esos días recibimos varias revelaciones. Surgió entre nosotros cierta diferencia de opinión basada en el relato de Juan el Apóstol, que se encuentra en el Nuevo Testamento, en cuanto a si murió o siguió viviendo. Por mutuo acuerdo decidimos saber la verdad mediante el Urim y Tumim, y esto es lo que recibimos: Véase Doctrina y Convenios, Sección 7.

Mientras continuábamos la obra de la traducción, durante el mes de abril, Oliverio Cowdery se mostró sumamente ansioso por recibir el poder de traducir, y en relación a este deseo recibimos las siguientes revelaciones: Véase Doctrina y Convenios, Secciones 8 y 9.

El mes siguiente (mayo de 1829), encontrándonos todavía en la obra de la traducción, nos retiramos al bosque un cierto día para orar y preguntar al Señor acerca del bautismo para la remisión de los pecados, del cual vimos que se hablaba en la traducción de las planchas. Mientras nos hallábamos orando e implorando al Señor, descendió un mensajero del cielo en una nube de luz y, habiendo puesto sus manos sobre nosotros, nos ordenó, diciendo: Véase Doctrina y Convenios, Sección 10.

Declaró que este Sacerdocio Aarónico no tenía el poder de imponer las manos para comunicar el don del Espíritu Santo, pero que se nos conferiría más adelante; y nos mandó que fuéramos a bautizarnos, instruyéndonos que yo bautizara a Oliverio Cowdery, y que después me bautizara él a mí. Por consiguiente, fuimos y nos bautizamos. Yo lo bauticé primero, y luego me bautizó él a mí —después de lo cual puse mis manos sobre su cabeza y le conferí el Sacerdocio de Aarón, y luego él puso sus manos sobre mí y me confirió el mismo sacerdocio— porque así se nos había mandado.

El mensajero que en esta ocasión nos visitó y nos confirió este sacerdocio dijo que se llamaba Juan, el mismo que es conocido como Juan el Bautista en el Nuevo Testamento, y que obraba bajo la dirección de Pedro, Santiago y Juan, quienes poseían las llaves del Sacerdocio de Melquisedec, sacerdocio que nos sería conferido, dijo él, en el momento oportuno; y que yo sería llamado el primer élder de la Iglesia, y él (Oliverio Cowdery), el segundo. Fue el día quince de mayo de 1829 cuando se nos ordenó por mano de este mensajero, y nos bautizamos.

Inmediatamente después de salir del agua, tras de haber sido bautizados, sentimos grandes y gloriosas bendiciones de nuestro Padre Celestial. No bien hube bautizado a Oliverio Cowdery, cuando el Espíritu Santo descendió sobre él, y se puso de pie y profetizó muchas cosas que habrían de acontecer en breve. Igualmente, en cuanto él me hubo bautizado, recibí también el espíritu de profecía y, poniéndome en pie, profeticé concerniente al desarrollo de esta Iglesia, y muchas otras cosas relacionadas con ella y con esta generación de los hijos de los hombres. Fuimos llenos del Espíritu Santo, y nos regocijamos en el Dios de nuestra salvación.

Encontrándose ahora iluminadas nuestras mentes, empezamos a comprender las Escrituras, y nos fue revelado el verdadero significado e intención de sus pasajes más misteriosos de una manera que hasta entonces no habíamos logrado, ni siquiera pensado. Mientras tanto, nos vimos obligados a guardar en secreto las circunstancias relativas al haber recibido el sacerdocio y el habernos bautizado, por motivo del espíritu de persecución que ya se había manifestado en la región. De cuando en cuando habían amenazado

golpearlos, y esto por parte de los ministros religiosos; y lo único que contrarrestó sus intenciones de atropellarnos fue la influencia de los familiares de mi esposa (mediante la Divina Providencia), los cuales se habían vuelto muy amigables conmigo, y deseaban que se me permitiera continuar sin interrupción la obra de la traducción. Por consiguiente, nos ofrecieron y prometieron protección, hasta donde les fuera posible.

Sin embargo, después de algunos días, sintiendo que era nuestro deber, empezamos a razonar las Escrituras con nuestros amigos y conocidos, según nos encontrábamos con ellos. Más o menos en esta época vino a visitarnos mi hermano Samuel H. Smith. Le informamos lo que el Señor estaba a punto de hacer por los hijos de los hombres, y empezamos a razonar con él las Escrituras contenidas en la Biblia. También le mostramos la parte de la obra que ya habíamos traducido, y trabajamos para persuadirlo en cuanto al evangelio de Jesucristo, que estaba próximo a revelarse en su plenitud. No obstante, no se persuadió de estas cosas con facilidad, mas después de mucha investigación y explicaciones, se retiró al bosque, con el propósito de obtener de un Dios misericordioso la sabiduría que le permitiera juzgar por sí mismo. El resultado fue que obtuvo revelación para sí mismo, suficiente para convencerlo de la verdad de nuestras declaraciones, y Oliverio Cowdery lo bautizó el día veinticinco del mismo mes en que nosotros fuimos bautizados y ordenados. Samuel volvió a su casa, lleno del Espíritu Santo, glorificando y alabando a Dios grandemente.

No muchos días después, mi hermano Hyrum Smith vino a nosotros para inquirir concerniente a estas cosas, y tras su sincera petición, pregunté al Señor mediante el Urim y Tumim, y recibí para él lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 11.

Más o menos en este tiempo vino a visitarnos un caballero de edad, de cuyo nombre deseo hacer honorable mención: el señor José Knight, padre, de Colesville, Condado de Broome, Nueva York, quien había oído la manera en que ocupábamos nuestro tiempo, y muy amable y consideradamente nos trajo una cantidad de provisiones, con el fin de que no interrumpiéramos la obra de la traducción por falta del sustento; y creo mi deber mencionar aquí que varias veces nos trajo provisiones desde una distancia de cuando menos cuarenta y ocho kilómetros, lo cual nos permitió continuar con la obra, que de otro modo hubiéramos tenido que suspender por una temporada.

Por tener él grandes deseos de conocer sus deberes en esta obra, consulté al Señor, y recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 12.

Poco después de haber empezado la traducción, conocí al señor Pedro Whitmer, de Fayette, Condado de Séneca, Nueva York, así como a parte de su familia. A principios del mes de junio, David Whitmer, su hijo, vino al lugar donde estábamos residiendo y trajo consigo un carro de dos caballos, para que lo acompañáramos a la casa de su padre con el propósito de alojarnos allí, hasta que termináramos de traducir. Se hicieron arreglos para que tuviéramos hospedaje gratuito, y la colaboración de uno de sus hermanos como escribiente, y también su propia cooperación cuando fuera necesaria. Teniendo tan grande necesidad de ayuda tan oportuna en una empresa tan ardua, y habiendo sido informados de que la gente en la región de los Whitmer estaba esperando ansiosamente la oportunidad de preguntarnos sobre la obra, aceptamos la invitación y acompañamos al señor Whitmer a la casa de su padre, y permanecemos allí hasta que se terminó la traducción y se aseguraron los derechos de propiedad literaria. A nuestra llegada encontramos a la familia del señor Whitmer muy interesada en la obra y muy amable con nosotros. Y así continuaron, hospedándonos según el acuerdo; y Juan Whitmer, en particular, nos ayudó muchísimo como escribiente por el resto de la traducción.

Mientras tanto, David, Juan y Pedro Whitmer, hijo, se convirtieron en nuestros fervientes amigos y asistentes; y teniendo inmensos deseos de saber sus respectivos deberes, y con deseos sinceros de que yo preguntara al Señor concerniente a ellos, así lo hice por medio del Urim y Tumim, y recibí para ellos, una tras otra, las siguientes revelaciones: Véase Doctrina y Convenios, Secciones 14-16.

Encontramos que las personas del Condado de Séneca en general eran amables y con disposición de inquirir la verdad sobre estos extraños asuntos que ahora empezaban a divulgarse entre la gente. Muchos nos ofrecieron sus casas, a fin de que pudiésemos reunirnos con nuestros amigos para instruirlos y enseñarles. De cuando en cuando nos reuníamos con muchos que estaban dispuestos a escucharnos, y que deseaban enterarse de la verdad tal como se halla en Cristo Jesús, y aparentemente estaban dispuestos a obedecer el evangelio, una vez convencidos y satisfechos; y en este mismo mes de junio fueron

bautizados en el Lago Séneca: mi hermano Hyrum Smith, David Whitmer y Pedro Whitmer, hijo; los dos primeros por mí, y el último por Oliverio Cowdery. Desde este tiempo en adelante muchos se convirtieron en creyentes, y algunos se bautizaron, mientras continuábamos enseñando y persuadiendo a todos los que lo solicitaban.

En el curso de la obra de la traducción descubrimos que el Señor proveería tres testigos especiales, a quienes les concedería ver las planchas de las que se traduciría esta obra (el Libro de Mormón); y que estos testigos darían testimonio de las mismas, como se puede ver en el libro de Eter, capítulo 5, versículos 2, 3 y 4, y también en 2 Nef , capítulo 11, versículo 3. Casi inmediatamente después de que hicimos este descubrimiento, Oliverio Cowdery, David Whitmer, y el antes mencionado Martín Harris (que había venido para informarse de nuestro progreso en la obra), me solicitaron que le preguntara al Señor si podrían ellos tener el privilegio de ser esos tres testigos especiales; y fueron tan insistentes y me apremiaban tanto, que finalmente accedí; y por medio del Urim y Tumim recibí del Señor para ellos lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 17.

No muchos días después de haber sido dado el anterior mandamiento, nosotros cuatro, es decir, Martín Harris, David Whitmer, Oliverio Cowdery y yo, acordamos retirarnos al bosque y tratar de obtener, por humilde y fervorosa oración, el cumplimiento de las promesas dadas en la revelación anterior: que los tres podrían contemplar las planchas. Por consiguiente, elegimos un lugar en el bosque cercano a la casa del señor Whitmer, a donde nos dirigimos, y poniéndonos de rodillas, empezamos a rogar con mucha fe, en oración al Dios Todopoderoso, que nos otorgara el cumplimiento de sus promesas.

Según previo acuerdo, comencé yo en la oración en voz alta a nuestro Padre Celestial, y me sucedieron cada uno de los del grupo. No obstante, en nuestro primer intento no recibimos ninguna respuesta o manifestación de favor divino. Seguimos otra vez el mismo orden de oración, cada uno por turno invocando y orando fervientemente a Dios, pero con el mismo resultado.

Después de este segundo intento Martín Harris propuso retirarse de nosotros, pensando, según expres , que su presencia era la causa de que no obtuviéramos lo que deseábamos. Por tanto, se apartó de nosotros, y nos arrodillamos de nuevo; y no habíamos pasado mucho tiempo en oración cuando vimos una luz en el aire, arriba de nosotros, de un gran resplandor; y he aquí, apareció un  ngel ante nosotros. En sus manos sostenía las planchas que habíamos estado orando para que ellos pudieran ver. Dio vuelta a las hojas una por una, para que pudiéramos verlas y distinguir con claridad los grabados sobre ellas. Entonces se dirigió a David Whitmer y le dijo: “David, bendito es el Señor, y el que guarda sus mandamientos”; inmediatamente después oímos una voz que venía de la luz que resplandecía sobre nosotros, que decía: “Estas planchas han sido reveladas por el poder de Dios, y han sido traducidas por el poder de Dios. La traducción de ellas que habéis visto es correcta, y os mando que testifiqu is de lo que ahora veis y o s”.

Entonces dej  a David y a Oliverio y fui en busca de Martín Harris, a quien encontr  a bastante distancia, entregado a ferviente oración. No obstante, me dijo que no había podido llegar al Señor, y emotivamente me rogó que me uniera a él en oración para que pudiera tener las mismas bendiciones que nosotros acabábamos de recibir. Nos unimos, por tanto, en la oración, y por fin obtuvimos lo que deseábamos, pues antes de que hubiéramos terminado se desplegó la misma visión ante nosotros, al menos se desplegó otra vez ante mí, y una vez más vi y o  las mismas cosas; mientras que Martín Harris exclamaba, aparentemente en un éxtasis de gozo: “ Es suficiente; es suficiente; mis ojos han visto; mis ojos han visto!”; y saltando, decía en alta voz: “ Hosanna!”, bendiciendo a Dios y regocij ndose en extremo.

Habiendo recibido, por la misericordia de Dios, estas gloriosas manifestaciones, restaba que los tres cumplieran el mandamiento que habían recibido, es decir, dar testimonio de estas cosas; para lo cual redactaron y firmaron el siguiente documento: Véase el Testimonio de Los Tres Testigos, en El Libro de Mormón.

Entretanto continuamos con la traducción, a intervalos, cuando no atendíamos a las numerosas personas que empezaron a visitarnos para solicitar información —algunas con el propósito de encontrar la verdad; otras, con el propósito de hacernos preguntas difíciles y tratar de confundirnos. Entre éstos últimos estaban varios sacerdotes eruditos, que generalmente venían con el propósito de contender. Sin embargo, el Señor siguió derramando sobre nosotros su Santo Espíritu, y siempre que lo necesitábamos,

nos daba en el momento lo que habíamos de decir; de manera que, aunque indoctos e inexpertos en controversias religiosas, podíamos confundir a los sacerdotes eruditos del día; y al mismo tiempo podíamos convencer a los sinceros de corazón de que habíamos recibido, por la misericordia de Dios, el evangelio verdadero y sempiterno de Jesucristo, y ocasionalmente administrábamos la ordenanza del bautismo para la remisión de pecados a todos los que creían.

Ahora deseábamos que nos fuera cumplida la promesa que nos había hecho el ángel que nos confirió el Sacerdocio Aarónico, es decir, que si continuábamos fieles recibiríamos el Sacerdocio de Melquisedec, que posee la autoridad para imponer las manos para comunicar el don del Espíritu Santo. Por algún tiempo había sido para nosotros motivo de humilde oración, y finalmente nos reunimos en la alcoba de la casa del señor Whitmer, para pedir al Señor más particularmente lo que deseábamos tan anhelosamente; y ahí, para nuestra increíble satisfacción, comprobamos la verdad de la promesa del Salvador: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”. Pues no nos habíamos entregado a solemne y ferviente oración por mucho tiempo, cuando la voz del Señor vino a nosotros en la alcoba, mandándonos que yo ordenara a Oliverio Cowdery élder en la Iglesia de Jesucristo, y que él me ordenara a mí al mismo oficio; y que luego ordenáramos a otros, como se nos haría saber de cuando en cuando. Sin embargo, se nos mandó aplazar nuestra ordenación hasta que nos fuera posible reunir a nuestros hermanos, los que habían sido bautizados y los que serían bautizados posteriormente, y que tuviéramos su aprobación en nuestra ordenación, y que ellos decidieran por votación si estaban dispuestos a aceptarnos como maestros espirituales; y se nos mandó que en esa ocasión bendijéramos el pan, y lo partiéramos y comiéramos con ellos, y bendijéramos el vino y lo bebiéramos con ellos; y después procediéramos a ordenarnos el uno al otro, según el mandamiento; entonces, llamáramos a quienes el Espíritu dictare, y los ordenáramos; y luego atendiéramos a la imposición de manos para comunicar el don del Espíritu Santo, sobre todos que habíamos bautizado previamente, haciendo todas las cosas en el nombre del Señor.

El siguiente mandamiento ¡ilustrará aun más la naturaleza de nuestro llamamiento a este sacerdocio, así como el de otros que se llamaría posteriormente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 18.

NUEVA YORK

1830

ORGANIZACIÓN DE LA IGLESIA

De esta manera, el Señor continuaba dándonos instrucciones de cuando en cuando, concerniente a tos deberes que se nos habían confiado; y entre muchas otras cosas de esa naturaleza, recibimos de El lo siguiente por el espíritu de profecía y de revelación, lo cual no solamente nos dio mucha información, sino también, de acuerdo con su voluntad y mandamiento, nos señaló el día preciso en el que deberíamos proceder a organizar su Iglesia una vez más sobre la Tierra: Véase Doctrina y Convenios, Sección 20.

Mientras tanto, aproximándose el fin de nuestra traducción, fuimos a Palmyra, Condado de Wayne, donde adquirimos los derechos de propiedad literaria, e hicimos arreglos con el Sr. Egbert B. Grandin para que imprimiera cinco mil ejemplares del Libro de Mormón por la cantidad de tres mil dólares.

Deseo manifestar aquí que la portada del Libro de Mormón es una traducción literal de la última hoja del lado izquierdo de la colección o libro de planchas, era las cuales se encerraba la historia que se ha traducido; que el lenguaje de toda la obra está dispuesto como todo escrito hebreo en general; y que dicha portada en ningún sentido es composición moderna, ni mía ni de ningún otro hombre que ha vivido o vive en esta generación. Por consiguiente, para corregir un error que respecto a ello se ha generalizado, doy a continuación esa parte de la portada del Libro de Mormón, la cual constituye una traducción genuina y literal de la portada del Libro de Mormón original, tal como se grabó en las planchas: Véase la Portada del Libro de Mormón.

En tanto que el Libro de Mormón estaba en manos del impresor, continuamos dando testimonio y proporcionando información siempre que teníamos la oportunidad; y también hicimos saber a nuestros hermanos que habíamos recibido el mandamiento de organizar la Iglesia; por lo consiguiente, nos congregamos para tal propósito en la casa del señor Pedro Whitmer, padre, (siendo en número de seis), el martes seis de abril del año del Señor, mil ochocientos treinta. Habiendo comenzado la reunión con solemne oración a nuestro Padre Celestial, procedimos, de acuerdo con el mandamiento, a preguntar a los hermanos si nos aceptaban como sus maestros en las cosas del reino de Dios, y si estaban de acuerdo en que procediéramos a organizarnos como Iglesia, de acuerdo con el mandamiento que habíamos recibido. A todo esto consintieron mediante voto unánime. Entonces puse las manos sobre Oliverio Cowdery y lo ordené élder de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, después de lo cual él me ordenó a mí al oficio de élder de dicha Iglesia. Luego tomamos pan, lo bendijimos y lo partimos con ellos; también tomamos vino, lo bendijimos y lo bebimos con ellos. Entonces pusimos nuestras manos sobre cada miembro presente de la Iglesia, para que recibiera el don del Espíritu Santo y fuera confirmado miembro de la Iglesia de Cristo. El Espíritu Santo se derramó sobre nosotros en grado sumo; algunos profetizaron, en tanto que todos alabamos al Señor y nos regocijamos grandemente. Mientras todavía nos hallábamos reunidos, recibí el siguiente mandamiento: Véase Doctrina y Convenios, Sección 21.

A continuación, llamamos y ordenamos a algunos otros de los hermanos a diferentes oficios del sacerdocio, según el Espíritu nos lo manifestó; y al concluir esta feliz ocasión en que presenciamos y sentimos en nosotros mismos los poderes y bendiciones del Espíritu Santo, mediante la gracia del Señor, nos despedimos con el agradable conocimiento de que ahora éramos miembros, reconocidos por Dios, de la Iglesia de Jesucristo, organizada en cumplimiento de los mandamientos y revelaciones dados a nosotros por El en estos últimos días, y eso de acuerdo con el orden de la Iglesia tal como se encuentra en el Nuevo Testamento. Varias personas que habían asistido a esta reunión se convencieron de la verdad y poco después fueron recibidas en la Iglesia; entre ellos, fueron bautizados mi padre y mi madre, para mi mayor gozo y consuelo, y aproximadamente en ese tiempo, también Martín Harris y Orrin Porter Rockwell: Véase Doctrina y Convenios, Sección 22.

Como las siguientes personas ansiaban saber la voluntad del Señor relativa a sus deberes respectivos, pregunté al Señor y recibí para ellos lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 23.

El domingo once de abril de 1830, Oliverio Cowdery dio el primer discurso público de la Iglesia. Nuestra reunión, previa designación, se efectuó en la casa del señor Pedro Whitmer, padre, en Fayette. Asistió un gran número de personas, y el mismo día fueron bautizados: Hiram Page, Catalina Page,

Christian Whitmer, Ana Whitmer, Jacob Whitmer, Elizabeth Whitmer; y el día dieciocho: Pedro Whitmer, padre, Mary Whitmer, Guillermo Jolly, Elizabeth Jolly, Vincent Jolly, Ricardo B. Peterson y Elizabeth Ana Whitmer, todos por Oliverio Cowdery, en el Lago Séneca.

Durante este mes de abril visit  al señor José Knight, de Colesville, Condado de Broome, Estado de Nueva York, a quien había conocido por algún tiempo, lo mismo que a su familia, y cuyo nombre mencion  previamente, indicando que había sido muy amable y considerado con nosotros durante la traducción del Libro de Mormón. El señor Knight y su familia eran universalistas, pero tenían la disposición de razonar conmigo sobre mis opiniones religiosas, y como siempre, eran hospitalarios y amigables. Realizamos varias reuniones en el área; ganamos muchos amigos, y algunos enemigos. Nuestras reuniones estaban bien concurridas, y muchas personas oraban fervorosamente a Dios Todopoderoso, para que les diera sabiduría para comprender la verdad.

Entre quienes asistían con regularidad a nuestras juntas estaba Newel Knight, hijo de José Knight. El y yo habíamos conversado muchas veces sobre el importante tema de la salvación eterna del hombre. En nuestras reuniones acostubr bamos orar mucho, y Newel había dicho que lo intentaría y tomaría su cruz, orando vocalmente en la siguiente reunión; pero cuando ésta se llegó, prefirió no hacerlo. Trat  de convencerlo y, hablando en lenguaje figurado, le pregunt  que si se atascara en un atolladero no trataría de salir cuanto antes, y añadí que estábamos dispuestos a ayudarlo a salir del atolladero. Pero contest  que, puesto que estaba en el atolladero por su propio descuido, prefería esperar y salir por sí mismo, y no con la ayuda de otros; así que esperaría hasta que pudiera ir al bosque, para orar a solas. De esta manera esper  para orar hasta la mañana siguiente, cuando fue al bosque, donde ocurrió que, según relat  posteriormente, hizo varios intentos pero no pudo lograrlo, sintiendo que al negarse a orar delante de otras personas, no había cumplido su compromiso. Empezó a sentirse inquieto, y siguió sintiéndose cada vez peor, tanto corporal como mentalmente, hasta que al llegar a su casa su aspecto era tal que su esposa se alarm  muchísimo. Le pidió a ella que fuera a traerme, y fui y lo encontr  sufriendo mucho mentalmente, y su cuerpo se comportaba de manera muy extraña, con su semblante y sus miembros deformados y contorsionados en toda forma y figura imaginable; y por último fue arrebatado del suelo, y se sacudía por todas partes en forma de lo más atemorizante.

Su condición pronto se hizo saber a sus vecinos y familiares, y en poco tiempo se juntaron entre ocho y nueve personas adultas para presenciar la escena. Luego de haber sufrido así por algún tiempo, logr  sujetarlo de la mano, e inmediatamente me habl  y con vehemencia me pidió que echara fuera al demonio, diciéndome que sabía que estaba adentro de él, y que también sabía que yo podía echarlo fuera.

Le contest : “Si sabes que puedo hacerlo, será hecho”; y entonces casi inconscientemente increp  al demonio, y en el nombre de Jesucristo le mandó que saliera de él; enseguida habl  Newel y dijo que pudo ver al demonio que se iba y desaparecía de su vista. Este fue el primer milagro que se efectuó en la Iglesia, o que haya realizado alguno de sus miembros; y no lo efectuó el hombre ni el poder del hombre, sino Dios y el poder de santidad; sean, por tanto, la honra y la alabanza, la gloria y el dominio, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Amén.

Las cosas habían cambiado por completo, pues tan pronto como salió el demonio de nuestro amigo, su semblante volvió a la normalidad, cesaron las distorsiones de su cuerpo, y el Espíritu del Señor descendí sobre él y se abrieron ante él las visiones de la eternidad. En cuanto volvió a su estado normal, su debilidad corporal fue tal que nos vimos en la necesidad de recostarlo sobre su cama y atenderlo por un tiempo. Posteriormente él cont  su experiencia de la manera siguiente:

“Empecé a sentir que sobre mí reposaba la más agradable sensación, y de inmediato se desplegaron ante mí las visiones del cielo. Sentí que algo me atraía hacia arriba, y por un tiempo estuve en tan absorta contemplación, que no supe lo que estaba pasando en el cuarto. Poco a poco empecé a sentir que algo me oprimía el hombro y un lado de la cabeza, lo cual me hizo reaccionar, y me di cuenta de que el Espíritu del Señor en realidad me había elevado del suelo, y las vigas del techo estaban haciendo presión contra mi hombro y mi cabeza”.

Todo esto fue presenciado por muchos, para su gran asombro y satisfacción, pues vieron que el demonio era arrojado, y que se manifestaba así el poder de Dios y su Santo Espíritu. Como cabría esperar, tal acontecimiento contribuyó mucho para convertir en creyentes a quienes fueron testigos de ello, y finalmente la mayor parte de ellos se hicieron miembros de la Iglesia.

Poco después de este suceso regresé a Fayette, Condado de Séneca. El Libro de Mormón (el palo de José en las manos de Efraín) ya tenía algún tiempo de haber sido publicado, y como lo predijo el profeta de la antigüedad, lo consideraron una obra extraña. Su aparición causó gran conmoción. Quienes creían en su autenticidad encontraron gran oposición y mucha persecución. Mas ahora la verdad había brotado de la tierra y la justicia había sido enviada desde los cielos; por tanto, no tuvimos temor de nuestros opositores, sabiendo que de nuestro lado teníamos a la verdad y la justicia, al Padre y al Hijo, porque teníamos la doctrina de Cristo y perseverábamos en ella. Seguimos, por tanto, predicando y proporcionando información a todos los que quisieran oír.

Durante la última semana de mayo, el ya citado Newel Knight vino a visitarnos en Fayette, y fue bautizado por David Whitmer. El día nueve de junio de 1830 tuvimos nuestra primera conferencia como Iglesia organizada. Eramos aproximadamente treinta personas, además de muchas otras que se congregaron con nosotros, que eran creyentes o tenían deseos de aprender. Después de comenzar con himno y oración, participamos de los emblemas del cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Luego procedimos a confirmar a quienes se habían bautizado recientemente, después de lo cual llamamos y ordenamos a varios hermanos a diversos oficios del sacerdocio. Se dieron muchas instrucciones y exhortaciones, y el Espíritu Santo se derramó sobre nosotros de manera milagrosa: muchos profetizaron, mientras que otros vieron los cielos abiertos, y fueron dominados a tal grado que tuvimos que colocarlos en camas y otros lugares apropiados. Entre ellos estaba el hermano Newel Knight, quien tuvo que ser puesto en una cama, pues no podía sostenerse. Según explicó después, no podía entender por qué lo recostamos sobre la cama, pues no sentía la menor debilidad. Sentía su corazón lleno de amor, de gloria y de gozo inefable, y podía percibir todo lo que pasaba en el salón; repentinamente, apareció ante él una visión del futuro. Vio la gran obra que todavía habría de efectuarse a través de mí; vio los cielos abiertos, y vio al Señor Jesucristo sentado a la diestra de la Majestad en las alturas, y se le dijo que vendría el tiempo en que sería admitido en su presencia para gozar de su compañía para siempre jamás. Cuando la fuerza se les restauró a estos hermanos, clamaron hosannas a Dios y al Cordero, y relataron las cosas gloriosas que habían visto y sentido mientras estaban todavía en el espíritu.

Tales acontecimientos inspiraron nuestros corazones con un gozo inexpresable, y nos hicieron rebosar de reverencia hacia ese Ser Todopoderoso, por cuya gracia habíamos sido llamados a ser instrumentos en llevar a efecto, para los hijos de los hombres, el goce de tan gloriosas bendiciones como las que ahora se derramaban sobre nosotros. El encontrarnos ocupados en el mismo orden de cosas que los apóstoles de la antigüedad; el saber la importancia y solemnidad de estos asuntos; y el vivir y sentir con nuestros propios sentidos naturales tales manifestaciones gloriosas de los poderes del sacerdocio, los dones y bendiciones del Espíritu Santo, y la bondad y condescendencia de un Dios misericordioso para con los que obedecen el evangelio sempiterno de nuestro Señor Jesucristo, se combinó para despertar en nosotros sentimientos de ferviente gratitud, e inspirarnos con mayor celo y energía en la causa de la verdad.

Poco después de esta conferencia, David Whitmer bautizó a las siguientes personas en el Lago Séneca: Juan Poorman, Juan Jolly, Julia Ana Jolly, Harriet Jolly, Jerusha Smith, Catalina Smith, Guillermo Smith, Don C. Smith, Pedro Rockwell, Carolina Rockwell y Electa Rockwell.

Después de la conferencia regresé a mi casa, y de ahí, en compañía de mi esposa, Oliverio Cowdery, Juan Whitmer y David Whitmer, fui a visitar de nuevo al señor Knight, de Colesville, Condado de Broome. En la región hallamos a un número de personas que aún creían y deseaban bautizarse. Fijamos una reunión para el domingo, y en la tarde del sábado hicimos una represa en un arroyuelo cercano, con el propósito de administrar allí la ordenanza del bautismo; pero en el transcurso de la noche se juntó una chusma que echó abajo nuestra represa, lo cual nos impidió efectuar el bautismo el domingo. Más tarde descubrimos que esa chusma había sido motivada a realizar ese acto de vandalismo por ciertos sacerdotes sectarios de la región, que empezaban a creer que su oficio peligraba, y armaron ese plan para detener el progreso de la verdad; y luego veremos con cuánta determinación persiguieron a su competencia, y con cuán pocos resultados. De nuevo llegó el domingo, y efectuamos nuestra reunión. Predicó Oliverio Cowdery, y otros dieron testimonio de la veracidad del Libro de Mormón, de la doctrina del arrepentimiento, el bautismo para la remisión de pecados, la imposición de manos para comunicar el don del Espíritu Santo, etc. Entre la congregación estaban los que habían destruido nuestra represa y parecían deseosos de causarnos problemas, pero no lo hicieron hasta que se terminó la reunión, momento en que empezaron a hablar con los que ellos consideraban partidarios nuestros, para tratar de ponerlos en contra nuestra y de nuestra doctrina.

Entre los muchos asistentes a esta reunión se encontraba una mujer llamada Emilia Coburn, hermana de la esposa de Newel Knight. El reverendo Shearer, clérigo de la te presbiteriana, que se consideraba el pastor de ella, comprendió que ella estaba a punto de creer en nuestra doctrina, y había venido un poco antes de la reunión a tratar de convencerla. Pero después de haber pasado un tiempo con ella sin poder persuadirla en nuestra contra, intentó hacer que fuera con él a la casa del padre de ella, que vivía a cierta distancia. Para esto había recurrido a una artimaña: le dijo que uno de sus hermanos la estaba esperando en cierto lugar para que lo acompañara. Tuvo éxito en apartarla de la casa una corta distancia pero, viendo ella que su hermano no la estaba esperando, se negó a continuar, tras lo cual él la sujetó del brazo para llevarla por la fuerza. Pero su hermana los alcanzó pronto, y como las dos mujeres juntas pudieron más que él, se vio forzado a escapar, sin haber logrado su objetivo después de tanto trabajo e inventiva. Pero sin desanimarse, fue a buscar al padre de ella y, por medio de tretas, indujo al anciano señor a darle autorización legal, la que hizo efectiva en cuanto terminó nuestra reunión, el mismo domingo por la tarde, y la llevó a la residencia de su padre claramente en contra de su voluntad. No obstante, todo su esfuerzo fue en vano, pues poco después Emilia Coburn fue bautizada y confirmada miembro de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

El lunes muy temprano estuvimos alerta, y antes de que nuestros enemigos se enteraran de nuestro proceder, reparamos la represa y Oliverio Cowdery bautizó a estas trece personas: Emma Smith, Ezequías Peck y su esposa, José Knight, padre, y su esposa, Guillermo Stringham y su esposa, José Knight, hijo, Aarón Culver y su esposa, Leví Hale, Polly Knight y Julia Stringham.

Antes de que se terminaran los bautismos empezó a reunirse otra vez la chusma, y antes de que nos retiráramos sumaban alrededor de cincuenta hombres. Rodearon la casa del señor Knight —a donde nos habíamos dirigido—, furiosos y aparentemente decididos a atacarnos físicamente. Algunos nos hacían preguntas, otros nos amenazaban, de modo que pensamos que era mejor marcharnos e irnos a la casa de Newel Knight. Hasta allá nos siguieron, y fue sólo por el ejercicio de gran prudencia de nuestra parte y el encomendarnos a nuestro Padre Celestial, que se abstuvieron de ejercer violencia sobre nosotros; y mientras permanecieron con nosotros nos vimos obligados a contestar sus preguntas inútiles y soportar insultos y amenazas sin fin.

Habíamos proyectado una reunión para esa tarde, con el fin de realizar la confirmación de los que se habían bautizado por la mañana. Se llegó la hora y casi todos nuestros amigos estaban reunidos cuando, para mi sorpresa, llegó un alguacil que traía una orden de arresto para mí, acusado de perturbar el orden público, de alborotar el lugar con la predicación del Libro de Mormón, etc. En cuanto fui arrestado, el alguacil me informó que el plan de quienes me hablan acusado era ponerme en manos de la chusma, la cual estaba al acecho, esperándome; pero que él estaba decidido a salvarme por haber encontrado que yo era una persona muy diferente a la que le habían descrito. Pronto supe que era cierto lo que él me había dicho, pues cerca de la casa del señor Knight, una turba rodeó el carro en que nos disponíamos a partir, aparentemente esperando sólo una señal del alguacil; pero para su gran decepción, éste fustigó al caballo y me sacó de su alcance.

Mientras nos alejábamos apresuradamente, una de las ruedas del carro se salió del eje, y con esto casi nos vimos rodeados de nuevo por ellos, pues nos habían venido siguiendo. Sin embargo, nos las arreglamos para reparar la rueda y una vez más los dejamos atrás. El alguacil me llevó al pueblo de South Bainbridge, Condado de Chenango, donde me alojé temporalmente en un cuarto del segundo piso de una taberna; y para que todo siguiera en orden con él y también conmigo, durmió toda la noche con los pies recargados contra la puerta y un mosquete cargado a un lado, mientras que yo ocupé la cama que se encontraba en el cuarto; me aseguré que si la chusma entraba ilícitamente, lucharía para defenderme hasta donde sus fuerzas se lo permitieran.

Al día siguiente se convocó una corte con el fin de investigar los cargos que se habían formulado en mi contra. Prevalecía una gran agitación por razón de las falsedades escandalosas que se habían circulado, cuya naturaleza se verá a continuación. Entretanto, mi amigo José Knight se había dirigido a dos de sus vecinos, los señores Santiago Davidson y Juan Reid, hacendados respetables, hombres renombrados por su integridad y versados en las leyes del país, a quienes pidió que me defendieran en el juicio.

Por fin empezó el proceso, al que asistió una multitud de espectadores que evidenciaban la creencia de que yo era culpable de todo lo que se me acusaba, y deseaban que fuera castigado por mis delitos.

Entre los muchos testigos que se llamaron en contra mía estaba el Sr. Josías Stoal, con quien mencioné haber trabajado por algún tiempo, y lo interrogaron de la manera siguiente:

—Dígame, ¿no es cierto que el prisionero José Smith tomó un caballo que le pertenecía a usted?

—Sí.

—¿No es cierto que lo hizo porque dijo que se le había aparecido un ángel que lo autorizó a llevarse el caballo?

—No, no me dijo tal cosa.

—Entonces, ¿cómo consiguió el caballo?

—Me lo compró, como lo hubiera hecho cualquier persona.

—¿Y ya recibió usted el dinero producto de la venta?

—Eso a usted no le importa!

Como se le insistió que diera una respuesta concreta, el testigo respondió:

—Tengo este pagaré por el precio del caballo, y lo considero como si fuese dinero, porque conozco bien a José Smith y sé que es un hombre honrado; y si él desea, estoy dispuesto a venderle otro caballo bajo las mismas condiciones.

Enseguida se llamó al Sr. Jonatán Thompson para interrogarlo:

— ¿No es verdad que el prisionero José Smith tomó un par de bueyes que le pertenecían a usted?

—Sí.

—¿No es cierto que lo hizo porque dijo que en una revelación se le mandó hacerlo?

—No, no mencionó ni una palabra de eso; me los compró, como lo hubiera hecho cualquier otra persona.

Luego de otros cuantos intentos semejantes la corte entró en receso por un tiempo, a fin de enviar por dos damas jóvenes, hijas del Sr. Stoal, con quienes me había asociado en ocasiones y, si fuera posible, sacar algo de ellas que pudiera convertirse en pretexto contra mí. Llegaron las señoritas, y se les interrogó detenidamente sobre mi reputación y comportamiento en general, pero especialmente sobre mi comportamiento hacia ellas en público y en privado. Pero ellas testificaron a mi favor, dejando a mis enemigos sin un solo argumento en mi contra. Todavía se hicieron otros intentos para comprobar algo en mi contra, incluso situaciones que supuestamente habían tenido lugar en el Condado de Broome, pero mis abogados no las admitieron como testimonio contra mí, resultando que mis perseguidores hicieron suspender la corte mientras conseguían una orden de arresto del Condado de Broome, la cual pusieron en vigor en cuanto fui absuelto.

El alguacil que trajo la orden de arresto más tardó en arrestarme que en empezar a insultarme y maltratarme; y fue tan desatento conmigo que, aunque yo había estado detenido todo el día en la corte sin comer desde la mañana, rápidamente me llevó al Condado de Broome, a una distancia aproximada de veinticuatro kilómetros, antes de permitirme tomar algún alimento. Me llevó a una taberna y ahí juntó a un grupo de hombres que de muchas maneras me insultaron, maltrataron y ridiculizaron. Escupían sobre mí, y me señalaban con el dedo, diciendo: “¡Profetiza; profetiza!”, imitando así, sin saberlo, a quienes crucificaron al Salvador del mundo.

Para esta hora no estábamos muy lejos de mi casa. Deseé que se me permitiera el privilegio de pasar la noche en casa, con mi esposa, y ofrecí toda garantía de que me presentaría al día siguiente, pero no se me permitió. Solicité que se me diera algo de comer. El alguacil pidió que me sirvieran unas migajas de pan y algo de agua, y ésa fue la única comida que tuve esa noche. Finalmente nos retiramos a dormir. El alguacil me hizo tenderme junto a la pared, y él se acostó junto a mí y me rodeó con el brazo, y al menor movimiento me apretaba con fuerza, temiendo que intentara escapar; y de este modo tan desagradable pasamos la noche.

Al día siguiente fui llevado ante la corte de Colesville, Condado de Broome, donde se me abrió juicio. Mis fieles amigos y abogados estaban de mi lado otra vez; mis perseguidores anteriores estaban listos en

mi contra. Se llamó e interrogó a muchos testigos, y algunos bajo juramento afirmaron los más palpables embustes, pero igual que los testigos falsos del día anterior, se contradijeron entre sí tan claramente que la corte no quiso admitir su testimonio. Se llamó a otros que mostraban un gran afán de probar algo contra mí, pero todo lo que pudieron lograr fue decir lo que otros les habían dicho que dijeran.

Por un tiempo considerable continuaron con este procedimiento frívolo y enfadoso, hasta que se llamó a Newel Knight y fue interrogado por el abobado Seymour, a quien habían mandado traer especialmente para la ocasión. Junto con él estaba un abogado de apellido Burch, pero el Sr. Seymour parecía ser un celoso presbiteriano, decidido a evitar que la gente fuera engañada por alguien que reclamara tener la eficacia de la piedad, y no sólo la apariencia.

Al Sr. Knight se le juramentó, y lo interrogó el Sr. Seymour de esta manera:

—Díganos, ¿es verdad que el prisionero José Smith echó el demonio de usted?

—No, señor.

—¿Cómo dice? ¿Es que no echaron el demonio fuera de usted?

—Sí, señor.

—¿Y no tuvo algo qué ver en eso José Smith?

—Sí, señor.

—¿Pero no echó el demonio fuera de usted?

—No, señor; eso lo hizo el poder de Dios, y el instrumento en las manos de Dios fue José Smith. El mandó al demonio que saliera de mí, en el nombre de Jesucristo.

—¿Y está usted seguro de que era el demonio?

—Sí, señor.

—¿Lo vio usted cuando lo echaron de usted?

—Sí, señor; lo vi.

—Dígame cómo era, por favor.

Uno de mis defensores le indicó al testigo que no estaba obligado a contestar esa pregunta. El testigo respondió:

—Creo que no estoy obligado a responder a su última pregunta, pero lo haré si primero me permite preguntarle algo a usted, y usted me responde: Sr. Seymour, ¿comprende usted las cosas espirituales?

—No; no pretendo saber cosas tan elevadas.

—Entonces no tendría caso decirle cómo era el demonio, ya que fue una visión espiritual, percibida espiritualmente, y si se lo explicara, no lo comprendería.

El abogado agachó la cabeza, mientras que las carcajadas de la audiencia proclamaban su desconcierto.

Ahora el Sr. Seymour se dirigió a la corte, y en una extensa y violenta arenga se esforzó por denigrar mi reputación y demostrarme culpable de los cargos que había contra mí. Entre otras cosas, trajo a colación la historia de que yo había sido un caza-fortunas; y así siguió, evidentemente con la esperanza de predisponer contra mí a la gente y a la corte.

Tocó el turno a mis defensores, el Sr. Davidson y el Sr. Reid. En su intervención pusieron en claro la naturaleza de esta persecución, la malevolencia de su propósito y la intención evidente de condenar a su defendido, en lugar de procurarle justicia. Examinaron los diferentes argumentos usados por los otros abogados, mostrando su absoluta inutilidad y uso indebido, y procedieron entonces a escudriñar la evidencia presentada, y dieron gracias a Dios de que se habían empeñado en una causa justa, como la de defender a un hombre cuya reputación pudo soportar una investigación tan rigurosa. En efecto, aunque estos hombres no eran abogados profesionales, en esta ocasión fueron capaces de silenciar a sus contrincantes y convencer a la corte de mi inocencia. Hablaron como hombres inspirados de Dios,

mientras quienes estaban contra mí temblaban al sonido de sus voces, y se acobardaron ante ellos como criminales ante un tribunal.

La mayor parte de la multitud ahí presente empezó a darse cuenta de que no podía acusármese de nada. Hasta el alguacil que me arrestó y me trató tan mal, vino y me pidió disculpas y que le perdonara su conducta para conmigo; y su actitud cambió tanto que me confió que la chusma estaba determinada, si la corte me exoneraba, a atraparme, y a embrearme y emplumarme; pero que él estaba dispuesto a ayudarme a salir de ahí por una ruta secreta.

La corte concluyó que los cargos eran falsos. Por consiguiente, fui absuelto, para la gran satisfacción de mis amigos y disgusto de mis enemigos, que todavía querían importunarme. Pero mediante la intervención de mi nuevo amigo, el alguacil, pude escapar de ellos y llegar con seguridad a la casa de la hermana de mi esposa, donde mi esposa esperaba con zozobra el resultado de esos impíos procesos, y en su compañía llegué al día siguiente con toda seguridad a mi casa

Luego de unos pocos días volví a Colesville acompañado de Oliverio Cowdery, para poder confirmar a quienes fuimos forzados a abandonar por un tiempo. Apenas habíamos llegado a la casa del señor Knight, cuando la chusma empezó a juntarse para oponérsenos, y creímos prudente irnos a casa, lo cual hicimos sin siquiera tomar alimento alguno. Nos siguieron nuestros enemigos, y con dificultad los eludimos. No obstante, logramos llegar a casa después de haber viajado toda la noche, con excepción de un breve lapso durante el cual tuvimos que descansar bajo un árbol grande a la orilla del camino, vigilando y durmiendo por turnos.

Así éramos perseguidos por causa de nuestra fe religiosa, en un país en que la Constitución garantiza a todo hombre el derecho de adorar a Dios conforme a los dictados de su propia conciencia, y por hombres que, además, eran profesores de religión, y que no vacilaban en reclamar para sí mismos la libertad religiosa, aunque podían negárnosla sin motivo. Por ejemplo, Ciro McMaster, un presbiteriano con un alto puesto en su iglesia, era uno de los principales instigadores de estas persecuciones, y en una ocasión personalmente me dijo que él me consideraba culpable sin necesidad de juez o jurado. El célebre Dr. Boyington, presbiteriano también, era otro de los instigadores de estas acciones de ultraje; mientras que un joven de apellido Benton, de la misma fe religiosa, fue quien motivó mi primer arresto. También podría mencionar a muchos otros, pero para ser breve con éstos es suficiente por ahora.

Debo decir, sin embargo, que en medio de todas las pruebas y tribulaciones que teníamos que sobrellevar, el Señor, conociendo bien nuestra delicada y tierna situación, nos proveyó de fortaleza, y nos dio “línea sobre línea, precepto tras precepto”, de lo cual lo que sigue fue un delicioso bocado: Véase Moisés, Capítulo 1, en La Perla de Gran Precio.

Mientras tanto, y pese a la furia de nuestros enemigos, recibimos mucha consolación y sucedieron muchas cosas que fortificaron nuestra fe y animaron nuestros corazones.

Tras nuestra partida de Colesville después del juicio, los hermanos de la Iglesia ahí, como era de esperarse, estaban deseosos de que los visitáramos de nuevo; y durante ese tiempo la hermana Knight, esposa de Newel Knight, tuvo un sueño por el que supo que los visitaríamos ese día, lo cual efectivamente sucedió, pues unas horas después llegamos ahí; y de esta manera se acrecentó grandemente nuestra fe en los sueños y visiones en estos últimos días, tal como lo predijo el antiguo profeta Joel; y aunque por ahora éramos forzados a huir de nuestros enemigos para buscar seguridad, confiábamos en que finalmente saldríamos victoriosos si tan sólo seguíamos fieles a Aquél que nos llamó de las tinieblas a la maravillosa luz del evangelio sempiterno de nuestro Señor Jesucristo.

Al poco tiempo de haber vuelto a casa, recibimos los siguientes mandamientos: Véase Doctrina y Convenios, Secciones 24-26.

Poco después de recibir estas revelaciones, Oliverio Cowdery regresó a la casa del señor Pedro Whitmer, padre, y yo comencé a copiar y poner en orden las revelaciones que de cuando en cuando habíamos recibido, para lo cual me ayudó Juan Whitmer, que ahora residía conmigo.

Estando ocupado en esta obra que me había asignado mi Padre Celestial, recibí una carta de Oliverio Cowdery, cuyo contenido me llenó de pesar e inquietud. Al no tener esa carta ahora en mi poder, no puedo citarla por completo aquí, pero doy un resumen de sus partes más importantes que todavía puedo

recordar y recordaré, creo, por mucho tiempo. Me escribió para decirme que había descubierto un error en uno de los mandamientos —del libro de Doctrina y Convenios:

“...y verdaderamente manifiesten por sus obras que han recibido del espíritu de Cristo para la remisión de sus pecados...”

La cita anterior, me dijo, es errónea, y añadió:

“¡Te mando en el nombre de Dios que quites esas palabras, para que no haya supercherías sacerdotales entre nosotros!”

De inmediato le escribí, preguntándole con qué autoridad me mandaba alterar o borrar, añadir o quitar de una revelación o mandamiento proveniente de Dios Todopoderoso.

Pocos días después lo visité a él y a la familia del Sr. Whitmer, y encontré que toda la familia compartía su opinión sobre la cita mencionada, y no fue sino con mucha labor y perseverancia que pude convencerlos de razonar calmadamente sobre el asunto. Sin embargo, Christian Whitmer se convenció finalmente de que la cita era correcta y de acuerdo con las Escrituras, y con su ayuda por fin logré que tanto la familia Whitmer como Oliverio Cowdery, reconocieran que estaban en un error, y que la cita discutida concordaba con el resto del mandamiento. Y así fue extirpado este error que, habiendo nacido de la presunción y juicios precipitados, consecuentemente nos enseñó a todos y cada uno de nosotros (una vez aclarado) la necesidad de ser humildes y mansos delante del Señor, para que El pudiera enseñarnos sus vías, y nosotros pudiéramos andar por su senda y vivir de toda palabra que sale de su boca.

Al principiar el mes de agosto, Newel Knight y su esposa vinieron a visitarnos a mi casa en Harmony, Pennsylvania. Y como ni su esposa ni la mía habían sido confirmadas todavía, se propuso que las confirmáramos y participáramos juntos del sacramento antes de que se marcharan él y su esposa. Para hacer los preparativos salí a conseguir vino para la ocasión, pero sólo había caminado una corta distancia cuando me encontró un mensajero celestial, y recibí la siguiente revelación, de la cual se escribieron los primeros cuatro párrafos entonces, y el resto al mes siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 27.

Obedeciendo el mandamiento anterior, preparamos vino de nuestra propia hechura y efectuamos la reunión, siendo sólo cinco personas:

Newel Knight y su esposa, yo y mi esposa, y Juan Whitmer. Participamos del sacramento, tras lo cual confirmamos a estas dos hermanas, y pasamos una tarde maravillosa. El Espíritu Santo se derramó sobre nosotros, alabamos al Señor Dios y nos regocijamos grandemente.

Más o menos en este tiempo comenzó otra vez a manifestarse la persecución contra nosotros en los alrededores de donde ahora vivíamos, y la inició un hombre de la secta metodista, que profesaba ser ministro de Dios. Este hombre se había enterado de que mi suegro y su familia nos habían prometido protección y tenían una actitud inquisitiva y favorable hacia la obra; y sabiendo que si podía volverlos en mi contra, mis amigos en ese lugar serían muy pocos, visitó a mi suegro y le contó mentiras sobre mí de la más vergonzosa naturaleza, lo cual volvió en nuestra contra al anciano señor y su familia, de modo que ya no estuvieron dispuestos a protegernos ni a creer en nuestra doctrina.

Hacia fines de agosto visité la Iglesia en Colesville, Nueva York, en compañía de Juan y David Whitmer, y mi hermano Hyrum Smith. Conociendo bien la enemistad de nuestros opositores en ese lugar, y sabiendo también que era nuestro deber visitar a los hermanos de la Iglesia, suplicamos a nuestro Padre Celestial en poderosa oración, que nos concediera la oportunidad de reunirnos con ellos; que cegara los ojos de nuestros enemigos para que no nos reconocieran; y que por esta vez pudiéramos regresar sin ser molestados. Nuestras oraciones no fueron en vano, pues cuando ya estábamos a poca distancia de la casa del Sr. Knight, nos encontramos con una cuadrilla numerosa que estaba reparando el camino, en la que vimos a varios de nuestros peores enemigos. Nos miraron atentamente, pero no nos reconocieron y pasamos sin problemas. Esa tarde congregamos a los hermanos de la Iglesia y los confirmamos, participamos del sacramento y, en pocas palabras, tuvimos una reunión gozosa, con razones de sobra para regocijarnos en el Dios de nuestra salvación, y cantamos hosannas a su santo nombre. A la mañana siguiente nos pusimos en camino de regreso a casa y, a pesar de que nuestros enemigos habían ofrecido una recompensa de cinco dólares a cualquiera que les proporcionara información sobre nuestra llegada a Colesville, pudimos salir de la región sin la menor molestia y llegamos a casa sanos y salvos. Sin embargo, pocos días después vino a mi casa Newel Knight y por él supimos que apenas habíamos partido

cuando la chusma se enteró de que habíamos estado ahí, e inmediatamente se juntaron, y amenazaron a los hermanos y estuvieron molestándolos mucho todo ese día.

Mientras tanto, el hermano Knight había traído su carro y se disponía a llevar a mi familia a Fayette, Nueva York. El Sr. Whitmer nos había invitado a ir a vivir con él, por haber oído de la persecución que sufríamos en Harmony, Pennsylvania; y en el transcurso de la última semana de agosto llegamos a Fayette, entre grandes muestras de afecto de parte de nuestros hermanos y amigos.

Mas para nuestro pesar, pronto nos dimos cuenta de que Satanás continuaba acechando sin cesar. El hermano Hiram Page tenía en su posesión cierta piedra, mediante la cual había recibido algunas ‘revelaciones’ concernientes a la edificación de Sión, el orden de la Iglesia, etc., todo lo cual era contrario al orden de la casa de Dios tal como lo establecía el Nuevo Testamento, así como nuestras últimas revelaciones. Como se había fijado una conferencia para el veintiséis de septiembre, pensé que sería prudente conversar con los hermanos sobre el tema, hasta que se llegara la conferencia. Pero viendo que muchos creían absolutamente las revelaciones que se habían recibido mediante esta piedra, especialmente Oliverio Cowdery y la familia Whitmer, pensamos que era mejor preguntar al Señor sobre un asunto tan importante, y antes de la conferencia recibimos lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Secciones 28 y 29.

Por fin se inició nuestra conferencia. Se discutió el tema de la piedra mencionada, y luego de un estudio considerable, el hermano Page y el resto de los de la Iglesia ahí presentes renunciaron a la piedra y todo lo relacionado con ella, para nuestro gozo y satisfacción. Entonces participamos del sacramento, ordenamos y confirmamos a muchos, y durante los tres días de la conferencia atendimos muchos asuntos de la Iglesia, y Dios nos manifestó gran poder; el Espíritu Santo nos visitó y nos llenó de un gozo inmenso; y abundaban entre nosotros la paz, la fe, la esperanza y la caridad.

Antes de retirarnos recibimos lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 30.

Durante esa conferencia, que duró tres días, prevaleció la mayor armonía, y todo se resolvió satisfactoriamente para todos los presentes, y todos los santos manifestaron el deseo de salir y publicar los grandes y gloriosos principios de verdad que nuestro Padre Celestial había revelado. Durante la conferencia se bautizó un número de personas, y la palabra del Señor se difundió.

Ahora varios élderes manifestaban un gran interés respecto al resto de la casa de José, los lamanitas que se encontraban en el oeste, sabiendo de los grandes propósitos de Dios en cuanto a ese pueblo, con la esperanza de que se llegara el tiempo en que empezaran a cumplirse las promesas del Todopoderoso en relación con ellos, y que recibieran el evangelio y gozaran de sus bendiciones.

Fue tan grande su deseo, que estuvimos de acuerdo en preguntar al Señor sobre la conveniencia de enviar entre ellos a algunos de los élderes. Preguntamos y recibimos lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 32.

Al recibir esta revelación, inmediatamente se hicieron preparativos para el viaje de los hermanos llamados en ella, hacia las fronteras de los lamanitas, y se les dio una copia de la revelación. Se despidieron de sus hermanos y amigos, e iniciaron su viaje, predicando por el camino, dejando tras ellos su testimonio, levantando sus voces en son de trompeta en las diferentes poblaciones por donde pasaron. Continuaron su viaje hasta que llegaron a Kirtland, Ohio, donde se quedaron algún tiempo, pues en ese lugar y sus alrededores había un gran número de personas que creyeron su testimonio y vinieron a ellos con el propósito de obedecer el evangelio. En ese grupo estaba el Sr. Sidney Rigdon, y gran parte de la iglesia que él dirigía.

Con anterioridad a esto, el Elder Parley P. Pratt había sido predicador junto con el Sr. Rigdon, en la misma iglesia, y había vivido en el pueblo de Amherst, Condado de Loraine, en Ohio, y lo habían enviado a una misión en el Estado de Nueva York, donde se había enterado de la aparición del Libro de Mormón, y había conocido a José Smith y a otros miembros de la Iglesia. El creía que en la iglesia a la que antes había pertenecido había muchos que buscaban sinceramente la verdad, lo cual lo motivó a visitar a sus amigos durante su viaje al oeste, y hacerles saber las grandes cosas que el Señor había hecho.

La primera casa que visitaron en el área de Kirtland fue la del Sr. Rigdon, y luego del saludo acostumbrado le presentaron el Libro de Mormón, declarándole que era una revelación de Dios. Esa era la primera vez que él había visto u oído del Libro de Mormón, y se sorprendió mucho por esa declaración, y

respondió que él tenía la Biblia, de la que afirmaba tener algo de conocimiento y creía que era una revelación de Dios; pero en cuanto al libro que ahora le mostraban, reconocía que lo dudaba mucho. Entonces ellos le expresaron que deseaban estudiar y discutir el tema con él. Pero él contestó: “No, señores, no necesitan discutir este asunto conmigo; pero leerá su libro y verá qué efecto tiene en mi fe, y trataré de indagar si es o no una revelación de Dios”.

Después de conversar un poco más, le indicaron que deseaban poner el asunto a consideración de la gente de la iglesia de él, y le solicitaron el privilegio de predicar en la capilla del Sr. Rigdon, a lo cual accedió de buena gana. Esto se hizo saber a la gente y se reunió una gran congregación. En la reunión tomaron la palabra Oliverio Cowdery y Parley P. Pratt, en sucesión. Al terminar la reunión, el Sr. Rigdon se levantó y dijo a la congregación que las cosas que habían escuchado esa noche eran de una naturaleza extraordinaria, y que era necesario que se les considerase muy seriamente; y así como el Apóstol Pablo aconsejó a sus hermanos: “Examinadlo todo; retened lo bueno”, él los exhortaba a hacer lo mismo e investigar cuidadosamente el asunto, y no desecharlo antes de estar plenamente convencidos de que era un engaño, no fuera que tal vez se opusieran a la verdad.

A pocos kilómetros de la casa del Sr. Rigdon en Mentor, vivía un grupo de miembros de su iglesia, en la ciudad de Kirtland. Vivían todos juntos y tenían todas las cosas en común —y de eso vino la idea de que así se practicaba en la Iglesia de Jesucristo. A ese lugar se dirigieron los élderes inmediatamente y les anunciaron el evangelio con gran éxito, pues muchos de ellos recibieron su testimonio, y diecisiete de ellos se bautizaron.

Al mismo tiempo, los élderes visitaban al Sr. Rigdon ocasionalmente, y lo encontraban leyendo el Libro de Mormón con mucho interés, pidiendo al Señor que lo guiara, y meditando las cosas que había oído y leído; y después de dos semanas de que el libro había llegado a sus manos, estuvo completamente convencido de la verdad de la obra gracias a una revelación de Jesucristo, que recibió de manera extraordinaria, por lo que pudo exclamar: “No me lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”. Por lo tanto, él y su esposa se bautizaron en la Iglesia de Jesucristo, y unidos con los que habían sido bautizados previamente, formaron en esa parte de Ohio una rama pequeña de la Iglesia, de aproximadamente veinte miembros.

Con tan grandes logros, los hermanos con destino a las fronteras de los lamanitas se despidieron afectuosamente de los santos de Kirtland y sus alrededores; y después de añadir a su grupo a uno de los nuevos conversos, el Dr. Federico G. Williams, siguieron gozosos su camino.

El Señor, que siempre está dispuesto a instruir a quienes diligentemente buscan con fe, nos dio en Fayette, Nueva York, la siguiente revelación: Véase Doctrina y Convenios, Sección 33.

A principios de noviembre, Orson Pratt, un joven de diecinueve años de edad que se había bautizado luego de la primera prédica de su hermano, Parley P. Pratt, el diecinueve de septiembre (el día de su cumpleaños), unas seis semanas antes, en Canaán, Nueva York, vino para indagar del Señor en cuanto a su deber, y recibió la siguiente respuesta: Véase Doctrina y Convenios, Sección 34.

En diciembre vino Sidney Rigdon para saber qué deseaba de él el Señor, y con él vino Eduardo Partridge, éste último un ejemplo de piedad y uno de los grandes hombres del Señor. Poco después de la llegada de estos dos hermanos, así habló el Señor: Véase Doctrina y Convenios, Sección 35.

Sería oportuno hacer notar aquí que el Señor alentó y fortaleció enormemente la fe de su pequeño rebaño, que había abrazado la plenitud de su evangelio sempiterno tal como se le reveló mediante el Libro de Mormón, y le dio mayor información acerca de las Escrituras, una traducción de las cuales ya se había comenzado. Con frecuencia se oían conversaciones y muchas conjeturas entre los santos, en cuanto a los libros que se mencionan en varias partes del Antiguo y Nuevo Testamento, los cuales ahora no se encuentran por ningún lado. El comentario usual era: “Son libros perdidos”; pero parece que la Iglesia en el tiempo de los apóstoles tenía algunos de estos escritos, ya que Judas menciona o cita de la profecía de Enoc, séptimo desde Adán. Para el regocijo del pequeño rebaño que en total, desde Colesville hasta Canandaigua, Nueva York, sumaba alrededor de setenta miembros, el Señor reveló los siguientes acontecimientos de los tiempos antiguos, de la profecía de Enoc: Véase Moisés, Capítulo 7, en La Perla de Gran Precio.

Después de darnos las palabras de Enoc, el Señor nos dio el siguiente mandamiento: Véase Doctrina y Convenios, Sección 37.

KIRTLAND

1831

CRECIMIENTO RÁPIDO

El año 1831 se inició con una perspectiva grande y gloriosa para el bienestar del reino, pues el dos de enero de 1831 se realizó una conferencia en la ciudad de Fayette, Nueva York, en la cual se dio trámite a los asuntos habituales de la Iglesia y se recibió, además, la siguiente revelación: Véase Doctrina y Convenios, Sección 38.

Poco después de haber terminado esta conferencia del dos de enero, vino a verme un hombre llamado Santiago Covill, quien había sido ministro bautista por casi cuarenta años, e hizo convenio con el Señor de que obedecería cualquier mandamiento que El le diera por mi conducto, como su siervo, y recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 39.

Por cuanto Santiago Covill rechazó la palabra del Señor y volvió a sus prácticas y compañeros anteriores, el Señor nos dio a mí y a Sidney Rigdon la siguiente revelación, explicando la razón por la que no había obedecido la palabra: Véase Doctrina y Convenios, Sección 40.

A finales de enero me dirigí a Kirtland, Ohio, en compañía de mi esposa y los hermanos Sidney Rigdon y Eduardo Partridge, llegando allá a principios de febrero; y fuimos recibidos muy amablemente en la casa del hermano Newel K. Whitney. Mi esposa y yo vivimos con la familia del hermano Whitney por varias semanas, y recibimos toda la atención y amabilidad que se podía esperar, especialmente de la hermana Whitney.

Los hermanos de la rama de la Iglesia en esta parte de la viña del Señor, que se había incrementado hasta casi llegar a los cien miembros, se esforzaban por hacer la voluntad del Señor hasta donde la conocían, aunque algunas ideas extrañas y espíritus falsos se habían introducido sigilosamente entre ellos. Con un poco de prudencia y algo de sabiduría, pronto ayudé a los hermanos y hermanas a vencer esos problemas. El plan de “bienes en común”, que había existido en lo que llamaban “la familia”, cuyos miembros en general habían aceptado el evangelio sempiterno, se abandonó enseguida en preferencia por la ley más perfecta del evangelio; y mediante la luz de la revelación se discernieron y rechazaron los falsos espíritus.

El Señor dio a la Iglesia lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 41.

El nueve de febrero de 1831, en Kirtland, en la presencia de doce élderes y en cumplimiento de la promesa previamente expresada, el Señor dio la siguiente revelación: Véase Doctrina y Convenios, Sección 42.

Poco tiempo después de que se recibió la revelación anterior, se presentó una mujer con grandes pretensiones de revelar mandamientos, leyes y otras cosas curiosas; y como casi toda persona tiene seguidores en teoría y en práctica sobre nociones de cada época, se hizo necesario inquirir del Señor, por lo que recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 43.

A fines de febrero recibí la siguiente revelación, que motivó que la Iglesia fijara una conferencia para principios del siguiente mes de junio: Véase Doctrina y Convenios, Sección 44.

En esta etapa de la Iglesia [al principiar la primavera de 1831] se publicaron en los periódicos muchos informes falsos, mentiras y disparates, y se circularon por todas partes, para evitar que la gente investigara sobre la obra o aceptara la fe. Algunos periódicos satirizaron un gran terremoto que hubo en China, en el cual murieron entre mil y dos mil habitantes, con el título: “El mormonismo en China”. Pero para el gozo de los santos, que tenían que luchar contra todo lo que el prejuicio y la maldad podían inventar, recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 45.

Al día siguiente de haber recibido lo anterior, también recibí la siguiente revelación, relativa a los dones del Espíritu Santo: Véase Doctrina y Convenios, Sección 46.

El mismo día que recibí la revelación anterior, recibí también lo siguiente, que nombraba a Juan Whitmer como historiador, si es fiel: Véase Doctrina y Convenios, Sección 47.

Al preguntar al Señor qué debían hacer los hermanos en cuanto a la compra de terrenos para establecerse, y dónde debían ubicarse en forma permanente, recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 48.

Más o menos en ese tiempo vino Lemán Copley, uno de la secta llamada los cuáqueros tembladores, y aceptó la plenitud del evangelio sempiterno, aparentemente con sinceridad, pero todavía con la idea de que los cuáqueros tenían la razón en algunos detalles de su fe. Para poder tener una mejor comprensión de este asunto, pregunté al Señor, y recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 49.

No mucho después de haber recibido lo anterior, empezaron a llegar los santos que venían del Estado de Nueva York, y se vio que era necesario instalarlos; por tanto, a solicitud del Obispo Partridge, pregunté, y recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 51.

El tres de junio llegaron los élderes de las varias partes del país en que estaban laborando. Se inició en Kirtland la conferencia que se había fijado, y el Señor mostró su poder, para la completa satisfacción de los santos. Se reveló el hombre de pecado, y por primera vez se manifestó y se confirió la autoridad del Sacerdocio de Melquisedec sobre varios de los hermanos. Era evidente que el Señor nos daba poder en proporción a la obra que había que hacer; y fuerza, a la medida de la carrera que teníamos por delante; y su ayuda y gracia, según nuestra necesidad. Prevalecía la armonía; varios hermanos fueron ordenados; la fe se fortaleció; y caracterizaba a los santos la humildad, tan necesaria para recibir mediante oración las bendiciones de Dios.

Un día después recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 52.

Casi tan pronto de haber recibido lo anterior, a petición de Algernon Sidney Gilbert, pregunté, y recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 53.

Los hermanos de la rama de la Iglesia en Thompson, por razón de haber quebrantado el convenio y no saber qué hacer, enviaron a Newel Knight y otros élderes para pedirme que consultara al Señor por ellos; y lo que se me indicó fue lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 54.

En cuanto recibí lo anterior, vino el Elder Tomás B. Marsh para saber qué debía hacer, pues el Elder Esdras Thayre, su compañero en el ministerio, no podría estar listo para su misión al mismo tiempo que él (Marsh); pregunté al Señor, y recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 56.

El diecinueve de junio, acompañado de Sidney Rigdon, Martín Harris, Eduardo Partridge, Guillermo W. Phelps, José Coe, Algernon S. Gilbert y su esposa, salí de Kirtland, Ohio, en dirección a la tierra de Misuri, de conformidad con el mandamiento antes recibido, donde se nos prometió que si éramos fieles nos sería revelada la tierra de nuestra herencia, aun el lugar para la ciudad de la Nueva Jerusalén. Viajamos en carro, botes fluviales y diligencias, hasta Cincinnati, donde me entrevisté con el reverendo Walter Scott, uno de los fundadores de los campbelitas o Iglesia de la Nueva Luz. Antes de que terminara nuestra entrevista, puso de manifiesto uno de los espíritus más enconados contra la doctrina del Nuevo Testamento (la de que “estas señales seguirán a los que creen”, tal como se encuentra en Marcos, capítulo 16) que jamás he visto entre los hombres. Salimos de Cincinnati en un barco de vapor, y desembarcamos en Louisville, Kentucky, donde nos detuvimos por tres días en espera de un vapor que nos llevara a San Luis. En San Luis, yo, los hermanos Harris, Phelps, Partridge y Coe, nos dirigimos a pie hacia Independence, Condado de Jackson, Misuri, a donde llegamos casi a mediados de julio, y el resto de la compañía llegó en barco pocos días después. A pesar de las maldades y abominaciones de los tiempos, y el mal espíritu que en muchos lugares y entre personas diversas se manifestaba contra nosotros por razón de nuestra creencia en el Libro de Mormón, el Señor seguía otorgándonos día a día su atento cuidado y amorosa bondad; hicimos una regla de orar y leer un capítulo de la Biblia siempre que teníamos oportunidad; y esas ocasiones de adoración nos dieron gran consolación.

El encuentro con nuestros hermanos, que habían esperado con ansias nuestra llegada, fue glorioso y provocó muchas lágrimas de gozo. Era bueno y placentero que nos reuniéramos con el espíritu de unidad. Pero nuestras reflexiones eran muchas, dado que veníamos de una sociedad bastante avanzada en el este, y nos encontrábamos en los confines de los límites occidentales de los Estados Unidos, contemplando la vasta desolación de aquellos que todavía estaban en tinieblas. Qué natural era observar la degradación, la carencia de intelecto cultivado, la ferocidad, los celos de un pueblo que estaba retrasado casi un siglo, y sentir compasión hacia los que vivían sin los beneficios de la civilización, el refinamiento o la religión. Sí,

y exclamar en el lenguaje de los profetas: “¿Cuándo florecerá el desierto como la rosa? ¿Cuándo se edificará Sión en su gloria, y dónde estará tu templo, al que vendrán todas las naciones en los últimos días?” Nuestra ansiedad pronto se dispó al recibir lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 57.

El primer día de reposo después de nuestra llegada al Condado de Jackson, el hermano Guillermo W. Phelps predicó a una congregación del oeste, en los límites de los Estados Unidos, en la que estaban presentes representantes de todas las familias de la, Tierra, Sem, Cam y Jafet; varios lamanitas o indios (representantes de Sem); un buen número de negros (descendientes de Cam); y el resto estaba integrado por ciudadanos del territorio vecino que se presentaban a sí mismos como pioneros del oeste. En esta reunión se bautizaron dos personas que previamente habían creído en la plenitud del evangelio.

En el transcurso de esta semana llegaron los hermanos de la rama de Colesville, mencionados en la parte final de la última revelación, junto con Sidney Rigdon, Sidney Gilbert y su esposa, y los Elderes Morley y Booth. Yo recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 58.

El dos de agosto ayudé a la rama de la Iglesia de Colesville a colocar el primer tronco para una casa, como fundamento de Sión en el poblado de Kaw, veinte kilómetros al oeste de Independence. Llevaron y colocaron el tronco doce hombres, en honor a las doce tribus de Israel. Al mismo tiempo, mediante oración se dedicó y consagró la tierra de Sión, por el Elder Sidney Rigdon, para el recogimiento de los santos. Fue una ocasión de gozo para los presentes, y nos dio la oportunidad de vislumbrar el futuro, esa época que ha de sobrevenir para satisfacción de los fieles.

Por haber recibido el mandamiento de que el Elder Sidney Rigdon escribiera una descripción de la tierra de Sión, reunimos toda la información necesaria para cumplir tan agradable asignación. La región es distinta a los estados arbolados del este. Tanto como la vista lo permite, se pueden divisar las hermosas praderas onduladas como si fueran un mar de prados, adornados con flores tan coloridas y variadas que hacen imposible toda descripción. Y en esos prados floridos no existe algo más fructífero o una inversión más rica que la colmena. Allí se encuentran árboles solamente junto a las corrientes de agua. Crecen en zonas que son de kilómetro y medio a cinco de ancho y, siguiendo fielmente el recorrido serpenteante de las aguas, forman bosques magníficos. Estos están compuestos de robles, diversos tipos de nogales, olmos, fresnos, cerezos, acacias, moreras, cafetos, almeces, bojes y tulipaneros, además de álamos, pacanas y arces de madera dura y blanda, en los llanos; los arbustos son hermosos y consisten de ciruelos, vides, manzanos silvestres y varios otros.

El suelo es bueno, con una capa de tierra fértil de noventa centímetros a tres metros de profundidad, y generalmente está compuesto de tierra negra mezclada con algo de arcilla y arena. Produce en abundancia trigo, maíz, papas, algodón y otros muchos productos agrícolas. Hay abundante cantidad de caballos, ganado vacuno y cerdos, aunque de raza inferior, los cuales no parecen necesitar otro alimento que el que les ofrecen las vastas praderas en el verano y los pastos de los valles en el invierno. La caza, naturalmente, es menos abundante donde el hombre ha iniciado el cultivo del suelo que en las extensiones despobladas. En esta región viven a su placer bisontes, alces, ciervos, osos, lobos, castores y otros animales más pequeños. Entre la rica abundancia que puebla las encantadoras zonas de esta buena tierra, herencia de los hijos de Dios, se encuentran también pavos, gansos, cisnes, patos, y una variedad de otras aves.

El clima es suave y agradable durante casi tres cuartas partes del año, y como la tierra de Sión está situada a aproximadamente la misma distancia del Atlántico que del Pacífico, así como de las Montañas Allegheny y Rocosas, a los treinta y nueve grados de latitud norte, y entre los dieciséis y diecisiete grados de longitud oeste, es de esperar que —una vez que la maldición sea quitada de la tierra— llegue a ser uno de los lugares más bendecidos del globo. Los inviernos son más suaves que en los estados que están junto al Atlántico sobre el mismo paralelo, y el clima es mejor; si, en la misma forma, las virtudes de los pobladores fueran tantas como las bendiciones con las cuales corona el Señor la laboriosidad de los habitantes, entonces habría allí una porción de las cosas buenas de la vida para el beneficio de los santos, una porción que abundara y rebosara hasta centuplicarse. Las desventajas del área son las de todo lugar que recién empieza a poblarse: falta de fábricas y escuelas, y las privaciones naturales que desaparecen ante la industria, el refinamiento de la sociedad humana y la ciencia.

Mas todos estos impedimentos se desvanecen al venir a la memoria lo que han dicho los profetas concerniente a Sión en los últimos días: que vendrá a ella la gloria del Líbano, el abeto, el pino y el cedro

juntamente, para embellecer el lugar del santuario del Señor, y hacer glorioso el estrado de sus pies: donde habrá oro en lugar de bronce, plata en lugar de hierro, bronce en lugar de madera fina, y en lugar de piedras labradas, hierro; donde habrá para los justos banquete de animales engordados; sí, cuando el esplendor del Señor se ofrezca a la vista de su pueblo y la vana gloria del mundo se desvanezca.

El tres de agosto, procedí a dedicar el lugar para el templo, al oeste de Independence, y también estuvieron presentes Sidney Rigdon, Eduardo Partridge, G. W. Phelps, Oliverio Cowdery y Martín Harris. La ocasión fue solemne e impresionante.

El día cuatro asistí a la primera conferencia en la tierra de Sión. Se efectuó en la casa del hermano Josué Lewis, en el poblado de Kaw; asistieron los hermanos de la rama de Colesville. El Espíritu del Señor estuvo ahí.

El día siete concurrí al funeral de la hermana Polly Knight, esposa de José Knight, padre. Esta fue la primera defunción ocurrida en la Iglesia en esta zona, y puedo decir que un miembro fiel descansa en el Señor hasta la resurrección.

También entonces recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Secciones 59 y 60.

El día nueve, en compañía de diez élderes, partí del desembarcadero de Independence en dirección a Kirtland. Ibamos en canoa, río abajo, y el primer día llegamos hasta Fort Osage, donde como cena comimos un excelente pavo silvestre. No ocurrió nada de importancia hasta el tercer día, cuando se nos pusieron de manifiesto muchos de los peligros tan comunes en las aguas del oeste; y después de acampar en la riberas del río, el hermano Phelps, en una visión a plena luz del día, vio al destructor manifestarse en su horrible poder, marchando sobre la superficie de las aguas; otros oyeron el ruido, aunque no vieron la visión.

A la mañana siguiente, después de orar recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 61.

El día trece [de agosto] encontré a varios élderes que iban camino a la tierra de Sión, y después de saludarnos gozosamente, como ocurre cuando se encuentran los hermanos que contienden “ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos”, recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 62.

Después de este encuentro con los élderes, Sidney Rigdon, Oliverio Cowdery y yo continuamos nuestro viaje por tierra hacia San Luis, donde nos adelantamos a los hermanos Phelps y Gilbert. De ahí tomamos una diligencia, y luego viajamos por el río hasta Kirtland, a donde llegamos sin novedad el día veintisiete (de agosto). En este viaje ocurrieron muchas cosas que fortalecieron nuestra fe y nos hicieron ver la bondad de Dios en una manera tan maravillosa, que no podíamos sino reconocer los esfuerzos de Satanás para cegar a la gente y quitarle la luz que alumbraba a todo hombre que viene al mundo.

En estos días de la infancia de la Iglesia, había gran ansiedad por obtener la palabra del Señor sobre cualquier tema que tuviera que ver con nuestra salvación; y como la tierra de Sión era para nosotros el objeto temporal más importante, le pedí al Señor que nos diera instrucciones acerca del recogimiento de los santos, la compra de los terrenos y otros asuntos, y recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 63.

A principios de septiembre estuvimos haciendo preparativos para mudarnos a la ciudad de Hiram, y reanudar nuestro trabajo en la traducción de la Biblia. Los hermanos a los que se les mandó subir a Sión, estaban esmeradamente ocupados en prepararse para salir en el siguiente mes de octubre. El once de septiembre recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 64.

El doce de septiembre me mudé con mi familia al poblado de Hiram, y fuimos a vivir con Juan Johnson. Hiram está situado en el Condado de Portage, como a cincuenta kilómetros al sudeste de Kirtland. Desde esa fecha hasta los primeros días de octubre estuve casi solamente haciendo los preparativos para reanudar la traducción de la Biblia.

En ese entonces cayó en apostasía Esdras Booth. El había ingresado a la Iglesia después de ver que una persona fue sanada de una enfermedad de muchos años. Había sido ministro metodista por algún tiempo, antes de aceptar la plenitud del evangelio cual se encuentra en el Libro de Mormón, y al entrar a la Iglesia fue ordenado élder. Como se puede ver en las revelaciones anteriores, subió a Misuri como compañero del Elder Morley; pero cuando se dio cuenta de que antes de la bendición debemos tener fe,

humildad, paciencia y tribulación; y que Dios, para ensalzarnos, desea que nos humillemos; que el Salvador no nos dará el poder “para azotar a los hombres y obligarlos a creer”, como afirmaba querer que Dios se lo diera a él; cuando supo que debía ser todo para todos los hombres, para tal vez salvar a algunos, y eso con toda diligencia, en medio de peligros en tierra y mar, tal como en los días de Jesús, después de todo esto, se decepcionó por completo. Dice en el capítulo 6, versículo 26, del Evangelio de Juan: “De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis”. Así era con Esdras Booth; y al decepcionarse a causa de su inicuo corazón, se apartó y, como dije antes, se convirtió en apóstata, y escribió una serie de cartas que, por su mentirosa elocuencia, falsedad y vanos intentos de derrocar la obra del Señor, expusieron su debilidad, y su iniquidad e insensatez, y eran un monumento a su propia deshonra.

Durante casi dos semanas estuve ocupado en revisar los mandamientos, y en varias conferencias, pues entre el primero y el doce de noviembre tuvimos cuatro conferencias especiales. En la última, que se efectuó en la casa del hermano Johnson, en Hiram, después de concienzuda deliberación, y estando a punto de imprimirse el libro de las revelaciones, que son el fundamento de la Iglesia en estos últimos días, y de beneficio para el mundo, mostrando que se han entregado de nuevo a los hombres las llaves de los misterios del reino de nuestro Salvador, y que las riquezas de la eternidad están al alcance de aquellos que están dispuestos a vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios, los hermanos, por tanto, decidieron por voto que las revelaciones tenían para la Iglesia un valor igual al de todas las riquezas de la Tierra, hablando temporalmente. Se apreciaron debidamente las grandes bendiciones que vienen al mundo como resultado del Libro de Mormón y las revelaciones que el Señor en su infinita sabiduría ha considerado prudente otorgarnos, para nuestra salvación y la de todos aquellos que crean. En respuesta a una pregunta, recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 70.

Luego de que Oliverio Cowdery y Juan Whitmer salieron con destino al Condado de Jackson, Misuri, volví a la traducción de las Escrituras, trabajando en esta parte de mi llamamiento con el Elder Sidney Rigdon como escribiente, hasta que recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 71.

Con el conocimiento de que en la sabiduría del Señor había llegado el tiempo de proclamar el evangelio al mundo con poder y manifestaciones, usando las Escrituras y razonando con los hombres, como en la antigüedad, el tres de diciembre viajé a Kirtland, en compañía del Elder Sidney Rigdon, para dar cumplimiento a la revelación anterior. El día cuatro, varios élderes y miembros se reunieron conmigo para aprender su deber, y para edificarnos los unos a los otros; y después de haber pasado cierto tiempo conversando sobre nuestro bienestar temporal y espiritual, recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 72.

KIRTLAND
1832
PERSECUCIÓN - MÁS REVELACIONES

Desde diciembre hasta el ocho o diez de enero de 1832, el Elder Rigdon y yo continuamos predicando en Shalerville, Ravenna, y otros lugares, estableciendo la verdad y defendiendo la causa de nuestro Redentor; enseñando que el día del castigo vendría sobre esta generación como ladrón en la noche; que el prejuicio, la ceguera y la obscuridad llenaban la mente de muchos y los hacían perseguir a la verdadera Iglesia y rechazar la luz. Con esto logramos calmar los sentimientos que se habían agitado a causa de las cartas que Esdras Booth, a quien antes mencioné como apóstata, había publicado en el Ohio Star de Ravenna. El diez de enero recibí la siguiente revelación, que daba a conocer la voluntad del Señor en cuanto a los élderes de la Iglesia, hasta que se convocara la próxima conferencia: Véase Doctrina y Convenios, Sección 73.

Después de recibir la ya citada palabra del Señor, reinicié la traducción de las Escrituras, y trabajé diligentemente hasta antes de la conferencia, la cual tendría lugar el veinticinco de enero. Durante ese período, como explicación de la Primera Epístola a los Corintios, capítulo 7, versículo 14, recibí también lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 74.

Pocos días antes de iniciarse la conferencia en Amherst, Condado de Loraine, inicié el viaje con los élderes que vivían en la misma región que yo, y llegamos oportunamente. En esta conferencia prevaleció gran armonía y tratamos muchos asuntos para adelantar el reino y proclamar el evangelio a los habitantes del área circunvecina. Los élderes se mostraban ansiosos de que yo consultara al Señor, a fin de que ellos conocieran Su voluntad, o supieran qué deseaba El que hicieran para despertar la conciencia de los hombres, pues, como está escrito, todos se desviaron, no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Consulté, y recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 75.

Al volver de la conferencia de Amherst, reanudé la traducción de las Escrituras. Por las varias revelaciones que se habían recibido, era aparente que se habían quitado de la Biblia muchos puntos importantes relacionados con la salvación del hombre, o se habían perdido antes de su compilación. A juzgar por las verdades que quedaban, era de por sí evidente que si Dios iba a premiar a cada uno de acuerdo con las obras hechas en la carne, el término “cielo”, refiriéndose al hogar eterno de los santos, tendría que incluir más de un reino. Por consiguiente, el dieciséis de febrero de 1832, mientras traducía el Evangelio de Juan, el Elder Rigdon y yo tuvimos la siguiente visión: Véase Doctrina y Convenios, Sección 76.

Nada podía ser más agradable para los santos bajo el orden del reino del Señor, que los rayos de luz que repentinamente llegaban al mundo mediante la visión anterior. Toda ley, todo mandamiento, toda promesa, toda verdad, y todo punto relacionado con el destino del hombre, desde Génesis hasta Apocalipsis —siempre que la insensatez de los hombres no ha manchado la pureza de las Escrituras—, demuestra la perfección de esta doctrina [de los diversos grados de gloria en la vida futura] y da testimonio de que esa revelación es una transcripción de los anales de la eternidad. La sublimidad de los conceptos; la pureza del lenguaje; el alcance del proceso; la continuidad en su cumplimiento, a fin de que todos herederos de salvación puedan doblar la rodilla y confesar que el Señor es Dios; la recompensa de la fidelidad, y el castigo de los pecados, está todo tan lejano de la estrecha mentalidad humana, que todo hombre sincero se siente constreñido a exclamar: “Vino de Dios”.

Recibí una carta de los hermanos que habían subido a la tierra de Sión, diciendo que habían llegado a Independence, Misuri, con bienestar físico y espiritual, y con una prensa impresora y una cantidad de provisiones. En cumplimiento de las instrucciones dadas en la conferencia del otoño anterior, también me enviaron el bosquejo del periódico mensual La Estrella Milenaria, (The Evening and Morning Star.)

Siguiendo el plan original, hicimos los preparativos para visitar a los hermanos que se habían mudado a la tierra de Misuri. Antes de ir a Hiram a vivir con la familia Johnson, mi esposa había tomado dos niños (gemelos) de Juan Murdock para criarlos. Los recibió de sólo nueve días de edad, y ahora tenían casi once meses. Desde que vine a vivir en la casa de los Johnson en Hiram, no había ocurrido nada de

importancia extraordinaria, salvo que había yo dirigido reuniones por las noches y los domingos, y bautizado a varias personas.

Olmsted Johnson, hijo de los Johnson, vino de visita a la casa en ese tiempo; entonces le dije que si no obedecía el evangelio, el espíritu que manifestaba lo llevaría a la destrucción, y cuando partió nunca quiso volver, ni ver de nuevo a su padre. Se fue a los estados del sur del país, y a México; cuando regresó, enfermó y murió en Virginia.

Además del apóstata Esdras Booth, también apostataron Simonds Ryder, Elí Johnson, Eduardo Johnson y Juan Johnson, hijo.

Para el veinticuatro de marzo, los gemelos que antes mencioné habían estado enfermos de sarampión, y habíamos estado atendiéndolos sin descanso, especialmente mi esposa. En la tarde le dije a mi esposa que era mejor que ella se fuera a descansar con uno de los niños, y yo cuidaría al que estaba más enfermo. En la noche ella me aconsejó que me acostara en la cama de la sala, y así lo hice, pero pronto me despertó un ruido infernal, y me vi, saliendo por la puerta, en manos de una docena de hombres; unos me sujetaron por el cabello; otros, por la camisa, pantalones y extremidades. Los pies de la cama daban hacia la puerta, dejando apenas suficiente espacio para abrirla. Mi esposa había oído unos leves toquidos en las ventanas (los cuales sin duda tenían el propósito de averiguar si ya estábamos dormidos), pero no pensó que fuera nada de cuidado, y en cuanto abrieron violentamente la puerta y rodearon la cama en un instante, como dije antes, lo primero que supe fue que salía por la puerta en manos de una chusma enfurecida. Hice un esfuerzo desesperado, mientras me sacaban, por librarme de ellos, pero sólo pude soltar una pierna, con la que golpeé a uno de los hombres, el cual cayó en los escalones de la puerta. De inmediato me sujetaron otra vez, y juraron por Dios que me matarían si no me quedaba quieto, por lo cual dejé de forcejear. Cuando rodeábamos la casa, el individuo que yo había pateado se me acercó y puso su mano, toda cubierta de sangre, en mi cara y con una ronca carcajada de júbilo, dijo entre dientes: “(maldiciones)... te voy a arreglar de una vez por todas.”

Entonces me apretaron la garganta hasta que perdí el sentido. Cuando volví en mí ya íbamos como a ciento cincuenta metros de la casa, y vi al Elder Rigdon tendido en el suelo, donde lo dejaron luego de arrastrarlo de los talones. Lo creí muerto. Empecé a suplicarles, diciendo: “Les pido que tengan compasión, y me perdonen la vida”. A lo que contestaron: “(maldiciones)” pide a tu Dios que te ayude, porque no tendremos la menor compasión contigo”. Entonces empezaron a salir individuos de todas partes; uno que salió de entre el huerto traía un tablón, y pensé que me matarían y luego me cargarían en el tablón. Dimos vuelta a la derecha y avanzamos otros ciento cincuenta metros, hasta quedar como a trescientos metros de la casa y a ciento cincuenta de donde vi al Elder Rigdon, en la pradera, donde nos detuvimos y uno de ellos dijo:

“Simonds, Simonds (hablándole, supuse, a Simonds Ryder), ponle la camisa, se va a resfriar”. Otro preguntó: “¿No lo van a matar?” Y algunos de la chusma se apartaron a poca distancia de allí y dijeron: “Simonds, ven acá”. Y “Simonds” encargó a los que me tenían sujetado, que no me dejaran tocar el suelo, para que no fuera yo a tener una base y soltarme. Se reunieron, por lo que pude alcanzar a oír, para acordar si era mejor matarme o dejarme vivo. Después de un rato volvieron, y me enteré que habían decidido no matarme, sino sólo golpearme y arañarme completamente, arrancarme la ropa, y abandonarme desnudo. Uno gritó:

“Simonds, ¿dónde está el balde de la brea?” “No sé”, contestó el otro, (“donde la dejó Eli”). Corrieron a recoger el balde de la brea, y uno exclamó, con una maldición: (“Vamos a llenarle la boca”). Y entonces trataron de meterme en la boca la batea de brea, pero volteé la cabeza una y otra vez, de modo que no pudieron, y me gritaron: (“maldición”), no muevas la cabeza, déjanos darte una poca de brea” Luego intentaron meterme un frasco, y lo quebraron en mis dientes. Toda mi ropa estaba desgarrada, con excepción del cuello de mi camisa, y uno de los hombres se abalanzó sobre mí y me arañó todo el cuerpo, como gato rabioso, y masculló: (maldición), así es como viene el Espíritu Santo sobre la gente”.

Entonces se fueron, e intenté levantarme pero caí otra vez; me limpié la brea de la boca, para poder respirar mejor, y luego de un rato empecé a recobrar las fuerzas y me esforcé por levantarme., después de lo cual vi a distancia dos luces. Me dirigí a una de ellas y al acercarme vi que era la casa de la familia Johnson. Al llegar a la puerta, estando desnudo, y como la brea hacía yerme como si estuviera cubierto de sangre, cuando mi esposa me vio creyó que me habían hecho pedazos, y se desmayó. Durante la refriega,

las hermanas vecinas se habían juntado en mi cuarto. Les pedí una sábana, y me arrojaron una y cerraron la puerta; me envolví en ella y entré.

Mientras tanto, el hermano Juan Poorman oyó gritos al otro lado del maizal, y al correr allá encontró al hermano Johnson, que había estado encerrado en su casa al comienzo del ataque, pues la chusma había atrancado la puerta, pero cuando le gritó a su esposa que le trajera la pistola para hacer un agujero en la puerta, la chusma se fue volando; entonces el hermano Johnson cogió un garrote y fue tras los que tenían al Elder Rigdon, y derribó a uno, y levantó su garrote para darle a otro, exclamando: “¿Qué hacen aquí?”, pero entonces soltaron al Elder Rigdon y se volvieron contra el hermano Johnson, quien prefirió correr hacia su casa, pero se topó con el hermano Juan Poorman, que salía del maizal; y como los dos pensaban que el otro era uno de los de la chusma, se originó una pelea en la que Poorman, con un palo o una piedra le asestó un fuerte golpe en el hombro a Johnson, que lo derribó a tierra. De inmediato Poorman corrió hacia la casa del hermano Johnson, y llegó mientras yo esperaba la sábana, exclamando: “Temo que lo he matado”. “¿Matado? ¿A quién?”, preguntó alguien desde adentro; y Poorman apresuradamente relató las circunstancias de la pelea cerca del maizal, y fue y se escondió en el establo.

El hermano Johnson se recuperó lo suficiente para caminar hasta la casa, y se resolvió el misterio sobre el encuentro a golpes entre él y Poorman, el cual salió contento de su escondite al enterarse de los hechos.

Mis amigos pasaron toda la noche quitándome la brea, y lavándome el resto del cuerpo, de manera que por la mañana ya estaba listo para vestirme. Era la mañana del domingo, y la gente se reunió a la hora acostumbrada para adorar; entre ellos estaban los de la chusma de la noche anterior: Simonds Ryder, predicador campbelita y director de la chusma; un tal McClellent, que me había agarrado por el cabello; uno apellidado Streeter, hijo de un ministro campbelita; y el señor Felatiah Allen, que le había dado a la chusma un barril de whisky para encenderlos los ánimos. Además de éstos había en la chusma muchos otros. Con la carne toda desgarrada y desollada, prediqué a la congregación, como de costumbre, y por la tarde bauticé a tres personas.

A la mañana siguiente fui a ver al Elder Sidney Rigdon y lo encontré enloquecido, con la cabeza excesivamente inflamada, pues lo habían arrastrado de los talones en una posición en que no podía levantar su cabeza del suelo duro y congelado, que se la magulló en extremo. Cuando me vio le pidió a su esposa que le trajera su navaja de rasurar; ella le preguntó para qué la quería, y le contestó que para matarme. Cuando la hermana Rigdon salió del cuarto, él me pidió que le trajera la navaja de rasurar; le pregunté para qué la quería, y me respondió que para matar a su esposa; y por algunos días siguió delirando. Las plumas que la chusma usó junto con la brea, las habían sacado de la cama del Elder Rigdon. Luego que lo atraparon y se lo llevaron a rastras, uno de los maleantes regresó para llevarse unas almohadas, aunque la mujer lo encerró y lo mantuvo prisionero por un tiempo.

Durante el ataque de la chusma uno de los gemelos cogió un fuerte resfriado, y siguió empeorando hasta el viernes, día en que murió. La chusma estaba formada de varios partidos religiosos, pero en su mayoría eran campbelitas, metodistas y bautistas, y siguieron molestando y amenazando al hermano Johnson por mucho tiempo. El Elder Rigdon se mudó con su familia —entonces enfermos de sarampión— a Kirtland el miércoles siguiente; y a causa de la chusma se fue a Chardon el sábado treinta y uno de marzo.

El primero de abril salí para Misuri acompañado de Newel K Whitney, Pedro Whitmer e Isaí Gause, para cumplir con lo que mandaba la revelación. Como no deseábamos pasar por Kirtland, por el populacho que existía en esa región (efectivamente, en ese tiempo el espíritu de persecución era muy fuerte en toda esa área), el hermano Jorge Pitkin nos llevó en su carro por el camino más seguro hacia Warren, a donde llegamos el mismo día, y ahí nos alcanzó el Elder Rigdon, que había salido de Chardon en la mañana. Siguiendo nuestro camino llegamos a Wellsville al día siguiente, y un día después nos vimos en Steubenville, donde dejamos el carro. El miércoles cuatro de abril conseguimos pasaje a bordo de un bote de vapor, hacia Wheeling, Virginia, lugar donde compramos una cantidad de papel para la prensa de Sión, que estaba a cargo de G. W. Phelps

Cuando salimos de Hiram, preocupado por la seguridad de mi familia por cuestión de la chusma, le escribí a mi esposa (con la ayuda del Obispo Whitney), aconsejándole que fuera a Kirtland y se quedara con la familia del hermano Whitney hasta nuestro regreso. En Wheeling abordamos el vapor llamado

Trenton. Todavía en el muelle, dos veces se produjeron incendios durante la noche, que abarcaron todo lo ancho del bote hasta el camarote, pero con tan pocos daños que pudimos navegar al día siguiente. Al llegar a Cincinnati dejó de seguirnos parte de la chusma que venía tras nosotros, y llegamos a Louisville esa misma noche. El capitán Brittle nos dio su protección a bordo de su nave, y nos proporcionó cena y desayuno gratuitos. En Louisville se nos unió el Elder Tito Billings, que iba con un grupo de los santos, de Kirtland a Sión, y abordamos el vapor Charleston hacia San Luis, donde nos despedimos del hermano Billings y su compañía, llegando a Independence, Misuri, en una diligencia, el veinticuatro de abril, después de viajar una distancia de cuatrocientos ochenta kilómetros desde San Luis. Encontramos a los hermanos en Sión en general con salud y fe, y felices de recibirnos entre ellos.

El día veintiséis convoqué un concilio general de la Iglesia, y se me reconoció como Presidente del Sumo Sacerdocio, conforme a mi previa ordenación, que se efectuó en la Conferencia de sumos sacerdotes, élderes y miembros, en Amherst, Ohio, el veinticinco de enero de 1832. En representación de la Iglesia, el Obispo Partridge me estrechó la mano en un saludo de confraternidad. Fue una ocasión feliz, solemne e impresionante. Después de la reunión se aclaró amigablemente una dificultad o malentendido que había entre el Obispo Partridge y el Elder Rigdon; y en la reunión de la tarde los corazones de todos estaban llenos de regocijo, y yo recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 82.

El día veintisiete atendimos muchos asuntos relacionados con la salvación de los santos, que se establecían entre feroces enemigos como corderos entre lobos. Era mi intención organizar la Iglesia de tal manera que los hermanos finalmente pudieran quedar libres de todo estorbo bajo el reino celestial mediante vínculos y convenios de amistad y amor mutuos.

Los días veintiocho y veintinueve visité a los hermanos que estaban más allá del Río Big Blue, en el poblado de Kaw, a pocos kilómetros al oeste de Independence, y recibí la bienvenida que sólo puede esperarse de hermanos unidos por la misma fe y el mismo bautismo, y sostenidos por la mano del Señor mismo. Los hermanos de la rama de Colesville, especialmente, se regocijaron al verme como lo hicieron los antiguos santos al recibir a Pablo. Es bueno regocijarse con el pueblo de Dios. El día treinta regresé a Independence, y nuevamente me senté en concilio con los hermanos, y recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 83.

Nuestro concilio duró hasta el primero de mayo, cuando se decidió que se imprimieran tres mil ejemplares de la primera edición del Libro de Mandamientos; (después Doctrina y Convenios) y se nombró a Guillermo W. Phelps, Oliverio Cowdery y Juan Whitmer para revisar y preparar las revelaciones de la manera conveniente para su publicación, y que se imprimieran a la mayor brevedad en Independence, Misuri; y que se anunciara que era “Publicado por G. W. Phelps & Co”. Se dispuso también que G. W. Phelps corrigiera e imprimiera los himnos que habían sido seleccionados por Emma Smith, en obediencia a la revelación.

También se hicieron arreglos para abastecer de provisiones a los santos en Misuri y Ohio, lo cual, salvo pocas excepciones, fue recibido con gozo de parte de los hermanos. Antes de salir de Independence, el Elder Rigdon predicó dos poderosos discursos que, por lo que se podía ver, dieron gran satisfacción a la gente.

El seis de mayo me despedí de los hermanos de Independence, y junto con los hermanos Rigdon y Whitney, inicié el camino de regreso a Kirtland, en diligencia hasta San Luis, y de ahí a Vincennes, Indiana, siguiendo hasta New Albany, cerca de las cataratas del Río Ohio. Antes de llegar a este último lugar, los caballos se asustaron y cuando el carro ya iba a toda velocidad, el Obispo Whitney intentó saltar, pero su saco se atoró y el pie se le trabó en la rueda, fracturándose el pie y la pierna en varias partes; salté yo también, saliendo ileso. Fuimos a alojarnos en la casa de huéspedes del Sr. Porter, en Greenville, por cuatro semanas, mientras que el Elder Rigdon se fue directamente a Kirtland. En todo ese tiempo el hermano Whitney tuvo todo el alimento y descanso necesarios, y el Dr. Porter, quien lo atendió, hermano del dueño de la casa, dijo que era una lástima que no tuviéramos ahí algún mormón, pues ellos saben curar huesos rotos y todo lo demás. Me quedé con el hermano Whitney y estuve atendiéndolo hasta que pudo moverse. Mientras estaba en este lugar salía con frecuencia a caminar al bosque, donde vi varias tumbas nuevas; y un día, cuando terminé de comer, fui directamente a la puerta y empecé a vomitar profusamente. Arroqué grandes cantidades de sangre y veneno, y fueron tan fuertes las contracciones musculares de mi organismo, que se me dislocó la quijada. Pude volverla a su sitio con mis propias manos, y tan rápido como pude me dirigí hacia donde estaba el hermano Whitney (todavía en cama); me

impuso las manos y me bendijo en el nombre del Señor, y fui sanado instantáneamente, aunque el efecto del veneno fue tan fuerte que hizo que se me desprendiera mucho cabello. (Gracias sean dadas a mi Padre Celestial por su intervención a favor mío en ese momento tan crítico, en el nombre de Jesucristo. Amén.)

El hermano Whitney todavía guardaba cama después de cuatro semanas del accidente, cuando fui a su cuarto luego de una caminata por el bosque, y le pregunté que si estaba de acuerdo en que nos pusiéramos en camino de regreso a casa, en tal caso viajaríamos en carreta los seis kilómetros que nos separaban del río, el cual cruzaríamos en un transbordador, y una carreta nos llevaría al desembarcadero, y antes de las diez de la mañana ya iríamos navegando río arriba con destino a casa. Cobró ánimo y me dijo que estaba de acuerdo. Así que a la mañana siguiente salimos y todo sucedió como le había dicho, pues antes de las diez íbamos viajando rápidamente por el río; desembarcamos en Wellsville y en una diligencia llegamos a Chardon, y de allí, en carro hasta Kirtland, siendo ya el mes de junio.

Tan pronto como pude arreglar mis asuntos, comencé de nuevo la traducción de las Escrituras, y así pasó la mayor parte del verano. En julio recibimos el primer ejemplar de La Estrella Milenaria (The Evening and Morning Star), que fue como un apetitoso manjar para los santos. Sin duda alguna, era magnífico ver que el pequeño grupo de hermanos había crecido y se había fortalecido tanto en tan corto tiempo, hasta el punto de poder imprimir su propio periódico, el cual no sólo contenía algunas de las revelaciones, sino también material que satisfaría e iluminaría a todo el que humildemente anduviera en busca de la verdad.

La opinión pública estaba predisposta en contra de la verdad a tal extremo que éramos atacados por la prensa en general. Y a pesar de que muchos diarios publicaron el bosquejo de nuestro periódico, daba la impresión de que lo hacían más para calumniar al editor que para hablar de la nueva publicación. Mas aunque los editores de esos diarios intentaban perjudicarnos, los santos se regocijaban en que nada prosperaría en contra de la verdad, sino a su favor.

Durante el mes de septiembre, los élderes comenzaron a retornar de sus misiones en los estados del este, y a dar cuenta de sus respectivas mayordomías en la viña del Señor. Y mientras estábamos juntos en esos momentos de gozo, consulté al Señor, y el día veintidós y veintitrés de septiembre recibí la siguiente revelación sobre el sacerdocio: Véase Doctrina y Convenios, Sección 84.

Hasta el otoño continué con la traducción de la Biblia y ministrando a la Iglesia, con excepción de un viaje muy rápido a Albany, Nueva York, y Boston, en compañía del Obispo Whitney, del cual volví el seis de noviembre, acabando de nacer mi hijo José Smith, tercero.

Alrededor del ocho de noviembre recibí la visita de los Elderes José Young, Brigham Young y Heber C. Kimball, de Mendon, Condado de Monroe, Nueva York. Se quedaron en Kirtland cuatro o cinco días, tiempo en el cual pasamos momentos muy especiales. En una de esas ocasiones los hermanos Brigham Young y Juan P. Greene hablaron en lenguas; ésa era la primera vez que yo oía este don entre los hermanos; también otros hablaron en lenguas, y yo mismo recibí el don.

La aparición de dificultades entre las naciones se ha hecho más visible en este tiempo que anteriormente, desde que la Iglesia comenzó a salir de la obscuridad. Los destrozos causados por el cólera eran tremendos en casi todas las grandes ciudades del globo. La plaga se inició en la India. En tanto, Estados Unidos, con toda su pompa y grandeza, estaba bajo la amenaza de una disolución inmediata. Los habitantes de Carolina del Sur, en una convención (en noviembre), establecieron ordenanzas declarando a su Estado una nación libre e independiente, y designaron el jueves treinta y uno de enero de 1833 como día de penitencia y oración, para implorar a Dios Todopoderoso que otorgara sus bendiciones y restaurara la libertad y felicidad en sus fronteras. El Presidente Jackson emitió una proclama contra esta rebelión, convocó una fuerza suficiente para detenerla, e imploró las bendiciones de Dios para ayudar a la nación a apartarse de los horrores de la gran crisis que se avecinaba.

El día de Navidad [de 1832] recibí la siguiente revelación y profecía sobre la guerra: Véase Doctrina y Convenios, Sección 87.

Dos días después de recibir la profecía anterior, siendo el veintisiete de diciembre, recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 88.

MISURI **1833** **PERSECUCIÓN OFICIAL**

Pasé el invierno [1832-33] ocupado en la traducción de las Escrituras, con la Escuela de los Profetas, y en conferencias. Tuve muchas experiencias reconfortantes. Los dones que siguen a los que creen y obedecen el evangelio, como señal de que el Señor siempre es el mismo en su relación con los humildes seguidores y amantes de la verdad, se derramaron sobre nosotros, como en los días antiguos. Pues al estar reunidos en conferencia el veintidós de enero, hablé a la congregación en otra lengua, y me siguió con el mismo don el hermano Zebedeo Coltrin y el hermano Guillermo Smith, luego de lo cual el Señor derramó su Espíritu de manera milagrosa, a tal grado que todos los élderes hablaron en lenguas, e incluso varios miembros, hombres y mujeres, ejercieron el mismo don. Las manifestaciones divinas del Santo Espíritu fueron grandes y gloriosas. Cantamos alabanzas a Dios y al Cordero; y hablando y orando en lenguas, la conferencia se extendió hasta tarde, tan regocijados estábamos por el retorno de estas bendiciones por tanto tiempo ausentes.

El veintitrés de enero nos congregamos en conferencia otra vez, y luego de extensas predicaciones, cantos, oraciones y alabanzas a Dios, en lenguas todo, procedimos a efectuar el lavamiento de pies (en armonía con la práctica registrada en capítulo 13 del Evangelio de Juan), como el Señor había mandado. Primero, cada élder se lavó los pies a sí mismo, y entonces me ceñí con una toalla y lavé los pies de todos ellos, secándolos con la toalla que me habla ceñido. Entre ellos se encontraba mi padre, mas antes de lavar sus pies le pedí que me diera una bendición paterna, que recibí mediante la imposición de sus manos en el nombre de Jesucristo, y declaró que yo continuaría en el oficio de sacerdote hasta que Cristo venga. Al terminar, el hermano Federico G. Williams, inspirado por el Espíritu Santo, me lavó los pies en señal de su firme determinación de estar conmigo en sufrimientos o viajes, en vida o muerte, y estar continuamente a mi diestra, lo cual acepté en el nombre del Señor.

Entonces dije a los élderes: “Así como he hecho con vosotros, lavad vosotros los pies el uno del otro”, y por el poder del Espíritu Santo los declaré limpios de la sangre de esta generación, pero que si alguno de ellos pecaba intencionalmente después de haber sido lavado y sellado para vida eterna, sería entregado a los bofetones de Satanás hasta el día de la redención. Habiendo pasado el día entero en ayuno y oración, y administrando las ordenanzas, participamos entonces de la Santa Cena. Bendije el pan y el vino en el nombre del Señor, y todos comimos y bebimos, y fuimos satisfechos. A continuación cantamos un himno y finalizamos la reunión.

El dos de febrero completé la traducción y revisión del Nuevo Testamento, y la sellé para no abrirse más hasta que llegue a Sión.

En el mes de abril se juntó en Independence la primera chusma en forma, para idear un plan para sacar o destruir de inmediato a la Iglesia del Condado de Jackson. El número de la chusma era casi de trescientos. Un pequeño grupo de élderes se reunió en secreto para rogar a Aquél que mandó al viento: “Calla, enmudece”, que frustrara las inicuas intenciones del populacho. La chusma, luego de pasar todo el día tratando infructuosamente de ponerse de acuerdo sobre cómo mover a los mormones de sus escondrijos(como lo dijeron ellos) siguieron tomando y se desbandaron típicamente desordenados, mostrando una determinación de que cada hombre “haga lo que pueda”.

25 de mayo.— Mi tío Juan Smith y su familia llegaron de Postdam, Nueva York, a Kirtland; mi tío ya era un élder de la Iglesia, y su esposa e hijo mayor, Jorge Alberto Smith, un mozo de quince años, ya eran miembros. Ellos fueron los primeros familiares de mi padre que aceptaron el evangelio.

10 de junio.— Se hacían intensos preparativos para empezar a edificar la Casa del Señor; y no obstante que la Iglesia era pobre, éramos ricos en unidad, armonía y caridad, que nos fortalecieron para cumplir los mandatos de Dios. El edificar la Casa del Señor en Kirtland era un asunto que despertaba el mayor interés en el corazón de los hermanos.

5 de junio. — Jorge A. Smith acarreó la primera carga de piedra para el templo, y Hyrum Smith y Reynolds Cahoon iniciaron la excavación de los cimientos para las paredes de la Casa del Señor, y terminaron ese mismo día.

El mes de julio, que una vez vio nacer la independencia de los Estados Unidos, ahora era testigo del salvajismo del Estado de Misuri. Casi todos los clérigos que habían venido como misioneros para los indios o los habitantes de esta región fronteriza, estaban entre los primeros que se levantaron para destruir los derechos de la Iglesia, así como la vida de sus miembros. Un reverendo de apellido Pixley, que la Sociedad Misionera había enviado para civilizar y evangelizar a los paganos del oeste, fue un azote en las manos de Satanás y un dardo envenenado en las manos de nuestros enemigos. Escribió falsedades horribles sobre los santos, que mandó de cuando en cuando a los periódicos religiosos del este para agitar a la opinión pública contra ellos, y usó sus influencias con los indios y los blancos para desterrar a la Iglesia del Condado de Jackson. El primero de julio escribió un folleto difamatorio que tituló: “Cuidaos de los Falsos Profetas”, que llevó de casa en casa para enfurecer a los habitantes en contra la Iglesia, y que los atacaran y arrojaran del lugar. The Evening and Morning Star del mes de julio reaccionó pacíficamente; su primer artículo, titulado también: “Cuidaos de los Falsos Profetas”, tenía el propósito de desengañar a la gente de las mentiras de Pixley; era suficiente para calmar los temores de toda persona sensata. Aun así, todo fue en vano. Pero el día del juicio vendrá, pese a la Constitución de Misuri.

El veinte de julio se juntó el populacho, demandando que se cerrara la imprenta de la Iglesia en el Condado de Jackson, y también la tienda, y que se suspendieran todos los trabajos. Los hermanos se negaron y como consecuencia fue derribada la casa de G. W. Phelps, donde se hallaba la prensa; se destruyeron muchos papeles, los materiales fueron robados por el populacho, y la familia fue echada de su casa con todo y muebles.

La chusma fue entonces a hacer violencia en la persona de Eduardo Partridge, el Obispo de la Iglesia.

Le siguió Carlos Allen, a quien desvistieron, untaron de brea y emplumaron porque no accedió a abandonar la ciudad o negar el Libro de Mormón. También a otros hicieron lo mismo, o en su defecto los azotaron.

Pero por alguna razón se suspendieron las actividades del populacho hasta el martes veintitrés. El Elder Sidney Gilbert, encargado de la tienda, accedió a cerrarla, y posiblemente por esa razón se suspendió repentinamente la ola de destrucción por dos días.

En el curso de los procedimientos ilícitos, infames e inicuos de ese día, los santos presenciaron muchos actos escalofrantes y de degradación humana: una chusma armada y bien organizada, bajo un gobierno que profesaba regirse por la ley, con el Vicegobernador (Lilburn W. Boggs), segundo oficial del Estado, observando con toda calma, y en secreto ayudando a todo lo que pasaba, diciendo a los santos: “Ahora ya saben de lo que son capaces nuestros muchachos del Condado de Jackson, y deben desalojar el lugar”; y todos los jueces, alguaciles y oficiales militares, encabezados por los misioneros y clérigos del oeste, tales como los reverendos McCoy, Kavanaugh, Hunter, Fitzhugh, Pixley, Likens y Lovelady, que eran metodistas, bautistas, presbiterianos, y de todas las diferentes sectas religiosas que se hallaban en el lugar, incluyendo al gran reformador moral y registrador de la oficina de terrenos que se encuentra en Lexington, sesenta kilómetros al este, más bien conocido como el padre y cabeza de los presbiterianos de Cumberland, el reverendo Finis Ewing, que declaraba públicamente que los mormones “son el enemigo común del género humano, y debemos destruirlos”. Todo esto era suficiente para destrozarse el corazón de un salvaje, mientras que no había un solo delito registrado, o prueba alguna de que alguien de los santos hubiera violado la ley.

Cuando el Obispo Partridge, en quien no hay engaño, y el Elder Carlos Allen aparecieron cubiertos de plumas, como criaturas desconocidas, una de las hermanas gritó:

“Ustedes, los que han cometido este hecho inicuo, deberán sufrir la venganza de Dios, mientras que ellos, por haber soportado la persecución, se regocijarán, pues de ahora en adelante hay para ellos una corona eterna reservada en los cielos”.

Este fue un tiempo de tristes reflexiones; el hombre que actúa como bestia salvaje puede atormentar el cuerpo, ¡pero Dios castigará el alma eterna!

Cuando el populacho se retiró por fin, ya la noche extendía su nublado manto sobre el lugar, como si quisiera esconderlo de la realidad, y los hombres, mujeres y niños que habían sido arrojados de sus hogares, o intimidados con gritos y amenazas, empezaron a volver de sus escondites en el bosque, en los maizales y matorrales, y contemplaron con el corazón compungido el panorama de desolación y pena; y aunque lloraban la muerte de los que habían caído, se regocijaban con un gozo inefable de que fueran considerados dignos de sufrir en la causa gloriosa de su Divino Maestro. Ahí yacía la imprenta, convertida en un montón de ruinas; los muebles del Elder Phelps, esparcidos en el jardín como restos del saqueo; las revelaciones, papeles y prensa, en manos del populacho, como si fueran botín de los salteadores de caminos; ahí estaba el Obispo Partridge, con su familia y un puñado de amigos, procurando despegarle la brea que, por la corrosión que estaba causando en su carne, parecía haber sido preparada de antemano con cal viva, ácido, o alguna otra substancia corrosiva, para destruir; y ahí estaba también Carlos Allen, en las mismas terribles condiciones. Si el corazón se duele al oír todo esto, ¡cuánto más al verlo! En este país que hace alarde de ser libre, más de una vez este pueblo se ha visto en peligro, y amenazado con la expulsión o la muerte, por su deseo de adorar a Dios de acuerdo con las revelaciones del cielo, la Constitución del país, y los dictados de su propia conciencia. ¡Oh, libertad, cómo has caído! ¡Vosotros, sacerdotes, dónde está vuestra caridad?

El populacho se volvió a reunir temprano en la mañana del veintitrés de julio, portando armas de guerra y una bandera roja, por lo cual los élderes, guiados por el Espíritu de Dios, con el fin de ganar tiempo, se comprometieron con la chusma a abandonar el Condado en un cierto tiempo.

La declaración que había hecho la chusma, con la que se comprometían por sus vidas, sus, fortunas y honor sagrado a desterrar a la Iglesia del Condado de Jackson, es un buen final para todas sus argumentaciones y falsedades, y una interpretación del reconocimiento sublime de que “la venganza pertenece sólo a Dios”. Todo lo que ocurrió desde esa fecha hasta el mes de noviembre, explica el modus operandi mucho más claramente que lo que se publicó en el Monitor, o en otros periódicos que en general estaban bien dispuestos a dar a los misioneros del oeste, los doctores, abogados, jueces, alguaciles, oficiales militares y otros personajes distinguidos, una excusa contra los mormones.

En la misma fecha (veintitrés de julio), mientras que los hermanos de Misuri, debido a la violencia del populacho se preparaban para abandonar el Condado, se colocó la primera piedra para la Casa del Señor en Kirtland, según el orden del santo sacerdocio.

5 de octubre.— Inicé un viaje hacia el este y Canadá, acompañado de los Elderes Rigdon y Freeman Nickerson, y llegamos ese mismo día a las posada de Lamb, en Ashtabula; y al día siguiente, domingo, llegamos a Springfield cuando los hermanos estaban en una reunión, y el Elder Rigdon habló a la congregación. En la casa del hermano Rudd se reunió por la noche una numerosa y atenta congregación, con la que compartimos nuestro testimonio. Nos quedamos en Springfield hasta el ocho de octubre, día en que nos dirigimos a la casa del hermano Roundy, en Elk Creek; y siguiendo con nuestro viaje pernoctamos en una posada el día nueve, llegando el día diez a la casa del hermano Job Lewis, en Westfield, donde nos reunimos con los hermanos, como habíamos acordado previamente, y les hablamos de acuerdo a las indicaciones del Espíritu, para satisfacción de ellos.

Por esas fechas hombres malos e intrigantes circularon el rumor de que Sión se extendería hacia al oeste, hasta Ohio, lo cual distrajo las mentes de los santos hasta cierto punto, causándoles una indecisión momentánea para mudarse allá de acuerdo con los mandamientos; pero pronto se desmintió el rumor y los hermanos continuaron mudándose a Sión y a Kirtland.

El once de octubre salimos de Westfield, y pasamos la noche con un hombre de apellido Nash, un pagano con quien estuvimos razonado, pero en vano. El día doce llegamos a la casa del hermano Nickerson en Perrysburg, Nueva York, donde recibí la siguiente revelación: Véase Doctrina y Convenios, Sección 100.

Al día siguiente (trece de octubre), el Elder Rigdon predicó a una larga congregación en la casa de Freeman Nickerson, y yo di mi testimonio, mientras que el Señor nos concedía su Espíritu de manera extraordinaria.

Lunes 14.— Seguimos nuestro viaje hacia Canadá y llegamos a Lodi, donde habíamos hecho una cita, y por la noche predicamos a una pequeña congregación, e hicimos otra cita para estar para el martes quince, a las diez de la mañana, en la sala de reuniones de los presbiterianos. Cuando se llegó la hora, el

encargado de la sala se negó a abrir las puertas y la reunión se suspendió. Nos fuimos del lugar, quedando la gente con gran confusión, y seguimos con nuestro viaje hasta el viernes dieciocho, día en que llegamos a la casa de Freeman A. Nickerson hijo, en el norte de Canadá, y con sentimientos especiales hacia el país y su gente. Nos recibió amablemente Freeman A. Nickerson, que vivía en Mount Pleasant, que está cerca de Brantford, capital del Condado de Brant.

Domingo 20.— Nos reunimos a las diez de la mañana con una atenta congregación, en Brantford; y esa misma noche, con una audiencia numerosa en Mount Pleasant, en la casa del Sr. Nickerson La gente puso toda su atención a las cosas que se hablaron.

Martes 22.—Fuimos a la aldea de Colburn, y a pesar de que estaba nevando con fuerza, sostuvimos una reunión a la luz de las velas la noche del miércoles, y nos desafió públicamente un metodista. Era muy ruidoso, pero demostraba carecer de razón, conocimiento y sabiduría, y no nos dio la oportunidad de responder.

Jueves 24.—Estuvimos en la casa del Sr. Beman, en Colburn, de donde salimos para Waterford, y allí hablamos a una pequeña congregación; de ahí fuimos a Mount Pleasant, y esa misma noche predicamos a una congregación grande, donde Freeman A. Nickerson y su esposa declararon creer en la obra y solicitaron el bautismo. Prevalcía gran entusiasmo en cada lugar que visitamos.

Sábado 26.—Predicamos en Mount Pleasant; la gente fue muy afectuosa e inquisitiva.

Domingo 27.—Predicamos ante una numerosa congregación en Mount Pleasant, tras lo cual bauticé a doce personas, mientras que otras estaban profundamente impresionadas y querían otra reunión, que fijamos para el día siguiente.

Lunes 28.— Por la noche partimos el pan e impusimos las manos para comunicar el don del Espíritu Santo, luego de haber bautizado a dos más. El Espíritu vino con gran poder a unos, y con paz a otros.

Martes 29.—Después de predicar a las diez de la mañana, bauticé a dos personas y las confirmé a la orilla del agua. La noche anterior ordenamos élder a F. A. Nickerson, y una de las hermanas recibió el don de lenguas, lo cual hizo que los santos se regocijaron grandemente. El martes veintinueve también salimos de Mount Pleasant para regresar a Kirtland, llegando a Buffalo, Nueva York, el día treinta y uno.

Viernes 10 de noviembre.— Salí de Buffalo, Nueva York, a las ocho de la mañana, y llegué a mi casa en Kirtland en lunes cuatro a las diez de la mañana. Encontré a mi familia con bien, de acuerdo con la promesa del Señor en la revelación del doce de octubre, por lo que le di gracias a mi Padre Celestial.

La noche del jueves treinta y uno de octubre dio pruebas suficientes a los santos de Sión, de que ninguna promesa verbal o escrita, de parte de sus enemigos, se iba a cumplir por más tiempo; porque esa noche, entre cuarenta y cincuenta individuos, muchos de ellos armados, dieron contra una rama de la Iglesia al oeste del Río Big Blue, y derribaron parcialmente diez casas; y en medio del lloro y los gritos de las mujeres y niños, golpearon y azotaron salvaje y brutalmente a varios de los hombres, haciendo que mujeres y niños, asustados por sus horrorosas amenazas, huyeran al desierto. Los hombres que pudieron, escaparon para salvar sus vidas, pues muy pocos de ellos tenían armas y no estaban organizados para defenderse, y fueron amenazados de muerte si ofrecían resistencia. Los que no pudieron escapar recibieron una lluvia de piedras y fueron golpeados con rifles y látigos. El viernes primero de noviembre, las mujeres y los niños salieron de sus refugios tenebrosos, sólo para contemplar con desgarradora angustia los estragos causados por una chusma despiadada en los cuerpos heridos y magullados de sus esposos, y en la destrucción de sus casas y muebles. Sin hogar ni protección de parte de la ley en el Condado de Jackson, el mes de noviembre les anticipaba un futuro difícil. Las continuas amenazas del populacho, de que arrojarían del Condado a todos los mormones, y la dificultad que tenían muchos para mudarse, por razón de su pobreza, provocaban una congoja indescriptible.

La noche del viernes primero de noviembre, algunos del populacho avanzaron para atacar una rama de la Iglesia establecida en la pradera, a uno veinte kilómetros de Independence. Primero enviaron a dos de ellos como espías: Roberto Johnson y un Harris, armados con dos rifles y tres pistolas. Fueron descubiertos por algunos de los santos, y sin que se les hiciera el menor perjuicio, el ya dicho Roberto Johnson hirió a Parley P. Pratt con la culata de su rifle, tras lo cual los apresaron y detuvieron hasta la mañana; y gracias a eso, según se pensó, se evitó esa noche un ataque mayor de parte de la chusma. Por la

mañana fueron liberados los dos prisioneros, sin recibir el menor daño, no obstante haber atacado a Parley la noche anterior.

Esa misma noche (del viernes), en Independence otro grupo comenzó a lanzar piedras contra las casas, destrozando puertas, ventanas y muebles. La parte que era de ladrillo de la casa de A. S. Gilbert fue parcialmente derribada, y quebraron sus ventanas con piedras y trozos de ladrillo, mientras un hombre forastero yacía adentro con fiebre. Esa misma noche derribaron tres puertas de la tienda de los Sres. Gilbert & Whitney, y esparcieron por las calles la mercancía: telas y otras prendas. Después de la medianoche vino un mensaje de Independence a un grupo de hermanos que se habían organizado a un kilómetro del pueblo, para seguridad de sus vidas, y les informó que la chusma estaba derribando casas y esparciendo por las calles la mercancía de la tienda. El grupo de hermanos avanzó hacia Independence, pero el cuerpo principal de la chusma huyó al verlos. Un Ricardo McCarty, sin embargo, fue sorprendido en el acto de arrojar piedras y trozos de ladrillo hacia las puertas, mientras que los artículos de la tienda estaban desparramados alrededor de él, en la calle. De inmediato lo capturaron y lo llevaron ante el señor Samuel Weston, Juez de Paz. Se formuló la queja ante el citado Sr. Weston, y se solicitó que McCarty fuera arrestado, pero el Sr. Weston se negó a intervenir en el caso, y McCarty fue liberado.

La misma noche en algunas de las casas de los santos de Independence fueron lanzadas tabloneras por entre las ventanas hacia los cuartos de mujeres y niños indefensos, de donde sus esposos y padres habían sido arrojados por los ataques cobardes del populacho, que realizaban en grupos de diez, quince, o veinte hombres contra una casa a la vez. El sábado dos de noviembre, todas las familias de los santos de Independence se mudaron con sus pertenencias a un kilómetro del pueblo y se organizaron (eran como treinta), para preservar sus vidas y propiedades. Por la noche, un grupo de Independence se juntó con otro de la parte accidental de Río Big Blue, y atacaron a una rama de la Iglesia localizada cerca del río, como a diez kilómetros de Independence. Aquí echaron abajo el techo de una de las casas y derribaron otra casa; encontraron al propietario, David Bennett, enfermo en la cama, y lo golpearon de la manera más inhumana, jurando que le sacarían los sesos. Le dispararon con la pistola, y la bala le hirió la frente. En la escaramuza un joven de la chusma recibió un balazo en el muslo, pero no se supo quién hizo el disparo.

Al día siguiente, domingo tres de noviembre, se envió a cuatro de los hermanos (Josué Lewis, Hiram Page y otros dos) a ver al Juez de Circuito en Lexington, y obtener un amparo. Otros dos hermanos fueron a Independence a ver al Sr. Silvers, para pedirle otro amparo, pero se rehusó a dárselos, según declaró después, por temor a la chusma. Ese día muchos de los ciudadanos, profesando amistad, aconsejaron a los santos que abandonaran el Condado tan rápido como les fuera posible, pues la reyerta del sábado en la noche había enfurecido a todo el Condado, y la gente estaba determinada a salir el lunes y hacer matanza indiscriminadamente; y en breve, se decía entre el populacho que: “El lunes será un día sangriento”.

Llegó el lunes, y un gran número de los de la chusma se juntó en el río, se adueñaron del transbordador que pertenecía a la Iglesia, amenazaron vidas, etc. Pero abandonaron pronto el bote y se dirigieron a la tienda de Wilson, a kilómetro y medio al oeste del río. Con anterioridad se había avisado a la rama de la Iglesia, que estaba varios kilómetros al oeste del río, que el populacho estaba causando destrozos en el lado este del río, y que las víctimas necesitaban ayuda para proteger sus vidas y propiedades. Diecinueve hombres se ofrecieron como voluntarios y ya se dirigían allá, pero se dieron cuenta de que cincuenta o sesenta de los de la chusma se habían reunido en la tienda de Wilson, y, por tanto, dieron marcha atrás. En ese momento dos muchachos pasaron camino a la tienda de Wilson, e informaron a los de la chusma que los mormones estaban en el camino, hacia el oeste. De inmediato empezaron la persecución entre cuarenta y cincuenta integrantes de la chusma, armados, a caballo y a pie; luego de andar tres o cuatro kilómetros, los alcanzaron, y el grupo de los diecinueve hermanos se dispersó y ellos huyeron en todas direcciones. La chusma empezó a buscarlos, pasando sus caballos por entre los maizales pertenecientes a los santos. Buscaron en los sembrados de maíz y en las casas, amenazando a mujeres y niños con echar por tierra sus casas y matarlos si no les decían dónde estaban los que habían huido. En eso estaban, buscando a los hombres y amenazando a las mujeres, cuando apareció un grupo de treinta de los hermanos de la pradera, trayendo consigo diecisiete rifles. Aunque el grupo de los diecinueve se había dispersado y huido, dos de ellos regresaron a tiempo para tomar parte en la batalla que siguió. Al acercarse el grupo de treinta hombres, algunos de la chusma gritaron: “¡Fuego, (maldiciones), fuego!” Entonces se dispararon dos o tres rifles de los de la chusma, a lo que contestaron igualmente los hermanos sin pérdida de tiempo. Estos eran los mismos que, según la chusma, habían salido en la tarde portando una rama de olivo en señal de paz. Tras el primer disparo, la chusma

retrocedió, dejando algunos de sus caballos en el maizal de los Whitmer, y muertos en el suelo a dos de sus hombres: Hugo L. Brazeale y Tomás Linvili. Así murió Hugo L. Brazeale, a quien habían oído decir: “Con diez hombres me llenare de sangre pero arrojare a los mormones del condado de Jackson” A la mañana siguiente, el cadáver de Brazeale fue encontrado en el lugar de la pelea, con un rifle a un costado. En ambos bandos varios resultaron heridos, pero entre los hermanos ninguno lo fue de gravedad, excepto Andrés Barber, que falleció al día siguiente. Este ataque de la chusma se realizó al atardecer del lunes cuatro de noviembre; en esa misma noche se despacharon mensajeros en todas direcciones con el pretexto de pedir que interviniera el Ejército, esparciendo rumores con el propósito de alarmar y provocar por el camino a los que no estuvieran al tanto de los acontecimientos; decían que los mormones habían tomado Independence por la fuerza, y que estaba rodeada de indios, porque los mormones y los indios se habían aliado.

En la noche del cuatro de noviembre —no satisfechos con haber entrado a la tienda de Gilbert & Whitney y demoler parte de la casa del mismo Gilbert la noche del viernes anterior —el populacho le permitió al antes mencionado McCarty, quien el viernes en la noche fue descubierto como uno de los que violaron las puertas de la tienda, que obtuviera una orden de aprehensión para el hermano Gilbert y otros de la Iglesia por supuesto asalto y falso encarcelamiento de McCarty. Más tarde, cuando ya se había iniciado el tribunal, un caballero ajeno a la corte, viendo que los prisioneros estaban sin asesoría jurídica y en peligro inminente, aconsejó al hermano Gilbert y los demás, que fueran a la cárcel como única alternativa para salvar su vida. La puerta norte ya estaba atrancada, y una chusma enfurecida atestaba la casa, con la determinación de golpear y matar; mas gracias a la intervención de este caballero (Samuel C. Owens, Secretario de la Corte del Condado, según se supo después), el hermano Gilbert y cuatro más de los hermanos fueron encarcelados en la prisión del Condado de Jackson, cuyo calabozo debe haber sido un palacio comparado con el tribunal donde la dignidad y la compasión eran desconocidas, y todo lo que oían los prisioneros era la ira humana manifestada en amenazas horribles.

Esa misma noche, los prisioneros Gilbert, Morley y Carril fueron liberados de la prisión, para que se entrevistaran con sus hermanos y trataran de negociar algunas medidas de paz. Al volver a la prisión, a eso de las dos de la madrugada del martes, custodiados por el sheriff, había un grupo armada de seis o siete hombres cerca de la prisión y les pidieron contraseña. El sheriff les contestó dando su nombre y los de los prisioneros, y les gritó: “¡No disparen; no disparen. Los prisioneros están a mi cargo!” Sin embargo, dispararon uno o dos rifles. Morley and Carril retrocedieron; mas Gilbert quedó sujetado firmemente por el sheriff, mientras se apuntaban hacia él varios rifles. Dos, que estaban más desesperados que los demás, intentaron disparar, pero una de las armas disparo alto, y la otra se encasquilló. Entonces Gilbert fue aventado al suelo por Tomás Wilson, un tendero que vivía en Independence. Para esta hora estaban llegando algunos de los habitantes de la ciudad, y Gilbert reingresó a la prisión, de la que fue liberado al amanecer, junto con tres de los hermanos, sin otra acción judicial de la corte. Uno de los prisioneros era Guillermo E. M’Lellan.

En la mañana del cinco de noviembre, Independence empezó a llenarse de individuos de diferentes partes del Condado, portando rifles y otras armas; y se informó que se había pedido la intervención del Ejército, con la sanción o instigación del Vicegobernador Boggs; y que un Coronel Pitcher estaba al mando. En el así llamado Ejército estaban los personajes más sobresalientes de la chusma; y se puede decir verdaderamente que el aspecto de sus filas hacía adivinar sus horribles propósitos.

Esa mañana muy temprano, varias ramas de la Iglesia recibieron la información de que un número de hermanos estaban en prisión, y que la intención de la chusma era matarlos. Que la rama de la Iglesia cercana a Independence estaba en peligro inminente, pues el grueso de la chusma se había reunido allá. En esta crítica situación, alrededor de cien de los santos, de diferentes ramas, se ofrecieron como voluntarios para la protección de sus hermanos que vivían cerca de Independence, y se dirigieron camino a Independence, haciendo un alto a kilómetro y medio del pueblo, para esperar información adicional sobre los movimientos de la chusma. Se enteraron de que no se había matado a los prisioneros, y que la chusma no había caído sobre la rama de la Iglesia cercana a Independence, como se les había informado anteriormente. También se enteraron que se había llamado al Ejército para que los protegiera; pero en esto no pudieron confiar, pues más que ejército era una chusma oficial, y los acontecimientos posteriores comprobaron sus sospechas.

En conferencia con el comandante Pitcher, se encontró que no había otra alternativa que la de que la Iglesia abandonara el Condado inmediatamente, y entregara en sus manos a determinados hombres para ser juzgados por homicidio, supuestamente cometido por ellos en la batalla, como la llamó él, la noche anterior. El Coronel Pitcher demandaba se le entregaran las armas de los santos. Entre los del comité asignado para recoger las armas de los hermanos estaban varios de los más implacables miembros de la chusma del mes de julio, que habían dirigido la destrucción de la imprenta y los ataques personales a los hermanos: Enrique Chiles, Abner Staples y Luis Franklin, y no cesaban de perseguir a los santos, desde el primero hasta el último, con los sentimientos más hostiles.

Estas demandas inesperadas del Coronel lo hicieron aparecer como si estuviera a la cabeza de la ley militar y también la civil, sobrepasando su autoridad más allá de los límites constitucionales que regulan tanto el poder civil como el militar en nuestra República. Antes que someterse a estas demandas irracionales, los santos preferían derramar su sangre en defensa de sus derechos, las libertades del país, y de sus esposas e hijos: pero el temor de violar la ley al oponerse al supuesto Ejército, y la aduladora garantía de protección y un trato justo prometidos por el Vicegobernador Boggs, en el que hasta ahora habían depositado su confianza, logró que los santos se sometieran, pensando que él no toleraría tan cínica violación de toda la ley, como la que había estado sucediendo en el Condado de Jackson. Pero como pudo verse tan manifiestamente poco después, el plan siniestro de este hombre era robarle las armas a la gente inocente mediante estratagema, y dejar que más de mil hombres, mujeres y niños fueran arrojados de sus hogares entre extraños, en tierra extraña, para procurarse un refugio contra la tormentosa onda invernal. Ni la Tierra ni el infierno pueden negar que jamás ha quedado sin juzgar, sin castigar y sin ser colgado —ya que la horca es el método de ejecución en todos los países que profesan la cristiandad, en lugar de requerir sangre por sangre, de acuerdo con la ley del cielo— un bribón más despreciable, peor traidor, carnicero más sanguinario, o asesino alguno del género humano. El comportamiento de los Coroneles Lucas y Pitcher los había identificado desde hacía tiempo como enemigos de los santos, abiertos y reconocidos. Los dos tenían su nombre en el cartel de la chusma al menos desde julio pasado, cuya meta era desterrar a los santos del Condado de Jackson. Pero recibiendo la garantía del Vicegobernador y otros, de que el propósito era desarmar a ambos bandos, y que se lograría la paz, los hermanos entregaron sus armas.

También los hombres acusados de participar en la batalla del día anterior se entregaron para ser enjuiciados; mas tras estar detenidos un día y una noche para el supuesto juicio por homicidio, el Coronel Pitcher, luego de recibir el reloj de uno de los prisioneros “para cubrir los costos del tribunal”, los llevó a un sembrado de maíz y les dijo: “Váyanse”

Después que los santos hubieron entregado las armas, que habían usado sólo en defensa propia, las tribus indias en tiempos de guerra, persiguiendo a mujeres y niños, no podrían haber parecido más terribles y espantosas que la compañía de rufianes que salieron en todas direcciones, bien armados, a pie y a caballo, irrumpiendo en las casas sin temor, sabiendo que las armas estaban confiscadas; amenazando a las mujeres con lo que le harían a sus esposos al atraparlos; advirtiendo a mujeres y niños que huyeran de inmediato, o derribarían sus casas con ellos adentro, y que los matarían antes del anochecer. A la cabeza de todos ellos apareció el reverendo Isaac McCoy, con un rifle al hombro, ordenándole a los santos que abandonaran el lugar en el acto y entregaran las armas que les quedaran. Otros pretendidos predicadores del evangelio tomaron parte importante en la persecución, llamando a los mormones “el enemigo común del género humano”, y alegrándose mucho de sus sufrimientos

Las noches del martes y miércoles, cinco y seis de noviembre, las mujeres y niños huyeron en todas direcciones ante la chusma inmisericorde. Alrededor de ciento cincuenta mujeres y niños huyeron a la pradera, donde vagaron por varios días, con sólo seis hombres para protegerlos. Otros huyeron al Río Misuri y pasaron la noche donde pudieron. Un señor Barnet abrió las puertas de su casa para que se refugiara esa noche un grupo de mujeres y niños que huyeron hacia el río. Durante esta dispersión de mujeres y niños, grupos de atacantes capturaban a los hombres, disparando sobre algunos, atando y azotando a otros, y persiguiendo a otros a caballo por vanos kilómetros.

El jueves siete de noviembre, las orillas del Río Misuri empezaron a cubrirse de hombres, mujeres y niños que rodeaban el transbordador, y habían venido con sus provisiones, cajas, carros y demás pertenencias. Los encargados del transbordador se hallaban laboriosamente ocupados en pasarlos a la otra orilla. Al anochecer, el desierto parecía un campamento. Se veían centenares de personas por todas partes,

algunas en tiendas y otras al aire libre, alrededor de las fogatas, mientras la lluvia caía a cántaros. Los esposos buscaban a sus esposas, y ellas a sus esposos; los padres buscaban a sus hijos, y ellos a sus padres. Algunos tuvieron la buena fortuna de escapar con toda su familia, pertenencias y provisiones, mientras que otros no compartieron la misma suerte y perdieron todas sus posesiones. La escena era indescriptible, y hubiera partido de dolor el corazón de cualquier pueblo sobre la Tierra, menos al opresor cegado, y al fanático, prejuicioso e ignorante. Al día siguiente creció el campamento, y estuvo ocupado principalmente en cortar arboles y erigirlos en cabañas temporales; así que cuando llegó la noche tenían la apariencia de una aldea, y por ser una noche despejada, sus ocupantes empezaron a tener algo de bienestar.

El Vicegobernador Boggs ha sido descrito como observador imparcial de estos eventos; él era, sin embargo, la cabeza y origen de la chusma, pues como veremos, no se hizo ningún movimiento importante sin su autorización. Ciertamente él fue el instigador de los sucesos del veinte y veintitrés de julio y, como se verá a continuación, fue por su autoridad que la chusma se convirtió en ejército, para llevar a cabo por estratagema lo que él y su hueste infernal sabían que no podía hacerse por la vía legal. Como el Vicegobernador que era, sólo tuvo que guiñar el ojo, y el populacho pasó del maltrato físico al asesinato. Los planes terribles de este segundo Nerón se llevaban a cabo de un modo que no dejaba lugar a dudas. Temprano en la mañana del día cinco, como a la una de la madrugada, vino a buscar a los hermanos Phelps, Gilbert y Partridge, aconsejándoles que huyeran para salvar sus vidas. Pero a menos que él hubiera dado la orden de asesinarlos, nadie hubiera planeado hacerlo, pues la Iglesia había accedido a marcharse. Pero su conciencia parece haberle mortificado un poco y lo movió a prevenir a estos hombres.

Los santos que huyeron del Condado de Jackson se refugiaron en los condados circunvecinos, principalmente en el Condado de Clay, cuyos habitantes los recibieron con algo de consideración. Los que se fueron al Condado de Van Buren fueron echados de nuevo y obligados a salir; y quienes habían ido al Condado de Lafayette pronto fueron expulsados en su mayor parte, y tuvieron que mudarse a donde pudieran hallar protección.

13 de noviembre.—Son las cuatro de la mañana. Me despierta con sus toquidos el hermano Davis, para que vea las señales de los cielos. Me levanto y, para mi regocijo, veo como si las estrellas cayeran de los cielos, como si fuera una lluvia de granizo; cumplimiento literal de la palabra de Dios tal como está registrada en las Escrituras, y segura señal de que la venida de Cristo está muy cerca. En medio de esta lluvia de fuego me sentí motivado a exclamar: “¡Cuán maravillosas son tus obras, oh, Señor! Gracias te doy por tu misericordia para con tu siervo. Sálvame en tu reino por amor a Cristo. Amén”.

El aspecto de estas señales fue diferente en las diversas regiones del país. En Sión todo el cielo parecía envuelto en fuegos artificiales magníficos, como si de súbito cada estrella en la amplia expansión fuera arrancada de su curso y arrojada sin rumbo fijo a las regiones inexploradas del éter. Algunas parecían brillantes meteoritos, con largas caudas de luz que los seguían en su curso, y eran tantos que asemejaban grandes gotas de lluvia a la luz del sol. Parecían desvanecerse al desaparecer tras los árboles o acercarse al suelo. Algunas de las largas colas de luz que seguían a esas estrellas duraban varios segundos; se arrollaban y daban vueltas, como serpientes enroscadas. El espectáculo fue grandioso, hermoso y sublime, más allá de toda descripción; y era como si se hubieran puesto en marcha los fuegos artificiales y la artillería de la eternidad para entretener y encantar a los santos, y aterrorizar y atemorizar a los pecadores sobre la Tierra. Aunque el paisaje era hermoso y extraordinario, no se comparará con la ocasión en que el sol se ponga negro como tela de cilicio, la luna se vuelva como sangre, y las estrellas caigan del cielo como dice Apocalipsis 6:13.

No ha ocurrido nada digno de mención desde la lluvia de estrellas el día trece, hasta hoy, diecinueve de noviembre, en que mi corazón está un poco afligido, pero confío en el Señor, el Dios de Jacob. He aprendido en mis viajes que el hombre es traicionero y egoísta, con pocas excepciones.

El hermano Sidney es un hombre que amo, pero él no es capaz de amar a sus benefactores con ese amor puro e inquebrantable que debe caracterizar a un Presidente de la Iglesia. Esto y algunos otros detalles, como el egoísmo y el no querer ser dirigido, son algunas de sus faltas. Esto también ha enfriado algo la confianza de quienes darían sus vidas por él. Mas a pesar de eso, es un hombre bueno y grande, poderoso en palabras, y sabe ganarse la confianza de sus oyentes muy fácilmente. Es un hombre al que Dios sostendrá, si sigue fiel a su llamamiento. ¡Oh, Dios!, concede que así sea, en el nombre del Señor. Amén.

Y, otra vez, bendito sea el hermano Sidney. No obstante que estará arriba y será elevado, se inclinará bajo el yugo, como el asno que gime bajo la carga y aprende la voluntad de su amo con el golpe de la vara. Así dice el Señor: Mas el Señor tendrá misericordia de él y llevará mucho fruto, aun como el vino de la vid escogida cuando sus racimos están maduros antes de la cosecha; y el Señor le alegrará el corazón como con vino, a causa de Aquél que le tiende la mano, y lo saca del fango, y le señala el camino, y guía sus pasos cuando tropieza, y abate su orgullo. Benditas son sus generaciones; no obstante, como el hombre que busca al asno que se ha extraviado en el desierto y de inmediato lo encuentra y lo trae a la manada, así velará el Señor por sus descendientes, para que puedan ser salvos, Amén.

En el hombre que desea hacer el bien, debemos alabar sus virtudes y no hablar de sus faltas a sus espaldas. El que se aparta intencionalmente de sus amigos sin razón, no es perdonado fácilmente. Nunca deben olvidarse los favores de una persona. Quien cumple con su deber merece la más alta estima en nuestro corazón, y nuestro amor hacia él debe crecer día a día; y ésta es mi disposición, y éstos mis sentimientos.

El hermano Federico G. Williams es uno de los hombres en quienes deposito mi mayor confianza, pues siempre está lleno de amor y consideración hacia sus semejantes. No es un hombre de muchas palabras, pero siempre logrará mucho por su voluntad constante. Tendrá siempre un lugar en mi corazón y será merecedor de mi confianza. Es absolutamente honrado y recto, y busca con todo su corazón magnificar su Presidencia en la Iglesia de Cristo, pero muchas veces falta por su falta de confianza en sí mismo. Dios le conceda vencer todo mal. Bendito sea el hermano Federico, porque nunca le faltará un amigo, y su generación después de él prosperará. El Señor le ha señalado una herencia en la tierra de Sión; sí, y florecerá y será como la rama del olivo que se dobla por el peso de su mucho fruto. Que así sea, Amén.

Los que fueron amenazados por el populacho el domingo veinticuatro, huyeron al Condado de Clay, y acamparon a orillas del Río Misuri. Un grupo de familias partió hacia el Condado de Van Buren; el número total de hombres, mujeres y niños, era arriba de ciento cincuenta.

Alrededor del primero de diciembre, el Elder Cowdery y el Obispo Whitney llegaron a Kirtland con una prensa y tipo nuevos, y el día cuatro comenzaron a usarlos.

12 de diciembre.—Llegó un mensaje a Liberty, desde el Condado de Van Buren, informando que las familias que habían huido del Condado de Jackson y se habían establecido ahí, estaban a punto de ser arrojadas de ese Condado luego de haber construido sus casas y llevado su almacén de provisiones para el invierno sesenta u ochenta kilómetros. Ya habían salido de ahí varias familias. La influencia contaminante del populacho del Condado de Jackson ya está presente en Van Buren, cuya población total se estima en unas treinta o cuarenta familias. Es muy grande la destrucción de cosechas, muebles y ropa, y se ha perdido gran parte del ganado. El cuerpo principal de la Iglesia ahora está en el Condado de Clay, donde la gente es todo lo amable y hospitalaria que razonablemente se podría esperar. Las continuas amenazas de muerte contra individuos de la Iglesia, si se presentan en el Condado de Jackson, impide a la mayoría de ellos, hasta el día de hoy, regresar a ese lugar a recoger efectos personales que se vieron en necesidad de abandonar en la huida.

18 de diciembre.—Se reunieron los élderes en la imprenta, y se inclinaron ante el Señor y dedicaron a Dios la prensa impresora y todo lo relacionado con ella. La dedicación fue confirmada por el Elder Rigdon y mi hermano Hyrum Smith. A continuación hicimos la primera prueba para la reimpresión de La Estrella Milenaria, editado por el Elder Oliverio Cowdery.

Bendito del Señor es el hermano Oliverio Cowdery. No obstante, hay dos males en él que debe abandonar, o no podrá escapar completamente de los bofetones del adversario. Si renuncia a estos males, será perdonado, y será como el arco que el Señor ha colocado en los cielos: será una señal y un estandarte para todas las naciones. He aquí, él es bendito del Señor por su constancia y firmeza en su obra; por tanto, será bendecido en sus generaciones y éstas nunca cesarán, y recibirá ayuda en muchas dificultades. Y si guarda los mandamientos y da oído al consejo del Señor, su descanso será glorioso.

Y bendito del Señor es mi padre, y también mi madre, y mis hermanos y hermanas, porque serán redimidos en la casa del Señor, y su descendencia será una bendición, un gozo y un consuelo para ellos.

Bendita es mi madre, porque su alma siempre rebosa de benevolencia y filantropía; y a pesar de su edad, recibirá fuerza y será consolada en medio de toda su casa, y tendrá vida eterna.

Y bendito es mi padre, porque la mano del Señor estará sobre él, y verá que termina la aflicción de sus hijos; y cuando haya madurado, será como un olivo cuyas ramas se doblan por su mucho fruto. También él poseerá una mansión en las alturas.

Bendito del Señor es mi hermano Hyrum, por su integridad de corazón; se ceñirá con la verdad, y la fidelidad será la fuerza de sus lomos. De generación en generación será una saeta en las manos del Señor para ejecutar juicio sobre sus enemigos; y la mano del Señor lo cubrirá, para que nada lo hiera permanentemente. Su nombre se tendrá como bendición entre los hombres; y cuando esté en dificultades y venga gran tribulación sobre él, hará memoria del Dios de Jacob, y El lo escudará contra el poder de Satanás. Y recibirá consejo en la casa del Altísimo, para que su esperanza se fortalezca; para que sus caminos se establezcan para siempre.

Bendito del Señor es mi hermano Samuel, porque el Señor le dirá: “Samuel, Samuel”. Por tanto, será un maestro en la casa del Señor, y el Señor madurará el juicio de su mente; y tendrá, por eso, la estima y compañía de sus hermanos. Y su alma se establecerá, y será de beneficio a la casa del Señor, porque recibirá respuesta a sus oraciones en fidelidad.

Mi hermano Guillermo es como el león feroz, que no reparte la presa por causa de su fuerza; y en el orgullo de su corazón descuidará las cosas de importancia, hasta que su alma esté postrada de dolor. Entonces volverá e invocará el nombre de su Dios, y hallará perdón, y cobrará valor. Por tanto, al final será salvo. Y como el león rugiente en medio de los animales del bosque, así se levantará la mano de su generación contra los que se enaltecen, que luchan contra el Dios de Israel. Valientes e intrépidos irán a la batalla, vengando los agravios de los inocentes y librando a los oprimidos. Así, las bendiciones del Dios de Jacob estarán en su casa, a pesar de su corazón rebelde.

Y ahora, ¡Oh, Señor!, permite que el resto de la casa de mi padre esté siempre en memoria delante de ti, para que los libres de las manos del opresor, y afirmes sus pies en la Roca de Eternidad; para que tengan un lugar en tu casa y se salven en tu reino. Y que todo esto sea aun como he dicho, en el nombre de Cristo. Amén.

La noche del lunes veinticuatro de diciembre, cuatro familias de ancianos que vivían cerca de Independence, que por su pobreza y enfermedades inherentes a la vejez se veían impedidos para salir del área con rapidez, fueron echados de sus hogares por un grupo del populacho que derribó sus chimeneas, hizo pedazos sus puertas y ventanas, y arrojó grandes piedras a sus casas, a resultas de lo cual se vio en peligro especialmente la vida del anciano Miller. El hno. Miller tiene sesenta y cinco años, y es el más joven de las cuatro familias. Varios de estos hombres se han esforzado y derramado su sangre en defensa de su país; y el anciano Jones, uno de ellos, fue guardaespaldas del General Jorge Washington, durante la Revolución. Bien puede este soldado de la revolución del setenta y seis, contemplar con horror las escenas que presencié el día de hoy en el Condado de Jackson, cuando la libertad, la ley y la igualdad de derechos fueron hollados. Parecería que nadie que abrace la fe de los Santos de los Últimos días, sin importar su edad o posición anterior en la sociedad, puede esperar escapar de la ira del populacho del Condado de Jackson, mientras esté en su poder el abusar libremente de los demás.

Una corte de encuesta se realizó en Liberty, Condado de Clay, Misuri, a fines de este mes, para investigar el comportamiento del Coronel Pitcher al haber arrojado a los santos o mormones del Condado de Jackson, que provocó su arresto para una posible corte marcial.

El populacho de Jackson vendió los materiales, o más bien, permitió que los Sres. Davis y Kelly se llevaran el equipo del The Evening and Morning Star a Liberty, Condado de Clay, donde comenzaron la publicación de The Missouri Enquirer, periódico semanal.

MISURI 1834 CAMPO DE SIÓN

Lunes 31 de marzo.—Este día, Ira J. Willis, un joven que ha estado en la Iglesia por un tiempo, y que fue expulsado del Condado de Jackson al Condado de Clay, regresó allá para buscar una vaca; y mientras estaba en la casa del abogado Manship, Juez de Paz (a donde había ido con el hermano Juan Follet, para comprobar que la vaca le pertenecía), fue aprehendido por ese monstruo y criminal inhumano de Moisés Wilson, y azotado de una manera cruel y salvaje frente a media docena de los de la chusma. Este fue un acto imperdonable. Todos los que conocen al señor Willis pueden testificar que es un joven honrado, pacífico, que no molesta ni ofende a nadie. Que el Señor recompense a Moisés Wilson de acuerdo con sus obras.

Jueves 17 de abril.—Cumpliendo con una cita—fui a una junta donde el Elder Rigdon discutió los importantes asuntos de la redención de Sión y el establecimiento de la Casa del Señor en Kirtland. Después de la conferencia, pedí a los hermanos y hermanas que contribuyeran con todo el dinero que pudieran para la redención de Sión, y recibí veintinueve dólares y sesenta y ocho centavos.

A fines de abril recibí doscientos cincuenta y un dólares y sesenta centavos, en cartas de amigos del este, y de los hermanos de Kirtland, para la redención de Sión.

1° de mayo.—Más de veinte de los hermanos salieron de Kirtland hacia Misuri, llevando cuatro carros de carga. Viajaron a New Portage y se quedaron con los hermanos de la Iglesia hasta que llegó el resto del grupo de Kirtland, que no había estado listo cuando ellos salieron.

5 de mayo.—Habiendo juntado ropa y otras cosas necesarias para nuestros hermanos y hermanas a quienes les habían robado casi todo, y habiéndonos proveído de caballos, carros, armas y toda clase de municiones para nuestra defensa —ya que nuestros enemigos son muchos por dondequiera— salí con el resto del grupo, de Kirtland a Misuri. Ese día llegamos hasta el pueblo de Streetsborough, a cuarenta y tres kilómetros de Kirtland. Nos quedamos en la casa del señor Ford, donde mi tío Juan Smith y Brigham Young habían predicado tres meses antes. Este día el hermano Brigham Young y su hermano José fueron a la casa de Israel Barlow, que estaba como a un kilómetro, y allí pasaron la noche. El hermano Barlow regresó con ellos en la mañana y se juntó a nuestro grupo. El hermano Brigham Young tomó a las familias de Salomón Angel y Lorenzo Booth, para que nos acompañaran a Misuri.

El día seis llegamos a New Portage, como a ochenta kilómetros de Kirtland, y nos reunimos con los hermanos que habían salido antes.

Mi grupo consistía como de cien hombres, la mayoría jóvenes, y casi todos élderes, presbíteros, maestros y diáconos. Como nuestros carros estaban llenos de equipaje, tuvimos que viajar a pie.

El día siete nos preparamos para viajar, juntamos todo el dinero de cada individuo del grupo, y nombramos a Federico G. Williams como tesorero para manejar todos los fondos recaudados. Nombramos a Zorobabel Snow para encargarse de la comida. El grupo completo sumaba ahora más de ciento treinta hombres, con veinte carros de equipaje. Dejamos pocos hombres en Kirtland: los Elderes Sidney Rigdon y Oliverio Cowdery, algunos trabajando en el templo, y los ancianos.

Durante el resto del día seguí organizando el grupo, nombrando más oficiales si era necesario, y dando instrucciones para la disciplina, el orden, bienestar y seguridad de todos. También dividí el grupo en grupos de doce, dejando que cada grupo eligiera a su capitán, que asignaba a los hombres de su compañía sus respectivos puestos y deberes, generalmente en este orden: dos cocineros, dos bomberos, dos para las tiendas de campaña, dos aguadores, un mensajero, dos carreteros y jinetes, y un encargado de la comida. Compramos harina e hicimos nuestro propio pan y preparamos nuestros propios alimentos, que en general eran buenos, aunque escasos a veces; y en ocasiones comíamos pan de maíz o en lugar de pan de trigo. Todas las noches antes de retirarnos a descansar al toque del clarín, nos inclinábamos ante el Señor en nuestras tiendas, con acción de gracias, en oración y súplica; y al toque matutino del clarín, a las cuatro de la mañana, nos arrodillábamos de nuevo ante el Señor, implorando sus bendiciones para ese día.

El día ocho reanudamos nuestra marcha hacia Sión, y esa noche armamos nuestras tiendas en una hermosa arboleda de Chippeway, a veinte kilómetros de New Portage.

La mañana del día nueve terminamos de organizarnos en grupos, y reanudando la marcha acampamos cerca de Wooster; y el sábado diez, pasando Mansfield, acampamos para pasar el día de reposo en el poblado de Richfield. Una hora después llegaron desde la parte norte de Vermont los Elderes Lyman E. Johnson, Willard Snow y varios más, para unirse a nosotros.

Domingo 11.— Predicó el Elder Silvestre Smith, y el grupo recibió el sacramento del pan y el vino.

Aquí aumentamos nuestro número por ocho hermanos que vinieron junto con el Elder Elías Benner, de los Condados de Richtand y Stark, la mayoría de ellos alemanes.

Lunes 12 de mayo.—Salimos de Richfield, viajamos como cincuenta y cinco kilómetros, pasamos Bucyrus, y acampamos en los llanos de Sandusky, a poca distancia de donde los indios quemaron al General Crawford, y cerca de las aldeas indias.

El día trece pasamos por un extenso hayal, y el camino estaba muy malo. Muchas ocasiones tuvimos que atar cuerdas a los carros para jalarlos y sacarlos de las ciénagas y lodazales. Al hermano Parley P. Pratt se le rompieron los arneses; los hermanos amarraron sus cuerdas a su carro y tiraron de él por cinco kilómetros, hasta el lugar en que acamparíamos, a orillas del Río Scioto, mientras que él iba silbando y cantando.

Miércoles 14 de mayo.—Llegamos a Belle Fontaine, donde Silvestre Smith manifestó sentimientos rebeldes, expresando gran descontento porque estábamos escasos de pan, aunque habíamos procurado diligentemente abastecernos de él, y el Capitán Brigham Young había enviado a dos hombres que se adelantaran para conseguir provisiones para su compañía.

Jueves 15 de mayo.—Vademos el Río Mad, y luego de pasar por una hermosa región, acampamos un poco al oeste de Springfield. Esa noche Moisés Martin se durmió mientras hacía la guardia, y fui y tomé su espada, (y lo dejé dormir).

Viernes 16 de mayo.—Como a las nueve de la mañana, mientras iba en uno de los carros con los hermanos Hyrum, Esdras Thayre y Jorge A. Smith, entramos en un área boscosa, donde les dije que me sentía muy deprimido y desolado, y que en ese lugar había habido mucho derramamiento de sangre; e hice la observación de que cuando un hombre de Dios se encuentra donde ha habido una matanza, se siente desolado y su ánimo decae.

Como a doscientos metros de donde hice esa observación, salimos del bosque y vimos una granja grande, y cerca del camino, del lado izquierdo, había un montículo de veinte metros de altura, que contenía huesos humanos. El montículo estaba cubierto de manzanos y rodeado de campos de avena, pues el terreno circundante era llano.

A la hora de la comida algunos de los hermanos expresaron grandes temores de empacho que ya algunos otros habían padecido a lo largo del viaje. Muchos temían tomar leche o mantequilla, y se acercaban a mí para preguntarme si sería dañino hacerlo. Les dije que usaran lo que necesitaran, a menos que se les dijera que estaba pasada. Algunos pensaban que tal vez todo eso era provocado por nuestros enemigos, para hacernos daño. Les dije que no tuvieran temor; que si seguían mi consejo y usaban todo lo que necesitaban, ya viniera de amigos o de enemigos, no les haría daño y nadie se enfermaría por eso. Y a pesar de que pasamos por lugares donde mucha gente y ganado estaban infectados, se cumplieron mis palabras.

Al ir cruzando Dayton, Ohio, se despertó la curiosidad de sus habitantes, pues ya habían oído de nuestro grupo y nuestro viaje. Varias personas preguntaban a los del grupo que de dónde venían, y el Capitán Young contestó:

—De todas partes, menos de aquí: y al salir de aquí, también de aquí.

—¿Y a dónde van?

—Hacia el oeste.

Como diez o doce varones salieron de Dayton para averiguar cuántos éramos, y calcularon que seríamos cuando menos seiscientos. Le preguntaron casi a cada miembro del grupo de dónde venía y a dónde iba, y con qué propósito. Regresaron a Dayton e informaron que cada hombre del grupo era un caballero, y pudieron responder cuanta pregunta les hicieron sobre nosotros, excepto a dónde íbamos y con qué propósito.

Esta noche se efectuó una corte marcial para enjuiciar a Moisés Martin por quedarse dormido durante su guardia. Defendió su caso el mismo hermano Martin, diciendo que lo venció el cansancio y estaba tan fatigado que no podía mantenerse despierto, etc. Decidí que fuera absuelto, con la amonestación de que no volviera a dormirse mientras vigilaba, lo cual fue ratificado por la corte, y aproveché esta oportunidad para dar a los hermanos muchas instrucciones.

Vadeamos el Río Miami con nuestros carros de equipaje, muchos de ellos casi nadando. El día diecisiete salimos de los límites de Ohio y acampamos para pasar el domingo dentro de las fronteras de Indiana, después de haber viajado sesenta y cinco kilómetros ese día. Teníamos los pies adoloridos y con ampollas, los calcetines mojados de sangre, y el tiempo era muy caliente. Por la noche, un espía intentó entrar al campamento, pero fue sorprendido por el guardia. Nuestros centinelas vigilaban todas las noches, por razón de los espías que trataban de hostigarnos, robarnos los caballos, etc.

Esta noche hubo un problema entre Silvestre Smith y varios de los hermanos, y me llamaron para decidir en el asunto. Encontré un espíritu rebelde en Silvestre Smith, y hasta cierto punto también en los otros, y les dije que les sobrevendrían desgracias, obstáculos y dificultades, y añadí: “Y esto lo veréis antes de salir de este lugar”, exhortándolos a humillarse ante el Señor y ser unidos, para que no fueran castigados. Esa noche y el día siguiente ocurrió entre nuestros animales un suceso singular. Cuando nos levantamos el domingo en la mañana, encontramos a casi todos los caballos del campamento tan trasijados que con trabajos podían ir unos cuantos metros a beber agua. Entonces los hermanos reconocieron con gran pesar los efectos de la discordia. Cuando supe lo que pasaba, declaró a los hermanos que como testimonio de que Dios gobernaba y tenía su vista sobre ellos, todos los que quisieran humillarse ante el Señor verían en aquello la mano de Dios, y que a sus caballos se les restauraría la salud inmediatamente. Y antes de las doce del mismo día los caballos estaban tan vivaces como siempre, excepto el de Silvestre Smith, que murió poco después.

Domingo 18 de mayo.—Tuvimos predicación, como cada domingo, y la administración del sacramento.

Para entonces, los hermanos del Condado de Clay, Misuri, habían organizado una armería donde fabricaban espadas, puñales, pistolas, rifles, y reparaban armas en general, para defenderse de la violencia del populacho; compraron muchas armas; los dirigentes del Condado de Clay dieron todas las facilidades que podían para, según decían, “ayudar a los mormones a salir de sus problemas y pagarle al populacho de Jackson con su misma moneda.

Lunes 19 de mayo.—Viajamos cincuenta kilómetros y acampamos en el poblado de Franklin, Condado de Henry, en la pradera.

Martes 20 de mayo.—Acampamos cerca de Greenfield, después de viajar unos cuarenta kilómetros. Algunos tramos del camino eran tan malos que caminé con mis botas llenas de lodo, ayudando a tirar de los carros con unas cuerdas.

Mientras comíamos llegaron tres caballeros montados en caballos de muy buena estampa, y empezaron a preguntarnos por qué viajábamos en tan gran número, de dónde veníamos y a dónde íbamos. La respuesta fue la acostumbrada: algunos venían del Estado de Maine; otros, del Estado de Nueva York; otros, de Massachusetts; otros, de Ohio. Unos contestaban: “Venimos del este, y en cuanto terminemos de comer reanudaremos la marcha hacia el oeste”. Luego se dirigieron al Dr. Federico G. Williams, para ver si podían descubrir quién era el dirigente del campamento. El doctor respondió: “Nadie en lo particular”. Le preguntaron que si no había nadie que dirigiera el grupo; él contestó:

“Nadie en lo particular”. “Pero”, replicaron los curiosos, “si no tienen ningún líder ni quien los dirija, entonces ¿quién, ejerce la autoridad en el grupo?” Y respondió: “:A veces uno, y a veces otro, para que nadie en particular tenga que llevar la carga”. Estos espías, que venían del oeste, cruzaron por donde íbamos varias veces ese día y el siguiente.

Aunque amenazados por nuestros enemigos para que no pasáramos por Indianápolis, pasamos por allí el día veintiuno, sin ser molestados. Todos sus habitantes se estuvieron quietos. Por la noche acampamos a pocos kilómetros al oeste de la ciudad. Como había habido informes de que no se nos permitiría pasar por ese lugar, y que el Gobernador desharía al grupo, algunos hermanos tenían que tuviéramos problemas ahí. Pero yo les dije, en el nombre del Señor, que nadie nos molestaría y que pasaríamos por Indianápolis sin que la gente lo supiera. Al acercarnos a ese lugar muchos del grupo entraron en los carros y, dejando una distancia entre un carro y otro, pasaron por la ciudad, mientras que otros fueron por diferentes calles, dejando a los lugareños preguntándose hasta cuándo llegaríamos.

Desde el día dieciocho tomamos el camino nacional en sus tramos más transitables, pero a menudo teníamos que tomar otros caminos que eran lodosos y boscosos.

Jueves 22 de mayo.— Acampamos a la orilla de un arroyo, en una arboleda cerca de Belleville.

Viernes 23 de mayo.— Luego de una dura jornada, acampamos a seis kilómetros de Greencastle.

Sábado 24 de mayo.— Cruzamos en transbordadores el Río Wabash, en muy poco tiempo, y seguimos hasta la línea divisoria del Estado, llegando ya tarde esa noche. Acampamos en un claro rodeado de robles, en el Condado de Edgar, Illinois.

Domingo 25 de mayo.— No tuvimos servicio dominical. Estuvimos lavando, horneando pan y preparándonos para el resto del viaje. Un hombre disfrazado, que traía puesta una gorra de seda, vino al campamento. Aseguró que nos dirigíamos al Condado de Jackson, y que nunca llegaríamos vivos al otro lado del Río Misisipí. Evidentemente era un espía, y recordé haberlo visto en el Condado de Jackson, Misuri.

Lunes 26 de mayo.— Día muy caluroso. Pasamos por París y cruzamos una pradera de veinticinco kilómetros de extensión; a mediodía nos detuvimos como a diez kilómetros del bosque, sin tener agua para beber excepto una que estaba repleta de los animales llamados “maromeros” y como era desagradable tragarlos, filtramos el agua antes de tomarla. Era la primer llanura que encontrábamos en el curso del viaje, y fue cosa notoria para muchos de los hermanos. Era tan nivelado que los venados que andaban a varios kilómetros de ahí parecían estar muy cerca; algunos hermanos intentaron alcanzarlos, antes de percatarse de su falso sentido de la distancia. Continuamos la marcha, tirando de los carros con cuerdas para pasar un arroyo, y llegamos a la casa del Sr. Wayne, el único colono de la región, y que tenía un pozo de agua, lo cual fue un alivio para nosotros, pues ya estábamos casi muertos y habíamos pasado mucho tiempo sin satisfacer nuestra sed. Cruzamos el Río Embarras y acampamos a orillas de uno de sus ramales, kilómetro y medio hacia el oeste. Mientras armaba mi tienda, hallamos tres víboras de cascabel que los hermanos estaban a punto de matar, pero yo les dije: “¡Déjenlas!; no les hagan daño! ¿Cómo podrá perder la serpiente su veneno, si los siervos de Dios tienen la misma disposición y siguen combatiéndola? El hombre tiene que tornarse inofensivo para que los animales puedan hacerlo; y cuando el hombre abandone su disposición destructora y cese de destruir el reino animal, entonces el león y el cordero podrán vivir juntos, y el niño de pecho podrá jugar con la serpiente sin que ésta le haga daño”. Los hermanos alzaron las serpientes cuidadosamente con palos y las llevaron al otro lado del arroyo. Exhorté a los hermanos a no matar a ninguna serpiente, ave o animal cualquiera durante nuestro viaje, a menos que se hiciera necesario para satisfacer el hambre.

Les había hablado con frecuencia sobre este tema cuando, en cierta ocasión, encontré a los hermanos observando a una ardilla que estaba en un árbol, y para probarlos y saber si harían caso de mis palabras, tomé uno de sus rifles, maté a la ardilla y la dejé sobre el suelo. El hermano Orson Hyde, que estaba atrás de mí, levantó a la ardilla y dijo: “La cocinaremos, para que nada se pierda”. Percibí que los hermanos entendían por qué lo hice, y reaccionaron haciendo más caso de mi precepto que de mi ejemplo, y eso era bueno.

Esa noche, los hermanos Parley P. Pratt y Amasa Lyman regresaron de la rama de Eugene, Indiana (a donde los había enviado), trayendo consigo una docena de hombres.

Los informes que estábamos recibiendo continuamente sobre los enemigos, hicieron que los hermanos estuvieran constantemente alertas, y como a las once de la noche nuestros guardias reportaron haber visto hacia el sureste las fogatas de la chusma. De inmediato me levanté, y me di cuenta de su error, pero para que los hermanos disfrutaran la escena tanto como yo, disparé mi arma, lo cual era una señal

para que todos alistaran las suyas. Con todo el grupo formado y listo para combatir, les señalé la reflexión de la luna sobre puntas de arboles, lo cual semejaba el reflejo de la luz de un conjunto de hogueras. La escena era maravillosa y bien valió la pena para todos los que se levantaron y que nunca antes habían visto el aspecto de la extensa llanura. Este incidente comprobó que casi todos en el campamento estaban listos para combatir, con excepción de Dean Gould, que no era miembro, y el Capitán Jazaniah B. Smith, a quien de repente le dio un cólico y no salió de su tienda. La experiencia fue muy divertida.

Martes 27 de mayo.— A pesar de que nuestros enemigos respiraban amenazas de violencia, no teníamos temor ni vacilábamos en proseguir nuestro viaje, porque Dios estaba con nosotros; y sus ángeles iban delante de nosotros; y la fe de nuestro pequeño grupo era inquebrantable. Sabemos que los ángeles nos acompañaban, porque los vimos.

Arribamos al ramal Okaw del Kaskaskia, donde había canoas que atamos unas a las otras para transportar nuestras cargas a la otra orilla. Luego cruzamos a nado los caballos con los carros, y al llegar al lado opuesto los hermanos ataron las cuerdas a los carros y ayudaron a los animales a salir del agua y sus riberas lodosas y empinadas. Unos hermanos cortaron un árbol para cruzar en él, llevando sus cargas en sus espaldas. Mientras estábamos allí, Jorge A. Smith descubrió un manantial que sólo necesitó una poca de excavación para abastecernos de abundante agua, y lo llamamos “El Manantial de Mormón”. Por la tarde, el Elder Salomón Humphreys, miembro anciano del campamento, que estaba muy fatigado, se acostó en la pradera para descansar, y se durmió. Al despertar vio que a menos de medio metro de su cabeza estaba enroscada una víbora de cascabel, entre él y su sombrero, que tenía en la mano cuando se durmió. Los hermanos se juntaron alrededor de él, diciendo: “Es una víbora de cascabel. Hay que matarla”; pero el hermano Humphreys dijo: “No; yo la protegeré; no dejaré que le hagan daño, porque juntos dormimos una buena siesta”.

Miércoles 28 de mayo. — Seguimos sin novedad, excepto que sufríamos la falta de agua y otras provisiones. Llegamos al poblado de Decatur. Acampamos a orillas de un riachuelo, y allí murió uno de los caballos del hermano Tanner.

Jueves 29 de mayo.— Como necesitábamos comprar un caballo, nos demoramos casi hasta el mediodía. Algunos hermanos murmuraban, pues querían seguir adelante sin tener que esperar al resto del grupo, y hubo unos que partieron. Envié a decirles que regresaran, y reuní a todo el grupo y les instruí que no se separaran. Les dije que si se separaban de los demás se fatigarían, se tirarían al suelo, y estarían propensos a las enfermedades propias de este clima, tales como la fiebre y la malaria. También corrían el riesgo de ser muertos por el enemigo.

Como distracción propuse que nos dividiéramos en tres grupos e hiciéramos un simulacro de batalla, en lo que estuvieron de acuerdo. El hermano Roger Orton dirigiría una división; Federico G. Williams, otra división; y yo me quedé en el campamento con la tercera. Se escondieron en el bosque con sus divisiones y luego “atacaron” el campamento, que defendimos con varias maniobras. Muchos de nuestros capitanes mostraron una táctica y mayor familiaridad con los asuntos militares de lo que yo esperaba. Todo salió bien, aunque el Capitán Heber C. Kimball, al ser atacado por el capitán Luis Zobrinski, agarró la espada de éste, tratando de quitársela, y se despellejó la palma de la mano. Cuando se terminó el simulacro, volví a reunir al grupo y les aconsejé que fueran más cuidadosos en el futuro y controlaran sus impulsos, de manera que nadie resultara herido.

Atravesamos la pradera y acampamos en una franja de árboles. A la hora de comer escribí una carta para los hermanos de Misuri, de parte del “Campamento de Israel”, pidiéndoles que algunos de ellos vinieran a encontrarnos en cuanto les fuera posible y me informaran de la situación en Misuri. Envié la carta al puesto de Correos de Springfield, con Dr. Federico G. Williams.

En este lugar descubrí que a parte de mi grupo se le había servido pan rancio, mientras que a mí me dieron pan bueno. Censuré al hermano Zebedeo Coltrin por ello, pues yo quería que todos comiéramos de lo mismo.

Viernes 30 de mayo.— Federico G. Williams y Almon W. Babbit se adelantaron para ir disfrazados a Springfield, y enterarse de la actitud de la gente y conseguir algo de pólvora. Pasamos por Springfield, y nuestra presencia despertó gran curiosidad, y nos hicieron muchas preguntas. Los espías que nos habían seguido por tanto tiempo venían muy cerca de nosotros, y cambiaban de ropa y caballos varias veces al día.

Casi al mediodía, al este de Rochester, se nos unieron el hermano Eleazar Miller y algunos otros, con tres caballos. Estos refuerzos fueron muy oportunos, pues nuestros caballos estaban sufriendo mucho, como sucede cuando cambian de clima, lugar y comida. Muchos de los caballos, después de comer el maíz y el pasto de la pradera, se inflaban y eran presas de cólicos. El hermano Esdras Thayre les daba medicina, preparada de este modo: Un rollo de tabaco y dos cucharadas de pimienta, y llenaba la botella con agua cuando no podía conseguir whisky. Cada dosis era de media botella y casi siempre curaba al caballo en unos cuantos minutos, y es digno de recordarse. El hermano Thayre llamaba a esta medicina “18 por 24”.

Acampamos a cinco kilómetros de Springfield, a orillas del Arroyo Spring. Federico G. Williams y Almon W. Babbit regresaron al campamento con dos barriles de pólvora e informaron que la gente estaba algo alborotada, más por curiosidad que por tener intenciones de obstaculizarnos. Vino a vernos un hermano con la nueva de que mi hermano Hyrum había pasado el día anterior hacia el oeste con un grupo, como ochenta kilómetros al norte de nosotros, y añadió: “El lleva un grupo muy bueno, y todos se ven muy bien. Le pedí que nos acompañara a Misuri, y contestó : “No puedo”. Se fue y pernoctó en una posada con los espías, de quienes dijo que nos siguieron por cuatrocientos ochenta kilómetros con el propósito de aprovecharse de nosotros.

Sábado 31 de mayo— El mismo hermano vino por la mañana y me dijo: “me gustaría mucho ir con ustedes, pero tengo asuntos que no me lo permiten. ¿Le servirían cien dólares?” Le contesté: “Sí, porque estamos escasos de dinero”. Montó en su caballo y partió hacia Springfield, y volvió una hora después que el grupo había empezado la marcha, y me dijo” siento mucho que no puedo ir con ustedes. Aquí tiene los cien dólares; si lo hubiera sabido unos días antes, hubiera podido conseguir más”.

Hicimos un alto al mediodía, para comer. Un hombre, aparentemente borracho, vino al campamento y dijo que tenía una hacienda grande, con cuarenta vacas, un poco más adelante, y que si íbamos allí nos proporcionaría todo lo que quisiéramos para comer y beber, alimentar a los caballos, etc. Pero pronto descubrí que estaba más sobrio que borracho, y que posiblemente era un espía.

Llegamos al anochecer a un arroyo, como a kilómetro y medio de Jacksonville, y allí encontramos una señal sobre el camino, que nos había dejado el Dr. Federico G. Williams. Yo había enviado en la mañana al Dr. Williams, para escoger un sitio en qué acampar y vigilar los movimientos de nuestros enemigos. Armamos nuestras tiendas en el lugar que él había señalado.

Por instrucciones más, al atardecer el hermano Roger Orton anunció que tendríamos predicaciones bajo los árboles que estaban en el campamento, a las diez y media de la mañana siguiente. (Había solo una persona que no era del grupo que oyó el anuncio). El Dr. Williams se fue a Jacksonville con su maletín a pasar la noche.

Domingo 1° de junio.— Tuvimos predicaciones, y muchos de los habitantes del pueblo vinieron para oír. En la mañana predicó el Elder Juan Carter, que antes había sido predicador bautista, y le siguieron otros cuatro élderes en el transcurso del día, todos ellos antiguos predicadores de otras denominaciones. Cuando los lugareños escucharon a los élderes, mostraron mucho interés y querían saber quiénes eran, y les dijimos que uno había sido predicador bautista; y otro, predicador campbelita; uno más, metodista reformado; y el otro, restauracionista. Durante el resto del día hicieron muchas preguntas, pero no pudieron enterarse de nuestros nombres, oficios, negocio o destino; y a pesar de que sospechaban que éramos mormones, fueron muy corteses.

Nuestros enemigos habían amenazado que no cruzaríamos el Río Illinois, mas el lunes, día dos, lo cruzamos en transbordador sin ninguna dificultad. El hombre que manejaba el transbordador nos contó y dijo que éramos quinientos, aunque en realidad éramos sólo ciento cincuenta, aproximadamente. Nuestro grupo se había incrementado desde que salimos de Kirtland, gracias a los voluntarios de las diferentes ramas de la Iglesia por las que habíamos pasado. Acampamos a la orilla del río hasta el martes tres.

En nuestro viaje habíamos visitado varios de los montículos levantados por los antiguos habitantes de este país —nefitas, lamanitas, etc. — y esa mañana subí a la cima de un elevado montículo cercano al río, acompañado de mis hermanos. Desde ahí podíamos ver las copas de los árboles y contemplar la llanura a ambos lados del río, hasta donde alcanzaba la vista, y el paisaje era verdaderamente encantador.

En la cima del montículo había piedras que tenían la apariencia de ser tres altares, contruidos uno sobre el otro, según el orden antiguo, y había restos de huesos esparcidos en la superficie. Los hermanos consiguieron una pala y un azadón, y al escarbar la tierra a una profundidad de unos treinta centímetros, descubrieron el esqueleto de un hombre, casi completo, y entre sus costillas, la punta de una flecha lamanita hecha de piedra, la cual evidentemente causó su muerte. El hermano Burr Riggs guardó la flecha. La contemplación del paisaje que nos rodeaba causó sensaciones raras en nuestro ser; y posteriormente, al ser aclaradas a mi entendimiento las visiones del pasado, por el Espíritu del Omnipotente, descubrí que la persona cuyo esqueleto teníamos ante nosotros era un lamanita blanco, un hombre grande y fornido, y un hombre de Dios. Su nombre era Zelph. Fue un guerrero y jefe bajo el mando del gran profeta Onandagus, el cual era conocido desde el Cerro de Cumora, o Mar del Este, hasta las Montañas Rocosas. La maldición le había sido quitada a Zelph, o por lo menos en parte. Años antes de su muerte, durante una batalla, una piedra arrojada con una honda le había fracturado el hueso de una de sus caderas. Había muerto en una batalla a causa de la flecha descubierta entre sus costillas.

Mientras descansábamos nosotros y nuestros animales al mediodía [del día tres], me subí a la rueda de uno de los carros, llamé a todos y les dije que les declararí una profecía. Luego de aconsejar mucho a los hermanos, exhortándolos a ser fieles y humildes, les dije que el Señor me había revelado que el grupo sería azotado como consecuencia de los espíritus contumaces y rebeldes que había entre ellos, y que morirían igual que ovejas con morriña; pero que si se arrepentían y se humillaban ante el Señor, la mayor parte de la plaga sería desviada. Pero, vive el Señor, que los miembros de este grupo padecerán por haberse dejado llevar de su temperamento rebelde.

Al llegar a Atlas tuve una entrevista con el Coronel Ross, rico caballero de la región, quien nos dio una descripción muy halagüeña del lugar, y deseaba darle trabajo a un ciento de hombres, con la promesa de pagarles puntualmente. Necesitaba gente para construir, fabricar ladrillos, etc.

Nuestro encargado de la comida consiguió aquí veinticuatro galones de miel, a veinticinco centavos el galón, y una docena de jamones ahumados de Misuri, que resultaron estar mal en su parte externa. Como no había suficientes para todos los grupos, el mío accedió a quedarse sin el suyo. Nuestra cena consistió en maíz molido con miel, ya que no pudimos obtener harina, por no haber molinos. Apenas espantamos el hambre, estando tan cansados por la fatiga del día; pero cuando terminamos, como seis de los jamones fueron arrojados con enojo a la puerta de nuestra tienda, con la queja: “No queremos carne apestosa”. Fui a buscar a nuestro cocinero, el hermano Zebedeo Coltrin, y le dije que se apresurara a freír algo de jamón, pues no había yo calmado completamente el hambre por cuarenta y ocho horas. De inmediato se puso a cocinar el jamón, y por esta vez mi grupo tuvo un banquete a su entera satisfacción.

Acabábamos de retirarnos a descansar cuando el centinela anunció que llegaba Lucas S. Johnson. Entró al campamento y rindió su informe. Había visitado a varios hombres influyentes, entre otros a un ministro bautista, que expresó grandes deseos de detener nuestro grupo y fue a ver a un juez para averiguar si había alguna ley o pretexto con qué detenernos. Le dijo al juez: “Los del grupo marchan y tienen armas como un ejército. Arman sus tiendas a un lado del camino; colocan vigilantes y no permiten que nadie entre de noche a su campamento; y son mormones, y pienso que van a matar a la gente del Condado de Jackson, Misuri, y retomar sus tierras”. El juez le contestó: “Si usted se encontrara viajando y no quisiera hospedarse en posadas, o no hallara ninguna en el campo, ¿no armaría su tienda a un lado del camino? Y si temiera que sus caballos y propiedad fueran robados estando en tierra extraña, ¿no vigilaría y pondría centinelas?” “Por supuesto”, dijo el ministro, “¡pero ellos son mormones!” “Bueno, todo lo que he oído es que se ocupan de sus propios asuntos, y si usted y este forastero [refiriéndose a Lucas S. Johnson] también se ocupan de sus propios asuntos, no habrá ningún problema”. Este ministro bautista trató al hermano Lucas S. Johnson con mucha cortesía. Le dio de comer; su esposa lavó sus calcetines; le dio cartas de presentación dirigidas a hombres del Condado de Jackson y unas cartas que había recibido del Condado de Jackson, las cuales trajo al campamento el hermano Lucas. También informó haber visto a un hombre esa mañana, que le confió que había cuatrocientos hombres listos en la frontera de Misuri, a diez horas de camino, listos para confrontarnos y que él estaba en camino para avisarles.

Poco antes de la medianoche oímos varios disparos en dirección oeste, que aparentemente fueron contestados por uno en dirección este. No vivía gente al oeste de nosotros, aparte del Estado de Misuri. Como más bien parecía una señal, sumada a las muchas amenazas de atacarnos si intentábamos cruzar el Misisipí, la consideró suficiente causa de alarma para colocar guardia doble y organizar el campamento

en plan de defensa, para que todos estuvieran listos inmediatamente en caso necesario. Sin embargo, resultó ser una falsa alarma.

Siguiendo nuestro viaje el día cuatro, acampamos a orillas del Río Misisipí. Aquí fuimos afligidos, y nuestros enemigos nos amenazaron bastante para que no cruzáramos a la orilla del lado de Misuri. Por tener el río dos kilómetros de ancho y nosotros, solamente un transbordador, tardamos dos días en cruzar. Mientras unos cruzaban, otros andaban cazando, pescando, etc. Al cruzar, acampamos en las riberas del río, ya dentro de los límites de Misuri.

Estando en este lugar, Silvestre Smith se rebeló contra el orden del grupo, y desahogó sus sentimientos contra mí particularmente. Esta fue la primera sublevación de importancia que minara nuestra paz desde que comenzamos el viaje.

6 de junio.— Continuamos la jornada, y la noche del día siete acampamos en un bosquecillo cercano a un salto de agua, en Salt River. Aquí había una rama de la Iglesia.

Domingo 8 de junio.— Tuvimos predicaciones, y en el transcurso del día llegaron los hermanos Hyrum Smith y Lyman Wight, con un grupo de voluntarios que habían reunido en Michigan. El grupo completo ahora constaba de doscientos cinco hombres y veinticinco carros, de dos o tres caballos cada uno. Nos quedamos en Salt River hasta el día doce, descansando y reorganizando el campamento, para lo cual elegimos a Lyman Wight como General del campamento. Yo escogí veinte hombres como guardaespaldas, con Hyrum Smith como su capitán, y Jorge A. Smith como escudero. El resto del grupo se organizó conforme al modelo de New Portage. Estando en Salt River, el General Wight llevó el campamento a la pradera, hizo revisión de armas, ordenó por pelotones una descarga de las mismas contra determinados blancos, nos ejercitó por medio día, y regresamos al campamento.

Por ese entonces despaché a los Elderes Orson Hyde y Parley P. Pratt a Jefferson City, con un mensaje para el Gobernador Dunklin, para determinar si estaba dispuesto a cumplir la promesa que anteriormente les había hecho a los hermanos, de reintegrarlos a sus tierras del Condado de Jackson y permitirles defenderse.

12 de junio.— Salimos de Salt River y viajamos aproximadamente veintidós kilómetros. Los habitantes nos mostraron gran respeto, y muchos de ellos nos acompañaron por alguna distancia. Por la mañana di instrucciones de que se considerara alarma cualquier disparo; pero en el curso del día, cuando yo iba un poco adelante, disparé para matar una ardilla para el hermano Foster, y varios hermanos vinieron corriendo a ver qué pasaba. Les dije que el hermano Foster estaba enfermo y “quisiera que oren por él”.

Viernes 13 de junio.— Por la negligencia de los guardias, los caballos del Elder Kimball se soltaron y retrocedieron dieciséis kilómetros. El los siguió y volvió al campamento con ellos. Federico G. Williams y Roger Orton recibieron severas reprimendas por no cumplir sus órdenes de cuidar los animales cuando hicieran la guardia. La reprimenda que recibió Roger Orton fue particularmente porque el Elder Kimball tuvo que regresar tras los caballos, siendo uno de mis guardaespaldas, y le correspondía a Orton atender a los animales. Pero como los caballos eran del hermano Kimball, y él se había encargado de ellos todo el tiempo, Orton esperaba que siguiera haciéndolo. El grupo de Silver Grey, formado de catorce personas, se agregó a mi grupo, convirtiéndolo en uno de veintiocho.

Sábado 14 de junio.— El hermano José Hancock y otro de los hermanos fueron seguidos gran parte del día por cuatro sujetos sospechosos a caballo, armados con rifles, a quienes despistaron yéndose por entre arbustos y matorrales, donde los jinetes no pudieron entrar. Cuando regresaron al grupo ya era tarde.

Por la noche acampamos en un lugar incómodo e inseguro, en un barranco. El único lugar donde podíamos conseguir agua quedaba a varios kilómetros. La zona era una región baldía.

Domingo 15 de junio.— Viajamos veinte kilómetros. Mientras viajábamos regresaron Orson Hyde y Parley P. Pratt, de Jefferson City, e informaron que el Gobernador Dunklin se rehusó a cumplir su promesa de reintegrar a los hermanos a sus tierras del Condado de Jackson, por no ser posible.

Cruzamos el Río Chariton en su desembocadura y acampamos en la margen occidental. El Obispo Partridge llegó al campamento desde el Condado de Clay. Nos dio mucha información en cuanto a los sentimientos hostiles y el prejuicio que había contra nosotros en Misuri, pero nos dio gran satisfacción la

noticia que nos trajo sobre la unidad y buenos sentimientos que prevalecían entre los hermanos. Pasábamos peligros y éramos amenazados constantemente; se nos dificultaba obtener provisiones y teníamos que sobrevivir a base de (maíz molido, y gracias por eso). Allí fue bautizado Dean Gould por Lyman Wight.

Lunes 16 de junio.— Llegamos hasta el Río Grand, lo cruzamos en transbordador, y acampamos en sus riberas. El hombre del transbordador quería cobrar diecisiete dólares. Los hermanos dijeron que no los pagarían, y que en lugar de eso fabricarían ellos mismos una balsa y cruzarían en ella. Entonces ofreció cobrar sólo doce dólares y los hermanos aceptaron el trato. Esta mañana hizo un calor excesivo; no circulaba nada de aire; y al ir viajando por el bosque espeso se desató una llovizna fuerte, por lo que los hermanos recogieron toda el agua que pudieron con la copa de sus sombreros, y como no era suficiente para calmarles la sed, bebieron la de las zanjas en el camino.

Martín Harris, jactándose ante los hermanos, diciendo que podía manejar serpientes sin que le pasara nada, se puso a jugar con una culebra negra después de haberse descalzado, y sufrió una mordedura en el pie izquierdo. Me fue comunicado el hecho, y tomé la oportunidad para reprenderlo y exhortar a los hermanos a que nunca jugaran con las promesas de Dios. Les dije que era malo provocar a una serpiente a morder a uno; pero si una serpiente venenosa accidentalmente mordía a un hombre de Dios, éste podría tener fe, o sus hermanos podrían tener fe por él, a fin de que el Señor escuchara su oración y lo sanara; pero cuando un hombre deliberadamente provoca a una serpiente para que lo muerda, es como el hombre que bebe veneno sabiendo que lo es. En este caso, ninguno tiene derecho a la promesa de Dios de ser sanado.

El día de hoy, dieciséis de junio, se reunieron en el edificio de la corte de Liberty los ciudadanos del Condado de Clay, sumando entre ochocientos y mil individuos, convocados por el Juez Ryland.

Samuel C. Owens dio un fogoso y bélico discurso, y el general Doniphan respondió a favor de la paz.

El reverendo Riley, sacerdote bautista, habló acaloradamente en contra de los mormones y dijo: “Los mormones ya han estado demasiado en el Condado de Clay, y deben salir o ser sacados”.

El moderador de la reunión, el Sr. Turnham, contestó de manera magistral: “Seamos republicanos”; honremos a nuestro país; no lo deshonremos como los del Condado de Jackson. Por amor de Dios, no violen los derechos de los mormones, ni los saquen del Condado. Son mejores ciudadanos que muchos de nuestros antiguos habitantes”.

El General Doniphan exclamó: “Es verdad, y ahora que los mormones están armados, si no se defienden es que son cobardes. Me emociona oír que sus hermanos vienen a ayudarlos. Ninguno tiene más amor que el que da la vida por sus hermanos”.

En este momento crítico, preparando las pistolas y otras armas demostró que había cierta desesperación. Uno dijo “terminemos esta junta” mientras que otro decía “sigamos planeando” y en medio de tan terrible crisis, alguien gritó en la puerta: “¡Apuñalaron a un hombre!” La multitud salió precipitadamente, con la esperanza, según dijeron algunos, de “que el muerto sea un mormón”, pero según la suerte de ellos, era que un hombre de Misuri había apuñalado a otro (uno apellidado Calbert, herrero, había herido a uno de apellido Males, que antes casi había matado a azotes a un mormón, y se jactaba de haber azotado a otros muchos). La herida era peligrosa, pero el incidente fue muy oportuno, pues tal parecía que se necesitaba eso para terminar la reunión sin un mayor derramamiento de sangre, y le dio a los santos la oportunidad de consultar qué era mejor hacer en estas circunstancias.

A simple vista se puede pensar que la chusma hizo una propuesta justa a los santos, ofreciéndoles comprar sus tierras a un precio fijado por mediadores imparciales, más el cien por ciento, pagadero en treinta días, o en su defecto, ofrecían las suyas bajo los mismos términos; pero cuando se considera que el populacho poseía una cantidad mucho mayor de tierra que los santos, y que sólo daban treinta días para hacer el pago, habiéndoles robado previamente a los santos casi todo, se verá que era sólo una farsa para cubrir su ilícito proceder anterior.

La tempestad de un conflicto inmediato parecía haberse controlado, y el populacho de Jackson, siendo como quince, con Samuel C. Owens y Jacobo Campbell a la cabeza, salieron hacia Independence, Condado de Jackson, para reclutar un ejército suficiente para salirme al encuentro antes de que pudiera llegar al Condado de Clay. Campbell juró, mientras enfundaba sus pistolas: “Las águilas y los buitres me

coman si no dejo a Joe Smith y su ejército hecho pedazos antes de dos días. Tomaron el transbordador e iniciaron el cruce del Río Misuri al anocheecer, mas el ángel de Dios juzgó conveniente hundir el bote en medio del río, y se ahogaron siete de los doce que procuraban cruzar. Así que de repente y con justicia recibieron su recompensa. Campbell estaba entre los desaparecidos. Su cadáver se fue flotando hasta seis u ocho kilómetros río abajo y se detuvo en una pila de palos secos, donde las águilas, buitres, cuervos y demás animales silvestres devoraron su carne, dando cumplimiento a sus propias palabras, y quedó como un ejemplo horrendo de la venganza de Dios. Como tres semanas después lo encontró un Sr. Purtle. Owens pudo salvar su vida luego de irse flotando seis kilómetros en dirección de la corriente, deteniéndose en una isla; salió desnudo del agua al amanecer, pidió prestado un manto para ocultar su vergüenza, y se escurrió a su casa, atemorizado por la venganza de Dios.

Martes 17 de junio.— Al mediodía cruzamos el Wakenda; por ir muy crecido tuvimos que usar el transbordador. Ahí nos informaron que en el Río Misuri estaba un grupo de hombres con la intención de atacarnos esa noche. La llanura que estaba ante nosotros era de casi cuarenta kilómetros de extensión, sin nada de árboles o agua para beber. Algunos de los hermano deseaban que nos quedáramos cerca del bosque, y ya andaban haciendo arreglos para armar sus tiendas. Teníamos muy pocas provisiones. Les propuse que consiguiéramos algo de leña y agua para llevar, y que entráramos en la llanura unos doce o quince kilómetros. Mi hermano Hyrum afirmó que sabía, en el nombre del Señor, que eso era lo mejor; y siendo mi hermano mayor, creí sabio seguir su consejo, aunque algunos del campamento murmuraban. De manera que iniciamos la jornada. Cuando Lyman Wight cruzó el río, dijo que no estaba de acuerdo en que entráramos a la llanura, y Silvestre Smith se puso en el camino para convencer a todos los que fuera posible, diciendo: “¿Vamos a obedecer al General, o a alguien más?” Veinte se quedaron con Lyman Wight. Entramos a la llanura cosa de doce kilómetros, y acampamos lejos de los árboles. Nuestro grupo había llenado de agua un par de barriles; sabía tan mal que no pudimos beberla, y toda el agua que podíamos conseguir estaba estancada en una ciénaga, llena de animalitos rojos. Como a las once llegó Lyman Wight con el grupo que se había quedado con él. Los llamé y los reprendí por quedarse atrás y no seguir mi consejo, y le dije a Lyman Wight que no volviera a hacerlo. Prometió que permanecería todo el tiempo conmigo, pese a lo que fuera; pero Silvestre Smith estaba enojado.

Miércoles 18 de junio.— Cuando Hyrum Statton y su grupo levantaban sus frazadas esta mañana, descubrieron dos víboras de cascabel que estaban dormidas, a las que llevaron fuera de campamento cuidadosamente. El día de hoy mi salud estuvo tan mal, que dejé los asuntos del campamento en manos del General Wight. Por tener muy pocas provisiones, viajamos veintiocho kilómetros antes de desayunar algo, y yo iba en el carro del Elder Kimball. Cruzamos una ciénaga de casi un kilómetro de ancho, en la que la mayoría de los hermanos se vieron obligados cruzar con el agua a la cintura entre el agua y lodo. El General Lyman Wight, que había viajado desde Kirtland sin calcetines, iba cargando en sus espaldas al hermano José Young. Nuestro desayuno consistió sólo en maíz molido.

Luego del desayuno de las diez de la mañana llegamos hasta kilómetro y medio de Richmond. Acampamos en una pequeña pradera rodeada por un bosquecillo de arbustos. Cuando llegué a donde se habían armado las tiendas del campamento y noté nuestra insegura situación, por el riesgo de un ataque enemigo, casi me olvidé de mi enfermedad, y me fui a una arboleda para inclinarme y orar a mi Padre celestial que no nos sobreviniera ningún mal, y que nos guardara con seguridad toda la noche. Recibí la certeza de que estaríamos seguros hasta la mañana, a pesar de que esa misma noche cincuenta hombres del populacho del Condado de Jackson cruzaron el río para juntarse con la chusma del Condado de Ray, y atacarnos. Esa noche, en el campamento todo era quietud. Cuando los hermanos preparaban sus camas en la tienda del Capitán Brigham Young, uno de ellos descubrió una víbora de cascabel muy melodiosa, y estaban a punto de matarla. El Capitán Young les dijo que no le hicieran nada, sino que la sacaran de la tienda, después de lo cual el hermano Carpenter la tomó con sus manos y la llevó a donde pudiera disfrutar su libertad, diciéndole que no regresara.

Jueves 19 de junio.— Al amanecer, sintiendo que estábamos en una posición riesgosa, aconsejé que el grupo reanudara la marcha sin demora, y seguimos por quince kilómetros más antes de parar a desayunar. Por el camino, el hermano Lucas Johnson vio a una mujer negra que estaba en un huerto, quien le hizo señas para que se acercara, diciéndole: “Ven, señor”. Demostraba estar muy agitada. El fue hasta la cerca, y ella le dijo: “Por aquí hay un grupo de hombres al acecho, que planean matarlos a ustedes esta mañana”. Hicimos un alto para desayunar en una pequeña elevación del terreno, cerca de una granja.

El dueño nos facilitó una gran cantidad de jeche, que le dio mejor sabor al tocino con que nos había proveído el encargado de la comida esa mañana. Cuando le preguntamos el precio de la leche, contestó:

“Quien les venda la leche es un hombre despreciable. Hubiera podido darles más si hubiera sabido que iban a venir”. Y añadió: “Ustedes tienen muchos enemigos por aquí, y puede resultarles algún problema. Es una vergüenza que no todo hombre pueda disfrutar de su religión y todo lo demás sin ser molestado”. Era casi mediodía cuando terminamos el desayuno, y seguimos con ánimo renovado, decididos a llegar y reunirnos con los hermanos del Condado de Clay. Sólo habíamos andado una corta distancia cuando uno de los carros se averió y las ruedas se le salieron. Parecía haber muchas cosas que dificultaban nuestro avance, aunque nos esforzábamos con toda diligencia para apresurar el paso. Por la noche acampamos en un terreno elevado entre los Ríos Little Fishing y Big Fishing, formados de siete riachuelos o ramales.

Al hacer la parada y disponemos a dormir esa noche, llegaron al campamento cinco hombres armados, montados a caballo, y nos dijeron que nos iba a mandar al diablo antes de que amaneciera; y sus juramentos llevaban en sí toda la malicia de los demonios. Nos dijeron que ya venían sesenta hombres de los Condados de Richmond y Ray, y otros setenta del Condado de Clay, para sumarse al populacho del Condado de Jackson, que había jurado acabar con nosotros. Durante ese día, la chusma del Condado de Jackson, un total de unos doscientos hombres, hizo los arreglos necesarios para cruzar el río Misuri cerca de la desembocadura del Río Fishing, lugar denominado Balsadera de William, para dirigirse al Condado de Clay, y allí prepararse para reunirse con la chusma de Richmond cerca del vado del Río Fishing, con miras a nuestra total destrucción. Pero después de que la balsa había transportado a unos cuarenta hombres al otro lado del río, cuando intentaba regresar se levantó una borrasca que le ocasionó gran dificultad para que pudiera alcanzar la otra orilla antes del anochecer.

Mientras estos cinco hombres se hallaban dentro del campamento jurando vengarse, el viento, los truenos y la nublazón anunciaron una tormenta que se aproximaba. No bien hubieron partido cuando se desató la tormenta con espantosa furia. El viento y la lluvia, el granizo y el trueno les dieron la bienvenida con terrible ira, y acabó con su horrible valentía y sus planes de “matar a Joe Smith y su ejército”. En lugar de continuar el bombardeo que había comenzado una hora antes del atardecer, se arrastraron debajo de sus carros, y se ocultaron en árboles huecos; muchos de ellos entraron en una casucha vieja llenándola por completo, donde permanecieron hasta que la tormenta había pasado y sus municiones quedaron completamente empapadas. Los cuarenta hombres que se encontraban en el Condado de Clay ansiosamente deseaban regresar a Jackson por la mañana, después de haber experimentado el cruel azote de la tormenta toda la noche, y tan pronto como hicieron los preparativos necesarios, esa tropa irrisoria empezó su camino hacia Independence, para reunirse allí con el resto de la chusma, plenamente convencidos, al igual que los que habían sobrevivido el hundimiento del transbordador, de que cuando Jehová interviene en la batalla, es preferible estar ausentes. La recompensa es demasiado terrible.

Poco granizo cayó en nuestro campamento, pero entre quinientos y mil quinientos metros a la redonda, los trozos de hielo destruyeron las cosechas de maíz y todas las plantas en general, llegando a cortar las ramas de los árboles, mientras que los árboles mismos eran convertidos en leña por el viento. En el cielo incesantemente se veían relámpagos que iluminaron el campamento toda la noche, al grado que podíamos ver claramente los objetos más pequeños; y el rugido de los truenos era temible. La tierra se estremecía y temblaba, la lluvia cayó en torrentes, y todo el conjunto daba la impresión de que había salido la orden de venganza de labios del Dios de las Batallas, para proteger a sus siervos de la destrucción de parte de sus enemigos, pues la granizada cayó sobre ellos y no sobre nosotros, ni sufrimos ningún percance, salvo el derrumbe de algunas de las tiendas, y la mojada. Nuestros enemigos, en cambio, salieron con los sombreros agujerados y otros daños, incluso la ruptura de la culata de sus rifles y la huida de sus caballos espantados.

Muchos de mi pequeño bando pasaron la noche en una capilla abandonada. Por la mañana, el Río Big Fishing tenía como doce metros de profundidad donde la tarde anterior sólo nos llegaba a los tobillos, y nuestros enemigos juraban que el nivel del agua del Río Little Fishing subió nueve metros en treinta minutos. Reportaron que uno de sus hombres fue muerto por un rayo, y que a otro se le arrancó una mano arrastrado por un caballo. Afirmaron que si de ese modo defendía Dios a los mormones, preferían dejarlos en paz.

Viernes 20 de junio.— Esta mañana aconsejé a los hermanos que dispararan todas las armas, y se hicieron seiscientos disparos con muy pocas fallas, demostrando con cuánto cuidado los hermanos habían protegido sus armas durante la tormenta.

Nos adentramos en la pradera ocho kilómetros para obtener comida para nosotros y los caballos, y poder defendernos de la furia de nuestros enemigos. Hallándonos acampados allí el sábado veintiuno, el Coronel Sconce y otros dos dirigentes del Condado de Ray, vinieron a vernos para enterarse de nuestras intenciones “porque”, dijo él, “veo que un poder sobrehumano protege a esta gente, pues salí de Richmond, Condado de Ray, con una compañía de hombres armados y la fija determinación de acabar con ustedes, pero me detuvo la tormenta y no me fue posible alcanzarlos”. Cuando entró en el campamento empezó a temblar de manera tal que necesitó sentarse para poder calmarse, y una vez expresado el objeto de su visita, me levanté y le di una relación de los sufrimientos de los santos en el Condado de Jackson y nuestras persecuciones en general, y los sufrimientos causados por nuestros enemigos en razón de nuestra religión; y que habíamos venido desde una distancia de mil seiscientos kilómetros para ayudar a nuestros hermanos, traerles ropa, etc., y reinstalarlos en sus tierras; y no pretendíamos molestar o dañar a nadie, sino sólo atender a las necesidades de nuestro amigos en desgracia; y que los informes que circulaban sobre nosotros, eran falsos e inventados por nuestros enemigos para lograr nuestra destrucción. Cuando terminé mi relato, cuyo espíritu despertó su compasión, se levantaron y me estrecharon la mano, diciendo que usarían toda su influencia para calmar la agitación que prevalecía contra nosotros en todas partes; y derramaron lágrimas al oír de nuestras aflicciones y persecuciones, y comprobaron que teníamos buenas intenciones. Por lo consiguiente, fueron entre el pueblo, haciendo esfuerzos incansables para calmar el alboroto.

Los hermanos Esdras Thayre y José Hancock están enfermos de cólera. Tomás Heyes también se enfermó hoy. Antes de cruzar el Río Misisipí reuní a todo el campamento, y les dije que por causa de la desobediencia de algunos que no habían querido escuchar mis palabras, sino se habían rebelado, Dios había decretado que cayera la enfermedad sobre el campamento, y si no se arrepentían y se humillaban ante Dios, morirían como ovejas con morriña; que yo lo lamentaba, pero no podía evitarlo. La plaga debe venir; el arrepentimiento y la humildad pueden mitigar el castigo, pero no pueden evitarlo completamente. No obstante, hubo algunos que no quisieron dar oído a mis palabras.

22 de junio.— El hermano Lyman Smith recibió una herida por el disparo accidental de una pistola, de la que se recuperó en tres días.

Cornelio Gillium, sheriff del Condado de Clay, vino al campamento para hablar con nosotros. Dirigí a mi grupo a una arboleda cercana y los formé en círculo, con Gillium al centro. Gillium habló, diciendo que había oído que José Smith estaba en el campamento, y si así era, deseaba verlo. Me levanté y le dije: “Yo soy”. Era la primera vez que me daba a conocer a mis enemigos desde que salí de Kirtland. Entonces Guillium nos instruyó en cuanto a las maneras, costumbres y disposiciones de la gente, y el curso que debíamos seguir para tener su favor y protección; nos hizo algunas preguntas, a las que respondimos, y posteriormente fueron publicadas.

Recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 105.

23 de junio. — Reanudamos la marcha hacia Liberty, Condado de Clay, rodeando el nacimiento del Río Fishing, evitando las aguas profundas. Estando a ocho o nueve kilómetros de Liberty, vino a encontrarnos el General Atchison junto con otros caballeros, recomendándonos que no fuéramos a Liberty porque la gente estaba muy enfurecida contra nosotros. Por solicitud suya cambiamos nuestro curso, virando hacia la izquierda; y tras cruzar la pradera y el bosque, llegamos a la residencia del hermano Algernon Sidney Gilbert, y acampamos en las riberas del Arroyo Rush, en el campo del hermano Burket.

Se convocó un concilio de sumos sacerdotes, en cumplimiento de la revelación del día anterior, y los siguientes individuos fueron llamados y escogidos, como me lo manifestó la voz del Espíritu y la revelación, para recibir sus investiduras:

Eduardo Partridge fue llamado y escogido para ir a Kirtland y recibir su investidura con poder de lo alto, y también para mantenerse en su oficio de obispo para comprar tierras en el Estado de Misuri.

Guillermo W. Phelps fue llamado y escogido, y se le señaló que reciba su investidura con poder de lo alto, y ayude a llevar adelante la imprenta de Kirtland hasta la redención de Sión.

Isaac Morley y Juan Cornl fueron llamados y escogidos, y se les señaló que reciban su investidura con poder de lo alto en Kirtland, y ayuden a congregar la fuerza de la casa del Señor, y predicar el evangelio.

Juan Whitmer y David Whitmer fueron llamados y escogidos, y señalados para recibir su investidura en Kirtland, y continuar en sus oficios.

Algernon Sidney Gilbert fue llamado y escogido, y señalado para recibir su investidura en Kirtland, y ayudar en el recogimiento de la fuerza de la casa del Señor, y proclamar el evangelio hasta que Sión sea redimida. Pero dijo que no podía hacerlo

Pedro Whitmer, hijo, Simeón Carter, Newel Knight, Parley P. Pratt, Christian Whitmer y Salomón Hancock fueron llamados y escogidos, y se les señaló que reciban su investidura en Kirtland, con poder de lo alto; que ayuden a congregar la fuerza de la casa del Señor, y prediquen el evangelio sempiterno.

Tomás B. Marsh fue llamado y escogido, y se le señaló que reciba su investidura en Kirtland, y su oficio se dará a conocer después.

Lyman Wight fue llamado y escogido, y se le señaló que reciba su investidura en Kirtland, con poder de lo alto, y regrese a Sión, y su oficio se le señalará después

24 de junio. — Esta noche el cólera se propagó entre nosotros, y como a la medianoche se manifestó en su forma más virulenta. Se podían escuchar gritos y lamentos, así como quejidos por todos lados; aun los que estaban de guardia caían por tierra con sus armas en las manos, tan poderoso y repentino fue el ataque de esta enfermedad. Al principio, intenté la imposición de manos para que se recuperaran, pero rápidamente aprendí por dolorosa experiencia que cuando el gran Jehová decreta la destrucción sobre un pueblo, y hace conocer su determinación, el hombre no debe tratar de detener su mano. En el instante que traté de reprender a la enfermedad, fui atacado, y si no hubiera desistido de mi intento de salvar la vida de un hermano, hubiera sacrificado la mía. La enfermedad se apoderó de mí como las garras de un halcón, y les dije a los hermanos: “Si mi obra ya estuviera terminada, tendrían que ponerme bajo tierra sin féretro”.

Temprano en la mañana del día veinticinco, el grupo se separó y dispersé entre los hermanos que vivían en la región.

Partí del Arroyo Rush ese mismo día, acompañado de David Whitmer y otros dos hermanos, con rumbo a la parte occidental del Condado de Clay. Mientras viajábamos, llamamos a la puerta de un Sr. Moss, para pedirle agua para beber. La señora de la casa nos gritó que no tenían “agua para los mormones”, que temían contagiarse del cólera, etc., al mismo tiempo alzando los brazos, como defendiéndose del cólera en persona. Dimos la vuelta y nos fuimos de allí, como dice el mandamiento, y antes de una semana el cólera cayó sobre aquella casa, y murieron esa mujer y otras tres personas de la familia

Cuando se inició el cólera en el campamento, el hermano Juan S. Carter fue el primero que se dirigió a reprenderla, pero él mismo fue atacado, y fue la primera víctima del campamento. Falleció a eso de las seis de la tarde; y Set Hitchcock murió treinta minutos después. Erastus Rudd murió casi al mismo tiempo, aunque como a un kilómetro de distancia. Fue sepultado por Isaí Smith, Jorge A. Smith y otros dos o tres, y mientras lo estaban enterrando, Isaí Smith fue atacado con el cólera. Como era imposible conseguir féretros, los hermanos envolvían los cadáveres en frazadas, y los colocaban sobre un trineo tirado por un caballo; caminaban una distancia de tres o cuatro kilómetros y los sepultaban a orillas de un arroyuelo que desemboca en el Arroyo Rush, todo lo cual se hacía al obscurecer. Cuando habían regresado del entierro, los hermanos en unión hicieron convenios y oraron, con la esperanza de que la enfermedad desapareciera; pero todo fue en vano, ya que mientras estaban haciendo los convenios, murió el Elder Wilcox; y mientras unos excavaban la tumba, otros hacían la guardia con sus armas listas, para defenderse de sus enemigos.

El cólera continuó haciendo estragos por alrededor de cuatro días, cuando se descubrió un remedio para los vómitos y retortijones: remojando a los enfermos en agua fría, o vertiéndola sobre ellos, y dándoles whisky espesado con harina hasta que adquiría la consistencia de almidón. El whisky era la única clase de bebida que se podía conseguir en ese lugar. Más o menos sesenta y ocho de los santos contrajeron la enfermedad, de los cuales murieron catorce: Juan 8. Carter, Eber Wilcox, Set Hitchcock,

Erastus Rudd, Algernon Sidney Gilbert, Alfredo Fisk, Eduardo Ives, Noé Johnson, Isai B. Lawson, Roberto McCord, Elial Strong, Isai J. Smith, Warren Ingalis y Betsy Parrish.

Entre los que se encargaron de cuidar a los enfermos en el campamento, enterrar a los enfermos, etc., los más activos eran: Juan D. Parker, Juan Tanner, Natán Tanner, José B. Noble, Brigham Young, José Young, Heber C. Kimball, Lucas S. Johnson y Eleazar Miller.

Envié a Hiram Page con el encargo de traer a toda costa a Isai J. Smith y Jorge A. Smith hacia la parte occidental del Condado, por haber recibido indicios de que estaban enfermos. Encontró que Isai había sido atormentado por el cólera todo ese día y Jorge A. Smith lo había estado cuidando por más de treinta horas. El Dr. Federico G. Williams consideró que la enfermedad ya había pasado y que se recobraría. En la mañana del día veintiocho fue atacado Jorge A. Smith, y de inmediato montó en un caballo, y cabalgó veinticinco kilómetros hasta llegar conmigo.

Pasé los últimos días del mes de junio con mis viejos amigos del Condado de Jackson, en la parte occidental del Condado de Clay.

Isai J. Smith murió el primero de julio. Junto con unos cuantos amigos, crucé el Río Misuri hacia el Condado de Jackson, y puse mis pies una vez más en “la buena tierra”. El día dos me acerqué al pueblo de Liberty y visité a los hermanos. Un buen número de los del grupo salieron a encontrarme en la casa de Lyman Wight. Les dije que si se humillaban ante el Señor y hacían convenio de guardar sus mandamientos y obedecer mi consejo, la plaga desaparecería en ese mismo instante y no habría ningún otro caso de cólera entre ellos. Con las manos en alto, los hermanos hicieron convenio al respecto y la plaga terminó.

La agitación de la gente empezó a disminuir, y los santos, tanto en Misuri como en Ohio, empezaron a tener un poco de paz. Los élderes comenzaron a salir de dos en dos, predicando la palabra a todo el que quisiera oír, y todos los días se añadían muchos a la Iglesia.

10 de septiembre.— Seguí con mi labor de presidir la Iglesia, y adelantando la edificación de la Casa del Señor en Kirtland. Hice las funciones de mayordomo en la extracción de la piedra para el templo, y trabajé manualmente cuando otros deberes me lo permitían.

1-15 de octubre.— Se hicieron grandes esfuerzos para apresurar la obra de la Casa del Señor, y a pesar de que se comenzó casi sin los medios necesarios, se abrió el camino conforme trabajábamos, y los santos se regocijaban.

Después de hacer todo lo que era posible hacer por ahora, el dieciséis de este mes, en compañía de mi hermano Hyrum Smith y los Elderes David Whitmer, Federico G. Williams, Oliverio Cowdery y Roger Orton, salí de Kirtland para visitar algunos santos del Estado de Michigan, y después de un viaje medianamente agradable, llegamos a Pontiac el día veinte.

Al ir por el lago abordo del vapor Monroe, el Elder Cowdery tuvo una breve plática con un hombre que decía llamarse Elmer. Afirmaba haber conocido personalmente a Joe Smith, haberlo oído predicar sus mentiras, y ahora que ya estaba muerto, se alegraba. Había oído predicar a Joe Smith en Bainbridge, Condado de Chenango, Nueva York, hacía cinco años; estaba seguro de que era él, pues [José Smith] era un hombre moreno, etc. Elmer parecía alegrarse mucho de que “Joe” ya estuviera muerto, y hacía esos comentarios en mi presencia. Concluí que él sabía esas cosas gracias a los ministros populares del día que, por temor de que su oficio sea perjudicado si sus sistemas se comparan con la verdad, ridiculizan a quienes enseñan doctrinas verdaderas, y heme aquí sufriendo constantemente las calumnias, en la causa de Cristo. Que Dios tenga misericordia de ellos, si cesan en sus mentiras. No necesito aclarar mi color para aquellos que me conocen; y quienes han leído mi historia, saben que yo no era predicador hace cinco años, tal como dijo Elmer; y jamás he predicado en Bainbridge.

Después de predicar y enseñar a los santos de Michigan hasta donde el tiempo nos lo permitió, regresamos a Kirtland, grandemente refrescados por nuestro viaje y muy complacidos con nuestros amigos en esa parte de la viña del Señor.

Siendo los últimos días del mes, y empezando los élderes a llegar, fue necesario hacer preparativos para la Escuela de los Profetas, donde puedan ser instruidos más perfectamente en 1 as grandes cosas de Dios durante el invierno. El edificio para Ea imprenta estaba casi terminado, y se apartó el piso inferior

para este propósito (la Escuela) cuando se haya terminado. Así abría el camino el Señor, de acuerdo con nuestra fe y obras, y bendito sea su nombre.

Nunca he estado más ocupado que en el mes de noviembre. Mas como mi vida consistía en trabajo y esfuerzos sin descanso, me hice esta determinación: Cuando el Señor lo manda, hazlo.

Seguí con mis labores diarias, y haciendo preparativos para la Escuela, y recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 106.

30 de noviembre.— Esta tarde, mientras reflexionábamos en la bondad y misericordia de Dios, vino a nuestros corazones una profecía: que en poco tiempo el Señor dispondría sus medios, y misericordiosamente nos enviaría ayuda para salir de las deudas y la esclavitud.

1° de diciembre.— Nuestra Escuela para los Profetas estaba bien concurrida, y con los discursos sobre Teología que se daban regularmente, absorbía nuestra preocupación mas que cualquier otra cosa de naturaleza temporal. Los alumnos, en su mayoría élderes, pusieron esmerada atención al importantísimo propósito de prepararse como mensajeros de Cristo, y estar listos para hacer su voluntad de llevar las buenas nuevas a todos los que quieran abrir sus ojos, oídos y corazones.

KIRTLAND
1835
TEMPLO, MOMIAS EGIPCIAS

Enero.— Durante este mes estuve ocupado con la Escuela de los Profetas, y preparando los discursos sobre Teología para su publicación en el libro de Doctrina y Convenios, que está compilando el comité nombrado el mes de septiembre pasado.

Ciertos hermanos de Bolton, Nueva York, vinieron a pedirme consejo sobre su viaje hacia el oeste. El Sumo Consejo se reunió el día dieciocho. Tras minuciosa investigación, decidí que el Elder Tanner ayude con su fuerza a adelantar la causa, permaneciendo en Kirtland; y esto recibió el voto unánime del Consejo.

Continuará la Escuela de los Profetas, y se hicieron arreglos para, en armonía con la revelación de junio de 1829, escoger a los Doce Apóstoles que serán mensajeros especiales para llevar el evangelio a las naciones.

El domingo anterior al catorce de febrero (ocho de febrero), vinieron a mi casa los hermanos José y Brigham Young, después de la reunión, y cantaron para mí; el Espíritu del Señor se derramó sobre nosotros, y les dije que quería ver a los hombres que el verano pasado subieron a Sión con el Campo, porque tenía una bendición para ellos, y se fijó una reunión.

La Escuela de Kirtland se cerró la última semana de marzo, para dar a los élderes la oportunidad de salir y proclamar el evangelio, en preparación para la investidura.

Domingo 29 de marzo.— Prediqué durante aproximadamente tres horas, en Huntsburgh —donde Guillermo E. M'Lellin había sostenido una discusión pública por dos días, a solicitud de J. M. Tracy, predicador campbelita, sobre la divinidad del Libro de Mormón— y al terminar se bautizaron dos personas; y el lunes, otras cuatro.

La Presidencia, el Obispo y el Sumo Consejo de Sión se hallaban en Kirtland, o predicando en la viña, y pedí que en el ejemplar de junio del Messenger and Advocate se publicara que, de acuerdo con el orden del reino establecido en los últimos días para preparar a los hombres para el reposo del Señor, los élderes de Sión o la región circunvecina no tienen la autoridad o el derecho de intervenir en los asuntos espirituales de ella, regular sus intereses, o convocar consejos para expulsar a los miembros, si no está propiamente organizada. Se ha organizado el Sumo Consejo expresamente para administrar todos los asuntos espirituales de Sión, y el Obispo y su consejo están a cargo de sus asuntos temporales; por lo tanto, los actos de los élderes son nulos e inválidos. Por ahora, el Señor quiere que el trigo y la cizaña crezcan juntamente, porque Sión debe redimirse con juicio, y sus convertidos, con justicia. Todo élder, después de proveer para su familia (si la tiene) y pagar sus deudas, debe salir y limpiar sus vestidos de la sangre de esta generación. Mientras están en ese lugar (Misuri), en lugar de juzgar a los miembros por sus ofensas y transgresiones, esfuércense en prepararse para la obra de la viña, apartando un tiempo para consolar a los afligidos, traer al que anda errante, atraer a los que han sido expulsados, alentándolos mientras dura el día, y obrar justicia y, unidos con una mente y un corazón, prepararse para ayudar en la redención de Sión, esa buena tierra de la promesa donde serán bendecidos los obedientes y con buena disposición.

18 de junio.— Los hermanos de Kirtland aportaron novecientos cincuenta dólares para el templo. Se manifiestan grandes deseos de extender la obra.

El día veintiuno, domingo, prediqué en Kirtland sobre el orden del evangelio.

Jueves 25 de junio.— Hubo una reunión en Kirtland para recibir donaciones para la construcción del templo. Se recaudaron \$6,232.50, de los cuales José Smith aportó \$500; Oliverio Cowdery, \$750; G. W. Phelps, \$500; Juan Whitmer, \$500; y Federico G. Williams, \$500, entregando todo el dinero en una hora; la gente quedó asombrada.

El tres de julio, vino a Kirtland Miguel H. Chandler, para exhibir unas momias egipcias. Eran cuatro, además de uno o dos rollos de papiro llenos de jeroglíficos. Al Sr. Chandler le habían dicho que yo podría traducirlos, así que me trajo algunos de los caracteres, y le di la interpretación.

Domingo 5 de julio.— Esta tarde prediqué. Miguel H. Barton quería ingresar a la Iglesia, pero no deseaba confesar y abandonar todos sus pecados, y fue rechazado.

Poco después, algunos de los santos de Kirtland compraron las momias y los papiros, cuya descripción se dará más adelante; y con G. W. Phelps y Oliverio Cowdery como escribientes, comencé a traducir algunos de los caracteres o jeroglíficos, y para nuestro regocijo, encontramos que uno de los rollos contenía los escritos de Abraham; otro, los escritos de José el de Egipto, etc. Y se publicará un relato más completo cuando yo los examine. Verdaderamente podemos decir que el Señor empieza a revelar paz y verdad en abundancia.

Pasé el resto del mes atareado en la traducción de un alfabeto para el libro de Abraham, y disponiendo una gramática del idioma egipcio tal como lo usaban los antiguos.

El dos de agosto prediqué parte del día.

16 de septiembre.— Me ocupe en recibir bendiciones (revelaciones), que Oliverio Cowdery escribió. Nos visitó mucha gente, por lo que se dificultaron nuestros esfuerzos; pero recibimos muchas cosas preciosas y nuestras almas fueron bendecidas. ¡Oh Señor, que tu Santo Espíritu esté siempre con tus siervos! Amén.

23 de septiembre. — Estuve en casa, escribiendo bendiciones para muchos de mis amados hermanos, pero lo suspendí para atender a una serie de visitantes. El Señor ha bendecido nuestras almas este día. Que Dios siga otorgando sus misericordias a mi casa esta noche, en el nombre de Cristo. El día de hoy mi alma ha anhelado la salvación del hermano Esdras Thayre. Vino a mi casa el hermano Noé Packard, y le prestó al comité mil dólares para ayudar a edificar la Casa del Señor. ¡Que el Señor lo bendiga cien veces más, aun con las cosas terrenales, por su acto de rectitud! Hoy mi corazón rebosa de deseos de ser bendecido con prosperidad por el Dios de Abraham, hasta poder pagar todas mis deudas, porque la honradez es la delicia de mi alma. Señor, Tu que conoces la justicia, ayúdame, y le daré a los pobres.

Los hermanos Guillermo, Juan y José Tippits salieron hacia Misuri, el lugar señalado para Sión, o lugar de congregación de los santos. Vinieron a despedirse. Los hermanos vinieron para orar con ellos, y el hermano David Whitmer fue el portavoz. Oraron en el espíritu, y a eso le siguió un momento glorioso; nuestros corazones se llenaron de gozo, y los bendijimos, prometiéndoles un feliz retorno, y les estrechamos la mano, despidiéndonos por una temporada. Que Dios les dé una vida larga y días felices. Pido estas bendiciones para ellos en el nombre de Cristo. Amén.

El Sumo Consejo se reunió en mi casa el día veinticuatro, para considerar la redención de Sión. Y la voz del Espíritu indicó que hagamos, es decir, los que han sido arrojados, hagan una petición al Gobernador para que les sean devueltas sus tierras en la primavera, y que vayamos el año que entra a vivir o morir en nuestras propias tierras, que compramos en el Condado de Jackson, Misuri. Ciertamente tuvimos una reunión maravillosa, e hicimos convenio de esforzarnos por lograr nuestra meta hasta que la muerte nos lo impida; y si alguno muere, que los demás no se desanimen, sino que persigan nuestro objetivo hasta lograrlo; y que Dios nos lo conceda, en el nombre de Cristo, nuestro Señor. También, este día hicimos una lista de aquellos que deseen subir a Misuri la primavera próxima, y establecerse allí; y ¡e pido a Dios, en el nombre de Jesús, que podamos reunir ochocientos o mil emigrantes.

Pasé en casa el veinticinco de septiembre.

Domingo 27 de septiembre.— Asistí a la reunión dominical. Predicaron y partieron el pan los Elderes Tomás B. Marsh, David W. Patten, Brigham Young y Heber C. Kimball. El Señor derramó su Espíritu, y se fortaleció mi alma.

1° de octubre.— Esta tarde estuve trabajando en el alfabeto egipcio, junto con los hermanos Oliverio Cowdery y O. W. Phelps, y en el transcurso de nuestro estudio se desplegaron a nuestro entendimiento los principios de Astronomía tal como fueron entendidos por Abraham y los antiguos; los detalles se publicarán posteriormente.

Domingo 4.— Salí temprano en la mañana con el hermano Juan Corril, para efectuar una reunión en Perry. Cuando estábamos a kilómetro y medio de casa, vimos a dos venados jugando en el campo, lo cual distrajo nuestras mentes, llevando nuestros pensamientos al tema de las creaciones de Dios. Conversamos sobre muchas cosas. El día transcurrió muy placentero, y el Señor bendijo nuestras almas. Cuando llegamos a Perry, sentimos mucho que no hubiera junta por falta de planeamiento. Conversamos largamente con los familiares del hermano Corril, pero estaban llenos de prejuicio. Que el Señor tenga misericordia de sus almas.

Lunes 5.— Regresó a casa muy fatigado de cabalgar bajo la lluvia. Pasó el resto del día leyendo y meditando, y por la tarde asistí a un concilio con los Doce Apóstoles. Pasé un tiempo espléndido, y les di muchas instrucciones sobre sus deberes en lo futuro. Les dije que era la voluntad del Señor que en el invierno llevaran a sus familias a Misuri, y que en este otoño asistieran a la asamblea solemne de los primeros élderes, para la organización de la Escuela de los Profetas; y atender a la ordenanza del lavamiento de pies, y preparar con toda humildad sus corazones para una investidura con poder de lo alto, en lo cual todos estuvieron de acuerdo y demostraron regocijarse en extremo. Que Dios guarde la vida de los Doce por muchos años en el nombre de Cristo, el Redentor. Amén.

Jueves 8.— Estuve en casa. Cuide a mi padre con mucha ansiedad.

Viernes 9.— Lo pasé en casa. Estuve atendiendo a mi padre.

Sábado 10.— Estuve en casa. Visité a mi padre, y lo vi decayendo muy rápidamente.

Domingo 11. — Estuve atendiendo a mi padre otra vez, que ha estado muy enfermo. En secreta oración por la mañana, el Señor me dijo:

“Mi siervo, tu padre, vivirá”. Estuve atendiéndolo todo el día, elevando mi corazón a Dios, en el nombre de Jesucristo, para que le restaure la salud, y yo pueda ser bendecido con su compañía y su consejo, estimando que los padres son una de las bendiciones terrenales más grandes, y que su madurez y experiencia los habilitan para dar el mejor de los consejos. Por la tarde vino el hermano David Whitmer. Clamamos al Señor en poderosa oración, en el nombre de Jesucristo, impusimos nuestras manos sobre mi padre, y reprendimos la enfermedad. Y Dios escuchó y contestó nuestras oraciones, para el mayor gozo y satisfacción de nuestras almas. Nuestro anciano padre se levantó y se vistió, alabando al Señor. Despertamos a mi hermano Guillermo Smith, para que se uniera a nosotros en los cantos de alabanza al Altísimo.

Lunes 12 de octubre.— Fui con mi esposa a Willoughby, para comprar algunas cosas en la tienda de Guillermo Lyon. A nuestro regreso vimos al Sr. Bradley tirado en el camino. Se había caído de su carro y estaba muy lastimado por la caída.

Martes 13 de octubre.— Visité a mi padre y lo encontré muy recuperado de su enfermedad, lo cual nos hizo maravillarnos del poder y condescendencia de nuestro Padre Celestial, al contestar nuestras oraciones en favor de su siervo.

Miércoles 14 de octubre.— Lo pasé en casa.

Jueves 15 de octubre.— Trabajé en el huerto de mi padre, cosechando manzanas.

Viernes 23 de octubre.— Estuve en casa. A las cuatro de la tarde llegaron Oliverio Cowdery, David Whitmer, Hyrum Smith, Juan Whitmer, Sidney Rigdon, Samuel H. Smith, Federico G. Williams y G. W. Phelps, y nos unimos en oración, ante el Señor, para pedir las siguientes bendiciones: Que el Señor nos proporcionara los medios necesarios para salir de las aflicciones y dificultades en que nos encontramos por motivo de nuestras deudas. Que preparara el camino y redimiera a Sión en el tiempo señalado, sin el derrame de sangre. Que nos preservara la vida y nos concediera vivir hasta la edad del hombre, y no caer nunca en las manos del populacho de Misuri o de ningún otro lugar. Que preservara a nuestra posteridad, para que no caiga ninguno de ellos, aun hasta el fin de los tiempos. Que nos diera suficientes bendiciones terrenales para ir a Sión y poder comprar herencias en esa tierra, aun hasta llevar adelante y efectuar la obra a la que nos ha nombrado. Y también, que ayudara a otros que desean, según sus mandamientos, subir y comprar herencias, sin problemas. Y por último, que al final nos salvara en su reino celestial. Amén.

Sábado 24 de octubre.— El Sr. Goodrich y su esposa vinieron de visita para ver los anales [egipcios] antiguos, y también el Dr. Federico G. Williams, a ver las momias. Nos visitaron los hermanos Hawkes y Carpenter, de Michigan, y pernoctaron con nosotros.

Domingo 25 de octubre.— Asistí a la reunión con los hermanos Hawkes y Carpenter. Por la mañana predicó el Elder Rigdon, y por la tarde, el Elder Lyman E. Johnson. Y después, el Elder Seymour Brunson unió en matrimonio al hermano Guillermo Perry y la hermana Eliza Brown, y yo los bendije con prosperidad y una vida larga, en el nombre de Jesucristo.

Por la noche asistí a una junta de oración; la inicié, y durante una hora exhorté a los hermanos y hermanas. El Señor derramó su Espíritu, y se hablaron en lenguas cosas gloriosas sobre la redención de Sión, y fueron interpretadas.

Viernes 13 de noviembre.— Estuve en la Escuela a la hora de la clase, y al terminar volví a casa. Vino el Sr. Messenger, ministro universalista de Bainbridge, Condado de Chenango, Nueva York, para indagar sobre la familia de Ezequías Peck. En nuestra conversación tocamos el tema de la religión, y fuimos a la casa del Presidente Rigdon, y pasamos el resto de la tarde conversando. Le predicamos el evangelio, y le testificamos de lo que hemos visto y oído.

Trató de hacer algunas objeciones, pero lo venció la fuerza de la verdad, y permaneció callado, aunque sin deseos de creer.

Volví a casa y me retiré a descansar.

Lunes 16 de noviembre.— En la noche vinieron el Obispo Whitney y su esposa, su padre, madre, y cuñada, para invitarnos a mí y a mi esposa a visitar a mi padre y su familia. Mi esposa no se sentía bien, y no pudo ir, pero fui con mi escribiente.

Al llegar encontramos a algunos de los élderes jóvenes a punto de dar comienzo a un debate sobre el tema de los milagros. La pregunta era: “¿Fue el propósito de Cristo establecer su evangelio por medio de milagros?”. Tras una interesante discusión que duró tres horas o más, en la que los participantes mostraron mucho talento, el Presidente del debate decidió acertadamente que la respuesta era negativa.

Al observar, me di cuenta que en la discusión se manifestaba gran ardor, mucho celo por sobresalir, y demasiado entusiasmo como el que muestra ante el tribunal el abogado que está determinado a defender su causa, justa o injusta. Por tanto, tomé la oportunidad para decir una cuantas palabras sobre este tema, a manera de consejo, para que cultivaran sus mentes e intelecto de una manera apropiada, sin caer en el desagrado del cielo; para que hablaran de las cosas sagradas con reverencia, con el debido respeto a las opiniones de los demás, y con la única mira de glorificar a Dios.

Jueves 19 de noviembre.— Acompañado de mi escriba, fui a ver el adelanto de los trabajadores en la terminación de la Casa del Señor. Los albañiles ya habían empezado a colocar el acabado de estuco en el interior. De regreso me encontré con Lloyd y Lorenzo Lewis, y conversé con ellos sobre su descontento. Encontré que éste no era sobre la ley en la Iglesia, sino con algunos de los miembros. Llegué a casa y pasé el día traduciendo los anales egipcios. Día tibio y agradable.

Viernes 20 de noviembre.— Toda la mañana en casa. Tiempo caluroso y lluvioso. Pasamos el día traduciendo, y logramos grandes avances.

Por la tarde regresó de Nueva York el Presidente Cowdery, trayendo consigo una cantidad de libros de hebreo, para el beneficio de la Escuela. Me mostró una Biblia en hebreo, un libro de gramática hebrea, y un diccionario; y también un diccionario griego y otro en inglés. El Presidente Cowdery tuvo un viaje favorable, como lo pidieron en oración los santos de Kirtland.

Sábado 21 de noviembre.— Todo el día en casa, examinando los libros y estudiando el alfabeto hebreo.

Por la noche se reunió nuestra clase de hebreo, para hacer arreglos para conseguir un maestro. La voz de la Escuela decidió que enviáramos a Nueva York por un judío que nos enseñara el idioma, si podíamos deshacer el compromiso que habíamos hecho con el Dr. Piexotto para que nos enseñara, pues descubrimos que no estaba capacitado para darnos el conocimiento que deseábamos adquirir.

Martes 24 de noviembre.— En casa. Pasé la mañana instruyendo a quienes vinieron para indagar en cuanto a las cosas de Dios en los últimos días.

En la tarde tradujimos algo de los anales egipcios.

Fui invitado a asistir a un casamiento en la casa de mi hermano Hyrum Smith, y solemnizar el matrimonio entre Newel Knight y Lydia Goldthwaite. Mi esposa me acompañó. Se había congregado gran número de personas. Entraron los novios y tomaron sus asientos, por lo que entendí que estaban listos para empezar. Luego de la oración, les pedí que se pusieran de pie y se tomaran de las manos. Entonces declaré que el matrimonio es una institución del cielo fundada en el Jardín de Edén; y que era necesario celebrarla por la autoridad del sacerdocio sempiterno. La ceremonia, que no se la copie a nadie, en resumen, fue como sigue: “Ahora hacéis convenio el uno con el otro de ser compañeros toda la vida, y desempeñar las funciones de esposo y esposa en todo respecto”, a lo cual asintieron. Entonces los declaré esposo y esposa en el nombre de Dios, y también pronuncié sobre ellos las bendiciones que el Señor dio a Adán y Eva en el Jardín de Edén, esto es, multiplicarse y henchir la Tierra, añadiendo a eso una vida larga y próspera. Los despedí, y regresamos a casa. Frío glacial; algo de nieve.

Miércoles 25 de noviembre.— Pasé el día traduciendo. Llegaron de Misuri, Harvey Redfield e Isaí Hitchcock. Este último afirma que no tiene ninguna duda de que le dieron veneno en una leche, pero que Dios lo salvó.

Jueves 26 de noviembre.— Pasó el día traduciendo los caracteres egipcios de los papiros, a pesar de estar afligido por un fuerte resfriado. Llegaron de Sión, Roberto Rathbone y Jorge Morey.

Viernes 27 de noviembre.— Sufriendo mucho por el resfriado, pero determinado a imponerme en el nombre del Señor Jesucristo. Todo el día en casa, leyendo el hebreo. El hermano Parrish, mi escribiente, que también padecía un resfriado, me pidió que le impusiera las manos en el nombre del Señor. Así lo hice, y a mi vez le pedí que me impusiera las manos él a mí. Ambos fuimos aliviados.

Sábado 28 de noviembre.— Pasé la mañana revisando mi diario. Vino a verme el Elder Josías Clark, del Estado de Kentucky. Estoy muy recuperado del resfriado. El tiempo está frío y tormentoso, nevando; y el invierno parece venir; toda la naturaleza sufre la helada acometida de un invierno riguroso. El Elder Clark que mencioné, cuya residencia queda como a cinco kilómetros de Cincinnati, fue mordido por un perro rabioso hace tres o cuatro años. Se ha curado mucho y aunque ha tenido algo de mejoría, sufre mucho todavía. Vino con el deseo de solicitar las oraciones de la Iglesia. Por lo tanto, oramos por él y le impusimos las manos en el nombre del Señor Jesucristo, ungiéndolo con aceite, y reprendimos a la enfermedad, pidiendo a nuestro Padre Celestial que escuchara y contestara nuestras oraciones, según nuestra fe. Frío y nevado.

Domingo 29 de noviembre.— Estuve en la reunión a la hora acostumbrada. Predicó el Elder Morley, y en la tarde, el Obispo Partridge. Sus discursos estaban muy apropiados a nuestro tiempo y circunstancias. Las suyas eran palabras de sabiduría, como manzanas de oro cuadros de plata, dichas en lenguaje que un niño podía entender, y sin embargo, sublimes como la voz de un ángel. Los santos estaban muy complacidos con los hermosos discursos de estos dos padres en Israel. Luego de los servicios, vinieron tres de los hermanos de Sión para recibir sus bendiciones, y Solón Foster fue ordenado élder. Se administró la Santa Cena. Pasé la noche en casa. Cayeron como treinta centímetros de nieve. Mucho frío.

Lunes 30 de noviembre. — Sigue nevando; es una tormenta rara en esta región y época del año. Pasé el día revisando y copiando la carta que dicté el día dieciséis, concerniente al recogimiento, para el Messenger and Advocate. Vino a verme Enrique Capron, un viejo conocido de Manchester, Nueva York. Le mostré los anales egipcios.

1° de diciembre.— Estuve en casa. Pasé el día escribiendo para el Messenger and Advocate. Buen tiempo para trineos y sigue nevando.

Miércoles 2 de diciembre.— Una bonita mañana. Salí rumbo a Painesville con mi familia y mi escribiente. Cuando pasábamos por la calle Mentor, alcanzamos un trineo ocupado por dos hombres; cortésmente les pedí que me permitieran pasar; así lo hicieron, y cuando pasábamos cerca de ellos, gritaron: “¿Has recibido alguna revelación últimamente?”, añadiendo algunas palabras que no entendí. Esto es sólo un ejemplo de la naturaleza de los habitantes de la calle Mentor, siempre listos para insultar y

escandalizar a quienes jamás les han hecho daño, y que no han visto nunca antes, a quienes no pueden acusar de nada, ya sea temporal o espiritual, excepto un testimonio firme en la plenitud del evangelio. Me maravillé de la longanimidad y condescendencia de nuestro Padre Celestial, que permite que esos pillos tomen posesión de esta buena tierra, que está tan hermosamente situada y con un suelo tan fértil, como ninguna otra en esta parte del país; y sus habitantes son ricos, bendecidos sobremanera en las cosas temporales; y de buena gana los bendeciría Dios con las cosas espirituales, aun la vida eterna, de no ser por sus corazones llenos de incredulidad. Y unimos nuestras oraciones a las de los santos que han sufrido el mismo trato antes que nosotros, y sus almas están bajo el altar, clamando al Señor venganza de aquellos que moran en la Tierra. Y nos gozamos de que está muy cerca el tiempo cuando los inicuos que no se arrepientan serán barridos de la Tierra con escobas de destrucción, y la Tierra será la herencia de los pobres y mansos.

Llegando a Painesville nos detuvimos en la casa de la hermana Harriet Howe, a quien visitarían mi esposa y mi familia, mientras entramos al pueblo para arreglar unos asuntos. Visitamos a H. Kingsbury, comimos con la hermana Howe, y regresamos a casa. Tuvimos un buen viaje; tiempo agradable.

Sábado 5 de diciembre.— Tiempo gélido, nevando moderadamente. Por la mañana estuve estudiando hebreo con el Dr. Federico G. Williams y el Presidente Cowdery. Estoy trabajando aunque un poco indispuerto de salud. Dormí un rato y me levanté sintiéndome algo mejor, mediante la misericordia de Dios. Recibí una carta de Rubén McBride, de Vilanovia, Nueva York; y otra, de la suegra de Parley P. Pratt, del Condado de Herkimer, Nueva York, de contenido nada importante, pero me costó veinticinco centavos, por los gastos de correo. Menciono esto porque a menudo ocurre que tengo que gastar dinero por personas de las que lo único que sé es que son desconsideradas; pues si la gente desea recibir información de parte mía, la educación y el respeto dictan que deben pagar por el franqueo de sus cartas.

Miércoles 9 de diciembre.— Lo pasé en casa. Vientos del sur, fuertes y helados. En la mañana vino el Elder Packard y me regaló doce dólares, que yo le debía y le había firmado un pagaré. Que Dios lo bendiga por su generosidad. También Jacobo Aldrich me envió con Isaí Hitchcock el pagaré que yo le había firmado, por el que le debía doce dólares. Que Dios lo bendiga por su amabilidad conmigo.

Mi corazón se hincha de gratitud inexpresable cuando veo la gran condescendencia de mi Padre Celestial, en tocar los corazones de mis amados hermanos, para satisfacer tan liberalmente mis necesidades. Y pido a Dios, en el nombre de Jesucristo, que sobre sus cabezas multiplique bendiciones sin número, y me dé sabiduría y entendimiento, y disponga de mí para el mayor beneficio de mis hermanos y el adelanto de su causa y reino. Y sean mis días muchos o pocos, sea en vida o muerte, digo en mi corazón: ¡Oh Señor, permíteme disfrutar de la compañía de tales hermanos! El Elder Tanner me trajo la mitad de un cerdo engordado, para el sustento de mi familia. Pocos días antes, el Elder Sadrac Roundy me había traído un costado de res. Que todas las bendiciones antes mencionadas sean derramadas sobre sus cabezas, por sus atenciones hacia mí.

Jueves 10 de diciembre.— Esta mañana vino un grupo de hermanos para ver los anales [egipcios], que les mostré para su entera satisfacción. El día de hoy se reunieron mis hermanos para cortar y cargar leña para mí. Una hermosa mañana.

Esta tarde me pidieron que visitara a Angelina Works. El Presidente David Whitmer y yo la encontramos muy enferma, y tan trastornada que no reconocía a sus amigos y conocidos. Oramos por ella y le impusimos las manos en el nombre de Jesucristo, en cuyo nombre le mandamos que recuperara sus facultades, las cuales le fueron restauradas inmediatamente. También oramos para que recibiera la salud; y nos dijo que ya se sentía mejor.

El horno de la maderería se había incendiado, y a nuestro regreso encontramos a los hermanos atareados en apagarlo. Luego de trabajar por una hora contra sus lenguas destructoras, logramos controlarlo, y salvamos como la cuarta parte de la madera. Ignoro la cifra de las pérdidas que calculó el comité, pero deben haber sido considerables, ya que había mucha madera en el horno. En el siniestro hubo doscientos hermanos esforzándose por apagarlo; mostraron gran actividad e interés, y merecen reconocimiento. Los hermanos también han sido muy industriosos, proveyéndome de leña para el invierno, por lo que estoy sinceramente agradecido a todos y cada uno de ellos, y recordaré con gran emoción estas expresiones de bondad hacia mí. Y en el nombre de Jesucristo, invoco sobre ellos y sus familias una rica bendición; y pido a mi Padre Celestial que les preserve la salud a ellos, y a sus esposas e

hijos; que tengan la fuerza corporal necesaria para realizar sus labores en sus diferentes ocupaciones; y que disfruten el uso y función de sus miembros y, facultades intelectuales, y un corazón comprensivo, para que puedan atesorar la sabiduría, el entendimiento y la inteligencia sin medida; y sean preservados de las plagas, pestilencias, el hambre, y el poder del adversario y de los hombres malvados, y tengan poder sobre todos sus enemigos; y que se prepare la vía para que puedan viajar a la tierra de Sión, y establecerse en sus herencias, para gozar completa paz y felicidad para siempre, y al final sean coronados con vida eterna en el reino celestial de Dios, bendición que pido en el nombre de Jesús de Nazaret. Amén.

Quisiera hacer memoria del Elder Leonardo Rich, quien fue el que le propuso a los hermanos que me ayudaran para tener leña para mi familia, por lo cual oro para que mi Padre Celestial lo bendiga con las bendiciones ya mencionadas. Y siempre lo recordaré con inmensa gratitud, por su testimonio de benevolencia y respeto, y agradezco al gran YO SOY por haber puesto en su corazón el darme esas atenciones. Y digo en mi corazón: Confiaré en tu bondad y misericordia para siempre, ¡Oh Señor!, porque tu sabiduría y benevolencia no tienen límites, ni está al alcance del hombre comprenderlas, ni conocer todas tus vías.

Sábado 12 de diciembre.— Pasé la mañana leyendo. Como a las doce, vino un número de personas para ver los anales egipcios. Mi escribiente se los mostró. Alguien le preguntó a una de las damas jóvenes que habían estado examinándolos, que si tenían la apariencia de ser antiguos. Ella contestó, con un dejo de desdén, que no parecían antiguos. Al oír esto, me sorprendí de la ignorancia que manifestaba, y le dije que ella era una rareza de la creación, pues todos los sabios y eruditos que habían examinado los papiros, sin la menor vacilación declaraban que eran antiguos. Y todavía más, añadí que era la iniquidad, la ignorancia, la intolerancia y la superstición, lo que la había hecho hablar así; y que lo escribiría en mi registro y lo hice, porque es un buen ejemplo del espíritu que prevalece en la actualidad, demostrando que las víctimas de la charlatanería y la superstición no creerían aunque uno se levante de los muertos.

Lunes 14 de diciembre.— Vino un grupo de hermanos de Nueva York para visitarme y ver los anales egipcios. Regresó el Elder Harris de Palmyra, Nueva York, y el hermano Francis Eaton, del mismo lugar; y la hermana Harriet Howe vino de visita.

Después de la comida, asistí al funeral del hijo más pequeño de Silvestre Smith. Por la noche nos reunimos, como habíamos acordado, para hacer arreglos para combatir los incendios que se produjeran, y se organizó una compañía para ese propósito; también di mi consejo sobre otros asuntos temporales. Samuel Barnum vino a mi casa, sufriendo mucho por un brazo inflamado. Como no tenía fe suficiente para ser sanado, mi esposa le aplicó una cataplasma de yerbas, y se quedó a dormir aquí. Pasé el día en casa, leyendo el hebreo y atendiendo a los amigos que vinieron a visitarme.

Domingo 20 de diciembre.— En casa todo el día. Me reconforté grandemente con mi familia. Estuve reflexionando profundamente. Vinieron a verme los hermanos Palmer y Taylor. Para su gozo y satisfacción, les mostré los registros sagrados. Que Dios tenga misericordia de estos hombres, y los guarde en la senda de la vida eterna, en el nombre de Jesús. Amén.

Martes 22 de diciembre.— En casa. Seguí estudiando. ¡Oh Dios!, dame conocimiento del lenguaje; y lléname de habilidad para magnificar el nombre de tu Hijo, mientras viva.

También di un discurso a la Iglesia, esta noche. El Señor me bendijo. Mi escribiente está enfermo. Sánalo, ¡oh Dios! Y por su consideración hacia mí. Y será bendito de Dios para siempre, porque lo tengo como mi fiel amigo mío; mi alma, por tanto, se deleita en él. Amén.

Jueves 31 de diciembre.— Ultimamente se ha agitado la opinión pública, por informes que se han circulado sobre ciertas momias egipcias y anales antiguos, que fueron adquiridos por unos caballeros de Kirtland, el mes de julio pasado. Se dice que los compradores de esas antigüedades afirman poseer los cuerpos de Abraham, Abimelec (el rey de los filisteos), José, el que fue vendido para Egipto, etc., etc., con el fin de llamar la atención de la gente y engañar al incauto; todo eso es completamente falso. ¿Quiénes fueron estos egipcios?. Abraham fue enterrado en su propiedad, “en la cueva de Macpela, en la heredad de Efrón hijo de Zohar heteo, que está enfrente de Mamre”, la cual compró de los hijos de Het. Abimelec vivió en la misma región, y que nosotros sepamos, murió allí; y los hijos de Israel sacaron de Egipto los huesos de José, cuando salieron de ahí con Moisés; en consecuencia, no podían haberse encontrado en Egipto en el siglo diecinueve. Los registros de Abraham y José, encontrados con las momias, están hermosamente trazados en papiro con tinta negra, y una pequeña parte, con tinta o pintura

roja, bien preservados. Los caracteres son semejantes a los que pueden verse sobre los sarcófagos de las momias (jeroglíficos, etc.); con muchos caracteres de letras como la forma del hebreo pero sin puntas (aunque no tan de forma cuadrada del Hebreo). Los registros se obtuvieron de una de las catacumbas de Egipto, donde una vez estuvo la ciudad renombrada de Tebas, por el célebre viajero francés Antonio Sebolo (Lebolo) en el año 1831. El consiguió la licencia de Mehemet Alí, entonces Virrey de Egipto, (bajo la protección) de Chevalier Drovetti, cónsul francés, en 1828, y empleó cuatrocientos treinta y tres hombres durante cuatro meses y dos días (si entiendo correctamente), que eran soldados egipcios o turcos, pagándoles entre cuatro y seis centavos (diarios) a cada uno. Entró a la catacumba el siete de junio de 1831, y sacó once momias. Había varios cientos de momias en la misma catacumba; alrededor de cien estaban embalsamadas (según el primer orden), y colocadas en nichos; y doscientas o trescientas (según el segundo y tercer orden), y puestas sobre el piso (o fondo de la cámara). (Las dos últimas ordenes de embalsamamiento) estaban tan deterioradas, que no se podían sacar, (y solo sacaron once de las primeras). En su viaje de Alejandría a París hizo escala en Trieste, y murió luego de una enfermedad de diez días. Esto ocurrió en el año 1832. Antes de su muerte hizo su testamento, dejando como heredero al Sr. Miguel H. Chandler (quien entonces se hallaba en Filadelfia, Pennsylvania), sobrino suyo, a quien suponía en Irlanda. Por consiguiente, le fueron enviadas a Dublín, y los amigos del Sr. Chandler las enviaron a Nueva York, llegando a la aduana en el invierno, o en la primavera de 1833. En abril de ese año el Sr. Chandler pagó los impuestos y tomó posesión de las momias. Hasta entonces nadie las había sacado de sus sarcófagos, ni se habían abierto éstos. Al abrirlos, descubrió que en dos de los cuerpos había algo enrollado, con la apariencia de lino, y saturado del mismo betún, y cuando lo examinó, resultaron ser dos rollos de papiro. En las otras momias se encontraban dos o tres fragmentos pequeños de papiro, con cálculos astronómicos, epitafios, etc. Cuando el Sr. Chandler vio que había algo junto con las momias, supuso o tenía la esperanza de que fueran diamantes o metales preciosos, y no fue poca su decepción cuando se desengañó. “Mientras todavía estaba en la aduana, alguien le dijo que nadie en la ciudad podría traducir los rollos; pero le fue recomendado por el mismo caballero (un extraño) que viera al Sr. José Smith, hijo, quien —le dijo— posee cierta clase de poderes o dones, por los cuales antes ha traducido caracteres similares”. En ese tiempo, el Sr. Chandler no me conocía, ni sabía que se hubiera dado a conocer al público una obra o libro como la historia de los nefitas. Llevó su colección de Nueva York a Filadelfia, donde los eruditos le dieron un certificado, y de allí vino a Kirtland, como se dijo antes, en el mes de julio. He dado un breve relato de la manera en que fueron preservados los escritos de Abraham y José, y cómo llegaron a mis manos, y daré la traducción correcta de ellos en su propio tiempo.

KIRTLAND
1836
DEDICACIÓN DEL TEMPLO

Mañana del viernes 1° de enero.— Es el principio de un nuevo año, y mi corazón se llena de gratitud hacia Dios porque ha preservado mi vida y la de mi familia otro año más. Nos ha defendido y sostenido en medio de una inicua y perversa generación, a pesar de estar expuestos a todas las aflicciones, miseria y tentaciones propias de la vida humana; por esto quiero humillarme en cilicio y cenizas —por decirlo así— ante el Señor. Pero a pesar de la gratitud que rebosa mi corazón al ver en retrospectiva el año pasado, y las bendiciones que han coronado nuestras cabezas, mi corazón se duele dentro de mí por la dificultad que atraviesa la familia de mi padre. El diablo ha atacado con violencia a mi hermano Guillermo y a Calvino Stoddard, y los poderes de tinieblas parecen apoderarse de sus mentes, y no sólo eso, sino también ponen en penumbra las mentes de mis hermanos y hermanas, y les impiden ver las cosas tal como son; y los poderes de la Tierra y el infierno parecen combinarse para derribarnos a nosotros y a la Iglesia, empezando por dividir a la familia. Efectivamente, el adversario pone en juego toda su astucia para evitar que los santos sean investidos, provocando para ello división entre los Doce, también entre los Setenta, y riñas y envidias entre los élderes y oficiales de la Iglesia; y así, la levadura de iniquidad crece y se extiende entre los miembros de la Iglesia. Pero tengo la determinación de poner todo de mi parte para allanar y eliminar todas las dificultades familiares; para que este año y los próximos, ya sean pocos o muchos, los pasemos en rectitud delante de Dios. Y sé que esta nube se desvanecerá y el reino de Satanás quedará en ruinas, junto con todas sus negras intenciones; y que los santos saldrán como oro refinado en el fuego, perfeccionados mediante los sufrimientos y las tentaciones; y que las bendiciones del cielo y de la Tierra se multiplicarán sobre sus cabezas. Que Dios conceda todo esto, en el nombre de Cristo. Amén.

Vinieron a casa mis hermanos Guillermo y Hyrum, y mi tío Juan Smith, y nos retiramos a un cuarto, acompañados por el Elder Martín Harris. Mi padre inició nuestra entrevista con una oración, tras lo cual se refirió a la ocasión con mucho sentimiento, y con la comprensión de un padre cuyos sentimientos se habían herido por razón del problema que había en la familia; y mientras nos hablaba, descendió sobre nosotros el Espíritu de Dios con gran poder, y se ablandaron nuestros corazones. Mi hermano Guillermo confesó con humildad y me pidió perdón de sus ofensas. Y en lo que yo había faltado, le pedí perdón. Y el espíritu de confesión y de perdón se hizo general entre todos nosotros, e hicimos convenio el uno con el otro, a la vista de Dios, y los santos ángeles y los hermanos, de esforzarnos de allí en adelante para edificarnos en justicia el uno al otro, en todas las cosas; y no dar oído a falsos rumores; sino como hermanos que éramos, ir el uno con el otro, llevando nuestros agravios con espíritu de mansedumbre, y reconciliarnos, promoviendo con ello nuestra felicidad y la de la familia, y en pocas palabras, la felicidad y el bienestar de todos. Entonces llamamos a mi esposa, a mi madre y a mi escribiente, y les repetimos el acuerdo que habíamos hecho; y mientras nuestro pecho se henchía de gratitud, las lágrimas rodaban por nuestras mejillas. Entonces se me pidió que terminara con nuestra entrevista, y lo hice con una oración: y en verdad fue una ocasión de júbilo y regocijo. Acto seguido, todos juntos ministramos mediante la imposición de manos a mi primo Jorge A. Smith, y sanó en ese momento de una enfermedad reumática que le afectaba todo el cuerpo, causándole dolores insoportables.

Lunes 4 de enero.— Nos reunimos y organizamos nuestra escuela de hebreo, siguiendo el plan del sábado pasado. Habíamos contratado al Dr. Piexotto, para que nos enseñara el idioma hebreo cuando tuviéramos listo el salón. Le avisamos que el salón ya estaba preparado, y listos los alumnos; y estuvo de acuerdo en atendernos el día de hoy y darnos la primera clase. Ayer nos avisó que no podría venir hasta el próximo miércoles. Se hizo una votación para saber si nos conformaríamos con eso, y se decidió que no; y se nombró al Elder Silvestre Smith para escribirle sobre el asunto, e informarle que prescindiríamos de sus servicios; y a los Elderes Guillermo E. M'Lellin y Orson Hyde, para ir al Seminario de Hudson a contratar un maestro. Ellos fueron nombrados por la voz de la escuela para actuar en nombre de ella. No obstante, decidimos seguir adelante con nuestra escuela y hacer lo mejor que podamos hasta que tengamos un maestro; y siendo llamado por la voz de la escuela, accedí a prestarles toda la ayuda que pudiera, por lo pronto.

Para la escuela estamos usando el cuarto de traducción, hasta que podamos preparar otro. Es el salón occidental del piso superior del templo, y esta mañana fue consagrado mediante oración, por mi padre. Hoy lo usamos por vez primera. El tiempo está lluvioso y los caminos, bastante lodosos.

Esta tarde nos reunimos en el templo, para hacer arreglos para una escuela de canto. Luego de discutirlo por algún tiempo, se hizo una decisión sensata, escogiéndose a un comité integrado por seis personas para encargarse del departamento de canto.

Martes 5 de enero. — Asistí a la escuela de hebreo, y la dividí en grupos. Hubo algo de controversia con el Elder Orson Pratt, sobre la pronunciación correcta de una letra hebrea. Manifestó un espíritu obstinado, por lo que me afligió mucho.

Miércoles 6 de enero.— Asistí a la escuela, y pasé la mayor parte de la mañana calmando los desagradables sentimientos que había en el pecho del Elder Orson Pratt. Luego de mucha discusión, confesó su error de iniciar una controversia por un asunto de tan poca monta como el sonido de una letra hebrea, y le pidió perdón a toda la escuela, y fue perdonado de buena gana por todos.

Regresó de Hudson el Elder M'Lellin, e informó a la escuela que había contratado a un maestro para enseñarnos durante siete semanas, por trescientos veinte dólares; esto es, cuarenta estudiantes por es a cantidad de dinero, comenzando en unos quince días. El maestro es célebre por su conocimiento del hebreo, y se propone enseñarnos lo suficiente como para encaminarnos en la lectura y traducción de ese idioma.

Mucho es lo que el Gobierno ha dicho y hecho recientemente en relación con los indios (los lamanitas) que están dentro de los límites territoriales de los Estados Unidos. Uno de los puntos más importantes de la fe de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, mediante la plenitud del evangelio sempiterno, es el recogimiento de Israel (de quien los lamanitas forman parte). Esa época dichosa en que Jacob subirá a la Casa del Señor, para adorarlo en espíritu y en verdad; para vivir en santidad; cuando el Señor restaurará sus jueces como al principio, y sus consejeros como en la antigüedad; cuando todo hombre se sentará a la sombra de su propia vid e higuera, y no habrá quien cause daño o espanto; cuando les dará un lenguaje puro, y la Tierra será llena de conocimiento sagrado como las aguas cubren el mar; cuando no se dirá más: “Vive Jehová, que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra de Egipto”, sino: “Vive Jehová, que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra del norte, y de todas las tierras a donde los había arrojado”. Ese día es uno de grave consideración para todos los hombres.

En vista de la importancia de ese día, y todo lo que sobre él han dicho los profetas antes de nosotros, quisiéramos añadir unas cuantas ideas en relación a las declaraciones oficiales del Gobierno en cuanto a los indios. Al hablar del recogimiento, deseamos que se entienda que nos referimos a lo que dicen la Escrituras sobre el recogimiento de los escogidos del Señor de todas las naciones sobre la Tierra, para traerlos al lugar del Señor de los Ejércitos, donde se edificará la ciudad de santidad, y donde el pueblo será de un mismo corazón y un mismo pensamiento cuando el Salvador venga; sí, donde el pueblo caminará con Dios, como Enoc, y estará libre de pecado. La palabra del Señor es preciosa; y cuando leemos que será deshecho el velo que cubre a todas las naciones, y los puros de corazón verán a Dios y reinarán con El mil años sobre la Tierra, sentimos deseos de que todo hombre sincero tenga la oportunidad de congregarse y edificar una ciudad de santidad, en la cual aun los cascabeles de los caballos llevarán la inscripción: Santidad a Jehová.

El gozo que tendremos, en unión con todo los hombres sinceros, y el gozo que finalmente llenará sus corazones por organizar a los indios, será suficiente recompensa cuando se vea que el congregarlos en grupos es una medida sabia, y merece el más alto honor para nuestro Gobierno. Que sean congregados en paz, y formen entre sí una unión, y que todo el mundo grite: ¡Viva!

Jueves 7 de enero.— Asistí a una suntuosa fiesta en la casa del Obispo Newel K. Whitney. Esta fiesta se hizo según el orden del Hijo de Dios: fueron invitados los cojos, tartamudos y los ciegos, según las instrucciones del Salvador. La reunión se comenzó con un himno y una oración, hecha por mi padre, después de lo cual el padre y la madre del Obispo Whitney, y algunos otros, recibieron una bendición patriarcal. Luego tuvimos un abundante refrigerio, proveído liberalmente por el Obispo. La congregación era numerosa, y antes de comer cantamos varios de los himnos de Sión; y se alegraron nuestros corazones por el anticipo del gozo que se derramará sobre la cabeza de los santos cuando se congreguen en el Monte

de Sión, para gozar su mutua compañía para siempre jamás, aun todas las bendiciones del cielo, cuando no habrá nadie que los moleste. Volví a casa y ahí pasé la noche.

Viernes 8 de enero.— Pasé el día en la escuela de hebreo, e hicimos grandes progresos en nuestros estudios. El enlucido y acabado final del exterior de la Casa del Señor se comenzó el dos de noviembre de 1835, y se terminó hoy. Realizaron el trabajo Artemas Millet y Lorenzo Young, por la suma de mil dólares. Jacom Bump hizo el trabajo del estucado interior de la Casa, por mil quinientos dólares, empezándolo el nueve de noviembre pasado. Sigue trabajando, a pesar de las inclemencias del tiempo.

Jueves 14 de enero.— Las nueve de la mañana. Se reunió la clase de hebreo en el salón del templo, e hicimos preparativos para la llegada de nuestro maestro, el Sr. Josué Seixas, de Hudson, Ohio.

Regresé a casa, donde pasé la tarde. En la noche regresó de Columbus, la capital del Estado, el Presidente Cowdery. Sólo pude estar poco tiempo con él, por tener el compromiso de ir a la casa de la Sra. Wilcox, para unir en matrimonio al Sr. Juan Webb y la Sra. Catalina Wilcox. También, al Sr. Tomás Carrico y la Srta. Elizabeth Baker, en el mismo lugar. Todo se realizó en la manera acostumbrada, en medio de una gran asamblea. Luego participamos del refrigerio, y nuestros corazones se alegraron con el fruto de la vid. Esto va de acuerdo con el ejemplo dado por el Salvador mismo, y nos sentimos inclinados a fomentar todas las instituciones del cielo.

Viernes 15 de enero.— A las nueve de la mañana me reuní en consejo, en el salón de concilios del templo, y acomodé a las autoridades de la Iglesia conforme a sus oficios respectivos. Hice entonces algunas observaciones respecto al orden del día, y la gran responsabilidad que teníamos de tratar todos los asuntos en justicia delante de Dios, en vista de que nuestras decisiones son de grandes consecuencias para todo el género humano, y para todas las generaciones venideras.

Domingo 17 de enero.— Asistí a una reunión en la escuela, a la hora acostumbrada. Se habla reunido una congregación grande.

Procedí a ordenar los varios quórumes presentes: primero, la Primera Presidencia; luego, los Doce y los Setenta, y también los Consejeros de Kirtland y Sión.

El Presidente Rigdon se levantó e hizo la observación de que en lugar de predicación, el tiempo lo ocuparían la Presidencia y los Doce, tomando cada uno su turno hasta que todos hubieron hablado. El Señor derramó su Espíritu sobre nosotros, y los hermanos comenzaron a confesar sus faltas el uno al otro, y pronto la congregación estaba sumida en lágrimas, y algunos no podíamos ni hablar por la emoción. También vino sobre nosotros el don de lenguas como ruido de un viento fuerte, y mi alma se llenó de la gloria de Dios.

Por la tarde uní en matrimonio a tres parejas, durante los servicios: Guillermo F. Cahoon y Maranda Gibbs, Harvey Stanley y Laron Cahoon, y Tunis Rapley y Luisa Cutler. Entonces administramos el sacramento y despedimos a la congregación, la cual era tan numerosa que era incómodo para todos. Luego fuimos invitados a una comida para la ocasión, en la casa del Elder Cahoon, y disfruté mucho de la reunión mientras participaba de la sabrosa comida. Ciertamente me di cuenta de que era bueno que los hermanos vivieran en toda unidad, como el rocío sobre los montes de Israel, donde el Señor derrama bendiciones, aun la vida para siempre jamás. Pasé la noche en casa.

Lunes 18 de enero.— Asistí a la escuela de hebreo. El día de hoy se cambió al templo la Escuela de los Profetas, al cuarto contiguo al de la escuela de hebreo.

Martes 19 de enero.— Pasé el día en la escuela. El Señor nos bendijo en nuestros estudios. El día de hoy empezamos con mucho éxito la lectura de nuestras Biblias en hebreo. Parece como si el Señor iluminara nuestras mentes de una manera maravillosa, para que entendamos su palabra en el idioma original; y es mi oración que muy pronto Dios nos conceda el conocimiento de todas las lenguas e idiomas, para que sus siervos puedan salir por la última vez, bien preparados para atar la ley y sellar el testimonio.

Jueves 21 de enero.— Esta mañana, un ministro de Connecticut, llamado Juan W. Olived, llegó a mi casa y le preguntó a mi padre: “¿Vive aquí el Profeta?” Mi padre le contestó que no le entendía. El Sr. Olived hizo la misma pregunta una y otra vez, y recibió la misma respuesta. Hasta que por fin preguntó: “¿Vive aquí el Sr. Smith?” Mi padre contestó: “Sí, señor. Ahora sí le entiendo”. Entonces mi padre entró

a mi cuarto y me informó que un caballero había venido a verme. Fui al cuarto donde él estaba, y lo primero que me preguntó, después de saludarme, fue: “¿Cuántos miembros tiene en su Iglesia?” Contesté que en esta rama teníamos entre mil quinientos y dos mil. Luego preguntó: “¿En qué difieren ustedes de las otras denominaciones cristianas?” Le respondí que nosotros creemos en la Biblia, y ellos no. No obstante, él afirmó que sí creía en la Biblia. Le dije que entonces se bautizara. Contestó que no creía que fuera necesario. Pero cuando le expuse los principios del evangelio: fe y arrepentimiento, bautismo para la remisión de pecados, y la imposición de manos para comunicar el don del Espíritu Santo, demostró sorprenderse mucho. Hice la observación de que ya era hora para la clase en la escuela, y yo tenía que asistir. El hombre parecía estar asombrado de nuestra doctrina, pero nada hostil.

Alrededor de las tres de la tarde despedí a la escuela, y la Presidencia se retiró a la oficina de la imprenta, donde atendimos a la ordenanza del lavamiento de nuestros cuerpos con agua pura. También perfumamos nuestros cuerpos y nuestras cabezas, en el nombre del Señor. Me reuní con la Presidencia en el salón occidental que usamos para la escuela, en el templo, para atender a la ordenanza de la unción de nuestras cabezas con aceite sagrado. Mientras realizábamos la ordenanza, los Consejos de Estaca de Kirtland y Sión se reunieron en dos cuartos contiguos, orando mientras esperaban. Tomé el aceite con mi mano izquierda, estando sentado mi padre delante de mí, rodeándolo el resto de la Presidencia. Extendimos hacia el cielo nuestra mano derecha, y bendijimos el aceite, y lo consagramos en el nombre de Jesucristo. Luego pusimos nuestras manos sobre nuestro anciano padre, e invocamos las bendiciones del cielo. Entonces ungué su cabeza con el aceite consagrado y sellé sobre él muchas bendiciones. Acto seguido, la Presidencia puso sus manos sobre él, empezando con el de mayor edad, hasta que todos colocaron las manos sobre él, y pronunciaron las bendiciones que el Señor puso en sus corazones, todos bendiciéndolo para ser nuestro Patriarca, para ungir nuestras cabezas y atender los deberes que conciernen a ese oficio. Luego la Presidencia tomó asiento por turnos, comenzando con el de mayor edad, y recibieron la unción y bendición de manos de mi padre. Cuando fue mi turno, mi padre unguó mi cabeza y selló sobre mí las bendiciones de Moisés, para guiar a Israel en los últimos días, así como Moisés lo guió en los días de la antigüedad; también las bendiciones de Abraham, Isaac y Jacob. La Presidencia me impuso las manos, y sobre mí pronunció muchas profecías y bendiciones, muchas de las cuales no escribiré por ahora. Mas tal como dijo Pablo, yo también digo: tenemos visiones y revelaciones.

Los cielos nos fueron abiertos, y vi el reino celestial de Dios y su gloria, mas si fue en el cuerpo o fuera del cuerpo, no puedo decirlo. Vi la incomparable belleza de la puerta por la cual entrarán los herederos de ese reino, que era semejante a llamas circundantes de fuego; también vi el refulgente trono de Dios, sobre el cual se hallaban sentados el Padre y el Hijo. Vi las hermosas calles de ese reino, las cuales parecían estar pavimentadas de oro. Vi a Adán y a Abraham, nuestros padres, y a mi padre, y a mi madre, y a mi hermano Alvin, que hacía mucho tiempo había muerto; y me maravillé de que hubiese recibido una herencia en ese reino, en vista de que había salido de esta vida antes que el Señor hubiera extendido su mano para juntar a Israel por segunda vez, y no había sido bautizado para la remisión de los pecados. Por lo que me habló la voz del Señor, diciendo: Todos los que han muerto sin el conocimiento de este evangelio, quienes lo habrían recibido si se les hubiese permitido permanecer, serán herederos del reino celestial de Dios; también todos aquellos que de aquí en adelante mueran sin un conocimiento de él, quienes lo habrían recibido de todo corazón, serán herederos de este reino; pues yo, el Señor, juzgaré a los hombres según sus obras, según el deseo de sus corazones.

Y también vi que todos los niños que mueren antes de llegar a la edad de responsabilidad se salvan en el reino de los cielos. Vi a los Doce Apóstoles del Cordero, que en la actualidad se hallan sobre la Tierra y tienen las llaves de este último ministerio. Estaban en países extranjeros y los vi juntos en un círculo, muy fatigados, sus vestidos hechos pedazos, sus pies hinchados, la mirada fija en el suelo, y a Jesús en medio de ellos, mas no lo vieron. El Salvador los miró y lloró.

También vi al hermano M'Lellin en el sur, de pie sobre un monte, rodeado de una multitud grande a la que estaba predicando. Un hombre que estaba cojo se hallaba delante de él, sosteniéndose sobre sus muletas. Las arrojó de sí a su palabra, y saltó como un ciervo por el gran poder de Dios. También vi al Elder Brigham Young en un sitio desconocido, muy lejos al sur y al oeste, en un lugar desértico, sobre una roca en medio de doce hombre de color cobrizo, de aspecto hostil. Les estaba predicando en su propio idioma, y el ángel de Dios se hallaba arriba de su cabeza, con una espada desenvainada en la mano, para protegerlo, mas él no lo vio. Y por último vi a los Doce en el reino celestial de Dios. También vi la redención de Sión, y muchas otras cosas que la lengua del hombre no puede describir en detalle.

Muchos de los hermanos que recibieron la ordenanza junto conmigo también tuvieron visiones gloriosas. Los ángeles los ministraron, igual que a mí; y el poder del Altísimo descansó sobre nosotros, y la Casa se llenó de la gloria de Dios; y clamamos: “¡Hosanna a Dios y al Cordero!” Mi escribiente también recibió la unción con nosotros, y vio en una visión a los ejércitos del cielo, protegiendo a los santos en su regreso a Sión, y otras muchas cosas que yo también vi.

Estaban presentes con nosotros el Obispo de Kirtland con sus consejeros, y el Obispo de Sión con sus consejeros; y recibieron la unción de manos de mi padre, que fue confirmada por la Presidencia. También se desplegaron ante ellos las glorias del cielo.

Entonces invitamos a pasar al cuarto a los miembros del Sumo Consejo de Kirtland y de Sión, y el Presidente Hyrum Smith ungió la cabeza del Presidente del Consejo de Kirtland; y el Presidente David Whitmer, la cabeza del Presidente del Consejo de Sión. Luego, el Presidente de cada quórum ungió las cabezas de sus colegas por turno, empezando con el de más edad.

Las visiones del cielo se abrieron ante ellos también. Algunos vieron la faz del Salvador, y otros recibieron el ministerio de ángeles santos, y se derramó con gran poder el espíritu de profecía y de revelación. Y elevamos al cielo nuestras expresiones de hosanna y gloria a Dios en las alturas, porque tuvimos comunión con las huestes celestiales. Vi en visión a los de la Presidencia en el reino celestial de Dios, y a muchos otros que estaban presentes. Nuestra reunión empezó con un himno, y cada cabeza de quórum ofreció una oración; y terminó con un himno y la invocación de la bendición del cielo, con las manos alzadas. Nos retiramos entre la una y las dos de la mañana.

Viernes 22 de enero.— Asistí a la escuela a la hora de costumbre, pero en lugar de proseguir nuestros estudios, pasamos el tiempo comentando el uno al otro las escenas gloriosas ocurridas la noche anterior mientras efectuábamos la ordenanza de la santa unción.

Por la noche nos reunimos en el mismo lugar con el Consejo de los Doce y la Presidencia de los Setenta, quienes iban a recibir esta ordenanza [de unción y bendición]. También estaban presentes los Sumos Consejos de Kirtland y de Sión. Luego de comenzar el servicio y organizarnos, la Presidencia consagró el aceite.

Pusimos nuestras manos sobre el Elder Tomás B. Marsh, Presidente de los Doce, y lo ordenamos con la autoridad para ungir a sus hermanos. Entonces derramé sobre su cabeza el aceite consagrado, en el nombre de Jesucristo, y sellé sobre él las bendiciones que el Señor puso en mi corazón. Luego el resto de la Presidencia puso las manos sobre él, bendiciéndolo cada uno por turno, empezando por el de más edad. El entonces ungió y bendijo a sus hermanos, desde el mayor hasta el menor. También yo les impuse las manos, y pronuncié sobre sus cabezas muchas cosas grandes y gloriosas. Los cielos fueron abiertos y ángeles nos ministraron.

A continuación, los Doce ungieron y bendijeron a la Presidencia de los Setenta, sellando sobre sus cabezas el poder y la autoridad para ungir a sus hermanos.

Los cielos le fueron abiertos al Elder Silvestre Smith, y dando un salto, exclamó: “¡Los jinetes de Israel y sus carros!”

Mi hermano Don Carlos también fue ungido y bendecido para presidir sobre el Quórum de Sumos Sacerdotes.

El Presidente Rigdon se puso de pie para concluir el servicio de esa noche, invocando elocuentemente las bendiciones del cielo sobre los ungidos del Señor; la congregación exclamó un hosanna; el don de lenguas vino sobre nosotros con gran poder, y los ángeles, estando en medio de nosotros, unieron sus voces a las nuestras, rebosando nuestro pecho de alabanzas por el espacio de media hora.

Hice notar a los hermanos que ya era hora de retirarnos. Por lo consiguiente, terminamos nuestra reunión y regresamos a casa alrededor de las dos de la mañana; y el Espíritu y las visiones de Dios estuvieron conmigo toda la noche.

Martes 26 de enero. — Llegó de Hudson el Sr. Seixas, para enseñarnos el idioma hebreo, y me encargué de organizar la clase con el objeto de que se nos enseñara la gramática hebrea. Las clases son: de diez a once, y de dos a tres de la tarde. Su enseñanza me agradó bastante. Creo que será de gran ayuda para que podamos aprender el hebreo.

Miércoles 27 de enero.— Asistí a la escuela, como siempre, y atendí otros asuntos que se me presentaron.

Jueves 28 de enero.— Asistí a la escuela a la hora acostumbrada.

En la noche me reuní con el Quórum de Sumos Sacerdotes en el salón occidental superior de la Casa del Señor y, en compañía de mis consejeros, consagré y ungué a los consejeros de los Presidentes del Quórum de Sumos Sacerdotes, y después de instruirlos y organizarlos, los dejé para que efectuaran la santa unción, y fui a donde estaba el Quórum de Elderes, al otro extremo del salón. Les ayudé a ungir a los consejeros del Presidente de los Elderes, y les di las instrucciones necesarias para la ocasión, y dejé al Presidente y sus consejeros para que ungieran a los élderes, mientras yo me dirigía al salón contiguo y ayudaba a instruir y organizar el Quórum de los Setenta.

Reunidos con ese Quórum encontré a los Doce Apóstoles y los siete Presidentes de los Setenta, y los instruí, ayudado por el Quórum de la Presidencia, a que clamaran a Dios con las manos alzadas, que sellaran las bendiciones que se les habían prometido mediante la santa unción. Al encontrarme en este cuarto junto con la Presidencia, organizando este Quórum, el Presidente Silvestre Smith vio que un pilar de fuego descendía y permanecía sobre las cabezas de los del Quórum mientras estábamos en medio de los Doce.

Cuando los Doce y los siete Presidentes hubieron terminado la oración de sellamiento, le pedí al Presidente Sidney Rigdon que los sellara con las manos alzadas; y cuando hubiera hecho esto y exclamado:

“¡Hosanna!”, que toda la congregación se le uniera y clamara hosanna a Dios y al Cordero, y gloria a Dios en las alturas. Así se hizo, y el Elder Roger Orton vio un ángel poderoso montado en un caballo de fuego, con una espada resplandeciente en su mano, seguido por otros cinco, y que rodeaban la Casa y protegían a los santos, los ungidos del Señor, del poder de Satanás y de una hueste de espíritus malignos que intentaban perturbar a los santos.

El Presidente Guillermo Smith, uno de los Doce, vio los cielos abiertos y que las huestes del Señor protegían a sus ungidos.

El Presidente Zebedeo Coltrin, uno de los siete Presidentes de los Setenta, vio al Salvador tendido ante él, como si estuviera sobre la cruz, y poco después lo vio coronado de gloria más brillante que el sol.

Cuando hubieron pasado estas cosas y una visión que yo tuve, instruí a los siete Presidentes que ungieran a los Setentas, y volví al cuarto de los élderes y sumos sacerdotes, ayudándoles a sellar con las manos alzadas lo que ya habían realizado.

El Señor asistió a mi hermano Don Carlos, Presidente de los Sumos Sacerdotes, con la unción de los sumos sacerdotes, de manera que lo hizo de manera aceptable ante el Señor, a pesar de ser muy joven e inexperto en tales deberes; y deseé alabar a Dios con hosannas en alta voz, por su bondad hacia mí y la familia de mi padre, y hacia todos los hijos de los hombres. Alabad al Señor vosotros, todos sus santos. Alabad su santo nombre.

Cuando se hubieron retirado estos quórumes, me dirigí a casa, y mi alma clamó hosannas a Dios y al Cordero toda la noche; y mientras mis ojos dormían, las visiones del Señor eran sublimes para mí, y su gloria me rodeó. Gloria sea a Dios.

Viernes 29 de enero.— Asistí a la escuela y leí en hebreo. Recibí un mensaje de la Presidencia del Quórum de Elderes. Deseaban saber a quién debían recibir en el Quórum. Respondí verbalmente.

Por la tarde llamé a toda la familia de mi padre a un banquete, y les expresé mis sentimientos hacia ellos. Mi padre pronunció bendiciones patriarcales sobre Enrique Gannet, Carlos H. Smith, Marietta Carter, Angelina Carter Johanna Carter y Nancy Carter. Fue un tiempo delicioso para mí, y toda la familia se regocijó juntamente. Alargamos la reunión hasta las ocho de la noche, y relatamos la bondad de Dios al desplegar ante nosotros las visiones del cielo y enviar a sus santos ángeles para ministrarnos las palabras de vida. Cantamos alabanzas a Dios con vivos acentos, y sentimos y gozamos el poder de la unidad y del amor.

Sábado 30 de enero.— Asistí a la escuela, como de costumbre, y atendí a varios visitantes y les mostré los anales de Abraham. El Sr. Seixas, nuestro maestro de hebreo, los examinó con profundo interés y declaró que sin ninguna duda eran originales. El es un hombre de un gran entendimiento, y tiene conocimiento de mucho idiomas antiguos; y es un hombre honorable, por lo que he podido ver.

Por la noche fui al cuarto superior de la Casa del Señor y organice los diferentes quórumes. Instruí a los Presidentes de los Setenta concerniente al orden de sus unciones, y les pedí que procedieran a ungir a los setentas. Después volví a mi casa fatigado por la ansiedad y trabajos continuos para establecer en orden a todas las autoridades y los esfuerzos para purificarlos para la asamblea solemne, según los mandamientos de Dios.

Domingo 31 de enero. — Asistí al servicio sagrado en la escuela; organice los varios quórumes de las autoridades de la Iglesia; nombré guardas para las puertas, para mantener el orden en ellas por motivo de la multitud, y para evitar aglomeraciones dentro de la Casa. El Sumo Consejo de Sión ocupó la primera parte del programa, hablando según su inspiración, relatando experiencias, pruebas, etc.

La tarde. La reunión se formalizo, como de costumbre, y el Presidente Rigdon dio un breve discurso, y partimos el pan.

Por la noche, mi padre bendijo a tres hermanos en la casa del Presidente Oliverio Cowdery. Estuve en casa.

Jueves 4 de febrero.— Asistí a la escuela, y ayudé a formar una clase de veintidós miembros para leer a las tres de la tarde. Los otros veintitrés leyeron a las once. La primera clase recita su lectura a las nueve cuarenta y cinco de la mañana; y la segunda, a la una cuarenta y cinco de la tarde. Tenemos una gran escasez de libros, pero estamos determinados a hacer todo lo que podamos. Que el Señor nos ayude a aprender este idioma, para que podamos leer las Escrituras en el idioma en que fueron dadas.

Sábado 6 de febrero.— El Presidente Guillermo Smith, uno de los Doce, vio una visión de los Doce, y a siete de ellos juntos en concilio en Inglaterra, y profetizó que ellos harían una obra grande en los países del Viejo Mundo, y que Dios ya estaba empezando a obrar en los corazones de la gente.

El Presidente Zebedeo Coltrin, uno de los Siete, vio una visión del Señor de los Ejércitos. Y otros fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaron en lenguas y profetizaron. Fue un tiempo de regocijo que se recordará por mucho tiempo. Gloria sea al Señor.

Miércoles 10 de febrero.— A las diez de la mañana nos reunimos en la escuela para leer en hebreo.

Por la tarde leí en el piso superior del edificio de la imprenta.

A las cuatro de la tarde estuve en el salón de la escuela, en el templo, para hacer unos arreglos en cuanto a las clases. Al regresar me informaron que mi hermano Hyrum se había hecho una cortada. De inmediato acudí a su casa, y lo encontré gravemente herido en el brazo izquierdo, pues había caído sobre su hacha, que le causó una herida de diez o doce centímetros de largo. El Dr. Williams cosió la herida y la vendó, y agradezco a Dios que no fue nada peor, y le pido a mi Padre Celestial, en el nombre de Jesucristo, que sane a mi hermano y bendiga a la familia de mi padre, a todos y cada uno, con paz y abundancia, y vida eterna.

Jueves 11 de febrero.— Asistí a la escuela y leí en hebreo con la clase de la mañana.

Pasó la tarde leyendo y exhibiendo los anales egipcios a quienes vinieron a visitarme. Las bendiciones del cielo han sido conmigo.

Sábado 13 de febrero.— Pasó el día leyendo en hebreo.

Al mediodía alisté un caballo y un trineo para que el Profesor Seixas fuera a Hudson a ver a su familia.

Lunes 15 de febrero.— Asistí a la escuela en el horario habitual.

Pasé la tarde leyendo en hebreo y recibiendo y atendiendo visitantes. El día de hoy empezamos a traducir del hebreo, bajo la dirección del Profesor Seixas; y nos dijo que éramos el grupo más aventajado entre todos los que ha enseñado durante igual espacio de tiempo.

Miércoles 17 de febrero.— Asistí a la escuela, y leí y traduje junto con mi clase. Mi alma se deleita en leer del original la palabra del Señor, y he determinado seguir el estudio de los idiomas hasta dominarlos, si se me permite vivir lo suficiente. De cualquier manera, tengo la determinación de perseguir esta meta mientras viva; y con las bendiciones de Dios lograré el éxito que deseo.

El Elder Coe vino para hacer planes sobre las momias y los anales egipcios. Propone alquilar un cuarto en la posada de Juan Johnson, y exhibirlas todos los días a ciertas horas, para obtener una ganancia de ellas. Estuve de acuerdo en eso, haciendo la observación de que se manejen con cuidado y prudencia, especialmente los manuscritos.

Domingo 21 de febrero.— Pasé el día en casa ocupado en la lectura, la meditación y la oración. Revisé mi lección de hebreo. Se bautizaron unas tres o cuatro personas, y el poder de las tinieblas aparenta ceder por todos lados. Muchos que antes eran enemigos de la obra del Señor han empezado a investigar sobre la fe de los Santos de los Últimos Días y son amigables.

Lunes 22 de febrero.— El salón inferior del templo ya está listo para pintarse. El Elder Brigham Young se vio obligado a dejar la clase de hebreo y supervisar la pintada del salón inferior hasta que se termine.

Esta tarde se reunieron las hermanas para confeccionar el velo del templo. Estuvo presidiéndolas mi padre, y les dio muchas instrucciones útiles. Terminaron con un himno y una oración, que es lo acostumbrado al empezar y terminar todos los consejos y reuniones de la iglesia de los Santos de los Últimos Días, aunque no siempre se mencione en esta historia.

Jueves 25 de febrero.— Atendí mis estudios, como de costumbre, e hice grandes progresos.

En la tarde vino a buscarme el Elder Rigdon para que fuera a ver a su esposa, que está muy enferma. Fui acompañado de mi escribiente. Oramos por ella y la ungimos en el nombre del Señor, y a partir de ese momento empezó a recuperarse. Regresé a casa, donde pasé la noche.

Lunes 29 de febrero.— Pasé el día estudiando, como habitualmente. Un hombre solicitó ver la Casa del Señor, en compañía de otro caballero. Al pasar por la puerta, el caballero encargado de la Casa lo invitó amablemente a quitarse el sombrero. Uno de ellos así lo hizo sin vacilar, mientras que el otro afirmó que no se quitaría el sombrero ni se inclinaría delante de “Joe Smith”; más bien, en una ocasión él había hecho que “Joe” se inclinara delante de él. El hermano Morey, encargado de la Casa, le dijo que saliera inmediatamente, porque si alguien insultaba a José Smith, lo estaba insultando a él. El hombre dejó ver su cólera, pero salió de la Casa. Por esa resolución del hermano Morey y por el amor que me ha manifestado, lo respeto. Que el Dios de Israel lo bendiga y le dé poder sobre sus enemigos.

Domingo 27 de marzo.— La congregación comenzó a reunirse en el templo como a las siete de la mañana, una hora antes de que se abrieran las puertas. Muchos hermanos habían venido de las regiones circunvecinas para presenciar la dedicación de la Casa del Señor y participar de sus bendiciones; y era tan grande su deseo, que como cinco o seis cientos de personas se habían congregado antes que se abrieran las puertas. Los Presidentes entraron junto con los guardas de las puertas, y colocaron a éstos últimos en las puertas interiores y exteriores; también colocaron acomodadores que recibieran los donativos de quienes estuvieran dispuestos a contribuir con algo para sufragar los gastos de la construcción de la Casa del Señor. También dedicamos los púlpitos y los consagramos al Señor.

Se abrieron las puertas. Los Presidentes Rigdon, Cowdery y yo acomodamos a la congregación conforme iba entrando y, según nuestros mejores cálculos, recibimos entre novecientas y mil personas, que eran todas las que podían estar cómodamente sentadas. Entonces informamos a los guardas que no recibiríamos a nadie más, y se privó a una multitud de la oportunidad de estar en la reunión, por razón de que la Casa no era suficientemente amplia para acomodarlos a todos. Lamenté que a cualquiera de los hermanos se le privara de la oportunidad de estar presente, y les recomendé que acudieran al edificio de la escuela y tuvieran una reunión allí, y así lo hicieron, llenando también ese edificio, y todavía quedando muchos afuera.

Recibimos novecientos sesenta y tres dólares en contribuciones.

A las nueve de la mañana, el Presidente Sidney Rigdon comenzó el servicio leyendo los Salmos 96 y 24. Habló durante dos horas y media en su manera usual y lógica. Su oración y discurso fueron enérgicos

y sublimes, y muy apropiados para la ocasión. En el curso de sus palabras fue muy conmovedor, e hizo derramar muchas lágrimas. Recordó los trabajos, privaciones e inquietudes de aquellos que habían trabajado para erigir las paredes de la Casa; además de aquellos que las habían humedecido con sus lágrimas, en las silenciosas sombras de la noche, cuando oraban al Dios del cielo que las protegiera y detuviera las manos profanas de expoliadores despiadados, que habían asegurado, cuando se colocaron los cimientos, que nunca se levantarían las paredes.

Al terminar su discurso pidió a los varios quórumes, empezando con la Presidencia, que manifestaran, poniéndose de pie, si estaban dispuestos a reconocerme como Profeta y Vidente, y sostenerme como tal mediante sus oraciones de fe. Todos los quórumes por turno gozosamente acataron su petición. Entonces pidió a toda la congregación de los santos que también dieran su consentimiento poniéndose de pie, lo cual hicieron unánimemente.

Luego yo di un breve discurso, y pedí que los varios quórumes y toda la congregación de los santos reconocieran a la Presidencia como Profetas y Videntes, sosteniéndolos con sus oraciones. Conviniere en hacerlo así, poniéndose de pie.

El voto fue unánime en cada caso, y les profeticé a todos que mientras sostuvieran a estos hombres en sus diferentes puestos (aludiendo a los diferentes quórumes de la Iglesia), el Señor los bendeciría; sí, en el nombre de Cristo, serían tuyas las bendiciones del cielo. Y cuando los ungidos del Señor salen a proclamar la palabra, testificando a los de esta generación, si los reciben serán bendecidos; pero si no, los juicios de Dios los seguirán de cerca, hasta que la casa o la ciudad que los rechaza sea dejada desolada.

Entonces se ofreció la oración dedicatoria: Véase Doctrina y Convenios, Sección 109.

A continuación el coro cantó: El Espíritu de Dios.

Pregunté a los varios quórumes separadamente, y después a la congregación, si aceptaban la oración dedicatoria y consideraban dedicada la Casa. El voto fue a favor y unánime en cada caso.

Se administró la Santa Cena. El Presidente Don Carlos Smith bendijo el pan y el vino, que fueron repartidos por varios élderes de la Iglesia, tras lo cual testifiqué de mi misión y de la ministración de ángeles.

El Presidente Don Carlos Smith también dio testimonio de la veracidad de la obra del Señor, en la que nos hallábamos.

El Presidente Oliverio Cowdery testificó de la veracidad del Libro de Mormón, y de la obra del Señor en estos últimos días.

El Presidente Federico G. Williams se levantó y testificó que mientras el Presidente Rigdon estaba haciendo su primera oración, un ángel entró por la ventana y se sentó entre él y mi padre, quedándose allí durante la oración.

El Presidente David Whitmer también vio ángeles en la Casa.

El Presidente Hyrum Smith hizo algunos comentarios muy convenientes, felicitando a los que habían sobrellevado tantos trabajos y privaciones para edificar la Casa.

Luego el Presidente Rigdon dijo unas palabras finales muy apropiadas, y una oración breve, al término de lo cual selló los procedimientos de ese día exclamando tres veces: “¡Hosanna, hosanna, hosanna a Dios y al Cordero!”; terminando cada una con: “Amén, amén y amén”.

El Presidente Brigham Young dio un corto discurso en lenguas, y David Patten lo interpretó, y él mismo hizo una breve exhortación en lenguas, luego de lo cual bendijo a la congregación en el nombre del Señor; y la asamblea se dispersó un poco después de las cuatro de la tarde, habiendo tenido un comportamiento de lo más callado durante todo el servicio.

Por la noche me reuní con los quórumes y los instruí respecto a la ordenanza del lavamiento de pies, que iban a efectuar el siguiente miércoles; y les di algunas instrucciones relativas al espíritu de profecía, y les pedí que hablaran y no temieran profetizar el bien sobre los santos, “porque si profetizáis la caída de los montes y la elevación de los valles, la derrota de los enemigos de Sión y el triunfo del reino de Dios,

así acontecerá. No reprimáis al Espíritu, porque el primero que abra su boca recibirá el espíritu de profecía”.

El hermano Jorge A. Smith se levantó y empezó a profetizar, y en ese momento se oyó un ruido semejante al sonido que produce un vendaval, que llenó el templo; y todos los de la congregación se pusieron de pie simultáneamente, movidos por un poder invisible; muchos empezaron a hablar en lenguas y a profetizar; otros vieron visiones gloriosas; y yo vi que el templo estaba lleno de ángeles, y lo declaré a la congregación. La gente de la vecindad llegó corriendo (por haber oído un ruido extraño y visto una luz brillante como un pilar de fuego, que descansaba sobre el templo), y quedó asombrada por lo que estaba pasando. Todo esto continuó hasta que se terminó la reunión, a las once de la noche.

En número de miembros oficiales de la Iglesia presentes en esta ocasión fue de cuatrocientos dieciséis, el mayor número que se había congregado hasta entonces.

Lunes 28 de marzo.— Asistí a la escuela. Hace un calor primaveral.

Martes 29 de marzo.— Asistí a la escuela. Hoy el Profesor Seixas nos dio la última clase de hebreo.

A las once de la mañana, los Presidentes José Smith, hijo, Federico G. Williams, Sidney Rigdon, Hyrum Smith y Oliverio Cowdery nos reunimos en el Lugar Santísimo de la Casa del Señor, pidiéndole una revelación concerniente al viaje de las autoridades de la Iglesia hacia Sión, y otros asuntos importantes. Luego de unirnos en la oración, la voz del Espíritu manifestó que deberíamos venir a este lugar tres veces, y también llamar a los otros Presidentes, los dos Obispos y sus consejeros, cada uno en su lugar, y ayunar todo el día y durante la noche, y que en ese lapso, si nos humillábamos, recibiríamos instrucciones adicionales. Tras de recibir este mensaje, enviamos por los otros hermanos, y ellos vinieron.

La Presidencia procedió a ungir y ordenar al sumo sacerdocio a Jorge Boosinger. Fue a consecuencia de habernos ministrado con las cosas temporales en nuestras aflicciones, y también por haber salido de la ciudad poco antes de la dedicación de la Casa del Señor, para traernos los medios temporales ya mencionados. Después de esto, vino la palabra del Señor por medio del Presidente José Smith, hijo, diciendo que quienes habíamos entrado al sagrado lugar no debíamos salir de la Casa hasta la mañana siguiente, sino enviar por las cosas que necesitáramos; y que durante nuestra estancia debíamos limpiar nuestros pies y participar del sacramento, para santificarnos ante El y estar capacitados para officiar en nuestro llamamiento de lavar los pies de los élderes por la mañana.

Por lo tanto, procedimos a limpiarnos la cara y los pies, y luego nos lavamos los pies el uno al otro. Primero el Presidente Sidney Rigdon lavó los pies del Presidente José Smith, hijo, y a su vez, éste lavó los de aquél. Luego, el Presidente Rigdon lavó los pies de los Presidentes José Smith, padre, y Hyrum Smith. El Presidente José Smith, hijo, lavó los pies del Presidente Federico G. Williams, y el Presidente Hyrum Smith lavó los de los Presidentes David Whitmer y Oliverio Cowdery. A continuación, el Presidente David Whitmer lavó los pies del Presidente Guillermo W. Phelps, y a su vez el Presidente Phelps lavó los del Presidente Juan Whitmer. También se lavaron los Obispos y sus consejeros, luego de lo cual participamos del pan y el vino. El Santo Espíritu reposó sobre nosotros, y permanecemos toda la noche en la Casa del Señor, profetizando y dando gloria a Dios.

Miércoles 30 de marzo. — Tal como estaba previsto, a las ocho de la mañana se reunieron en el templo la Presidencia, los Doce, los Setenta, el Sumo Consejo, los Obispos con sus quórumes completos, los élderes y todos los oficiales de esta estaca de Sión, que sumaban alrededor de trescientos, para atender a la ordenanza del lavamiento de pies. Subí al púlpito e hice notar a la congregación que desde la organización de la Iglesia habíamos pasado por muchas pruebas y sufrimientos, y que éste era un año de jubileo para nosotros, y un tiempo de regocijo, y que convenía que preparáramos suficiente pan y vino para regocijarnos, pues probablemente no saldríamos de la Casa hasta la mañana siguiente; para ese fin debíamos solicitar una contribución de los hermanos. Los acomodadores pasaron y recogieron una liberal donación, y se enviaron mensajeros a traer pan y vino.

Se prepararon tinajas, toallas y agua, y yo formalicé la junta, y la Presidencia lavó los pies de los Doce, pronunciando sobre ellos muchas profecías y bendiciones en el nombre del Señor Jesús. Luego, los Doce lavaron los pies de los Presidentes de los varios quórumes. Los hermanos empezaron a profetizar unos sobre otros, y sobre los enemigos de Cristo que habitaban en el Condado de Jackson; y continuamos profetizando, y bendiciendo y sellándolos con un hosanna y amén, casi hasta las siete de la noche.

Entonces sacamos el pan y el vino, e hice la observación de que habíamos ayunado todo el día, y para que no desmayáramos haríamos lo que el Salvador hizo: bendeciríamos el pan y lo daríamos a los Doce, y ellos, a la multitud. Mientras esperábamos, les dije que en pocos días se cumpliría el tiempo que se nos había requerido permanecer en Kirtland para ser investidos, y entonces los élderes saldrían y cada cual habría de sostenerse a sí mismo, porque no era necesario que fueran enviados de dos en dos, como anteriormente, sino que fueran en toda mansedumbre y predicaran a Cristo, y a El crucificado; y no contendieran con otros por causa de su fe o sistema religioso, sino que siguieran un curso firme. Esto lo daba por vía de mandamiento, y aquellos que no lo observaran atraerían la persecución sobre sus cabezas, en tanto que aquellos que sí lo hicieran siempre estarían llenos del Espíritu Santo. Lo di como profecía, y lo sellé con un hosanna y amén. Añadí que los Setentas no son llamados a servir a las mesas, o presidir sobre las ramas de la Iglesia para resolver dificultades,, sino a predicar el evangelio y edificar la Iglesia, y llamar a otros que no pertenecen a este quórum y que sean sumos sacerdotes, que presidan sobre ellos. Los Doce tampoco son llamados a servir a las mesas, sino a poseer las llaves del evangelio del reino ante todas las naciones, y abrirles la puerta del evangelio y llamar a los Setentas para que los asistan. Los Doce tienen la libertad de ir a donde lo deseen, y si uno de ellos dice que desea ir a tal lugar, digan todos los demás: “Amén”.

Los Setentas están en libertad de ir a Sión si lo desean, o a cualquier otra parte, y predicar el evangelio. Y sea nuestro objetivo la redención de Sión, y esforcémonos en lograrlo, enviando allá toda la fuerza de la Casa del Señor, donde pueda encontrarse. Y quiero hacer el siguiente convenio: que si alguno de nuestros hermanos es muerto o arrojado de sus tierras en Misuri, por el populacho, no descansaremos hasta que nos hayamos vengado por completo de nuestros enemigos. Este convenio fue sellado unánimemente, con un hosanna y un amén.

Dije entonces a los quórumes que ahora había completado la organización de la Iglesia, y habíamos efectuado todas las ceremonias necesarias; que les había dado todas las instrucciones que necesitaban, y que quedaban en libertad, después de obtener su licencia y llamamiento, para salir y edificar el reino de Dios; y que convenía que yo y el resto de la Presidencia nos retiráramos, pues habíamos pasado la noche anterior atendiendo al Señor en su templo, y teníamos que asistir a otra dedicación por la mañana, o concluir la que empezamos el domingo pasado, para beneficio de mis hermanos y hermanas que no habían podido entrar a la Casa la primera vez; pero que sería bueno que los hermanos permanecieran toda la noche, y adoraran delante del Señor en su Casa.

Dejé la reunión a cargo de los Doce, y me retiré como a las nueve de la noche. Los hermanos continuaron exhortando, profetizando y hablando en lenguas hasta las cinco de la mañana. El Salvador se apareció a algunos, y los ángeles ministraron a otros; y ciertamente fue un Pentecostés y una investidura que se recordará por largo tiempo, porque el pregón saldrá de este lugar a todo el mundo, y los acontecimientos de este día pasarán a las páginas de la historia sagrada, para todas las generaciones venideras. Tal como el día de Pentecostés será este día tenido en cuenta, y celebrado como año de jubileo y tiempo de regocijo para todos los santos del Más Alto Dios.

Jueves 31 de marzo.— Como se había apartado este día para efectuar nuevamente la ceremonia de la dedicación para beneficio de quienes no pudieron entrar a la Casa el domingo pasado, acudí al templo a las ocho de la mañana, acompañado de la Presidencia, y colocamos los guardas en las puertas y acomodadores, como en la ocasión anterior. Abrimos las puertas, y entró una numerosa congregación, quedando todos cómodamente sentados. Las autoridades de la Iglesia estaban sentadas en sus respectivos lugares, y el servicio se inició, transcurrió y terminó del mismo modo que la dedicación previa. El Espíritu de Dios reposó sobre la congregación, y prevaleció gran solemnidad.

Domingo 3 de abril.— Asistí a ja reunión en la Casa del Señor, y ayudé a los otros Presidentes de la Iglesia a acomodar a la congregación, y luego me dediqué a escuchar con atención lo que se decía desde el púlpito. Por la mañana, Tomás B. Marsh y David Patten discursaron ante una reverente concurrencia de casi mil personas. En la tarde ayudé a los otros Presidentes en la repartición de la Santa Cena a la Iglesia, recibéndola de los Doce, a quienes tocó el privilegio de officiar en la mesa sagrada el día de hoy. Después de haber efectuado este servicio a mis hermanos, me retiré al púlpito, estando tendidos los velos, y me incliné con Oliverio Cowdery en solemne y silenciosa oración. Después de levantarnos de la oración, se desplegó ante los dos la siguiente visión: Véase Doctrina y Convenios, Sección 110.

Lunes 4 de abril.— Los élderes empezaron a salir a todas partes predicando la palabra.

Sábado 9 de abril.— Yo y los principales dirigentes de la Iglesia acompañamos hasta Chardon a los sabios de Sión, es decir, el Obispo Partridge y sus consejeros (Isaac Morley y Juan Corril) y el Presidente G. W. Phelps, en su camino de regreso a casa. Luego de pasar la noche con ellos, los bendijimos y regresamos a Kirtland.

16 de mayo. — El Presidente Oliverio Cowdery presentó ante el Sumo Consejo cargos de conducta anticristiana contra Wilkins J. Salisbury, y el Consejo se reunió en la Casa del Señor, donde se comprobó que había actuado de tal forma que había causado persecución sobre mí; que había descuidado a su familia, dejándola sin leña, sin provisiones, y sin decirles a dónde iba o cuándo volvería; que había tomado bebidas alcohólicas e intimado con otras mujeres.

El Elder Salisbury confesó su tendencia a contar historias y haber tomado bebidas embriagantes, pero negó los otros cargos. El Consejo decidió que ya no podría ser un élder o miembro de la Iglesia hasta que efectuara una reforma completa en su vida.

También se formularon cargos de conducta anticristiana contra las hermanas Hannah Brown y L. Elliot. Ellas se confesaron culpables de contar mentiras.

El Consejo las reprendió, pero les permitió conservar su posición como miembros de la Iglesia.

17 de mayo.— Junto con mi hermano Hyrum, fui a Fairport en un carruaje para traer a casa a mi abuela, Mary Smith, de noventa y tres años de edad. No se había bautizado por la oposición de su hijo mayor, Isaí Smith, quien siempre ha sido enemigo de la obra. Ella viajó ochocientos kilómetros para ver a sus hijos y conocer a todos los que de nosotros nunca había visto.

Se complació mucho cuando le presentaron a sus bisnietos, y demostró mucho gusto y satisfacción al verme.

Mi abuelo, Asael Smith, predijo hace mucho tiempo que de su familia saldría un profeta, y mi abuela estaba plenamente convencida de que eso se cumplió en mí. Mi abuelo Asael murió en Estocolmo Oriental, Condado de San Lorenzo, Nueva York, después de haber recibido el Libro de Mormón y haberlo leído casi todo; y declaró que yo era el profeta que mucho tiempo antes supo que habría en su familia.

El día dieciocho llegaron del este mi tío Silas Smith y su familia. Por primera vez en muchos años estaban juntos mi padre, sus hermanos y su madre. Fue un día feliz, pues habíamos orado mucho para poder ver en la Iglesia a nuestra abuela y tíos.

El veintisiete de mayo, mi abuela, luego de una breve visita a sus hijos, que disfrutó bastante, durmió sin enfermedad, quejas o dolores. Exhaló el último aliento al atardecer, y fue enterrada cerca del templo, después de un discurso fúnebre dado por Sidney Rigdon. Ella había sepultado a una hija (Sara), los hijos (Esteban y Samuel), y a su esposo, quien murió el treinta de octubre de 1830; y le sobreviven cinco hijos y tres hijas.

El treinta y uno de diciembre, al ponerse el sol, fue bautizado en Kirtland el Dr. Willard Richards a manos del Presidente Brigham Young, en presencia de Heber C. Kimball y otros más que habían pasado la tarde rompiendo el hielo en preparación para el bautismo.

KIRTLAND

1837

MISIÓN A INGLATERRA

Junio 11.— En este estado de cosas, y faltando unas cuantas semanas para que los Doce se reúnan como quórum completo (algunos de ellos han estado ausentes por mucho tiempo), Dios me reveló que debe hacerse algo nuevo para la salvación de su Iglesia. Y el primero de junio de 1837, o un poco antes, Heber C. Kimball, uno de los Doce, fue apartado por el espíritu de profecía y revelación, mediante oración e imposición de manos de la Primera Presidencia, para presidir sobre una misión en Inglaterra, siendo la primera misión extranjera de la Iglesia de Cristo en los últimos días. Mientras lo estábamos apartando, llegó Orson Hyde, otro miembro de los Doce, y al escuchar, se ablandó su corazón (pues ya había empezado a beber de la copa de la especulación), reconoció sus faltas, pidió perdón, y ofreció acompañar al Presidente Kimball en su misión a Inglaterra. Su ofrecimiento fue aceptado, y él fue apartado para tal propósito.

Por la tarde [once de junio], mientras me ocupaba en dar instrucciones especiales a los Elders Kimball y Hyde, y al Presbítero José Fielding, sobre su misión a Inglaterra, entró a mi casa, donde nos hallábamos sentados, el Presidente Brigham Young, acompañado del Dr. Willard Richards, el cual acababa de llegar de una misión especial en Nueva York, Boston y otras ciudades del este, a donde había partido junto con el Presidente Young el catorce de marzo (el Dr. Richards había sido ordenado élder el seis de marzo, y el Presidente Young había regresado de la misión unos días antes). Mis instrucciones a los hermanos fueron que cuando llegaran a Inglaterra se apegaran estrechamente a los primeros principios del evangelio, y callaran en cuanto al recogimiento, la visión, y el libro de Doctrina y Convenios, hasta que la obra estuviera plenamente establecida y el Espíritu manifestara claramente que se hiciera otra cosa.

Lunes 12 de junio.— Estuve enfermo y permanecí en mi cuarto, sin poder atender ningún asunto.

Miércoles 14 de junio.— Seguí cada vez peor hasta que mi sufrimiento fue insoportable, y a pesar de que en medio de todo eso me regocijaba en la salvación del Dios de Israel, creí conveniente pedir en mi ayuda los medios que la Divina Providencia ha proveído para el restablecimiento de los enfermos, por medio de las ordenanzas. El Dr. Leví Richards, a solicitud mía, me administró yerbas y alimento sencillo, y me atendió con toda ternura y cuidado; y mi Padre Celestial bendijo esas acciones para el alivio y bienestar de mi organismo, pues en poco tiempo empecé a mejorar, y luego de unos cuantos días pude reanudar mis labores cotidianas.

Esta fue una de las muchas ocasiones en que estando con salud, repentinamente llegué a la orilla de la tumba, y fui sanado también repentinamente. Por lo cual mi corazón rebosa de gratitud hacia mi Padre Celestial, y siento deseos renovados de dedicarme a su servicio con todas mis fuerzas.

Mientras me hallaba afligido por la enfermedad, los enemigos de toda rectitud estaban publicando; los apóstatas, diciendo; y los de dudoso corazón, creyendo, que mis sufrimientos eran porque había caído en transgresión, y que había enseñado a la Iglesia cosas contrarias a la rectitud. Mas el Señor juzgará entre mí y ellos; y oro a mi Padre Celestial que les perdone el mal que cometen.

Poco antes había renunciado a mi posición en la Sociedad Bancaria de Kirtland, había liquidado mis intereses, y me había retirado de ella completamente consciente, luego de tan extenso experimento, que a ninguna institución de esa clase, establecida sobre principios justos y rectos para la bendición no sólo de la Iglesia, sino de la nación entera, se le permitiría continuar sus operaciones en esta era de obscuridad, especulación y maldad. Casi todos los bancos del país, uno tras otro, han suspendido sus operaciones; y el oro y la plata han subido su valor en proporción directa a la depreciación del papel moneda. Se siente la fuerte presión del mercado de dinero en Inglaterra, y también en América, y los comestibles están caros. Esta temporada del año ha sido fresca, húmeda y atrasada.

México no quiere reconocer la independencia de Texas, y considera rebeldes a sus habitantes. España está dividida contra sí misma, desperdiciando en su destrucción el capital y la sangre de su pueblo. Portugal agota rápidamente sus recursos en lujos cortesanos. Polonia ha perdido su prestigio entre las naciones, para satisfacer las ambiciones de Nicolás, el autócrata ruso. El Gobierno de Buenos Aires ha

declarado la guerra contra Perú, y casi todas las repúblicas sudamericanas están involucradas en la contienda, mientras los indios siguen la destrucción y rapiña entre los habitantes de Ronda. Los conflictos y desolaciones son el tema de conversación entre los políticos, comerciantes, mecánicos y demagogos; y los crímenes, delitos y sus víctimas acaparan la atención de los diarios.

MISURI
1838
ADÁN-ONDI-AHMÁN

Enero de 1838.— Comenzaba un nuevo año para la Iglesia de Kirtland, con todo el encono del populacho apóstata; y siguió aumentando su furor cada vez más, hasta que el Elder Rigdon y yo nos vimos obligados a alejarnos de su alcance mortal, tal como los apóstoles y profetas de la antigüedad, y como lo dijo Jesús: "...cuando os persigan en una ciudad, pasad a otra...". La noche del doce de enero, como a las diez, salimos de Kirtland a caballo, escapando de la violencia del populacho que estaba a punto de desencadenarse bajo el disfraz de procesos legales, para así disimular los propósitos diabólicos de nuestros enemigos y con ello evitar el juicio de la ley.

Viajamos toda la noche, y a las ocho de la mañana del día trece llegamos a donde estaban los hermanos del poblado de Norton, Condado de Medina, Ohio, a noventa y cinco kilómetros de Kirtland. Nos quedamos allí treinta y seis horas, hasta que llegaron nuestras familias; y el día dieciséis seguimos el viaje junto con nuestras familias en carros cubiertos, rumbo a la ciudad de Far West, Misuri. Pasamos por Dayton y Eaton, Ohio, y Dublín, Indiana; en este último lugar permanecemos nueve días para descansar.

Alrededor del dieciséis de enero de 1838, estando necesitado de dinero para proseguir el viaje, le dije al hermano Brigham Young: "Usted es uno de los Doce que están a cargo del reino en todo el mundo; creo que me pondré a su cargo y pediré su consejo en este caso". El hermano Brigham Young pensó que no hablaba en serio, pero le aseguré que sí, y entonces me dijo: "Si quiere mi consejo, pienso que debe descansar un poco; y tenga la seguridad de que tendrá el dinero suficiente para continuar su viaje".

En el lugar vivía un hermano que por algún tiempo había intentado vender su granja, pero no había podido; sobre este asunto pidió el consejo del hermano Brigham Young; el hermano Young le dijo que si hacía lo justo y obedecía su consejo, tendría la oportunidad de venderla. Como tres días después, el hermano Tomlinson vino a ver al hermano Brigham, y le dijo que le habían hecho una oferta de compra. El hermano Brigham le dijo que eso era una manifestación de la mano del Señor, para socorrer al hermano José Smith en sus necesidades presentes. Pronto se cumplió la promesa del hermano Brigham, y recibí trescientos dólares del hermano Tomlinson, lo cual me permitió continuar el viaje.

Hacía un frío extremoso. A veces nos veíamos en la necesidad de ocultarnos en nuestros carros, para escaparnos de nuestros perseguidores, que vinieron siguiéndonos desde Kirtland por más de trescientos kilómetros, armados de rifles y pistolas, con la intención de matarnos. A menudo se cruzaron en nuestro camino; en dos ocasiones estuvieron en las casas a donde llegamos; una vez pasamos toda la noche en la misma casa que ellos, separándonos sólo un tabique, y oímos sus juramentos e Imprecaciones y lo que nos harían si podían atraparnos; y en el transcurso de la noche entraron en nuestro cuarto para buscarnos, pero determinaron que nosotros no éramos quienes ellos buscaban. Otras veces nos los topamos en las calles y los miramos fijamente, y ellos a nosotros, pero no nos reconocieron. Uno de ellos era un hombre de apellido Lyons.

En Dublín nos separamos el hermano Rigdon y yo, y yendo por diferentes caminos nos encontramos en Terre Haute, donde luego de descansar nos separamos de nuevo. Continué mi viaje, cruzando el Río Misisipi en Quincy, Illinois.

Cuando ya estaba a ciento noventa kilómetros de Far West, salieron a encontrarme los hermanos con dinero y animales para poder proseguir; y a trece kilómetros de la ciudad nos encontró una comitiva integrada por Tomás B. Marsh y otros, recibiéndonos con los brazos abiertos. El trece de marzo me alojé con mi familia y algunos otros en la casa del hermano Barnard, para pasar la noche. fuimos recibidos por otra comitiva de hermanos, que vinieron a darnos la bienvenida a su pequeña Sión.

El catorce de marzo, estando a punto de entrar a Far West, muchos hermanos vinieron a reunirse con nosotros, dándonos una afectuosa bienvenida. De inmediato fuimos recibidos por la hospitalidad del hermano Jorge W. Harris, que nos prodigó toda su amabilidad, y pudimos descansar satisfactoriamente luego de un viaje largo y tedioso. Los hermanos nos traían muchas cosas para satisfacer nuestras necesidades.

Habíamos estado allí dos o tres días cuando llegó mi hermano Samuel con su familia.

El cuatro de abril llegó a Far West el Presidente Rigdon con su familia, tras un viaje tedioso y el sufrimiento que la familia tuvo que sobrellevar.

27 de abril. — Pasé el día de hoy ocupado principalmente en escribir una historia de la Iglesia desde sus orígenes hasta la fecha.

Sábado 5 de mayo. — La Presidencia escribió algo para el Elder's Journal. De Canadá recibí, mediante el hermano Bailey, la información de que en unas dos semanas estarían aquí doscientos carros y sus familias; también escuché un discurso político dado por el General Wilson, candidato federal al Congreso.

Domingo 6 de mayo. — Prediqué a los santos, exponiendo los males que existen y que existirán a causa de las decisiones o juicios precipitados, hechos por cualquier persona sobre cualquier asunto; o el hecho de juzgar sin antes haber oído a ambas partes. También los previne en contra de quienes vienen entre ellos refunfuñando y quejándose por su dinero, por haber ayudado a los santos y compartido las cargas de otros, pensando que los otros, que han tenido que llevar cargas más pesadas y son más pobres que ellos, deben compensar sus pérdidas monetarias. Advertí a los santos que se cuidaran de ellos, porque van soltando indirectas aquí y allá, atacando a la Iglesia, y de ser posible, perjudicar la reputación de su Presidencia. Di también algunas instrucciones sobre los misterios del reino de Dios, como la historia de los planetas, los escritos de Abraham sobre los sistemas planetarios, etc.

Por la tarde hablé de nuevo sobre diferentes temas: el principio de la sabiduría y la Palabra de Sabiduría.

Sábado 12 de mayo.— El Presidente Rigdon y yo nos reunimos con el Sumo Consejo, para presentar a su consideración asuntos relativos a nuestra situación económica.

Aclaremos al Consejo nuestra situación en cuanto al sostenimiento de nuestras familias y la relación que guardamos en la Iglesia; cómo hemos pasado ocho años aportando nuestro tiempo, talentos y posesiones al servicio de la Iglesia; y habiendo llegado, como quien dice, a la mendicidad, y estando todavía ocupados en los asuntos y servicio a la Iglesia, parece necesario hacer algo para que se sostengan nuestras familias por medio de la Iglesia, o de otra manera, por medio de nuestro trabajo personal. Y si la Iglesia nos dice; “Ayúdense a sí mismos”, daremos las gracias e inmediatamente empezaremos a hacerlo. Pero si la Iglesia dice: “Sírvanos”, debe planearse algo para nuestro sostén.

El Consejo investigó el asunto y dio instrucciones de que el Obispo ceda a los Presidentes José Smith, hijo, y Sidney Rigdon, un terreno de cuatro hectáreas a cada uno, de la propiedad de la Iglesia que está adyacente a la ciudad. También nombró un comité formado por tres miembros del Consejo, a saber, Jorge W. Harris, Elías Highbee y Simeón Carter, para consultar con la Presidencia y compensarles por sus servicios prestados el presente año; no por predicar, o recibir la palabra de Dios por revelación, ni por enseñar a los santos en justicia, sino por los servicios prestados en la impresión de literatura, en la traducción de los anales antiguos, etc. Dicho comité estuvo de acuerdo en que los Presidentes Smith y Rigdon reciban \$1,100 cada uno, como justa remuneración por los servicios prestados este año.

Domingo 13 de mayo.— El Elder Reynolds Cahoon predicó por la mañana. Por la tarde el Presidente Rigdon dio un discurso fúnebre por el fallecimiento de Swain Williams, hijo de Federico G. Williams.

Lunes 14 de mayo. — Lo pasé arando mi huerto, mientras el Elder Rigdon preparaba y corregía un artículo para la prensa.

Viernes 18 de mayo.— Salí de Far West acompañado de Sidney Rigdon, Tomás B. Marsh, David W. Patten, el Obispo Partridge, Elías Highbee, Simeón Carter, Alanson Ripley y muchos otros, con el objeto de visitar la región del norte y observar la zona para una estaca de Sión, eligiendo lugares y estableciendo reclamos legales de terrenos para facilitar el recogimiento de los santos, para el beneficio de los pobres, para apoyar a la Iglesia de Dios. Viajamos hasta la desembocadura del Arroyo Honey, que es tributario del Río Grand, y allí acampamos esa noche. Pasamos por un campo hermoso, pradera en su mayor parte, tupido de pasto y yerba, en el que hay abundancia de animales de caza: venados, pavos y codorniz. Encontramos un gran lobo negro, y mi perro lo persiguió, pero el lobo fue más veloz. No hay nada qué

temer acampando aquí, excepto la víbora de cascabel, que es nativa del lugar aunque no muy numerosa. Soltamos a los caballos para que pastaran en la pradera.

Sábado 19 de mayo.— Esta mañana desmontamos nuestras tiendas y nos colocamos en formación de marcha; cruzamos el Río Grand en la desembocadura del Arroyo Honey, en la Balsadera de Nelson. El Río Grand es amplio, hermoso, y sus aguas son rápidas y profundas durante la primavera, e indudablemente lo pueden navegar los vapores y otras embarcaciones. En la desembocadura del Arroyo Honey hay un buen sitio para desembarcar. Seguimos nuestro curso río arriba, la mayor parte del tiempo por el bosque, como por treinta kilómetros, y llegamos a la casa del Coronel Lyman Wight. El vive al pie de la Colina de la Torre (así llamé a ese lugar, por los restos de un antiguo altar o torre nefita que hay allí), donde acampamos para pasar el domingo.

Por la tarde avancé río arriba como a un kilómetro de la Balsadera de Wight, acompañado del Presidente Rigdon y mi secretario, Jorge W. Robinson, para seleccionar el sitio para una ciudad cerca de la balsadera mencionada, en el Condado de Daviess, que los hermanos llamaron “Spring Hill”, pero por boca del Señor fue llamado “Adán-on-di-Ahmán”, porque es el lugar, dijo El, al cual vendrá Adán a visitar a su pueblo, o donde se sentará el Anciano de Días, como lo declaró Daniel el profeta.

Martes 22 de mayo.— El Presidente Rigdon se dirigió al este con un grupo, y escogió los mejores lugares del Condado, dando al regresar un buen reporte de la región, con la información de lugares muy convenientes que se podrían asegurar. Yo seguí al grupo por un rato, y regresé al campamento en la Arboleda de Robinson, y de allí hacia el oeste, a cazar algunos animales para satisfacer nuestras necesidades. Descubrimos unas ruinas como a kilómetro y medio del campamento, que consistían en túmulos de piedra, aparentemente erigidos en montículos cuadrados, aunque deteriorados por la acción de los elementos durante tantos años. Estos túmulos probablemente fueron erigidos por los aborígenes del lugar para esconder tesoros. Regresamos sin haber cazado nada.

Miércoles 23 de mayo.— Viajamos hacia el este, localizando tierras para hacer un reclamo legal sobre el Arroyo Grove y cerca de Adán-on-di-Ahmán. Al anochecer acompañé al Elder Rigdon a la casa del Coronel Wight, y el resto de la compañía regresó a sus tiendas.

Jueves 24 de mayo — Esta mañana regresó la compañía al Arroyo Grove, para terminar el estudio de la tierra, junto con el Presidente Rigdon y el Coronel Wight, y yo volví a Far West.

16 de junio.— Llegaron a Far West mi tío Juan Smith y su familia, todos con buen ánimo y salud. Les aconsejé establecerse en Adán-on-di-Ahmán.

4 de julio.— El día transcurrió con la conmemoración de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América, y los santos hicieron una “Declaración de Independencia” de todos los populachos y persecuciones que los han afligido de cuando en cuando, hasta no poder sufrirlo por más tiempo, después de haber sido echados de sus hogares por chusmas despiadadas y enemigos de la verdad, confiscándoseles sus propiedades, en peligro de muerte por esa agresión salvaje. Se colocaron las piedras angulares para las Casas del Señor, de conformidad con los mandamientos que el Señor nos dio el veintiséis de abril de 1838.

José Smith, hijo, fungió como presidente; Hyrum Smith, Vicepresidente; Sidney Rigdon, orador; Reynolds Cahoon, fiscal mayor; Jorge M Hinckley J. Hunt, sus asistentes; y Jorge W. Robinson, secretario.

El orden del día fue espléndido. El desfile empezó a formarse a las diez de la mañana, en el siguiente orden: primero, la infantería ; después, los patriarcas de la Iglesia; el Presidente, el Vicepresidente y el orador; los Doce Apóstoles, los Presidentes de las Estacas y el Sumo Consejo; el Obispo y sus Consejeros, los arquitectos, las damas y los caballeros. La caballería formaba la retaguardia de la larga procesión, que marchaba al son de la música, y formaron un círculo alrededor de la excavación con las damas al frente. Entonces los Presidentes de Estaca, ayudados por doce hombres, colocaron la piedra angular sureste para la Casa del Señor en Far West, Misuri. La piedra suroeste fue colocada por los Presidentes de los Elderes, ayudados por doce hombres. La piedra noroeste, por el Obispo, ayudado por doce hombres. La piedra noreste, por el Presidente de los maestros, ayudado por doce hombres. El edificio será de treinta y tres metros de largo y veinticuatro de ancho.

La dedicación fue pronunciada por el Presidente Rigdon, al término de lo cual hubo un grito de hosanna, y Salomón Hancock cantó una canción compuesta especialmente para la ocasión por Leví W. Hancock. Durante todo el día reinó el más perfecto orden.

6 de julio.— En Far West se leyeron en congregación pública las tres revelaciones que recibí el doce de enero de 1838, día que salí de Kirtland. El mismo día pedí al Señor: “¡Oh, Señor!, indica a tu siervo cuánto requieres de las propiedades de tu pueblo como diezmo”. Y recibí la siguiente respuesta, la cual también se leyó en público: Véase Doctrina y Convenios, Sección 119.

También recibí lo siguiente: Véase Doctrina y Convenios, Sección 120.

Lunes 6 de agosto.— Como dos semanas antes de esto, el Juez Morin, que vivía en Mill Port, les informó a Juan D. Lee y Leví Stewart que el populacho había determinado evitar que los mormones votaran en las elecciones de seis de agosto, para poder elegir al Coronel Guillermo P. Peniston, que dirigía al populacho del Condado de Clay. También les aconsejó que se prepararan para un ataque, resistir y defender sus derechos.

Los hermanos, con mejores esperanzas, hicieron poco caso del amable consejo del Juez Morin y acudieron desarmados a las urnas de votación en Gallatin, capital del Condado de Daviess.

Alrededor de la once de la mañana, Guillermo P. Peniston trepó en un barril y arengó a los electores con el propósito de provocarlos contra los mormones, diciendo: “Los dirigentes mormones son un puñado de cuatrerros, mentirosos, , y pretenden sanar a los enfermos y echar fuera demonios, y como todos saben, eso es mentira”. Y añadió que los miembros de la Iglesia eran engañados, y lo suficientemente pícaros para jurar en falso en cualquier oportunidad; que acostumbraban robar, y nada estaba seguro si ellos andaban cerca; que él se oponía a que se establecieran en el Condado de Daviess; y que si toleraban que los mormones votaran, acabarían por perder sus derechos; y dijo, dirigiéndose a los santos: “Yo dirigí al populacho para echarlos del Condado de Clay, y no me molestaría que los echaran de aquí”.

Richard Welding, el pendenciero del grupo, que andaba borracho como para la ocasión, empezó una discusión con el hermano Samuel Brown, diciendo: “A los mormones les prohibieron votar en el Condado de Clay, igual que a los negros”, y trató de golpear a Brown, quien retrocedió un poco, eludiendo el golpe con su paraguas, mientras Welding seguía molestándolo, llamándolo mentiroso, etc., a la vez intentando darle otro golpe. Perry Durphy trató de resolver la dificultad sujetándole el brazo a Welding, y entonces cinco o seis atacantes inmovilizaron a Durphy, y comenzaron a golpearlo con tablas y garrotes, gritando: “¡Mátenlo, mátenlo!” Y la riña se generalizó con garrotes y tablas, con los del populacho superando a los hermanos diez a uno.

Abraham Nelson fue derribado con su ropa hecha pedazos, y cuando trataba de levantarse fue atacado de nuevo, pero su hermano, Hyrum Nelson, corrió y derribó a los delincuentes con el mango de su látigo. Riley Stewart le dio a Welding en la cabeza, lo que lo mandó al suelo. El populacho gritó: “¡Dick Welding está muerto! ¿Quién lo mató?” Y dieron contra Riley, tirándolo al suelo, pateándolo y gritando: “¡Mátenlo, mátenlo!” Y lo hubieran matado de no ser porque Juan L. Butler saltó contra ellos, tirándolos al suelo. La pelea duró unos cinco minutos, hasta que los del populacho se dispersaron para ir a buscar sus armas.

Muy pocos de los hermanos votaron. Riley escapó al otro lado del río, donde le vendaron las heridas, y regresó a casa.

Juan Butler juntó a los hermanos y les dijo: “Somos ciudadanos de este país; nuestros padres lucharon por la libertad y preservaremos esos principios”. Por último, llegaron las autoridades del Condado y pidieron a los hermanos que se retiraran, declarando que ya estaba decidido que los mormones no votaran.

Los hermanos se reunieron como a medio kilómetro afuera del pueblo, y vieron venir enemigos en pequeñas bandas de cinco a diez y hasta veinticinco individuos, maldiciendo y armados de garrotes, pistolas puñales y algunos rifles. Los hermanos estaban desarmados y pensaron que era mejor volver a sus granjas, recoger a sus familias y esconderlas en un bosquecillo y así lo hicieron, montando guardia toda la noche, mientras las mujeres y los niños yacían en el suelo bajo la lluvia.

Martes 7 de agosto.— Esta mañana llegó un informe de Far West, por medio de algunos que no pertenecen a la Iglesia, señalando que ayer en las elecciones de Gallatin fueron muertos dos o tres de los

hermanos, y que quedaron en el suelo y no permitieron que los enterraran; que a los hermanos se les impidió votar, y la mayoría de los habitantes del Condado de Daviess estaban determinados a echar a los santos del Condado.

Al oír esto salí para Gallatin para llevar ayuda a los hermanos, acompañado del Presidente Rigdon, mi hermano Hyrum y otros quince o veinte que iban armados para poder defenderse. El mando de la compañía se le dio a Jorge W. Robinson.

En el camino se nos unieron hermanos de otras partes del Condado, algunos de los cuales habían sido atacados por el populacho; pero todos llegamos esa noche sin novedad a casa del Coronel Wight, donde encontramos a unos hermanos que habían sido atacados en Gallatin, y otros, que esperaban nuestro consejo. Allí recibimos la alegre noticia de que ninguno de los hermanos había muerto, aunque varios estaban seriamente heridos.

Según la información que pudimos obtener, casi ciento cincuenta individuos pelearon en contra de entre seis y doce de nuestros hermanos, que se defendieron como dragones. Varios de los atacantes resultaron con el cráneo fracturado. Bendita sea la memoria de esos pocos hermanos, que contendieron tan encarnizadamente por sus derechos constitucionales y su libertad religiosa contra esa aplastante multitud de forajidos.

Miércoles 8 de agosto.— Tras haber pasado la noche en consejo en la casa del Coronel Wight, salí a caballo con algunos de los hermanos para ver el estado de las cosas en la región, y entre otros, visité a Adán Black, Juez de Paz, y Juez electo para el Condado de Daviess, quien antes había vendido su granja al hermano Vinson Knight, y recibió parte del pago según el acuerdo, y después se unió a una banda del populacho para echar a los santos y evitar su establecimiento en el Condado. Al preguntarle, confesó lo que había hecho, y en consecuencia de esa violación de su juramento como magistrado le pedimos información para que pudiéramos saber si estaba a nuestro favor o en nuestra contra, si administrarla la ley de la justicia o no; y amablemente le solicitamos que firmara un convenio de paz, pero teniendo recelo, no quiso firmarlo, y añadió que él mismo escribiría uno a nuestra satisfacción, y lo firmaría.

Con la esperanza de que su decisión fuera firme y sostuviera la ley, lo dejamos en paz y regresamos a la casa del Coronel Wight en Adán-on-di-Ahmán.

En la noche vinieron a vernos algunos ciudadanos de Mill Port, y acordamos reunirnos con varios de los dirigentes del Condado al mediodía del día siguiente, en Adán-on-di-Ahmán.

Jueves 9 de agosto. — El comité se reunió al mediodía en Adán-on-di-Ahmán, según previa cita. De parte de los ciudadanos de Mill Port:

José Morin, Senador electo; Juan Williams, Representante electo; Jacobo B. Tumer, Secretario de la Corte de Circuito, y otros. De parte de los santos: Lyman Wight, Vinson Knight, José Smith, Reynolds Cahoon y otros. En esta reunión ambas partes entraron en un convenio de paz para preservar los derechos de unos y otros y defenderse unos a otros; que si alguno hacía mal, ninguna de las partes lo defendería o trataría de protegerlo de la justicia, sino entregaría al ofensor para ser juzgado según la ley y la justicia. En esos términos finalizó la reunión, y yo y mis amigos retornamos a Far West, llegando cerca de la medianoche.

Para entonces, algunos de los hermanos, para su seguridad, se habían mudado con sus familias, de la región de Gallatin a DiAhmán y Far West.

Sábado 11 de agosto. — Esta mañana salí de Far West con mi consejo y el Elder Almon W. Babbit, para visitar a los hermanos que habían venido de Canadá con el Elder Babbit y se establecieron en el cruce de los ríos en contra de mis consejos.

Domingo 12 de agosto.— Estuve con los hermanos en el cruce dando los consejos que su situación demandaba.

Lunes 13 de agosto.— Volví a Far West con mi consejo. Por quince o veinte kilómetros fuimos perseguidos por hombres que parecían tener malas intenciones, pero los perdimos de vista. Estando a doce kilómetros de casa, nos encontraron unos hermanos que vinieron a informarnos que el Juez King había expedido una orden de aprehensión contra mí y contra Lyman Wight, por intentar defender nuestros derechos contra el populacho.

Martes y miércoles 14 y 15 de agosto.— Lo pasé en casa principalmente, ocupado en asuntos domésticos.

Jueves 16 de agosto. — Lo pasé en casa principalmente.

El sheriff del Condado de Daviess, acompañado del Juez Morin, vino a notificarme que traía una orden judicial para llevarme al Condado de Daviess, para ser enjuiciado por haber visitado ese condado.

Se había rumorado que yo no me dejaría ser aprendido legalmente y que no me sometería a las leyes del país. Mas le dije al sheriff que yo siempre procuraba someterme a las leyes del país, pero deseaba ser juzgado en mi propio Condado, porque los ciudadanos del Condado de Daviess estaban irritados contra mí, y que las leyes del país me otorgaban ese privilegio. Al oír eso, el sheriff rehusó extenderme la orden, y dijo que iría a Richmond para hablar sobre el asunto con el Juez King. Le contesté que me quedaría en casa hasta que él volviera.

El sheriff volvió de Richmond y me encontró en casa (donde estuve todo el tiempo durante su ausencia), y muy seriamente me informó que yo vivía fuera de su jurisdicción, y que él no podía actuar en el Condado de Caldwell, y se retiró.

20 de agosto. — En Far West no ha sucedido nada especial desde el día dieciséis hasta hoy, cuando los habitantes del Condado se reunieron para organizarse en compañías agrícolas. Estuve presente y tomé parte en sus deliberaciones. Se formó una compañía llamada Compañía Agrícola del Oeste, que votó para abarcar un campo para granos, de doce secciones y siete mil seiscientos ochenta acres de terreno. Y se organizó otra, llamada Compañía Agrícola del Este, sin decidirse todavía la extensión de su campo.

Martes 21 de agosto.— Se formó otra compañía, llamada Compañía Agrícola del Sur, con un campo de la misma extensión que el primero mencionado.

Miércoles 22 de agosto.— Pasé parte del día conferenciando con varios de los hermanos sobre diversos temas.

Los hermanos siguen congregándose en Sión cada día.

En el transcurso del mes el populacho les advirtió a los santos que salgan del pueblo de De Witt, Condado de Carroll.

Jueves 30 de agosto.— Hoy pasé un tiempo considerable conversando con el hermano Juan Corril, a consecuencia de algunos comentarios que él hizo en presencia de varios hermanos que no han estado aquí por mucho tiempo. La conducta del hermano Corril ha sido impropia por algún tiempo, sobre todo en un hombre en quien se ha depositado tanta confianza. Dijo que no se sujetaría a cualquier cosa que propusiera la Iglesia, o cualquier individuo de la Iglesia, o aun el gran YO SOY, dada por los medios señalados como revelación; sino que siempre actuaría en base a su propio criterio, cualquiera que fuese la religión en la que creyera. Dijo que siempre diría lo que deseara decir, porque era un republicano y como tal diría, actuaría y creería lo que quisiera.

¡Interesante ver ese tipo de actitud! Un hombre que opone su propio juicio al de Dios, y al mismo tiempo profesa creer en el mismo Dios, quien ha dicho: “Lo necio de Dios es más sabio que el hombre; y la debilidad de Dios es más fuerte que el hombre”.

El Presidente Rigdon también le hizo algunos comentarios al hermano Corril, los cuales él reconoció que eran correctos, y que después de la entrevista veía las cosas de un modo diferente.

Sábado 1° de septiembre.— Hay gran agitación entre los habitantes de esta región, que están buscando un motivo contra nosotros, si fuera posible. Andan de continuo provocándonos a la ira, de ser posible, amenaza tras amenaza. Pero no les tememos porque el Señor Dios, el Padre Eterno, es nuestro Dios; y Jesús el Mediador es nuestro Salvador; y el gran YO SOY es nuestra fortaleza y confianza.

Hemos sido echados una vez tras otra, sin motivo alguno; nos han golpeado vez tras vez, sin ninguna provocación; hasta que hemos probado al mundo con bondad, y el mundo ha comprobado que no tenemos malas intenciones contra nadie, que no hacemos daño a nadie, que somos pacíficos con todos, que nos ocupamos solamente de lo nuestro. Nuestros derechos y libertades han sido violados, y no nos hemos vengado; hemos apelado a magistrados, jueces, gobiernos y al Presidente de los Estados Unidos, y todo ha sido en vano. No nos hemos quejado al gran Dios; no hemos murmurado; en paz hemos abandonado

nuestras tierras y propiedades y nos hemos retirado a las anchas e indómitas praderas, las áridas y desoladas llanuras, para comenzar de nuevo; hicimos que los lugares desolados florecieran como la rosa. Y ahora, esta gente mala no quiere darnos descanso. Su padre, el diablo, los llama a trabajar para él; y ellos, como hijos obedientes y complacientes, no necesitan un segundo llamado. Mas en el nombre de Jesucristo, el Hijo del Dios viviente, no lo soportaremos más si el gran Dios nos arma de valor, fuerza y poder para defendernos de la persecución. No actuaremos a la ofensiva; siempre a la defensiva. No aguantaremos pacíficamente, como lo hemos hecho hasta aquí, que nuestros derechos y libertades sean pisoteados, sino que nos protegeremos de nuestros enemigos, puesto que no quieren dejarnos en paz.

Pero volviendo a nuestro tema: encontramos el lugar para la ciudad, y se instruyó a los hermanos que se congreguen de inmediato allí, y pronto serán organizados según las leyes de Dios. En adelante se dará una historia más detallada de esta ciudad, quizá al momento de su organización y dedicación. Encontramos un nuevo camino a casa que nos ahorra, yo diría, cinco o seis kilómetros. Llegamos a Far West al anochecer.

Los sumos sacerdotes se reunieron en la casa del hermano Pea, en Far West, y recibieron en el quórum a Leví Richards.

Lunes 3 de septiembre.— Hoy no ocurrió nada de importancia. Están llegando reportes sobre el populacho del Condado de Daviess, que ha ido aumentando desde el día de las elecciones del seis de agosto pasado. Estuve en casa la mayor parte del día.

Esta noche llegó a Far West el General Atchison.

Martes 4 de septiembre.— Pasé el día de hoy en consejo con el General Atchison. Dice que hará todo lo que esté en su poder para deshacer el populacho. Lo contratamos a él y a su socio Alexander Doniphan como nuestros abogados. A ellos se les considera los mejores abogados en la región.

El Presidente Rigdon y yo comenzamos hoy el estudio de leyes bajo la instrucción de los Generales Atchison y Doniphan. Ellos piensan que si somos diligentes, podemos ser admitidos al cuerpo de abogados dentro de doce meses.

Como resultado de nuestra consulta con nuestros abogados, el Coronel Wight y yo accedimos a ser enjuiciados por el Juez King en el Condado de Daviess. El Coronel Wight estaba presente, pues se le había notificado que asistiera a la consulta. Por lo consiguiente, se fijó el juicio para el jueves siguiente, y se mandó avisar al Juez King (que antes había convenido en juzgar el caso). Todos nos reuniremos en la casa del hermano Littlefield, cerca de la línea divisoria del sur del Condado de Daviess. Estuve la noche en casa después de las seis.

Miércoles 5 de septiembre.— El Juez King llegó a Far West, camino a Daviess para el juicio. El General Atchison se había ido antes que llegara el Juez, quien permaneció aquí toda la noche. Estuve en casa después de las seis de la tarde.

Jueves 6 de septiembre.— A las siete y media de la mañana salí a caballo en compañía de varios hermanos, entre ellos mi hermano Hyrum y el Juez Elías Highbee, para asistir a mi juicio en la casa del hermano Littlefield. No creí prudente aparecer en público en la capital del Condado de Daviess, por razón de las tantas amenazas en mi contra y la agitación reinante. El juicio no pudo iniciarse por no estar presente el demandante y carecerse de testimonio, y el tribunal se aplazó para mañana a las diez de la mañana, en la casa de un Sr. Raglin, diez o doce kilómetros más al sur, a un kilómetro de la línea divisoria de Caldwell. Raglin es parte del populacho. Regresamos todos a Far West, llegando antes del obscurecer.

Viernes 7 de septiembre.— Al amanecer salí con mis amigos, y llegamos a la casa del Sr. Raglin a la hora señalada. No sabíamos si podría haber alboroto hoy entre los de la chusma; así que colocamos una compañía de hombres en la frontera del Condado, de modo que en caso necesario estuvieran con nosotros en un minuto.

Se inició el juicio. Guillermo P. Peniston, que era el demandante, tenía como único testigo a Adán Black, pero éste se soltó diciendo una multitud de cosas que jamás ocurrieron y me imagino que nunca las imaginó nadie más y, en resumidas cuentas, creo que juró por dinero y que fue contratado para eso por Peniston.

Los testigos de la defensa eran: Dimick B. Huntington, Gedeón Carter, Adán Lightner y Jorge W. Robinson.

El Juez nos consignó al Coronel Wight y a mí . No había ninguna prueba que nos incriminara, pero suponemos que lo hizo para aplacar a los del populacho tanto como fuera posible. Después el Juez declaró, en presencia de Jorge W. Robinson, que no se nos había probado nada pero nos sometimos sin decir una palabra, y pagamos una fianza de garantía y regresamos todos a casa esa misma noche.

En el juicio del Condado de Daviess vi a dos personas que habían enviado del Condado de Chariton como comité para investigar todo el asunto, pues los del populacho habían pedido su ayuda, dijeron, para atrapar a Smith y a Wight. Pero sus verdaderas intenciones eran arrojar a los hermanos del Condado de Daviess, como ya se había hecho en el Condado de Jackson. Ellos dijeron que la gente del Condado de Chariton juzgó que no era propio enviar ayuda sin saber con qué propósito, y añadieron que para eso habían venido. Nos acompañaron a Far West para entrar en concilio con nosotros y enterarse de las razones de tanta agitación que parece tener al mundo de cabeza.

El General Atchison y la Presidencia se reunieron con el comité del Condado de Chariton, dando una relación de nuestros asuntos en general, la agitación imperante, y la causa de toda esta confusión. Los caballeros de Chariton expresaron su completa satisfacción en la materia, y consideraron que antes habían sido engañados vilmente sobre el asunto. Partieron esta tarde, aparentemente satisfechos de la entrevista.

Por la noche recibimos noticias de que el populacho atacaría a Adán-on-di-Ahmán, y un número reducido de hermanos de Far West salió hacia allá, para asistir a los hermanos en su defensa.

Domingo 9 de septiembre.— Esta mañana salió otra compañía en dirección a Adán-on-di-Ahmán, para ayudar a los hermanos a defenderse del populacho.

El Capitán Guillermo Allred partió con una compañía de diez hombres a caballo, para interceptar un carro de armas y municiones, que viene de Richmond para el populacho del Condado de Daviess. Encontraron el carro averiado y las cajas de las armas desparramadas sobre el pasto, cerca del carro; no se veía a nadie por ningún lado. Poco después llegaron dos hombres a caballo, como si vinieran del campamento del populacho, y tras ellos venía otro conduciendo un carro. Todos llegaron y fueron capturados en virtud de una orden judicial, bajo la sospecha de que eran cómplices del populacho y que les llevarían las armas y municiones. Hombres y armas fueron llevados a Far West. Las armas fueron distribuidas entre los hermanos, para su defensa; y los prisioneros, puestos bajo custodia. Ciertamente éste fue un día glorioso, pues se frustraron los planes del populacho al perder las armas, y todos sus esfuerzos fueron en vano. El Capitán Allred actué autorizado por las autoridades de Caldwell, quienes expidieron la orden para decomisar las armas y arrestar a quienes las llevaban. Los prisioneros fueron traídos a Far West para ser juzgados.

El populacho sigue haciendo prisioneros a su antojo; a algunos los retienen y a otros los dejan libres. Hacen todo lo que pueden para hacernos cometer el primer acto de violencia. Frecuentemente nos envían mensajes diciendo que están torturando hasta la muerte a los prisioneros, de la manera más cruel; pero sabemos sus intenciones, y su astucia y sabiduría no son difíciles de adivinar.

Lunes 10 de septiembre.— Los prisioneros que tomó el Capitán Alfred (Juan B. Comer, Guillermo L. McHoney y Allen Miller) fueron llevados hoy ante el Juez de Paz Alberto Petty, para ser interrogados. Los prisioneros pidieron que se les fijara una fianza, para poder tener tiempo de recibir asesoría jurídica. La ley no concedió fianza alguna, pero el tribunal se aplazó hasta el miércoles, para que los prisioneros obtengan asesoría.

Después del arresto se comunicaron los hechos al Juez King mediante una carta fechada el diez de septiembre, para pedir su consejo en cuanto a las armas y los prisioneros.

El Juez contestó por carta, aconsejando que se soltara a los prisioneros y que éstos recibieran buen trato; que las armas eran propiedad del Gobierno, y estaban a disposición del Capitán Pollard, que estaba en la región ; pero dijo que no daría autoridad para que se nos quitaran y se dieran a otros con propósitos ilícitos. Firmaba: A. A. King, e iba dirigida a los Sres. Smith y Rigdon.

Al mismo tiempo el Juez King aconsejaba al General Atchison enviar doscientos o más hombres y deshacer las fuerzas que están en el Condado de Daviess y todas las fuerzas armadas del Condado de

Caldwell; y obligar a rendirse a los mormones que no quieran hacerlo, y no arriesgar la soberanía de la ley con ellos. “Pero Juez King, ¿qué riesgo podría haber? Los mormones no se han negado a someterse a los requerimientos de la ley. Es el ataque del populacho a lo que se oponen.”

Hoy los ciudadanos del Condado de Ray redactaron una petición dirigida al General Atchison, solicitándole que pida la intervención de la milicia para suprimir la rebelión en los Condados de Caldwell y Daviess, y evitar el derramamiento de sangre que dentro de poco habrá si no se hace nada para evitarlo. Firmaron Isaí Coates y otros veintiocho.

Miércoles 12 de septiembre.— Los prisioneros [de Allred] Juan B. Comer y sus compañeros fueron hoy sometidos a juicio. Se comprobó ante el tribunal que uno de ellos llevaba las armas al Condado de Daviess, ayudado por los otros. También se comprobó que el populacho se estaba juntando para echar a los santos de sus hogares. Los prisioneros fueron detenidos para que se presentaran en la Corte de Circuito. El señor Comer era el principal y los otros sólo estaban a su servicio.

También hoy se envió un comunicado al Gobernador Boggs, desde el Condado de Daviess, con todas las falsedades y mentiras que podía inventar la imaginación diabólica del populacho y sus maleantes y asesinos, acusando a los mormones de todos los crímenes de que ellos mismos eran culpables, tildándolos impostores, rebeldes, refugiados canadienses, emisarios del Príncipe de las Tinieblas, y firmado: “Los ciudadanos de los Condados de Daviess y Livingston”.

Este día el General Atchison informó al Gobernador, por carta desde el cuartel de Richmond, que a petición de los ciudadanos y por consejo del Juez de Circuito, había ordenado cuatro compañías de cincuenta hombres cada una, de la milicia del Condado de Clay, e igual número del Condado de Ray; y también cuatrocientos hombres que estuvieran preparados en caso necesario, todos ellos rifleros de a caballo, con excepción de una compañía de infantería. Las tropas procederían de inmediato al lugar de la agitación y rebelión.

Casi al mismo tiempo [doce de septiembre] entraron a De Witt sesenta hombres de la chusma y advirtieron a los hermanos que abandonaran el lugar.

Lunes 1º de octubre.— Regresé a casa como a las cinco, y permanecí ahí desde esa hora. Los del populacho salieron del Condado de Daviess (después que Atchison, Doniphan y Parks los organizaron como milicia y los desbandaron, y se fueron al Condado de Carroll, juntándose en De Witt, amenazando vengarse de los santos sin importar edad, sexo o condición; pero el Condado de Daviess se vio libre por un tiempo de esos perturbadores del orden.

Martes 2 de octubre.— La chusma empezó a presionar más en De Witt, y disparó contra los santos.

El Campo de Kirtland llegó a Far West. Salí a encontrarlos a pocos kilómetros de la ciudad, junto con Sidney Rigdon, Hyrum Smith, Isaac Morley y Jorge W. Robinson, y los escoltamos el resto del camino. Acamparon en la plaza principal, cerca de la excavación para la Casa del Señor. Allí saludaron los amigos a los amigos, en el nombre del Señor. Isaac Morley, Patriarca de Far West, trajo una res destazada para el Campo. El Presidente Rigdon trajo la cena para los enfermos, y los hermanos los atendieron como hombres de Dios, pues tenían hambre por haber comido muy poco por varios días, y hoy habían viajado dieciocho kilómetros. El Campo viajó mil trescientos ochenta kilómetros desde Kirtland.

El General Atchison le escribió hoy [cinco de octubre] al Gobernador desde Boonville, informándole que en el Condado de Carroll los ciudadanos se habían armado para echar a los mormones del Condado.

Por estas fechas hice un viaje, acompañado por algunos, hacia las tierras bajas del Condado de Caldwell, con el objeto de escoger un lugar para establecer una ciudad. Nos encontramos con uno de los hermanos de De Witt, Condado de Carroll, y nos dijo que la gente que vivía en ese lugar estaba siendo, y había sido por algún tiempo, rodeada por la chusma, que amenazaba sus vidas y varias veces les había disparado; y que él se dirigía a Fax West para informar de eso a los hermanos.

Me sorprendí al oír esa información. Antes había habido allí algunos problemas con el populacho, pero yo tenía esperanza en el sentido común de la mayoría de la gente y su respeto a la Constitución desalentarían cualquier brote de persecución que se hubiera presentado en esa región.

De inmediato me preparé para ir a ese lugar y procurar, de ser posible, calmar los sentimientos de los ciudadanos y salvar las vidas de mis hermanos, que estaban expuestos a la ira de aquellos.

Sábado 6 de octubre.— Llegué a De Witt y comprobé la certeza de los informes sobre la situación local, pues fue con mucha dificultad, y viajando por caminos poco transitados, que pude llegar aquí; los caminos principales estaban fuertemente custodiados por el populacho, que se negaba a permitir la salida y la entrada. En esa situación encontré a mis hermanos, quienes eran sólo un puñado en comparación con la chusma que los rodeaba. Casi sin provisiones, ni esperanzas de conseguir más. Pensamos que era necesario enviar una comitiva al Gobernador para informarle de las circunstancias, esperando obtener del Ejecutivo la protección que necesitábamos y a que teníamos derecho, al igual que los demás ciudadanos. Varios caballeros respetables y de buena reputación, que vivían en la región inmediata y de ninguna manera estaban relacionados con la Iglesia de los Santos de los Últimos Días, y que habían sido testigos del proceder de nuestros enemigos, vinieron y firmaron declaraciones juradas sobre el trato que recibíamos y nuestra peligrosa situación, y se ofrecieron para ir y presentar el caso personalmente ante el Gobernador.

En esa misma fecha, [seis de octubre] once tipos sedientos de sangre, del campamento que el populacho tenía cerca de De Witt (Congrave Jackson, Larkin H. Woods, Tomás Jackson, Rolla M. Daviess, Jacobo Jackson hijo, Johnson Jackson, Juan L. Tomlin, Sidney S. Woods, Geo. Crigler, Guillermo L. Banks y Whitfield Dicken), enviaron el comunicado más escandaloso, mentiroso y mortífero a los ciudadanos del Condado de Howard, pidiéndoles, como amigos y conciudadanos, que vinieran cuanto antes a su rescate, pues los mormones estaban disparando sobre ellos y tenían que actuar a la defensiva hasta que pudieran obtener más ayuda.

A. C. Woods, ciudadano del Condado de Howard, confirmó las mismas mentiras que escuchó en el campo de la chusma pero no hizo nada. Mientras la gente mienta y las autoridades la apoyen, ¿qué justicia puede esperar el hombre honrado?

Martes 9 de octubre. — El General Clark le escribió al Gobernador, diciendo que los nombres que suscribían el documento apenas mencionado, eran de ciudadanos dignos, prudentes y patriotas del Condado de Howard. Sin embargo tales hombres están dispuestos a dejar a sus familias para ir a un Condado vecino buscando la sangre de hombres, mujeres y niños inocentes. Si en eso consiste la dignidad, la prudencia y el patriotismo, prefiero ser indigno, imprudente y antipatriota.

Regresó el Sr. Caldwell, el emisario que habíamos despachado para pedir la ayuda del Gobernador, pero en vez de recibir cualquier ayuda o al menos comprensión de parte de Su Excelencia, se nos dijo que “la riña es entre los mormones y la chusma”, y que nos arreglemos como podamos.

Una banda de atacantes dirigidos por Hyrum Standley, sacó las pertenencias de Smith Humphrey fuera de su casa, y Standley le prendió fuego a la casa, quemándola delante de él, y le ordenó abandonar el lugar enseguida, y así lo hizo, huyendo de De Witt a Caldwell. El populacho consiguió un cañón del Condado de Jackson, y también pólvora y balas, y cuerpos de hombres armados de los Condados de Ray, Salme, Howard, Livingston, Clinton, Clay, Platte, y otras partes del Estado, para ayudarles; y un hombre apellidado Jackson, del Condado de Howard, era su líder.

A los santos se les prohibió salir del pueblo bajo pena de muerte, y se les disparaba cuando intentaban salir para conseguir alimento, del que estaban necesitados. Tan pronto como su ganado y caballos llegaron a donde el populacho estaba, los tomaron como botín, y lo mismo hicieron con otras cosas. Por estos atropellos los hermanos se vieron en la necesidad de vivir en tiendas o en carros.

Se había solicitado protección al Juez de la Corte de Circuito, y él ordenó dos compañías de milicia, una al mando del Capitán Samuel Bogart, ministro metodista y uno de los peores miembros del populacho. La fuerza completa estaba al mando del General Parks, también del populacho, y sus acciones no lo contradicen, pues nunca movió un dedo para dispersar a la chusma, y cuando se le preguntó la razón, contestó que Bogart y su compañía eran tan rebeldes que no se atrevía siquiera a intentar dispersar a la chusma. Otros dos hombres importantes de la chusma eran el Mayor Ashley, miembro de la Legislatura, y Sashiel Woods, clérigo presbiteriano.

El General Parks nos informó que la mayor parte de sus hombres que estaban al mando del Capitán Bogart se habían sublevado, y que consideraba necesario sacarlos del lugar, por temor de que se sumaran al populacho; en consecuencia, ya no podría ofrecernos ninguna ayuda.

Ahora ya no teníamos esperanzas de resistir el ataque de la chusma, que seguía incrementando sus números. Nuestras provisiones se habían terminado y estábamos agotados de hacer guardias continuamente y vigilar los movimientos de nuestros enemigos que, durante el tiempo que yo estuve ahí, nos dispararon muchísimas veces. Algunos de los hermanos murieron de inanición y, yo sentí el dolor de ver cómo caían mis hermanos, víctimas del espíritu de persecución que hasta ese grado había, y todavía hay en esa parte de Misuri. Esos hermanos eran hombres virtuosos, contra quienes no podía sostenerse un proceso legal ni por un momento, pero que por su amor a Dios, apego a su divina causa y su determinación de guardar la fe, fueron a la tumba.

Mientras tanto, Enrique Root y David Thomas, que habían sido los principales del establecimiento de nuestra gente en De Witt, pidieron a los santos que abandonaran el lugar. Thomas dijo que tenían garantías de la chusma de que si salían del lugar nadie les haría daño y se les pagarían todas las pérdidas, y que habían venido como mediadores; que se nombraran personas que valoraran las propiedades que tendrían que abandonar, para que se les pagaran. Finalmente, por necesidad los santos tuvieron que conformarse y salir de allí. Se nombró un comité valuador; el Juez Erickson era parte del mismo, lo mismo que el Mayor Florey, de Rutsville; no se recuerdan los nombres de los demás. Ellos valoraron los bienes raíces.

Cuando la gente empezó a prepararse, faltaban muchos de sus caballos, bueyes y vacas, y no los encontraron. Entonces se supo, y los de la chusma había hecho alarde de ello, que habían matado a los bueyes y habían vivido de ellos. Muchas de las casas de los hermanos habían sido quemadas; su ganado, ahuyentado; y gran parte de sus posesiones fueron destruidas por la chusma. El pueblo de De Witt faltó por completo a su compromiso de pagar las pérdidas de los santos. El Gobernador había puesto oídos sordos a nuestros ruegos; la milicia se había sublevado, con la mayoría de ellos listos para sumarse a la chusma; los hermanos, al no ver ninguna posibilidad de socorro, optaron por abandonar el lugar y buscar refugio en otra parte. Juntando cuantos carros pudieron, que eran como setenta, y con los restos de sus posesiones que habían podido salvar de sus crueles enemigos, salieron de De Witt hacia el Condado de Caldwell en la tarde del jueves once de octubre de 1838. Ese día viajaron alrededor de treinta y dos kilómetros, y acamparon en una arboleda cerca del camino.

Esa noche murió una mujer de apellido Jensen, que dentro de poco tiempo daría a luz, a consecuencia de la violencia provocada por las acciones de la chusma y por tener que viajar antes que sus fuerzas se lo permitieran. Fue sepultada en la arboleda, sin ataúd.

Durante el viaje fuimos acosados y amenazados de continuo por el populacho, que nos disparó en varias ocasiones; varios de los hermanos murieron por la fatiga y privaciones que tuvieron que sufrir, y los enterramos sin ataúd a un lado del camino, bajo las circunstancias más deprimentes.

Apenas salieron los hermanos de De Witt, Sashiel Woods juntó a la chusma y les dijo que debían apresurarse para ir a ayudar a sus amigos del Condado de Daviess. Dijo que pronto empezaría la venta de terrenos, y si echaban a los mormones podían obtener las tierras con ventaja, y que debían darse prisa en llegar al Condado de Daviess para lograr su objetivo; que si se unían y arrojaban de allí a los santos, los antiguos propietarios podían adueñarse de las tierras otra vez, y quedarse con el dinero que les habían pagado por ellas. Le aseguró al populacho que si lo hacían, no tenían nada que temer de parte de las autoridades, pues estaba comprobado que no querían ayudar a los mormones, y siendo así, sería buena oportunidad para tomar su propiedad. Su propuesta fue aceptada, de modo que toda la ratea salieron hacia el Condado de Daviess, llevando con ellos el cañón.

Entretanto, Cornelio Gilliam se afanaba en juntar y alzar al populacho de los Condados de Platte y Clinton, para aliarse con Woods en su esfuerzo de echar de sus hogares a los pacíficos ciudadanos y quedarse con sus propiedades.

A mi llegada a Caldwell, el General Doniphan, del Condado de Clay, me informó que una turba de ochocientos hombres ya iba en marcha rumbo a una colonia de nuestra gente en el Condado de Daviess. El dio una orden a uno de los oficiales que reclutara fuerzas y se dirigiera de inmediato a lo que llamaban el Pueblo de Wight [Adán-on-di-Ahmán] y los defendiera del ataque del populacho hasta que él reclutara a la milicia en Clay y los condados vecinos para reprimir el abuso. A una compañía pequeña de la milicia, que iba con destino al Condado de Daviess y había pasado por Far West, le ordenó regresar, afirmando

que no eran de fiar, pues muchos de ellos iban dispuestos a unirse a la chusma y, en sus propias palabras, eran “hombres descorazonados”.

Domingo 14 de octubre.— Prediqué a los hermanos de Far West sobre las palabras del Salvador: “Ninguno tiene mayor amor que éste, que uno dé su vida por sus hermanos”. Al finalizar, pedí que todos los que estuvieran dispuestos a ayudarme, se reunieran conmigo al día siguiente en la plaza principal.

Hoy, siete personas fueron cortadas de la Iglesia en Preston, Inglaterra. Ha sido como la época de poda para Inglaterra. Los poderes de las tinieblas están enfurecidos, y parece que Satanás estuviera completamente decidido a acabar con la obra en ese lugar. Los Elderes José Fielding y Willard Richards tienen suficiente trabajo con las ramas existentes y no es el tiempo de organizar nuevas.

Lunes 15 de octubre.— Se reunieron los hermanos en la plaza principal de Far West y formaron una compañía de unos cien hombres que empezaron a marchar hacia Adán-on-di-Ahmán. Deseo aclarar que esta compañía era de milicia del Condado de Caldwell, comandada por el Teniente Coronel Jorge M. Hinkle, de conformidad con las órdenes del General Doniphan; y los hermanos eran sumamente cuidadosos de que sus movimientos estuvieran apegados estrictamente a las leyes constitucionales.

El objeto de la marcha era ir a proteger el área de Adán-on-di-Ahmán y repeler el ataque de la chusma en el Condado de Daviess. Por tener propiedades en ese Condado, yo también fui. Mientras estuve allí, varias casas que pertenecían a nuestra gente fueron quemadas por la chusma, que también hizo muchos otros estragos tales como ahuyentar a los caballos, ovejas, puercos, etc. Los propietarios de las casas quemadas, así como otros que vivían en áreas retiradas o solitarias, huyeron hacia el pueblo buscando seguridad y un refugio contra las inclemencias del tiempo, pues cayó una fuerte tormenta de nieve los días diecisiete y dieciocho. Mujeres y niños, algunos en la situación más delicada, se vieron obligados a dejar sus hogares y viajar varios kilómetros para poder escapar. No puedo describir mis sentimientos cuando los vi entrando en tropel a la aldea, desprovistos de ropa casi por completo, salvando solamente sus vidas.

Estando así las cosas, llegó al Condado de Daviess el General Parks, y estaba en la casa del Coronel Lyman Wight el día dieciocho cuando llegaron noticias de que el populacho estaba quemando casas, y las mujeres y los niños huían en busca de seguridad, entre ellos Agnes M. Smith, esposa de mi hermano Don Carlos, quien estaba ausente en una misión en Tennessee. Su casa fue saqueada y quemada por la chusma, y ella caminó casi cinco kilómetros cargando a sus dos bebés, y tuvo que cruzar el Río Grand.

El Coronel Wight, al frente del 59° Regimiento y a las órdenes del General Parks, le preguntó a éste qué debía hacer. Parks contestó que reuniera a sus hombres y fuera a reprimir a la chusma. Por consiguiente, se juntó una fuerza y en poco tiempo se puso en marcha, con la determinación de dispersar al populacho o morir en el intento, pues la gente ya no podía sufrir por más tiempo el trato que se le infligía.

Los de la chusma se enteraron de las órdenes del General Parks y conscientes también de la determinación de los oprimidos, se dispersaron y huyeron. Viendo que no podían seguir usando la fuerza, recurrieron a la estratagema: sacaron sus posesiones de sus casas, que no eran más que cabañas de troncos, y les prendieron fuego, informando luego a las autoridades del Estado que los mormones estaban quemando y destruyendo todo lo que encontraban a su paso.

Casi al mismo tiempo, Guillermo Morgan, Sheriff del Condado de Daviess, Samuel Bogart, el Coronel Guillermo Peniston, el Doctor Samuel Venable, Jonatán J. Dryden, Jacobo Stone y Tomás J. Martin, escribieron reportes de lo más escandaloso, acusando a los mormones de los daños perpetrados por la chusma, procurando con ello provocar el enojo de las autoridades, reunir una fuerza mayor bajo su estandarte, y derrotar totalmente a los mormones, acabar con ellos, o desterrarlos del Estado. Estos hombres y sus cómplices fueron los primeros que prendieron fuego a sus propias casas y luego acusaron de ello a los mormones.

Hoy [diecinueve de octubre] se reportó en Far West que Orson Hyde había salido de ese lugar la noche anterior, dejando una carta para uno de los hermanos, la cual descubriría el secreto.

Lunes 22 de octubre.— Al retirarse la chusma del Condado de Daviess, regresé a Caldwell con una compañía de hermanos, llegando a Far West como a las siete de la noche, donde esperaba que nuestros enemigos nos dieran un respiro, al menos por poco tiempo. Mas al llegar me informaron que una chusma había empezado las hostilidades en las fronteras del Condado de Caldwell con el Condado de Ray, y que

había llevado prisioneros a algunos de los hermanos, quemado casas y cometido otros males contra los apacibles habitantes del área.

Martes 23 de octubre. — Esta mañana llegaron noticias a Far West, afirmando que los hermanos habían encontrado enterrado el cañón que la chusma trajo de Independence; y por órdenes del General Parks lo pusieron a buen recaudo. Hace varios meses que fue dada la palabra del Señor, indicando que los santos se congregaran en las ciudades, pero fueron lentos en obedecer, hasta que cayeron sobre ellos los juicios; y ahora se congregan huyendo y apresuradamente, abandonando todas sus pertenencias. La ciudad de Far West está literalmente atestada, y los hermanos están llegando de todas partes.

Catorce ciudadanos del Condado de Ray, entre ellos un Sr. Hudgins, le escribieron al Gobernador una carta sediciosa. Tomás C. Birch, de Richmond, envió un comunicado semejante. Y los ciudadanos del Condado de Ray, en reunión pública, apelaron al Gobernador del Estado para que proteja a la gente de esa región contra “el temible grupo de asaltantes”, mientras que el hecho es que los santos se ocupaban sólo de sus propios asunto por lo que los acusan de asaltantes.

Esta noche llegó el correo, sin una sola carta para nadie. Es evidente que nada es digno de respeto para esos merodeadores que infestan la región y procuran la destrucción de los santos.

Miércoles 24 de octubre.— Austin A. King y Adán Black reanudaron su correspondencia difamatoria con el Gobernador, e igual hicieron otros ciudadanos de Richmond: C. R. Morehead, Guillermo Thornton y Jacob Gudgel, quienes carecen de escrúpulos para aprovechar toda mentira o exageración con tal de provocar el enojo del Gobernador contra nosotros.

Tomás B. Marsh, Presidente de los Doce que había apostatado, fue a Richmond y firmó una declaración jurada ante el Juez de Paz Enrique Jacobs, afirmando las más viles calumnias y falsedades que podía inventar su corazón inicuo sobre mí y la Iglesia. Se había erguido de orgullo por su alto llamamiento y por las revelaciones del cielo concernientes a él, hasta que estuvo listo para ser derribado por el primer viento de adversidad; y ahora ha caído, mentido y jurado falsamente, y está listo para tomar las vidas de sus mejores amigos. Que vea todo el mundo la lección que él representa, y aprenda que Dios abatirá el orgullo del que se ensalza a sí mismo. Orson Hyde también estuvo en Richmond, y testificó a favor de la mayor parte de las declaraciones de Marsh.

Al mediodía de hoy, el Capitán Bogart, con unos treinta o cuarenta hombres, fue a ver al hermano Thoret Parsons, en el nacimiento del ramal oriental del Arroyo Log, donde vivía, y le advirtió que saliera de allí antes de las diez de la mañana del día siguiente, añadiendo que traería sobre Far West la ruina antes del siguiente mediodía si tenía la suerte de encontrarse con Neil Gillium (Cornelio Gilliam), quien acamparía esa noche a diez kilómetros al oeste de Far West, y que él estaría acampado a orillas del Arroyo Crooked. Luego se fue en dirección al Arroyo Crooked.

El hermano Parsons envió un mensajero para informar de esto a Far West, y luego siguió a Bogart para observar sus movimientos. Los hermanos José Holbrook y David Juda, que esta mañana salieron a vigilar los movimientos del enemigo, vieron que ocho atacantes armados llegaban a la casa del hermano Pinkham, de donde se llevaron tres prisioneros: Natán Pinkham y los hermanos Guillermo Seely y Adison Green, además de cuatro caballos, armas, etc. Cuando se iban amenazaron al padre de los Pinkham, si no abandonaba el Estado de inmediato, con que lo matarían. Los hermanos regresaron a Far West cerca de la medianoche, luego de haberse enterado de los movimientos de Bogart, y dieron un informe de sus actividades y las de la chusma.

Al oír el informe, el Juez Elías Highbee, Primer Juez del Condado, ordenó al Teniente Coronel Hinkle, que era el oficial de más alto rango en Far West, que mandara una compañía para deshacer a la chusma y liberar a los prisioneros, a quienes se informó que intentaban matar esa noche. Sonó la trompeta y los hermanos se juntaron en la plaza principal a eso de la medianoche. Se dieron a conocer los hechos, y setenta y cinco se ofrecieron como voluntarios para llevar a cabo la orden del Juez, al mando del Capitán David W. Patten, el cual inició cuanto antes la marcha a caballo, con el deseo de sorprender y deshacer la chusma, liberar a los prisioneros y evitar un ataque sobre Far West, todo esto sin el derrame de sangre.

Jueves 25 de octubre.— Quince de los de la compañía se separaron del cuerpo principal, mientras que los otros sesenta siguieron la marcha hasta llegar cerca del vado del Río Crooked, y allí desmontaron, ataron sus caballos, dejando cuatro o cinco hombres para cuidarlos, y caminaron hacia el vado sin saber la

localización del campamento. Era poco antes del amanecer cuando iban marchando sigilosamente por el camino, cerca de la cima de la colina que baja hacia el río, cuando se oyó la detonación de un rifle y el joven Patrick O'Banion cayó mortalmente herido. Así comenzó la obra de muerte, y el Capitán Patten ordenó el ataque, y a cuarenta metros del campamento se pusieron en línea. La chusma se alineó por la ribera del río, bajo sus tiendas. Todavía estaba tan oscuro que se veía muy poco hacia el oeste, pero la chusma podía ver a Patten y sus hombres contra la luz del amanecer, disparándoles una andanada, y tres o cuatro de los hermanos cayeron a tierra. El Capitán Patten ordenó contestar el fuego y se le obedeció, sin muchos resultados, por la obscuridad que había todavía. La chusma repitió los disparos y lo mismo hizo la compañía del Capitán Patten, que dio el grito "Dios y Libertad". Luego el Capitán Patten ordenó el ataque y fue obedecido instantáneamente. Ambos bandos se encontraron, con sus espadas, y los de la chusma empezaron a huir, cruzando el río por el vado y por donde pudieron. En la persecución, uno de los de la chusma saltó de un árbol y le disparó al Capitán Patten, que cayó instantáneamente herido de muerte, con una bala en las entrañas.

Se despejó el terreno y los hermanos trajeron uno o dos carros y en ellos colocaron camas hechas con tiendas, etc., donde pusieron a los heridos, e iniciaron el regreso a Far West. Tres hermanos resultaron heridos en el vientre; otro, en el cuello; otro, en el hombro; otro, en la cadera; otro, en ambos muslos; otro, en el brazo, todos ellos por disparos de fusil. Otro sufrió un brazo quebrado por la espada. Al hermano Gedeón Carter le dispararon en la cabeza, y quedó en el suelo, tan desfigurado que los hermanos no lo reconocieron. Bogart reportó que perdió un hombre. Se liberó a los tres prisioneros y regresaron junto con los hermanos a Far West. El Capitán Patten fue transportado parte del camino en una camilla, pero le ocasionaba tanto sufrimiento que rogó que lo dejaran a la orilla del camino. Lo llevaron a la casa del hermano Winchester, a cinco kilómetros de Far West, y ahí murió esa misma noche. Poco después falleció Patrick O'Banion. También trajeron del Río Crooked el cuerpo del hermano Carter, y luego descubrieron quién era.

Fui con mi hermano Hyrum y Lyman Wight cerca del Arroyo Creek, para encontrar a los hermanos a su regreso, y vi al Capitán Patten en condiciones muy graves. Su herida era incurable.

El hermano David Patten fue un hombre muy digno, amado por todos los hombres buenos que lo conocían. Era uno de los Doce Apóstoles, y murió tal como vivió, como hombre de Dios, fuerte en la fe de una resurrección gloriosa, en un mundo donde los populachos no tendrán poder ni cabida. Unas de sus últimas palabras a su esposa fueron: "Hagas lo que hagas, nunca niegues la fe".

Sábado 27 de octubre. — Hoy fue sepultado el hermano Patten en Far West. Antes del funeral acudí a su casa, y meditando en la escena que estaba ante mis ojos y sus amigos, no pude evitar señalar hacia su cuerpo sin vida y testificar: "Ahí yace un hombre que hizo lo que dijo que haría: ha dado su vida por sus amigos".

Ahora impera gran agitación, y por todas partes se oye de chusmas que parecen decididas a destruirnos. Han quemado casas y se han llevado todo el ganado que han encontrado. Destruyen los sembradíos, se llevan muchos prisioneros y amenazan de muerte a todos los mormones.

Lilburn W. Boggs, el Gobernador, se había endurecido tanto por los ataques contra los santos en el Condado de Jackson, y su conciencia quedó tan cauterizada, que fue considerado apto para la silla gubernamental; y probablemente fue su odio hacia la verdad y hacia los mormones, y su naturaleza ávida de sangre, lo que lo elevó al sitio que ahora ocupa. Su orden exterminadora del día veintisiete emocionó a todos los habitantes del Estado que son de su misma clase; y los criminales de este Estado llegan de todas partes para reunirse bajo el estandarte del General Clark.

Aunque Clark no era el oficial de mayor categoría, fue escogido por el Gobernador Boggs por ser el instrumento más apropiado para llevar a cabo sus propósitos asesinos; pues aun en Misuri, muy pocos oficiales están tan endurecidos como para llegar con Boggs a tales extremos de esta carnicería inhumana y expulsión de uno de los Estados de esta República, donde la Constitución declara que "todo hombre tendrá el privilegio de adorar a Dios de acuerdo con los dictados de su propia conciencia". Y ése era el delito de los santos.

Y mientras los espíritus malignos se concentraban en el Estado para provocar al populacho en contra de los mormones, Satanás mismo no estaba menos ocupado, esforzándose por crear problemas en el campamento de los santos. Entre los principales de sus fieles devotos estaba un Doctor Sampson Avard,

que tenía poco tiempo en la Iglesia, y que, aunque en general se había comportado con un grado regular de decoro, en secreto aspiraba a ser el más grande entre los grandes, y convertirse en el líder de la gente. Así era su arrogancia e insensatez, pero como no tenía esperanzas de lograrlo ganándose el corazón de la gente abiertamente, se puso a esperar una oportunidad. Así que mientras el populacho agobiaba, robaba, golpeaba, saqueaba y asesinaba, hasta que la paciencia ya no fue una virtud y nada sino la gracia de Dios sin medida podía sostener a quienes pasaban por esas pruebas, formó una combinación secreta mediante la cual pudiera convertirse en un conquistador poderoso, a costa de la Iglesia y su destrucción. Trató de lograrlo mediante las palabras aduladoras, y zalameras que con frecuencia decía a sus asociados, en tanto que su lugar estaba vigilado por algunos de sus seguidores, listos para avisarle la llegada de cualquiera que no aprobara sus procedimientos.

En sus juntas declaraba que tenía la autorización de los dirigentes de la Iglesia para lo que se proponía; y con sonrisas y adulación los convencía de que le creyeran; y procedió a administrarles a los pocos que tenía bajo su control, un juramento, comprometiéndolos a guardar en secreto absoluto todo lo que les comunicara. De esa manera iniciaba este doctor Avard a los miembros de su banda, comprometiéndolos por todo lo que es sagrado, a protegerse unos a otros en todo lo que fuese lícito; y tuvo el cuidado de señalar la gran gloria que estaba a punto de venir sobre la Iglesia, y que pronto se manifestaría sobre los santos como nube en el día, y como pilar de fuego en la noche; y que pronto se revelarían los misterios de los cielos, lo que alegraría los corazones y despertaría los espíritus de los santos de los últimos días, y llenaría sus corazones con ese amor que es inefable y lleno de gloria, y los armaría de poder, de modo que las puertas del infierno no prevalecerían contra ellos; y a menudo afirmaba a sus seguidores que los dirigentes de la Iglesia lo habían llamado como portavoz y como líder de esa banda, a la que puso por nombre Danitas.

Así engatusó a muchos, lo que le dio la oportunidad de aparecer como persona de importancia. Hacía sus juntas diariamente, y realizaba su obra de astucia apresuradamente, evitando que sus seguidores reflexionaran seriamente lo que hacían, hasta que los juramentó bajo pena de muerte para que no divulgaran los secretos y las señales de la organización, con las que se identificarían unos a otros de día o de noche.

Después de todo eso, realizó reuniones para organizar a sus hombres en compañías de diez y de cincuenta, nombrando a un capitán para cada compañía. Luego de organizarlos, les enseñó sus deberes, y entonces reunió a los capitanes y les enseñó en un lugar apartado.

En esa reunión todos los oficiales se rebelaron y dijeron que no llevarían a cabo tales cosas; que “esos procedimientos serían una clara violación de las leyes del país; estaríamos pisoteando los derechos de nuestros conciudadanos, y no van de acuerdo con el lenguaje y la doctrina de Cristo, o de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días”.

El doctor Avard replicó que las leyes no eran justas y que a él no le importaban, pues ésta era una dispensación diferente, una dispensación del cumplimiento de los tiempos; y que por las Escrituras sabía que el reino de Dios acabaría con todos los demás reinos; y que reinaría el Señor mismo, y sólo sus leyes existirían.

Todavía rechazaron todos valientemente las enseñanzas de Avard. Este dijo que era mejor olvidarse del asunto, aunque había recibido la autorización de Sidney Rigdon la noche anterior. Terminó la reunión; se abrieron los ojos de los que estaban presentes; la astucia de Avard ya no estaba en tinieblas, y le perdieron confianza, hasta el más afectuoso de los miembros de su ardid Danita.

Cuando la Presidencia de la Iglesia tuvo conocimiento de la bribonería de Avard, fue cortado de la Iglesia, y se usaron los medios apropiados para destruir su influencia, por lo que él se encolerizó y se fue por allí murmurando sus malignas insinuaciones, pero como vio que sus esfuerzos eran inútiles, se volvió conspirador otra vez y trabó amistad con la chusma.

Y entiéndase claramente que estas compañías de diez y de cincuenta, formadas por Avard, eran completamente separadas y distintas de las compañías de diez y de cincuenta que los hermanos organizaron para defenderse en caso de un ataque de la chusma. Esta última organización se formó más particularmente para que en tiempo de alarma ninguna familia o persona quedara desprotegida; de manera que una compañía se encargaría de traer leña; otra, de cortarla; otra, de traer maíz; otra, en el molino; otra,

de destazar los animales; otra, de distribuir la carne, etc., etc., para que todos trabajaran por turnos y nadie careciera de las cosas necesarias.

Por lo tanto, en adelante nadie confunda, por error o intencionalmente, esta organización de la Iglesia para propósitos buenos y justos, con la organización de los Danitas del apóstata Avar, la cual acabó casi antes de empezar.

La chusma empezó a acampar en Richmond el día veintiséis, y esta vez ascienden a dos mil hombres, todos listos para cumplir la orden exterminadora y unirse al estandarte del Gobernador. Iniciaron la marcha hacia Far West y a la mitad del camino acamparon para pasar la noche.

Martes 30 de octubre.— La avanzada del populacho estaba patrullando la región y tomando muchos prisioneros, entre ellos el hermano Esteban Winchester y el hermano Carey, a quien le abrieron el cráneo y así, los del populacho lo pusieron en el carro que traían y reanudaron la marcha, negándole toda atención, y así permaneció esa tarde y noche.

El General Clark estaba en su campamento de Chariton hacia Richmond, con cerca de mil hombres y la orden de exterminio del Gobernador.

Como crónica de lo que sucedió hoy en Haun's Mills, a orillas del Arroyo Shoal, cito el siguiente reporte del Elder José Young, Primer Presidente de los Setentas: Véase Historia de la Iglesia, Vol. 3, Pág. 183.

(Nota del Traductor: Esta crónica escrita por Joseph Young, hermano de Brigham Young, se compone de cuatro páginas, y en resumen dice: El 30 de octubre, a las cuatro de la tarde, cuando todo era paz en la aldea llamada, Haun's Mills, 30 familias mormonas fueron repentinamente atacadas por 240 hombres a caballo, a las órdenes de Nehemías Comstock. Los asaltantes mataron a 19 hombres, mujeres, y niños. Los asesinos también saquearon casas y robaron caballos, ganado, y hasta ropa de las familias. La crónica da los nombres de las familias atacadas y de los muertos.)

El General Atchison se retiró del ejército de Richmond en cuanto se recibió la orden exterminadora del Gobernador. Hasta ahora en Far West ignorábamos los movimientos del populacho de Richmond y la orden de exterminio del Gobernador.

El treinta de octubre pudo verse una compañía grande de soldados armados, que se acercaba a Far West. Llegaron cerca del pueblo y luego retrocedieron como kilómetro y medio, y acamparon allí durante la noche. Se nos informó que eran de la milicia ordenada por el Gobernador para detener nuestras acciones, pues hombres malvados del condado de Daviess habían hecho creer a Su Excelencia que nosotros éramos los agresores y que habíamos cometido atropellos en el Condado de Daviess. Todavía no recibían la orden exterminadora del Gobernador que, según creo, no les llegó sino hasta el día siguiente.

Miércoles 31 de octubre.— La milicia de Far West estuvo vigilando la ciudad hasta la noche y al sur hizo una fortificación provisional con carros, troncos, etc. Muchas de las hermanas estuvieron juntando sus pertenencias más valiosas, por temor de que hubiera una batalla en la mañana, y que las casas fueran quemadas y hubiera que huir. El enemigo está en proporción de cinco a uno contra nosotros.

Como a las ocho de la mañana el enemigo envió una bandera de paz, que salieron a encontrar varios de los nuestros, con la esperanza de que todo se arreglara satisfactoriamente luego de que los oficiales oyeran una declaración verdadera de las circunstancias. El Coronel Hinkle salió a encontrar la bandera y en secreto hizo el siguiente compromiso: primero, entregar a los líderes [de la Iglesia] para que sean enjuiciados y castigados; segundo, embargar las propiedades de todos los que han tomado las armas, como pago de sus deudas e indemnización de los daños que han hecho; tercero, que el resto de la gente abandone el Estado, protegida por la milicia mientras lo hace; pero se permite esa protección sólo hasta que se reciban más órdenes del Comandante en Jefe; cuarto, entregar las armas de toda clase, por las que se les extenderá un recibo.

Hoy el enemigo recibió como refuerzos aproximadamente mil quinientos hombres, y de todas partes nos llegan noticias de la destrucción que está realizando la chusma.

En la noche llego una comunicación por el Coronel Hinkle, quien declaró que los oficiales de la milicia deseaban tener una entrevista conmigo y algunos otros, con el deseo de arreglar las dificultades sin tener que llevar a efecto la orden de exterminio que habían recibido del Gobernador, Inmediatamente

accedí a esa petición y me dirigí al campamento de la milicia acompañado de los Elderes Sidney Rigdon y Parley P. Pratt, el Coronel Wight y Jorge W. Robinson. Pero cuán grande no sería mi sorpresa cuando, en lugar de ser tratados con el respeto que se le debe a todo ciudadano, nos tomaron como prisioneros de guerra y nos trataron con el mayor desprecio. Los oficiales no quisieron hablar con nosotros, y los soldados, todos a una nos insultaron cuanto quisieron, respirando amenazas contra mí y mis compañeros. No puedo describir por completo lo que presencié. Los fuertes gritos de más de un millar de voces que hendieron el aire y podían oírse a varios kilómetros, y las horrendas y blasfemas amenazas y maldiciones que se derramaron sobre nosotros en torrentes, eran suficientes para atemorizar al corazón más resuelto. Por la noche tuvimos que acostarnos en el frío suelo, rodeados por una guardia violenta, a quienes sólo el poder de Dios evitó que nos quitaran la vida. Pedimos a los oficiales que nos hicieran saber por qué éramos tratados así, pero se rehusaron por completo a darnos una respuesta, o siquiera hablar con nosotros. Cuando llegamos al campamento, el hermano Esteban Winchester y otros once que estaban prisioneros, se ofrecieron, con permiso de los oficiales, a llevar al hermano Carey a la ciudad, con su familia, después de haber estado yaciendo a la intemperie como espectáculo para esos inhumanos malvados, sin que se le vendara la herida o se le ayudara en alguna manera. Murió poco después de llegar a casa.

Jueves 1° de noviembre.— Fueron traídos prisioneros al campamento los hermanos Hyrum Smith y Amasa Lyman. Los oficiales de la milicia celebraron una corte marcial y nos sentenciaron a ser fusilados el viernes por la mañana, en la plaza principal de Far West, como ejemplo para los mormones. Sin embargo, a pesar de su determinación, no se les permitió ejecutar su sentencia asesina. Al tener la oportunidad de hablar con el General Wilson, le pregunté por qué era tratado de esa manera. Le dije que yo no sabía que hubiera hecho nada que mereciera ese trato; que siempre había apoyado a la Constitución y la democracia. Contestó: “Lo sé; por esa razón quiero matarlo, o hacer que lo maten”.

La milicia entró a la ciudad y sin reservas de ninguna clase saqueó las casas, abusando de sus habitantes inocentes e inofensivos, dejando destitutos a muchos. Fueron a mi casa, sacaron a mi familia, se llevaron casi todas mis pertenencias. El General Doniphan declaró que no quería tener nada que ver con un asesinato a sangre fría, y que retiraría su brigada a la mañana siguiente.

Esta mañana el General Lucas ordenó que la milicia de Caldwell entregara las armas. Hinkle, que por su propia iniciativa había hecho un tratado con el populacho, para llevar a cabo su traición llevó a las tropas fuera de la ciudad, y los hermanos entregaron sus armas, de su propiedad, que ningún gobierno sobre la Tierra tenía el derecho de quitarles.

El populacho (que ahora se llamaba tropa del Gobernador) entró al pueblo y, bajo el pretexto de buscar armas escondidas, rompió pisos, derribaron almiarés, saquearon las cosas de valor sobre las que pudieron poner sus manos, destruyeron intencionalmente una gran cantidad de pertenencias, obligaron a los hermanos, a punta de bayoneta, a firmar títulos de propiedad para pagar los gastos de la chusma, mientras el lugar era profanado por la violación de las mujeres. Alrededor de ochenta hombres fueron tomados prisioneros; al resto se le ordenó abandonar el Estado, y se les prohibió, bajo amenaza de muerte, que se juntaran más de tres en un lugar.

Viernes 2 de noviembre. — En estos días fue encontrado por la chusma Sampson Avard, escondido en el monte a varios kilómetros de Far West, y lo trajeron al campamento, donde él y ellos se juntaron, pues Avard les dijo que el Daniteísmo era una orden de la Iglesia, y con sus mentiras trató de hacer que la Iglesia pagara por sus culpas.

Yo y los otros prisioneros fuimos llevados al pueblo, a la plaza principal, y antes de salir se nos permitió ver a nuestras familias, después de muchas súplicas, vigilados todo el tiempo por una guardia. Encontré a mi esposa y mis hijos llorando, creyendo que habíamos sido muertos por los que habían jurado quitarnos la vida, y que ya jamás me verían. Al entrar a mi casa se aferraron a mí, con sus ojos bañados en lágrimas, y sus semblantes con emociones mezcladas de gozo y de pesar. Solicité que se me permitiera tener una entrevista a solas con ellos por unos minutos, pero el guardia me negó ese privilegio. Luego fui obligado a marcharme. ¿Quién puede saber los sentimientos que experimenté en esa ocasión al ser arrancado así de mi compañera, y dejarla rodeada de monstruos con figura humana, y a mis hijos también, sin saber cómo se satisfacerían sus necesidades, mientras me llevaban lejos de ellos para destruirme cuando lo creyeran conveniente? Mi compañera lloraba, mis hijos se pegaban a mí, hasta que fueron aventados de mí por la espada de los guardias. Me sentí abrumado al presenciar la escena, y sólo pude encomendarlos

al cuidado de Dios, cuya bondad ha sido conmigo hasta ahora, y que es el único que puede protegerlos y librarlos de las manos de mis enemigos, y restaurarme al seno de mi familia.

Luego de esta escena dolorosa fui llevado de regreso al campamento, y junto con mis hermanos (Sidney Rigdon, Hyrum Smith, Parley P. Pratt, Lyman Wight, Amasa Lyman y Jorge W. Robinson) iniciamos el camino a Independence, Condado de Jackson, acampando esa noche a orillas del Río Crooked, y vigilados por una guardia comandada por los Generales Lucas y Wilson.

Sábado 3 de noviembre.— Seguimos la marcha y llegamos al Río Misuri, que nos separaba del Condado de Jackson, donde se apresuraron a pasarnos mucho antes que los soldados. La verdad era que el General Clark había enviado un mensaje desde Richmond para el General Lucas, con el objeto de que le enviaran los prisioneros y evitar que llegáramos al Condado de Jackson, pues los dos ejércitos competían por el honor de tener prisioneros tan especiales. Clark quería para sí mismo el privilegio de ejecutarlos, pero Lucas y sus tropas estaban ansiosos de exhibirnos por las calles de Independence.

Domingo 4 de noviembre.— Vinieron a vernos algunas damas y caballeros. Una de las mujeres llegó y con toda sinceridad preguntó a las tropas cuál de los prisioneros era el Señor que los mormones adoraban. Uno de los guardias me señaló con una sonrisa significativa, y dijo: “Ese es”. La mujer se dirigió hacia mí y me preguntó si yo profesaba ser el Señor y Salvador. Contesté que yo no profesaba ser más que un hombre, y un ministro de salvación enviado por Jesucristo para predicar el evangelio.

Esta respuesta sorprendió tanto a la mujer, que comenzó a hacer preguntas sobre nuestra doctrina, y prediqué un discurso ante ella y sus compañeros y los soldados perplejos, que escucharon con toda su atención mientras yo exponía la doctrina de la fe en Jesucristo, el arrepentimiento y el bautismo para la remisión de pecados, con la promesa de recibir el Espíritu santo, como se encuentra en el segundo capítulo de los Hechos de los Apóstoles.

La mujer quedó satisfecha y alabó a Dios en presencia de los soldados, y se marchó orando por que Dios nos protegiera y nos librara. Así se cumplió una profecía que yo mismo había dado en público pocos meses antes: que uno de nuestros élderes predicaría un sermón en el Condado de Jackson antes que terminara 1838.

Las tropas cruzaron el río como a las diez, y reanudamos la marcha, llegando a Independence después del mediodía, bajo una fuerte lluvia y en medio de una multitud de espectadores que se habían juntado para vernos y oír el son militar de triunfo que se hacía por todo el campo. Nos hicieron entrar en una casa vacía, preparada con anticipación, donde tuvimos piso en lugar de camas y bloques de madera en lugar de almohadas.

El General Clark llegó a Far West con mil seiscientos hombres, y otros quinientos se quedaron a doce kilómetros de la ciudad.

Así la ciudad de Far West fue visitada por seis mil hombres en una semana, cuando la milicia de la ciudad llegaba sólo a quinientos. Luego de quitarles las armas, la chusma continuó cazando a los hermanos como si fueran bestias salvajes, mataron a algunos, violaron a las mujeres y mataron a una de ellas cerca de la ciudad. A ninguno de los santos se le permitía entrar o salir de la ciudad; y mientras tanto, los santos subsistían con maíz molido.

El General Clark ordenó al General Lucas, quien antes se había ido a Adán-on-di-Ahmán junto con sus tropas, que tomara a todos los prisioneros mormones, y colocara sobre ellos y la ciudad una guardia que protegiera a los prisioneros y los pusiera a buen recaudo hasta que se les castigue adecuadamente, y que retuviera todas sus propiedades hasta que se establecieran los medios para pagar los daños que los ciudadanos habían sufrido.

Lunes 5 de noviembre.— Estuvimos custodiados por una guardia no muy numerosa, y fuimos tratados con cierto grado de hospitalidad y cortesía, mientras mucha gente acudía a vernos. Pasamos la mayor parte del tiempo predicando y conversando, explicando nuestras prácticas y doctrinas, lo cual removió las montañas del prejuicio y puso al pueblo a nuestro favor, a pesar de su previo odio y maldades hacia nosotros.

En Far West el General Clark ordenó a los hermanos que formaran una fila, y se leyeron los nombres de cincuenta y seis de los presentes, a los que tomaron prisioneros para ser juzgados por algo que nadie sabía. Los mantuvieron vigilados por una guardia.

Jueves 8 de noviembre. — Hubo fuertes nevadas ayer y hoy. El General Wilson llegó a Adán-on-di-Ahmán; colocó guardias en las afueras del pueblo, para que nadie entrara o saliera sin permiso. Todos los hombres del pueblo fueron apresados y se formó una corte, con Adán Black presidiendo; el mencionado Adán Black pertenecía a la chusma, y era uno de sus dirigentes desde los primeros ataques en el Condado de Daviess. El abogado pertenecía al ejército del General Clark.

Poco después de nuestra llegada al Condado de Jackson, el Coronel Sterling Price, del ejército del General Clark, llegó con órdenes del General Clark, que era el Comandante en Jefe de la expedición, para que fuéramos enviados a Richmond enseguida. Por tanto, salimos el jueves en la mañana sólo con tres guardias, que se consiguieron con mucha dificultad tras de haber trabajado todo el día anterior para ello. Entre Independence y la Balsadera de Roy, en el Río Misuri, se emborracharon los tres, y nos apoderamos de sus armas y caballos.

Ya era de tarde, casi al ponerse el sol. Después de cruzar el río viajamos como un kilómetro y allí pasamos la noche.

Viernes 9 de noviembre.— Esta mañana vino un número de hombres, algunos armados. Sus amenazas y aspecto feroz nos hicieron temer el seguir adelante sin guardias. Por lo tanto, se despachó un mensajero a Richmond, para conseguirlos. Salimos antes que llegaran pero no habíamos avanzado mucho antes de encontrarnos con el Coronel Price y una guardia de setenta y cuatro hombres, y fuimos conducidos por él hasta Richmond, y alojados en una vieja casa vacía, con la guardia respectiva.

En el transcurso del día llegó el General Clark y fuimos presentados con él. Le preguntamos por qué razón nos habían llevado así de nuestros hogares, y qué cargos había contra nosotros. Dijo que todavía no podía determinarlo, pero que lo haría dentro de poco; y tras unas cuantas palabras más, se retiró.

Momentos después entró el Coronel Price con dos cadenas en las manos y unos candados. Unió las dos cadenas. Tenía diez hombres armados que durante esta operación estuvieron con el dedo en el gatillo de sus rifles. Primero clavaron las ventanas, y luego ordenó a un hombre llamado Juan Fulkerson, que estaba con él, que nos sujetara con las cadenas y candados (éramos siete nosotros). Luego nos registró los bolsillos para ver si traíamos armas. Sólo encontró navajas, y se las llevó.

Sábado 10 de noviembre.— Desde que llegamos a Richmond, el General Clark ha estado buscando en las leyes la autoridad para formarnos una corte marcial. Cualquiera hubiera sabido que unos ciudadanos pacíficos, tranquilos e inofensivos, y también particulares, excepto por su ministerio en el evangelio, no están sujetos a un tribunal militar en un país gobernado por leyes civiles.

Terminaron los tres días de averiguaciones en Adán-on-di-Ahmán, y todos fueron absueltos honorablemente. El Juez fue Adán Black.

Luego el General Wilson ordenó que todas las familias estuvieran fuera del lugar en un lapso de diez días, con permiso para ir a Caldwell y quedarse allí hasta la primavera, y luego abandonar el Estado bajo pena de exterminio. El tiempo está muy frío, más de lo acostumbrado para esta época del año.

Para cumplir la orden del General Wilson los santos tuvieron que dejar sus casas y sus cosechas, y vivir en tiendas y carros en esta inclemente estación del año. Por lo que toca a sus rebaños y manadas, la chusma les ahorró el trabajo de cuidar de ellos o verlos morir de hambre: se los robaron.

Con anterioridad se hizo un acuerdo que especificaba que un comité de doce, nombrado previamente, tendría el privilegio de ir de Far West al Condado de Daviess, por un plazo de cuatro semanas, para transportar sus cosechas desde Daviess hasta Caldwell. El comité debe usar unos distintivos blancos en sus sombreros, como protección.

Unos treinta hermanos han resultado muertos; muchos, heridos; alrededor de cien, desaparecidos; y como sesenta están en Richmond esperando ser juzgados sin saber por qué.

Domingo 11 de noviembre.— En Richmond estábamos a cargo del Coronel Price, del Condado de Chariton, quien permitió que nos colmaran de toda suerte de abusos. Durante ese tiempo tuve grandes aflicciones, y nuestra situación era verdaderamente angustiada.

El General Clark nos informó que nos entregaría a las autoridades civiles para ser juzgados. José Smith, hijo, Hyrum Smith, Sidney Rigdon, Parley P. Pratt, Lyman Wight, Amasa Lyman, Jorge W. Robinson, Caleb Baldwin, Alanson Ripley, Washington Voorhees, Sidney Turner, Juan Buchanan, Jacob Gates, Chandler Holbrook, Jorge W. Harris, Isai D. Hunter, Andrés Whitlock, Martín C. Allred, Guillermo Allred, Jorge D. Grant, Darwin Chase, Elías Newman, Alvin G. Tippets, Sedequías Owens, Isaac Morley, Tomás Beck, Moisés Clawson, Juan J. Tanner, Daniel Shearer, Daniel S. Thomas, Alejandro McRae, Elisha Edwards, Juan S. Highbee, Ebenezer Page, Benjamín Covey, Ebenezer Robinson, Lyman Gibbs, Jacobo M. Henderson, David Pettegrew, Eduardo Partridge, Francis Highbee, David Frampton, Jorge Kimball, José W. Younger, Enrique Zobriskie, Allen J. Sout, Sheffield Daniels, Silas Maynard, Antonio Head, Benjamín Jones, Daniel Garn, Juan T. Earl y Norman Shearer fueron llevados ante Austin A. King, para ser juzgados, acusados de los crímenes de alta traición contra el Estado, asesinato, robo, e incendio premeditado.

Lunes 12 de noviembre.— La primera acción de la corte fue enviar un cuerpo de hombres armados, sin ningún proceso civil, para conseguir testigos.

Martes 13 de noviembre.— Estuvimos en el tribunal. El Juez era Austin A. King; y el procurador era Tomás C. Burch. Se llamó a los testigos y se les juramentó a punta de bayoneta.

El Dr. Sampson Avard fue el primero. Antes él le había dicho al Sr. Oliverio Olney que si deseaba salvarse, debía jurar en contra de los dirigentes de la Iglesia, pues ellos eran a quienes la corte quería condenar; y si lo hacía, ellos (es decir, ni la corte ni la chusma) no lo molestarían. ‘Tengo la intención de hacerlo’, contestó el Sr. Olney, ‘para poder escapar, porque si no lo hago me quitarán la vida’.

Esta introducción es suficiente para mostrar el carácter de su testimonio, y juró tal como lo había dicho, pensando, sin duda, que era mejor congraciarse con la chusma.

Se interrogó a los siguientes testigos por parte del Estado, muchos de los cuales, a juzgar por sus testimonios, juraron por las mismas razones que Avard: Wyatt Cravens, Nehemías Odie, el Capitán Samuel Bogart, Morris Phelps, Juan Corril, Roberto Snodgrass, Jorge Walton, Jorge M. Hinkte, Jacobo C. Owens, Natanael Carr, Abner Scovil, Juan Cleminson, Reed Peck, Jacobo C. Owens, Guillermo Splawn, Tomás M. Odie, Juan Eaglin, Allen Rathbun, Jeremías Myers, Andrés J. Job, Freeburn H. Gardner, Burr Riggs, Elisha Camron, Carlos Bleckley, Jacobo Cobb, Isai Kelly, Addison Price, Samuel Kimball, Guillermo W. Phelps, Juan Whitmer, Jacobo B. Turner, Jorge W. Worthington, José H. McGee, Juan Lockhart, Porter Vale, Benjamín Slade, Esdras Williams, Addison Green, Juan Taylor, Timoteo Lewis y Patrick Lynch.

Nos solicitaron nuestros testigos, y dimos los nombres de cuarenta o cincuenta. Se despachó al Capitán Bogart con una compañía de milicia, para traerlos. Arrestó a todos los que pudo hallar, los arrojó a la prisión y no se nos permitió verlos.

Durante la semana se nos volvieron a solicitar nuestros testigos, en la forma más burlona. Dimos los nombres de algunos otros, y fueron arrojados a la prisión cuantos pudieron encontrarse.

Entretanto, Malinda Porter, Delia F. Pine, Nancy Rigdon, Jonatán W. Barlow, Thoret Parsons, Esdras Chipman y Arza Judd, hijo, se ofrecieron para testificar y fueron juramentados para la defensa, pero con amenazas les evitaron cuanto fue posible que dijeran la verdad. En la ventana vimos a un hombre de apellido Allen y le hicimos señas para que entrase, y fue juramentado, pero como no testificó para agradar a la corte, varios se lanzaron contra él con bayonetas, y huyó del lugar; tres hombres lo persiguieron con rifles cargados, y él apenas pudo escapar con vida. No tenía caso conseguir más testigos, aunque pudiéramos conseguirlos.

Así siguió esta imitación de juicio día tras día hasta el sábado, cuando varios hermanos fueron absueltos por el Juez King.

El testimonio de los apóstatas hizo parecer a la organización de nuestra Iglesia como un reino temporal que llenaría toda la Tierra y subyugaría todos los otros reinos políticamente

El Juez, que por cierto era metodista, preguntó bastante sobre nuestro punto de vista sobre la profecía de Daniel: “Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que... desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre... y el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo...” Nos hizo sentir como si creer en la Biblia fuera cometer traición.

Miércoles 28 de noviembre.— Daniel Ashby, miembro de la Legislatura estatal le escribió al General Clark diciendo que en la batalla [masacre] de Haun’s Mills fueron muertos treinta y un mormones, y de su bando siete resultaron heridos.

Los prisioneros restantes fueron liberados o puestos en libertad bajo fianza, con excepción de Lyman Wight, Caleb Baldwin, Hyrum Smith, Alejandro McRae, Sidney Rigdon y yo. Fuimos enviados a la prisión de Libertad, Condado de Clay para someternos a juicio por traición y asesinato. La traición consistía en haber corrido a la chusma del Condado de Daviess y quitarles el cañón; el asesinato, en matar al hombre en la batalla de Bogad. Parley P. Pratt, Morris Phelps, Lyman Gibbs, Darwin Chase y Norman Shearer fueron puestos en la prisión de Richmond, para someterlos a juicio por los mismos “crímenes”.

Durante el interrogatorio estuvimos confinados en cadenas y recibimos muchos abusos. La injusticia de apresar a nuestros testigos, ahuyentarlos o echarlos de la región, llegó a tales extremos que nuestros abogados, el General Doniphan y Amós Rees, nos aconsejaron no llamar a ningún otro testigo, pues si lo hacíamos no quedaría ninguno para otro juicio; ya que en cuanto Bogad y sus hombres supieran quiénes eran, los echarían de la región.

En cuanto a la posibilidad de impresionar al Juez King, dijo Doniphan, si una corte celestial bajara y declarara que éramos inocentes, no habría ninguna diferencia, porque el Juez estaba decidido desde el principio a echarnos en la prisión. Jamás tuvimos el privilegio de presentar siquiera a nuestros testigos. Si lo hubiéramos tenido, hubiéramos desbaratado toda la evidencia de nuestros enemigos.

Viernes 30 de noviembre.— En este tiempo todos los que habíamos sido sentenciados fuimos transferidos a la cárcel de Libertad, puestos en seguridad máxima, e incomunicados de nuestros amigos.

Durante nuestro juicio, Guillermo E. McLellin, Burr Riggs y otros anduvieron ocupados en saquear las casas de Sidney Rigdon, Jorge Morey, la viuda Phebe Ana Patten, y otros, bajo el pretexto legal de una orden del General Clark, según se nos informó por los miembros de las familias robadas.

El día de hoy [dieciséis de diciembre] llegó a Jefferson City el Elder David H. Redfield, y el lunes diecisiete presentó la petición de los hermanos ante el General David R. Atchison, pues querían tener noticias sobre Caldwell, porque estaban circulando muchos informes, tales como: “Los mormones siguen con el sistema Danita”; “Van a construir la Casa del Señor”; “Se derramará más sangre antes que salgan del Estado”. Y todo eso creaba más dureza en la mente de la gente.

Por la tarde, el hermano Redfield tuvo una entrevista con el Gobernador Boggs, que preguntó sobre nuestra gente y propiedades aparentando tanto interés como si su alma entera estuviera dedicada a nuestro bienestar; y dijo que había oído que los ciudadanos estaban haciendo estragos entre los mormones y ahuyentando su ganado.

El hermano Redfield le informó que las fuerzas armadas entraron en el lugar y abusaron de hombres, mujeres y niños, robaron caballos, espantaron el ganado y saquearon las casas a capricho.

El Gobernador Boggs dijo que le escribiría al Juez King y al Coronel Price para que fueran a Far West y acabaran con las hostilidades. También dijo que las estipulaciones forzadas a los mormones de abandonar el Estado, y de firmar los títulos de propiedad son inconstitucionales, y no son válidas”.

El hermano Redfield respondió: “Queremos que la Legislatura pase una ley para el efecto, que muestre que las estipulaciones y la firma de títulos no son válidos y son inconstitucionales; y a menos que se pase esa ley, no nos consideraremos seguros en este Estado. Usted dice que se ha manchado el honor del Estado, y ahora es el tiempo de pasar leyes para el efecto; y a menos que se haga, adiós al honor del Estado, adiós a su virtud y buen nombre; adiós a su carácter cristiano, hasta que sea poblado por hombres de otro linaje; adiós a todo contrato entre hombres; adiós a una buena tierra y a un hogar glorioso. Todo eso se ha ido, nos los han arrancado una chusma sin ley”.

Martes 25 de diciembre.— Regresaron [de sus misiones por Kentucky y Tennessee] mi hermano Don Carlos y mi primo Jorge A. Smith, luego de haber viajado dos mil cuatrocientos kilómetros —mil cuatrocientas a pie y el resto en vapor y por otros medios. Visitaron varias ramas y hubieran terminado su misión si no hubiera sido por los problemas en Far West.

Cuando estaban cerca de casa fueron reconocidos y perseguidos por el populacho, lo cual los hizo viajar ciento sesenta kilómetros en dos días y sus noches. El suelo estaba resbaladizo, y les azotaba la cara un fuerte viento del noroeste. Tenían poco que comer y a duras penas escaparon de morir congelados las dos noches.

Jueves 27 de diciembre.— Anson Cali fue al Condado de Ray, cerca de Elk Horn, para vender una propiedad, y fue capturado por diez de los de la chusma y un anciano negro. Entre ellos estaban dos de los hijos del Juez Dickey, un Sr. Adams y un alguacil. Le ordenaron que entregara sus armas. Les dijo que no llevaba ninguna. Le ordenaron vaciar sus bolsillos. Entonces le dijeron que antes de que amaneciera le pelarían la espalda a latigazos. Lo golpearon con los puños cantidad de veces; le dieron en la cara con un cuchillo, hiriéndolo de gravedad.

Después de abusar así de él por unas cuatro horas, diciendo que era un -- mormón, y que le harían lo que habían hecho a otros, que lo atarían y lo encerrarían hasta la mañana, se alejaron un poco en dirección de un bosquecillo. Mientras consultaban unos con otros qué le harían, dio un salto por entre los matorrales y entonces empezaron a perseguirlo, pero logró escapar y regresó a Far West.

Tras mucha controversia y discusiones enfadosas, nuestra petición y demanda de proceso legal quedó postergada hasta el cuatro de julio siguiente, tal como lo atestiguan abundantemente los periódicos de Misuri publicados en ese tiempo; rehusando así conceder la petición de una investigación completa.

El Estado asignó dos mil dólares para ser distribuidos entre la gente de los Condados de Daviess y Caldwell, incluyendo a los mormones de Caldwell. La gente de Daviess pensó que podía vivir de las propiedades de los mormones, y no aceptaron los mil dólares; por tanto, se pretendió dárselos a los de Caldwell. El Juez Cameron, el Sr. McHenry y otros efectuaron la distribución. El Juez Cameron se dedicó a cazar los puercos de los hermanos (se identificó a muchos) y mató a muchos en las calles; y sin desangrarlos, eran cortados en pedazos, y McHenry los distribuía entre los pobres, vendiendo a cuatro y cinco centavos la libra. Esto, junto con unos cuantos artículos de desecho, tales como percales a precio doble o triple, pronto consumió los dos mil dólares; y benefició poco a los santos, o en realidad, no los benefició en nada, pues lo que les distribuyeron no fue igual a lo que les quitaron

Los procedimientos de la Legislatura hallaron acalorada oposición en una minoría de la casa, entre quienes estaban David R. Atchison, del Condado de Clay, y todos los miembros de San Luis, y los señores Rollins y Gordon, del Condado de Boone, y varios otros miembros de otros condados. Pero la chusma mayoritaria se salió con la suya, pues los malvados culpables tenían una investigación, sabiendo que eso ponía en peligro sus vidas y libertad. En el transcurso de la sesión, la Legislatura asignó doscientos mil dólares para pagar a las tropas por echar del Estado a los santos.

Muchos de los periodistas del Estado trataron de ocultar la maldad del Estado, cubriendo sus hechos atroces con un manto de mentiras. ¿Pero cómo pueden ocultar la cruel orden de destierro o exterminio dada por el Gobernador? ¿Pueden acaso encubrir los hechos del acuerdo vergonzoso entre los generales y sus propios oficiales y hombres en la ciudad de Far West? ¿Pueden ocultar el hecho de que entre mil doscientos y mil quinientos hombres, mujeres y niños han sido desterrados del Estado sin juicio ni sentencia? Y esto, con un costo de doscientos mil dólares, suma asignada por la Legislatura Estatal para pagar a las tropas por este acto de ultraje sin ley? ¿Pueden acaso encubrir el hecho de que hemos estado encarcelados por muchos meses, mientras que nuestras familias, amigos y testigos han sido expulsados? ¿Pueden ocultar la sangre de los esposos y padres asesinados, o ahogar el llanto de huérfanos y viudas? ¡No! ¡Rocas y montañas pueden esconderlos en profundidades desconocidas; puede tragarlos el terrible abismo del mar insondable, y todavía sus hechos horribles se verán a plena luz del día, para el asombro de los ángeles y los hombres! ¡No. No pueden ocultarlo!

En el mes de diciembre los hermanos de Far West asignaron a Heber C. Kimball y a Alanson Ripley, para que nos visitaran en la cárcel de Libertad tan a menudo como las circunstancias lo permitieran, o la ocasión lo requiriera. Y lo cumplieron fielmente. A veces nos visitaban nuestros amigos, cuya bondad y

atención recordaré siempre con sentimientos de inmensa gratitud; pero a menudo no se nos permitió tener ese privilegio. Nuestra comida era de lo peor, servida de una manera repugnante.

Así, en un país de libertad, en la ciudad de Libertad, Condado de Clay, en cadenas y calabozos, mis compañeros de prisión y yo vimos el fin de 1838.

MISURI 1839 CÁRCEL DE LIBERTY

Martes 1° de enero de 1839.— Este día nos encontró como prisioneros con esperanza, mas no como hijos de la libertad. ¡Oh, Columbia, Columbia, cómo has caído! “¡País de la libertad, hogar de los valientes! Refugio de los oprimidos”, oprimes a tus más nobles hijos en un repugnante calabozo, por el solo motivo de que afirman adorar al Dios de sus padres de acuerdo con su divina palabra, y la conciencia de ellos. El Elder Parley P. Pratt y sus compañeros todavía están esclavizados en su tenebrosa prisión de Richmond.

Lunes 7 de enero.— Anson Call regresó a su granja en el cruce de nos del Río Grand, para ver si podía recoger algo de las posesiones que había dejado al huir hacia Adán-on-di-Ahmán, y allí se encontró con la chusma y fue golpeado con palos en cuerpo y cabeza; el hombre que lo golpeó era Jorge W. O’Neal. Fue con mucha dificultad que el hermano Cali regresó a Far West, con el cuerpo lleno de cardenales; y desde entonces perdió las esperanzas de obtener algo de su propiedad.

Martes 29 de enero. — El comité que se nombró para trasladar a los pobres del Estado de Misuri (Guillermo Huntington, Carlos Bird, Alanson Ripley, Teodoro Turley, Daniel Shearer, Sadrac Roundy y Jonatán H. Hale) se reunió por la noche en la casa de Teodoro Turley y se organizó, nombrando Presidente a Guillermo Huntington, Tesorero a Daniel Shearer y Secretario a Alanson Ripley. Trazó algunos planes para iniciar el proyecto de mudar a los pobres. El Presidente Brigham Young obtuvo ochenta voluntarios el primer día y trescientos el segundo.

Lunes 4 de febrero.— Al caso del hermano Turley del dieciséis de enero le toco turno en la corte pero se decidió posponerlo hasta el cuatro de julio siguiente; y sobre el asunto el Sr. Primm pidió la aprobación y la obtuvo con la mayoría, que fue considerado por muchos como un sello de aprobación para todas las injusticias que los santos han sufrido en el Estado.

6 y 7 de febrero.— Estuvo en sesión el comité para el traslado de los santos de Misuri. Esteban Markham salió hacia Illinois con mi esposa y mis hijos, y Jonatán Holmes y su esposa.

Martes 12 de febrero. — El comité [de traslado] envió una delegación a la hermana Murie para averiguar sus necesidades. Fueron Daniel Shearer y Erastus Bingham. Solicitaron ayuda: la hermana Morga L. Gardner, la familia de Jeremías Mackley, el hermano Forbush, Echoed Cheney, T. D. Tyler, D. McArthur y otros más.

Miércoles 13 de febrero.— Se voló que Teodoro Turley fuera nombrado para supervisar la dirección de los carros que se usarán en el traslado de los pobres, y ver que estén equipados para el viaje.

Jueves 14 de febrero. — La persecución era tan severa en contra del Elder Brigham Young (a quien correspondió la Presidencia de los Doce, por antigüedad, ya que Tomás B. Marsh había apostatado) y trataban tan afanosamente de matarlo, que fue obligado a huir, y hoy salió de Far West rumbo a Illinois.

Mi hermano Don Carlos hizo una petición de ayuda a la chusma, para sacar a la familia de nuestro padre de Misuri. No sé qué fue lo que logró, pero hoy salieron mi madre y mi padre rumbo a Quincy, en un carro tirado por una yunta de bueyes.

El comité de traslado discutió la conveniencia de pagar las deudas de los santos en el Condado de Clay. Se le pidió a Alanson Ripley que fuera a ver al abogado Barnet, quien se encontraba en el pueblo, e hiciera arreglos sobre el asunto. Una carta legal se preparo para que la firmaran los hermanos que estuvieran dispuestos a vender sus tierras para saldar sus deudas, y nombraba como su abogado para ello a Alanson Ripley. Esa no era exactamente la intención del comité, pues se había enviado al hermano Ripley solamente para consultar con la persona indicada para obtener información, no para que se le nombrara abogado para ello.

Viernes 15 de febrero.— Mi familia llegó al Misisipí, al otro lado de Quincy, tras un viaje de dificultades casi insuperables, y el Elder Markham regresó de inmediato a Far West.

Martes 19 de febrero.— El comité de traslado nombró a Carlos Bird para que visite las diferentes partes del Condado de Caldwell; y a Guillermo Huntington, para que recorra el pueblo de Far West; y que ambos determinen la cantidad de familias que necesitarán ayuda para mudarse; y soliciten los medios a quienes pueden ayudar a los necesitados; y que den un informe tan pronto como sea posible.

Sábado 25 de febrero.— En una reunión de la Asociación Democrática, efectuada esta noche en Quincy, Condado de Adams, Illinois, el Sr. Lindsay presentó una resolución que exponía que entre los llamados “Santos de los Ultimos Días” había muchas personas que necesitaban la ayuda de los ciudadanos de Quincy, y recomendaba que se tomaran medidas para socorrerlos. Esa resolución fue aprobada, y el responsable nombró a un comité integrado por ocho personas, y el Presidente era J. W. Whitney. Se terminó la reunión, fijándose la próxima para la noche del miércoles siguiente, no sin antes dar instrucciones al comité para que consiga el lugar de reuniones de la Iglesia Congregacional, para hacer allí la reunión; y que invite a toda nuestra gente que desee asistir, pues la reunión se efectuará en su beneficio. También se invitaba a asistir a todos los ciudadanos que lo desearan. Como el comité no pudo conseguir el lugar de reuniones, consiguió el salón de la corte.

Desde que nos encarcelaron no hemos oído sino amenazas de que si cualquier juez o jurado, o tribunal de alguna clase declara inocente a cualquiera de nosotros, nunca saldremos vivos del Estado.

Esto nos hizo decidir escapar en cuanto pudiéramos y como pudiéramos. Después de haber estado en prisión un tiempo considerable, le pedimos al Juez Turnham, uno de los jueces del Condado, una orden de hábeas corpus, y con gran renuencia se nos otorgó. Nos llovieron amenazas de los del populacho, de que si cualquiera de nosotros era liberado, jamás saldríamos siquiera del Condado con vida.

Al terminar la investigación, Sidney Rigdon fue puesto en libertad por decisión del Juez; el resto de nosotros permaneció en la cárcel; no obstante, él se quedó con nosotros hasta que se presenten circunstancias favorables para su partida. Gracias a la amistad del Sheriff, el Sr. Samuel Hadley, y el carcelero, el Sr. Samuel Tillery, pudo salir de la cárcel secretamente en la noche, luego de ser aconsejado por ellos de que saliera del Estado sin la menor dilación, Cuando salió de la cárcel fue perseguido por un grupo de hombres armados, y fue gracias a la guía de la Divina Providencia que escapó de sus manos y llegó sano y salvo a Quincy, Illinois.

En ese entonces estaban en Libertad los Elderes Heber C. Kimball y Alanson Ripley, y casi cada semana habían estado importunando a los jueces; y al estar en esa tarea en una ocasión, el Juez Hughes los miró fijamente, y le dijo a uno de sus asociados: “En la mirada de estos hombres se puede ver que están azotados, mas no vencidos; tengamos cuidado con el trato que les damos, porque sus ojos indican inocencia”. Y en esa ocasión suplicó a sus asociados que se admitieran fianzas por todos los prisioneros; pero la dureza de sus corazones no pudo admitir un acto tan caritativo. Pero los hermanos continuaron importunando a los jueces y visitando a los prisioneros. Nadie de importancia en la sociedad ponía en duda la inocencia de los prisioneros, pero decían que a causa de la furia del populacho, la justicia no podía administrarse imparcialmente. Los Elderes Kimball y Ripley tuvieron que abandonar la idea de seguir importunando a los jueces, y dejaron a los prisioneros en las manos de Dios.

Cuando el Elder Israel Barlow salió de Misuri en el otoño de 1838, se perdió, o por alguna otra razón se desvió del Río Des Moines a cierta distancia de su desembocadura. Estaba en una situación muy necesitada, y encontró amigos que le dieron ayuda y lo presentaron con varios caballeros, entre los que estaba el Dr. Isaac Galland, al que le relató la situación de los santos, lo cual despertó su compasión, o su interés, o las dos cosas, y por lo tanto, trajo una introducción providencial de la Iglesia al lugar llamado Commerce (Nauvoo) [el lugar de residencia del Sr. Galland] y sus alrededores; pues el hermano Barlow fue directamente a Quincy, su destino original, y dio a conocer a la Iglesia su entrevista con el Dr. Galland.

Mientras que en Misuri la persecución contra nosotros iba en aumento, el enemigo de toda justicia no estaba menos ocupado con los santos en Inglaterra, en proporción al período de tiempo que se había predicado el evangelio en ese país. La tentación se multiplicaba y, siendo jóvenes en la causa, los santos se sometían a los bofetones de su adversario. Desde que el Elder Willard Richards fue llamado al apostolado, en julio de 1838, el diablo pareció agarrarle una gran antipatía y procuró agitar contra él la mente de muchos. El Elder Richards se vio afligido por la enfermedad, y varias veces estuvo al borde de la muerte, por lo que muchos fueron tentados a creer que estaba en transgresión, y que de no ser así no

estaría sufriendo. Algunos fueron probados y tentados porque el Elder Richards tomó para sí una esposa: pensaban que debía haberse entregado por completo al ministerio y seguido al pie de la letra el consejo de Pablo. Otros fueron probados porque su esposa usaba un velo; y otros, porque llevaba un cobertor contra el frío cuando tenía que salir en tiempo de frío. Y hasta el hermano que presidía la Iglesia allí [José Fielding] pensaba que hubiera sido mejor que no lo usara. La Iglesia jamás compró nada para ella y, para complacerlos, ella usaba las ropas más pobres que tenía, y todavía les parecían lujosas, tan difícil era combatir la tormenta de sentimientos que se originó por motivos tan ridículos. La hermana Richards estuvo enferma por un tiempo, y algunos estaban disgustados porque su esposo no la descuidaba por completo para salir a predicar; y otros, porque ella no iba a las reuniones cuando no podía.

Por razones tan insignificantes se formó un espíritu de envidia, chismorreos, codicia y rebelión, hasta que la Iglesia abrigó más o menos esos desagradables sentimientos; y esta noche [nueve de marzo] el Elder Halsal abiertamente acusó en el concilio al Elder Richards, y formuló algunas acusaciones graves sin pruebas que las justificaran. Casi todos los élderes de Preston estuvieron en contra del Elder Richards por un tiempo, con excepción de Jacobo Whitehead, quien demostró ser fiel en la hora difícil.

Domingo 10 de marzo.— Cuando el Elder Richards proclamó desde el púlpito que si alguno tenía algo contra él o su esposa Jennetta, viniera a él y expresara su queja; y que si él había errado en alguna cosa, reconocería su falta, solamente uno de los hermanos fue a buscarlo, y eso, para reconocer su falta ante el Elder Richards, por abrigar malos sentimientos hacia él sin motivo alguno.

La hermana Richards soportó con paciencia todas esas pruebas y persecuciones. El Elder Richards sabía la causa de estas molestias (su llamado al apostolado lo supo por revelación); pero no se lo dijo a nadie. La obra siguió extendiéndose en Manchester y la región circunvecina, entre las alfarerías de Staffordshire, y otras partes de Inglaterra.

Hoy, diecisiete de marzo, la esposa de Parley P. Pratt salió de la prisión, donde estuvo voluntariamente con su esposo casi todo el invierno, y volvió a Far West para tomar pasaje con algunos de los hermanos para Illinois.

Lunes 25 de marzo.— Por estos días los Elderes Kimball y Turley salieron a su misión de ver al Gobernador. Fueron a ver al Sheriff del Condado de Ray, y al carcelero, para pedir una copia de la orden de aprehensión, por la que se mantenía en custodia a los prisioneros, pero se les dijo que no había ninguna. Fueron a ver al Juez King; él extendió una especie de orden. Ya llevábamos varios meses en prisión, sin haber siquiera orden de aprehensión, y por “crímenes” que se habían cometido en otro Condado.

Los Elderes Kimball y Turley tomaron todos los documentos que amparaban nuestro encarcelamiento, o más bien, los documentos que improvisaron para ellos, junto con nuestra petición para los jueces, y se dirigieron a Jefferson City.

El Gobernador estaba ausente. El Secretario de Estado los trató muy cordialmente; y cuando vio los documentos casi no podía creer que por esos papeles estábamos presos, pues eran ilegales.

El Secretario estaba asombrado de que el Juez King hubiera actuado como lo hizo, pero añadió que no podía hacer nada y que si el Gobernador estuviera presente, tampoco podría hacer nada. Pero le escribió una carta al Juez King.

Los hermanos salieron para ir y ver a los jueces y obtener órdenes de habeas corpus. Y después de haber cabalgado cientos de kilómetros con ese objetivo, regresaron a Libertad el treinta de marzo, tras haber visto a Matías McGirk, Jorge Thompkins y Juan C. Edwards, los jueces, sin poder obtener la orden de hábeas corpus por la falta de la orden de aprehensión; no obstante, los jueces parecían amigables.

Se nos informó que el Juez King dijo que no había cargos contra mi hermano Hyrum, con la excepción de que era amigo del Profeta. También dijo que tampoco había nada contra Caleb Baldwin y Alejandro McRae.

El hermano Horacio Cowan fue puesto hoy en la cárcel de Libertad, como deudor, gracias a la persecución de la chusma.

Jueves 4 de abril.— Los hermanos Kimball y Turley fueron a ver al Juez King, que estaba furioso porque habían ido a ver al Gobernador, y dijo: “Yo podía haber hecho todos los trámites si hubieran

venido a verme, y hubiera firmado la petición por todos, menos por Joe, porque él no merece seguir viviendo”. Les rogué a los hermanos Kimball y Turley que se animaran “porque seremos liberados, mas sólo el brazo de Dios puede librarnos ahora. Díganles a los hermanos que se animen y que trasladen a los santos tan rápido como sea posible”.

A los hermanos Kimball y Turley no se les permitió entrar a la cárcel, y toda nuestra comunicación con ellos fue a través de la reja del calabozo. Salieron de Libertad hacia Far West

Viernes 5 de abril. — Llegaron a Far West los hermanos Kimball y Turley.

Una compañía de unos cincuenta hombres del Condado de Daviess, juró hoy que no comerían ni beberían hasta que hubieran matado a Joe Smith. Su capitán, Guillermo Bowman, juró en presencia de Teodoro Turley que sólo comería y bebería hasta después de haber visto y matado a Joe Smith.

Otros ocho hombres (el Capitán Bogart, que era el Juez del Condado, el Dr. Laffitty, Juan Whitmer y otros cinco) entraron en el salón del comité [el salón u oficina del comité de traslado] y le mostraron a Teodoro Turley la hoja que contenía la revelación que recibió José Smith el ocho de julio de 1838, mandando que los Doce se despidieran de los santos de Far West en los terrenos de la Casa del Señor el veintiséis de abril, y entonces fueran a las islas del mar. Y le pidieron que la leyera. Turley dijo: “Caballeros, estoy bien familiarizado con ella”. Y ellos dijeron: “Entonces, como hombre inteligente, ¿por fin dejarás de creer que José Smith es un profeta y hombre inspirado? El y los Doce se hallan esparcidos por todo el mundo; que vengan, si se atreven; y silo hacen, serán asesinados. Y como esta revelación no podrá cumplirse, ahora tendrás que abandonar tu fe”.

Turley se levantó de un golpe, y dijo: “En el nombre de Dios, esa revelación se cumplirá”. Y al empezar ellos a ridiculizarlo, Juan Whitmer inclinó la cabeza. Ellos añadieron: “Si vienen (los Doce), serán asesinados; no se atreverán a venir para salir de aquí; Esa es como todas las profecías de Joe Smith” Se dirigieron a Turley y dijeron que mejor hiciera lo que Juan Corril: “El va a publicar un libro titulado: ‘Una descripción imparcial del mormonismo’. El sí es un hombre sensato, y sería bueno que le ayudas”.

Turley respondió: “Caballeros, me imagino que hay hombres aquí que han oído a Corril decir que el mormonismo es verdadero, que José Smith es un profeta, y un hombre inspirado por Dios. Y ahora me dirijo a ti, Juan Whitmer: tú dices que Corril es un hombre bueno y honrado; ¿le crees cuando dice que el Libro de Mormón es verdadero, o cuando dice que es falso? ¿Cuántas publicaciones hay de las que algunos digan que son verdaderas, y después se contradigan y afirmen que son falsas?” Whitmer preguntó: “¿Te refieres a mí?” Turley contestó: “Si te queda el saco, pónelo. Todo lo que sé es que publicaste al mundo que un ángel le entregó las planchas a José Smith”. Whitmer dijo: “Vuelvo a decir que tuve las planchas en mis manos; contenían grabados finos por ambos lados, y las palpé con mis manos”, y describió cómo estaba unidas, y añadió: “Me fueron mostradas por un poder sobrenatural”. Admitió todo eso.

Turley le preguntó: “¿Cómo es que ahora la traducción no es verdadera? El dijo: “No pude leerla [en el idioma original] y no sé si [la traducción] es verdadera o no”. Whitmer afirmó todo eso en presencia de ocho hombres.

Se reunió el comité [que trasladaría a los hermanos de Misuri], y el hermano Guillermo Huntington dio su informe del viaje que hizo a Libertad por negocios del comité.

Se trató el asunto de suministrar ropa para los prisioneros de la cárcel de Richmond, y se aprobó la idea de enviar dos de los hermanos a Libertad, para vender algunos terrenos. Para ello se asignó a los Elderes H. G. Sherwood y Teodoro Turley.

Se preparó una lista de ropa para los prisioneros de Richmond, y se entregó a los que irían a Libertad, para que compraran los artículos cuando vendieran los terrenos.

Sábado 6 de abril.— El Juez King, temiendo un cambio de jurisdicción o alguna otra acción de nuestra parte para escapar su persecución impía (y muy probablemente, para que fuéramos asesinados en el camino), nos llevó rápidamente a mí y a mis compañeros al Condado de Daviess, con una guardia de unos diez hombres a las órdenes de Samuel Tillery, carcelero del Condado de Clay. Se nos prometió que pasaríamos por Far West, pues estaba en la ruta; y nuestros amigos lo supieron y estaban esperándonos;

mas en lugar de cumplir su promesa, rodeamos la ciudad, avanzando treinta kilómetros fuera de la ruta directa, por áreas despobladas, donde podíamos ser fáciles víctimas de un atentado.

Domingo 7 de abril.— Se reunió el comité en casa del hermano Turley. El hermano Erastus Snow dio un informe de su visita a los jueces de Jefferson City. Se leyó una carta de los prisioneros de Libertad, y se nombró a Daniel Shearer y a Heber C. Kimball para que le avisaran al Sr. Hughes que fuera al Condado de Daviess y allí asistiera a la sesión de la corte.

Continuamos nuestro viaje a través de la pradera, mientras que los hermanos de Far West, preocupados por nuestro bienestar, le pagaron treinta dólares a un hombre para que nos llevara una carta al Condado de Daviess y trajera la contestación.

Lunes 8 de abril.— Al final de un viaje tedioso (por estar tanto tiempo encerrados se habían debilitado nuestras fuerzas) llegamos al Condado de Daviess, como a kilómetro y medio de Gallatin, y ahí fuimos entregados en manos del Sheriff del Condado de Daviess, Guillermo Morgan, y su guardia, integrada por Guillermo Bowman, Juan Brassfield y Juan Pogue. La guardia de Libertad se puso en marcha de regreso, pero en el camino se dividieron o se desviaron; algunos de ellos llegaron a Far West ya de noche.. Pidieron ayuda, y acudió el Elder Markham y los llevó a una taberna. Le entregaron una carta que yo había escrito para el comité, donde les informaba de nuestra llegada al Condado de Daviess.

Martes 9 de abril.— Ante un Gran Jurado borracho, y el Juez Austin A. King igualmente borracho, empezó nuestro juicio. El comité había enviado al Elder Esteban Markham para que nos visitara y nos trajera cien dólares que nos mandó el Elder Kimball, pues nos hallábamos muy necesitados. Markham salió de Far West esta mañana y atravesó a nado varios ríos, llegando acá en la tarde, y pasó la noche con nosotros. El hermano Markham nos trajo una copia de un decreto aprobado por la Legislatura, en el que se nos daba el privilegio de cambiar de jurisdicción por nuestra propia petición.

El Juez Morin vino de Mill Port, y estaba a favor de que terminara la persecución que estábamos padeciendo, y pasó la noche en la prisión con nosotros. Disfrutamos un tiempo tan agradable como lo permitían las circunstancias, y estábamos tan felices como el que más. El Espíritu nos sostenía en medio de nuestras tribulaciones, y nos regocijábamos en nuestra mutua compañía.

Miércoles 10 de abril.— El día transcurrió con los interrogatorios de los testigos ante el Gran Jurado. El Dr. Sampson Avard era uno de los testigos. Al hermano Markham no se le permitió testificar.

Nuestra guardia se retiró y en su lugar quedaron el Coronel Guillermo P. Peniston, Blakeley y otros.

Jueves 11 de abril. — Siguió el interrogatorio de los testigos, y testificó el Elder Markham. Cuando terminó, Blakeley, uno de los de la guardia, vino y le dijo que quería hablar con él. El hermano Markham salió junto con él y entonces Blakeley le gritó: “Tu...mormón, te voy a matar”. Y golpeó a Markham con sus puños y después con un garrote. Markham le quitó el garrote y lo arrojó al otro lado de la cerca.

Había diez individuos de la chusma que se abalanzaron sobre Markham para matarlo, y el capitán de la guardia, el Coronel Guillermo P. Peniston, era uno de ellos. Pero Markham les dijo que podía matarlos a todos ellos con un puñetazo a cada uno, y se alejaron. La corte y el Gran Jurado salieron y vieron la riña, y oyeron que la chusma amenazaba de muerte a Markham, utilizando todos los juramentos que podían inventar, pero no lo tomaron en cuenta.

Los diez del populacho fueron a buscar sus armas para matar a Markham, y el Gran Jurado presentó una acusación de “asesinato, traición y robo” en contra de Lyman Wight, Alejandro McRae, Caleb Baldwin, Hyrum Smith y yo.

Esta noche se reunió el comité [de traslado] en la casa de Daniel Shearer. Después de la oración, hecha por el hermano Jacobo Newsberry, éste fue ordenado Elder por recomendación del Elder Heber C. Kimball, a manos de Hiram Clark y Guillermo Huntington.

El Elder Kimball informó que ya había regresado Isai P. Maupin, el mensajero al que le pagaron treinta dólares; que los prisioneros estaban bien y con animo.

El hermano Rogers acababa de volver del Condado de Jackson, e informó que había vendido todos los terrenos. Se pidió al Elder Kimball que al día siguiente asistiera a una reunión de los oficiales del Condado de Daviess, y que en forma personal mencionara el asunto del comité [de traslado] y los

hermanos en general, y se enterara de su actitud, y si estaban dispuestos a proteger a los hermanos de los abusos de la chusma en caso de que viniera para echarlos, como había amenazado.

Durante la noche se abrieron a mi entendimiento las visiones del futuro. Vi la forma y los medios, y la cercanía de mi salida de la prisión, y el peligro en que estaba mi amado hermano Markham. Lo desperté y le dije que si se levantaba muy temprano, sin esperar al Juez y a los abogados, como pensaba hacerlo, y se iba repentinamente podría llegar con seguridad a casa casi antes de que se diera cuenta; y si no lo hacía así, la chusma lo mataría en el camino; y le pedí que les dijera a los hermanos que mantuvieran buen ánimo, pero que se mudaran sin pérdida de tiempo.

Viernes 12 de abril.— Esta mañana el hermano Markham se levantó al amanecer y cabalgó rápidamente hacia Far West,, llegando allá antes de las nueve de la mañana. Los de la chusma lo siguieron para matarlo, pero no lo alcanzaron.

Domingo 13 de abril.— El Elder Marham fue a Independence para cerrar un negocio de la Iglesia en esa región.

Domingo 14 de abril.— El comité [de traslado] acordó enviar a las hermanas Fosdick y Meeks, al hermano Guillermo Monjar y a otra familia con el grupo de los hermanos Jones, Burton, y Barlow, quienes habían llegado recientemente a Quincy.

El comité trasladó a treinta y seis familias a Tenney's Grove, como a cuarenta kilómetros de Far West. Unos cuantos hombres fueron asignados para cortar leña para ellas, y el hermano Turley, para proveerles maíz y carne, hasta que sea posible mudarlos a Quincy. El maíz se muele en el molino que el comité tiene en Far West. El Elder Kimball fue obligado a ocultarse en los maizales durante el día, y por la noche volvió para aconsejar al comité y demás hermanos.

Lunes 15 de abril.— Logramos obtener cambio de jurisdicción, y salimos rumbo al Condado de Boone, siendo llevados hasta allá por una guardia muy fuerte.

Por la noche se reunió el comité [de traslado] para planear la mudanza de las pocas familias que quedan en Far West.

Esta noche se embriagó nuestra guardia. Lo consideramos favorable para escapar, sabiendo que el único objetivo de nuestros enemigos es matarnos; y también, que un número de nuestros hermanos ha sido masacrado por ellos en el Arroyo Shoal, incluso dos niños; y que buscan la oportunidad para abusar de otros que todavía están en el Estado; y que nunca se les ha hecho responsables de sus crímenes, solapados por las autoridades. Creímos necesario librarnos de nuestros enemigos y de esa tierra de tiranía y opresión, por cuanto deseamos salvar nuestras vidas y no morir a manos de asesinos, y porque amamos a nuestras familias y amigos, y queremos tomar otra vez nuestro lugar entre un pueblo en cuyo corazón moran los sentimientos de republicanismo y libertad que dieron origen a nuestra nación, esos sentimientos que son desconocidos para los habitantes del Estado de Misuri. Por lo tanto, aprovechamos la situación de nuestra guardia y partimos de allí, cubriendo esa noche una gran distancia.

Miércoles 17 de abril.— Seguimos el viaje hacia Illinois, manteniéndonos alejados cuanto podíamos del camino principal, lo cual retrasaba nuestro avance.

Jueves 18 de abril.— Esta mañana entró en el salón del comité el Elder Kimball, y les dijo a los hermanos que terminaran con los asuntos y que se fueran, o de lo contrario los matarían. Esteban Markham había ido al otro lado del Río Misuri por unos asuntos. Los Elderes Turley y Shearer estaban en Far West.

Doce hombres fueron con rifles cargados a la casa del Elder Turley, para matarlo. Tomaron diecisiete relojes y los hicieron añicos. Quebraron las mesas y las ventanas, mientras Bogart (el Juez del Condado) miraba y se reía. Un tal Whitaker arrojó contra Turley unas ollas de fierro, una de las cuales le pegó en el hombro, y Whitaker saltaba y se reía como loco. La chusma mató a disparos a varias vacas mientras las muchachas las ordeñaban. También amenazó con llenar al comité de agujeros y mandarlos al infierno.

Ese mismo día, antes de quebrar los relojes, algunos de ese mismo grupo encontraron al Elder Kimball en la plaza principal de Far West y le preguntaron si él era un “mormón”; él respondió: “Sí soy mormón”. A lo que contestaron: “Bien, te vamos a volar los sesos... mormón. Y trataron de echarle encima los caballos. Esto sucedió en presencia de Elías Smith, Teodoro Turley y otros más del comité.

Los hermanos juntaron todo lo que pudieron y salieron de Far West en una hora. La chusma se quedó allí hasta que se fueron, y entonces saqueó miles de dólares en pertenencias que los hermanos exiliados habían dejado para ayudar a la mudanza de los pobres.

Uno de los de la chusma llegó cabalgando y, no encontrando otro lugar para atar su caballo, le disparó a una vaca que andaba por ahí, y mientras el pobre animal agonizaba, le cortó una tira de piel desde la nariz hasta la punta de la cola, amarrando uno de los extremos a un tronco y el otro, a su cabestro.

Durante el alboroto de este día fue destruida o se perdió una gran parte de los registros del comité: informes, historia, etc. De manera que muchos detalles no han podido registrarse adecuadamente.

Cuando los santos comenzaron a mudarse de Far West, embarcaron en Richmond cuantas familias y equipaje pudieron, para que bajaran por el Río Misuri hasta Quincy, Illinois. Esta misión estuvo a cargo del Elder Leví Richards y Rubén Hedlock, nombrados por el comité. Yo seguí con mis hermanos el viaje hacia Quincy.

Viernes 19 de abril.— Los Elderes Turley y Clark todavía estaban a pocos kilómetros de Far West cuando se les quebró uno de los ejes, y el hermano Clark tuvo que ir hasta Richmond por ayuda, por lo que se dilataron varios días.

Sábado 20 de abril.— Salió el último de los santos de Far West.

Domingo 21 de abril.— Yo todavía seguía mi viaje.

Lunes 22 de abril.— Seguimos el viaje de día y de noche; y tras mucha hambre y fatigas, llegué a Quincy, Illinois, entre felicitaciones de mis amigos y los abrazos de mi familia, a la que encontré tan bien como podía esperarse, tomando en cuenta lo que había tenido que pasar. Antes de salir de Misuri pagué a los abogados de Richmond treinta y cuatro mil dólares, en efectivo, terrenos, etc. Por un terreno que les dejé por siete mil dólares en el Condado de Jackson, pronto les ofrecieron diez mil, pero no los aceptaron. Por otros pleitos legales que tuve que afrontar durante los pocos meses que estuve en el Estado, pagué por los honorarios de los abogados la suma de dieciséis mil dólares, haciendo por todo alrededor de cincuenta mil dólares y recibiendo muy poco a cambio, pues hubo ocasiones en que tenían miedo de actuar por causa de la chusma, y otras, estaban tan borrachos que no podían trabajar. No obstante, hubo unas cuantas excepciones honorables.

Entre quienes han sido los principales instrumentos y dirigentes de las crueles persecuciones de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, los siguientes ocupan un lugar preponderante: los Generales Clark, Wilson y Lucas; el Coronel Price y Cornelio Gillium; también el Capitán Bogart, con un celo sin igual en la causa de la opresión y la injusticia, y que se deleitaba en robar, asesinar y destruir a los santos. Me robó un caballo valioso, con la silla y la brida, con un valor de doscientos dólares, y luego se lo vendió al General Wilson. Al enterarme, le solicité el caballo al General Wilson y él me aseguró, con honor de caballero y de oficial, que se me devolvería el caballo; pero esta promesa no se ha cumplido.

Todas las amenazas, los asesinatos y los robos de que son culpables estos oficiales, los ha pasado por alto el Ejecutivo del Estado, quien para esconder su propia iniquidad debe, por supuesto, escudar y proteger a quienes ha contratado para llevar a cabo sus propósitos asesinos.

Estuve seis meses en sus manos, como prisionero; mas a pesar de su determinación de destruirme junto con el resto de mis hermanos que estaban conmigo, y aunque en tres ocasiones (según se me informó) fuimos sentenciados a morir fusilados sin la menor sombra de legalidad (pues no éramos militares), y habían fijado la hora y lugar para ello, mediante la misericordia de Dios, en respuesta a las oraciones de sus santos, he sido preservado y liberado de sus manos, y puedo disfrutar otra vez la compañía de mis amigos y hermanos a quienes amo y a quienes me siento unido por lazos más fuertes que la muerte, en un Estado donde creo que se respetan las leyes, y cuyos ciudadanos son caritativos y humanitarios.

Debo decir que durante el tiempo que estuve en poder de mis enemigos, aunque sentía gran ansiedad respecto a mi familia y amigos, de quienes se abusaba, y que eran tratados tan inhumanamente, y quienes lloraban la pérdida de sus esposos e hijos que habían sido muertos, y después que se les había robado casi todo lo que poseían, arrojados de sus hogares y forzados a vagar como forasteros en tierra extraña para poder librarse a sí mismos y a sus pequeños de la destrucción que los amenazaba en Misuri, aun así, por

lo que a mí respecta, me sentía completamente calmado y resignado a la voluntad de mi Padre Celestial. Sabía de mi inocencia, así como la de los santos, y que no habíamos hecho nada para merecer ese trato de las manos de nuestro opresores. En consecuencia, podía mirar hacia ese Dios que tiene en sus manos las vidas de todos los hombres, y que a menudo me ha salvado de las puertas de la muerte; y aunque toda vía de escape parecía estar herméticamente cerrada, y la muerte andaba rondándonos, y que se había decidido mi destrucción en lo que a los hombres concierne, todavía desde que entré por primera vez al campamento, sentí la seguridad de que yo, mis hermanos y nuestras familias seríamos liberados. Sí, esa voz que con tanta frecuencia ha susurrado consuelo a mi alma al estar en las profundidades de la aflicción y la congoja, me dio animo y me prometió ser librado, lo cual me dio gran consolación. Y aunque los paganos estaban enfurecidos y la gente imaginaba cosas vanas, el Señor de los Ejércitos, el Dios de Jacob, era mi refugio; y cuando clamé a la hora del apuro, El me libró, por lo cual clamé con toda mi alma para bendecir y alabar su santo nombre. Pues aunque estaba agobiado por todas partes no estaba oprimido; lleno de cuidado, pero nunca desesperado; perseguido pero nunca abandonado; golpeado pero no destruido.

La conducta de los santos a lo largo de sus sufrimientos e injusticias ha sido digna de encomio; su valor para defender a sus hermanos de los ataques del populacho; su firmeza en la causa de la verdad bajo las circunstancias más difíciles y angustiosas que puede soportar la humanidad; su amor al prójimo; su solicitud para proporcionarme ayuda a mí y a los hermanos confinados en el calabozo; su sacrificio de salir de Misuri y ayudar a los pobres, las viudas y los huérfanos, y procurarles un hogar en una tierra más amable, todo se combina para elevarlos a los ojos de todo hombre bueno y virtuoso, y les ha ganado el favor y la aprobación de Jehová, y un nombre tan inmortal como la eternidad. Y florecerán sus acciones virtuosas y heroicas en defensa de la verdad y de sus hermanos, cuando los nombres de sus opresores sean completamente olvidados, o recordados sólo por su crueldad y barbarie.

Siempre recordaré sus atenciones y afecto hacia mí mientras estuve en prisión. Y al ver que los guardias y el carcelero los empujaban y abusaban de ellos cuando venían a cumplir un servicio para nosotros y darnos ánimo mientras estuvimos en esa tenebrosa prisión, tuve sentimientos que no puedo expresar, en tanto que quienes nos insultaban y amenazaban con lenguaje blasfemo, eran aplaudidos y felicitados.

No obstante, gracias a Dios hemos sido liberados. Y a pesar de que algunos de nuestros amados hermanos han tenido que sellar su testimonio con su sangre y han muerto como mártires de la verdad,

Breve aunque amarga fue su pena;
sempiterno será su gozo.

No nos entristezcamos como los que no tienen esperanza; rápidamente se acerca el día en que los veremos nuevamente y nos regocijaremos todos juntos, sin temor a los malvados. Sí, a los que han dormido en Cristo, El traerá cuando venga para ser glorificado en sus santos y admirado por todos los que creen, pero para vengarse de sus enemigos y de todos los que no obedecen el evangelio.

Entonces será consolado el corazón de las viudas y los huérfanos, y se enjugarán las lágrimas de sus ojos. Las pruebas que han pasado obrarán para su bien y para prepararlos para la compañía de aquéllos que han salido de gran tribulación y han lavado sus ropas, emblanqueciéndolas en la sangre del Cordero.

No os maravilléis entonces, si sois perseguidos; sino recordad las palabras del Salvador: “El siervo no es mayor que su Señor; si me han perseguido a mí, os perseguirán también a vosotros”; y que todas las aflicciones que los santos tienen que pasar, son en cumplimiento de las palabras que los profetas han hablado desde el principio del mundo.

Haremos bien, pues, en discernir las señales de los tiempos, para que el día del Señor no nos sorprenda “como ladrón en la noche”. Debemos esperar aflicciones, persecuciones, prisiones y muerte, según las Escrituras, que nos dicen que la sangre de aquéllos cuyas almas estaban debajo del altar no sería vengada hasta que sus hermanos fueran muertos como lo fueron ellos.

Si estos eventos hubieran tenido lugar entre salvajes, bajo la autoridad de un rey despótico, o en una nación donde la ley estableciera una religión y prohibiera las demás, entonces podría haber habido un ápice de legalidad. Pero vemos que en una tierra que es la cuna de la libertad y la igualdad de derechos; donde la voz de quienes han vencido a nuestros enemigos todavía resuena en nuestros oídos; donde a

menudo nos topamos con quienes estuvieron en las luchas por la libertad y cuyas armas han defendido a su país y su libertad; cuyas instituciones son el tema de los filósofos y los poetas, y provocan admiración en todo el mundo civilizado; en medio de todo esto, ha comenzado la persecución más injusta y se ha decretado la tragedia más espantosa, gracias a una gran parte de los habitantes de uno de los estados libres y soberanos que integran esta inmensa República; y se ha dado un golpe mortal a las instituciones por las que nuestros padres pelearon tantas encarnizadas batallas, y por las que tantos hombres patriotas han derramado su sangre. De repente, entre las voces de gozo y gratitud por la libertad de nuestra nación, se oyó la voz de lamentación, de lloro, y de aflicción. ¡Sí!, en este país, por encima de las leyes que han costado tanta sangre, un populacho ajeno a los sentimiento de virtud y patriotismo que palpitaban en los corazones de los ciudadanos libres, cayó sobre un pueblo de diferente fe religiosa; y no sólo destruyó sus casas, los echó de sus tierras y robó sus pertenencias, sino asesinó a muchos de los hijos de una América libre, tragedia que no tiene paralelo en tiempos modernos y, difícilmente en los antiguos; hasta la faz del piel roja hubiera palidecido al saber esas cosas. Hubiera sido un consuelo el que las autoridades del Estado fueran inocentes de todo esto; pero comparten la culpa, y la sangre inocente, aun de los niños, dama venganza contra ellos.

Yo pregunto a los ciudadanos de esta República: ¿Se debe permitir que estos hechos pasen desapercibidos; y queden destrozados los corazones de las viudas, los huérfanos y los hombres patriotas; y queden los agravios sin una reparación? ¡No! Invoco al espíritu que hizo surgir nuestra Constitución. Apelo al patriotismo de los habitantes de este país para detener esta ola profana e ilícita. Y oro por que Dios defienda a esta nación de los efectos espantosos de tales ultrajes.

¿Es que se desconoce la virtud en el Estado político? ¿No se levantará el pueblo en su majestad, y con el celo y la presteza que lo caracterizan rechazará esos procedimientos, dando a los infractores el castigo que tanto merecen, salvando así a la nación de la ignominia y última ruina que, de no hacerlo, inevitablemente deben caer sobre ella?

El Elder Markham había cerrado su negocio en el Condado de Jackson y regresó a Far West, perseguido hasta el río por el populacho, que cabalgaba a galope tendido con la intención de matarlo. El hermano Markham permaneció en Far West y sus cercanías hasta el veinticuatro de abril.

Pasé todo este día saludando y recibiendo visitas de mis hermanos y amigos, y ciertamente fue un tiempo gozoso.

Miércoles 24 de abril. — El Elder Parley P. Pratt y sus compañeros de prisión fueron llevados ante el Gran Jurado del Condado de Ray en Richmond, y fueron absueltos Darwin Chase y Norman Shearer, tras una prisión de seis meses. La esposa de Morris Phelps, que había estado con él en la prisión por algunos días, con la esperanza de que lo liberaran, partió de su lado con su niño pequeño, rumbo a Illinois. El grupo de los prisioneros en Richmond se redujo a cuatro. King Follet era parte del grupo desde mediados de abril; fue arrancado de su familia acongojada justo cuando salían del Estado. Así, de todos los prisioneros que originalmente fueron capturados con un gasto de doscientos mil dólares, sólo quedaban dos (Luman Gibbs había negado la fe para tratar de salvar su vida), y eran Morris Phelps y Parley P. Pratt. Todos los que pusieron fianzas fueron desterrados del Estado junto con los que les ayudaron.

De manera que parece que ninguno será enjuiciado sino los hermanos Pratt y Phelps; y están sin amigos ni testigos en ese Estado.

Los Elderes Clark y Turley se encontraron con Alteo Cutler, Brigham Young, Orson Pratt, Jorge A. Smith, Juan Taylor, Wilford Woodruff, Juan E. Page, Daniel Shearer y otros que iban de Quincy a Far West, para cumplir el veintiséis de abril con la revelación que se había dado; y Clark y Turley se unieron al grupo. El Elder Markham estuvo de visita en Tenney's Grove. Esta noche me reuní en concilio con la Iglesia.

Jueves 25 de abril.— Fui con el comité a Iowa para escoger un lugar para los santos. El Elder Markham regresó a Far West de Tenney's Grove, para esperar la llegada de los hermanos que iban de Quincy.

Así se cumplió la revelación del ocho de julio de 1838, que nuestros enemigos dijeron que no podría cumplirse porque los mormones no entrarían al Estado.

Cuando los santos se retiraban de la reunión, el hermano Turley pidió a los Elderes Page y Woodruff: “Esperen un poco, mientras me despido de Isaac Russell”; y mientras tocaba a la puerta, llamó al hermano Russell. Su esposa contestó: “Pase; es el hermano Turley”. Russell replicó, muy alarmado: “No es; él se fue hace dos semanas”. Pero al ver que era el hermano Turley, le pidió que se sentara, pero éste contestó:

—No puedo, porque me están esperando.

—¿Quién lo espera?

—Los Doce.

—¡Los Doce!

—Sí, ¿no se acuerda que hoy es día veintiséis, cuando los Doce debían despedirse de sus amigos en los terrenos de la Casa del Señor, para luego ir a las islas del mar? La revelación se ha cumplido, y me voy con ellos.

Russell se quedó sin habla, y Turley se despidió de él. Los hermanos regresaron inmediatamente a Quincy, llevando con ellos las familias de Tenny’s Grove.

Miércoles 10 de mayo.— Hoy le compré a Hugo White, en unión con otros miembros del comité, una granja de ciento treinta y cinco acres por la suma de cinco mil dólares; también compré una granja del Dr. Isaac Galland, al oeste de la de White, por la suma de nueve mil dólares; las dos quedarán escrituradas a Alanson Ripley, por acuerdo del comité; pero Sidney Rigdon declaró que: “Ningún comité debe controlar una propiedad con la que nada tiene que ver”; en consecuencia, la propiedad Galland fue escriturada al yerno de Jorge W. Robinson, con el entendimiento expreso que él la escriturara a la Iglesia, cuando la Iglesia la haya pagado de acuerdo con el contrato.

Jueves 9 de mayo.— Salí con mi familia hacia Commerce, Condado de Hancock, y pasamos la noche en casa de mi tío Juan Smith, en Green Plains, siendo recibidos muy cordialmente.

Viernes 10 de mayo.— Llegué con mi familia a la propiedad White y fijé mi residencia en una pequeña cabaña de troncos a orillas del río, como kilómetro y medio al sur de Commerce, con la esperanza de que yo y mis amigos podamos tener un lugar de descanso, al menos por una temporada.

Para contestar una acusación que fue registrada por el Gran Jurado del populacho del Condado de Ray, en contra de Parley P. Pratt, Morris Phelps y Luman Gibbs por asesinato, y contra King Follet por robo, se obtuvo un cambio de jurisdicción al Condado de Boone. Fueron esposados el uno al otro, de dos en dos, la mañana del día veintidós [de mayo], con grilletes alrededor de las muñecas, y los sacaron de la prisión y los pusieron en un coche. La gente de Richmond se juntó alrededor de ellos para verlos marcharse, pero nadie pareció compadecerse de ellos, a excepción de dos personas. Una de ellas la señora del general Clark, los saludo inclinándose a través de la ventana, y parecía conmovida. La otra era un Sr. Hugins, comerciante de Richmond, que también mostró sentimiento cuando pasaron.

Salieron de Richmond acompañados del Sheriff Brown y cuatro guardias con pistolas desenfundadas, y se dirigieron a Columbia. Había estado lloviendo y tronando por varios días, y la tormenta siguió con muy pocas interrupciones desde que salieron hasta que llegaron a su destino, lo que les llevó cinco días. Los arroyos estaban crecidos y les fue difícil cruzarlos.

Jueves 23 de mayo.— Los prisioneros llegaron a un arroyo que tenía varias decenas de metros de ancho, y una corriente rápida y profunda. Ya era de noche y no había ninguna casa cercana, ni habían comido en todo el día. La compañía hizo una parada, sin saber qué hacer. Esperaron un rato. Todos estaban hambrientos e impacientes, y la lúgubre noche parecía prometer que antes de amanecer el arroyo crecería más por la lluvia adicional.

En medio de este dilema, unos opinaban una cosa y otros otra. Por último, el Sr. Pratt le propuso al Sheriff que le quitara los grilletes y así entraría al agua para determinar el fondo del arroyo. Accedió el Sheriff, con algo de vacilación. El hermano Pratt se metió al arroyo y lo cruzó a nado, y probó la profundidad la estabilidad del piso y la velocidad del agua.

Al ver esto, el Sheriff se animó a cruzar en su caballo, pero se cayó y terminó zambullido en el arroyo. Ese accidente lo decidió todo. Ya estando mojado por entero, el sheriff resolvió que cruzara toda la compañía. Por tanto, vanos se quitaron la ropa y montaron en los caballos en pelo, llevando sus ropas,

sillas de montar, cobijas y armas en un baúl sobre los hombros, pasándolos sin que se mojaran. Para esto tuvieron que ir y venir varias veces. En esta labor, guardias y prisioneros trabajaron unidos. Todo ya estaba del otro lado, menos el coche. Ahora el hermano Phelps propuso engancharle dos caballos, montando él en uno, y así pasarlo; el hermano Pratt y uno de los guardias iban nadando a un costado del coche, para evitar que se volcara por la fuerza de la corriente, y de esa manera llegaron todos a la otra orilla. Todo volvió al orden anterior: los prisioneros al coche y la escolta a sus caballos, y avanzando con rapidez llegaron al anochecer a una casa bajo un terrible chubasco.

Esta semana estuve ocupado en aconsejar, escribir cartas, y atender asuntos generales de la Iglesia.

Viernes 24 de mayo.— Los Doce dieron un informe de las actividades de los Setentas, que aprobé. También aprobé que los Doce viajaran a Inglaterra.

Los prisioneros de Misuri cruzaron el Río Misuri en Arrow Rock, llamado así porque los lamanitas acostumbraban venir de todas partes para tomar una roca de laja y con ella hacer puntas de flecha. Durante el viaje los prisioneros estuvieron durmiendo en el suelo, encadenados juntos, los cuatro con grilletes en manos y pies. Además de eso, cerraban todas las puertas y ventanas, y se quedaban en el mismo cuarto los cinco guardias con sus pistolas cargadas, vigilando por turnos. Esa crueldad era para complacer su carácter inicuo, más que por cualquier otra cosa, pues era en vano que trataran de escapar.

Martes 28 de mayo. — Estuve en casa.

Cuando los prisioneros de Misuri llegaron a Columbia, le solicitaron al Juez Reynolds un turno especial de la corte. La petición fue concedida y se señaló el primero de julio para la sesión de la corte.

Miércoles 29 de mayo.— Estuve en casa hasta el fin de semana, cuando fui a Quincy acompañado de mis consejeros. Ayudé a hacer los preparativos para presentar nuestra queja ante el Gobierno, y muchos de los hermanos estuvieron reportando los daños que sufrieron en Misuri.

Miércoles 5 de junio.— Regresé a Commerce y pasé el resto de la semana en casa.

Domingo 9 de junio.— Asistí a la reunión dominical en la casa del hermano Bosiers, con mi familia. Predicó el Elder Juan E. Page.

Lunes 10 de junio.— El Elder Page bautizó a una mujer. Estuve estudiando, en preparación para escribir mi historia.

Martes 11 de junio.— Empecé a dictarle mi historia a mi secretario, Jacobo Mullholland. Por estos días el Elder Teodoro Turley erigió la primera casa que los santos construyen en este lugar [Commerce]; se construyó de troncos, unos ciento veinticinco o ciento cincuenta metros al noroeste de mi casa, en la esquina noreste del lote cuatro, manzana ciento cuarenta y siete de la propiedad White.

Cuando compré las propiedades White y Galland, la ciudad de Commerce estaba formada por una casa de piedra, tres de madera y dos de bloque. Entre Commerce y la casa del Sr. Davidson Hibbard había una casa de piedra y tres cabañas de troncos, contando en la que vivo, y éstas eran todas las casas en esta región, y lo demás estaba literalmente desierto. La tierra estaba casi cubierta de árboles y arbustos, y con tanta humedad que un hombre a pie cruzaba el terreno con la mayor dificultad, y para los caballos era prácticamente imposible. Vivir en Commerce era tan insalubre que pocos podían vivir allí; pero con fe en que podía convertirse en un lugar saludable para los santos mediante las bendiciones del cielo, y no teniendo otro lugar disponible, consideré prudente intentar la edificación de una ciudad. (Nauvoo)

Viernes 28 de junio.— Estuve tratando asuntos diversos:

aconsejando, consultando a los hermanos, etc., etc.

Sábado 29 de junio.— Estuve en casa casi todo el tiempo.

Domingo 30 de junio.— Asistí a la reunión del domingo en la casa del hermano Bosier. La congregación era numerosa, y testifiqué de la veracidad de la obra, y también del Libro de Mormón.

Hoy llegó a la cárcel de Columbia la esposa de Morris Phelps, después de viajar doscientos cuarenta kilómetros acompañada de su hermano, Juan W. Clark, para ver a su esposo.

Lunes 1° de julio.— Pasé el día principalmente aconsejando a los hermanos. Hoy fue el día de la corte para el juicio de Parley P. Pratt y el resto de los hermanos que están en la prisión del Condado de Boone; pero como no estaban preparados para el juicio (todos sus testigos fueron desterrados del Estado), el juicio se pospuso para el veintitrés de septiembre.

Martes 2 de julio.— Pasó la mañana en el lado del río que corresponde a Iowa. Junto con los Elderes Sidney Rigdon y Hyrum Smith, y los Obispos Whitney y Knight, y otros. Fui a ver un terreno que compró recientemente el Obispo Knight, para el propósito de construir una ciudad, y aconsejé que así se haga y se llame Zarahemla.

Por la tarde me reuní con los Doce y algunos de los Setentas que están a punto de salir para sus misiones en Europa, y las naciones de la Tierra y las islas del mar.

La reunión se inició con himno y oración, tras lo cual la Presidencia bendijo a dos de los apóstoles, que habían sido ordenados hacía poco:

Wilford Woodruff y Jorge A. Smith; y también uno de los Setentas:

Teodoro Turley. Al terminar, la Presidencia también pronunció bendiciones sobre las cabezas de las esposas de los que irán al extranjero.

Tomó la palabra el Presidente Smith, por vía de consejo a los Doce, principalmente sobre la naturaleza de su misión; la necesidad de que practicaran la prudencia y la humildad en sus planes para dar discursos y de que no tomaran con ligereza su oficio, y que tuvieran siempre presente la importancia de su misión y la autoridad del sacerdocio.

Entonces yo me dirigí a ellos, dándoles muchas instrucciones con el fin de guardarlos contra el sentimiento de autosuficiencia y autoimportancia, tocando muchos puntos importantes y valiosos para todos los que quieren andar con humildad ante el Señor, y enseñándoles especialmente a cultivar la caridad, la sabiduría y amor fraternal el uno hacia el otro en todas las cosas y bajo cualquier circunstancia. Y en esencia, fue como sigue: Véase Enseñanzas del Profeta José Smith, Páginas 180-189.

Miércoles 3 de julio.— Bauticé al Dr. Isaac Galland y lo confirmé a la orilla del agua; unas dos horas después, lo ordené al oficio de élder.

Pasé la tarde dictando mi historia.

Viernes 5 de julio.— Estuve dictando la historia. Digo “dictando” porque rara vez empuño la pluma. Siempre uso un escribiente para mis documentos.

Sábado 6 de julio.— Estuve en casa, revisando los registros de la Iglesia

Domingo 7 de julio.— Estuve en la reunión, que se efectuó al aire libre. Una larga congregación escucho los discursos de despedida de los Doce, quienes estaban a punto de salir hacia una misión importantísima entre las naciones de la Tierra y las islas del mar.

Lunes, martes y miércoles 8, 9, y 10 de julio.— Estuve con los Doce, seleccionando himnos para formar un himnario.

Por estos días comenzó a manifestarse mucha enfermedad entre los hermanos, así como entre los demás habitantes del área; por lo que esa semana y la siguiente las pasé visitando a los enfermos y administrándoles la ordenanza de la unción; unos tenían fe suficiente para ser sanados; otros no.

Domingo 21 de julio.— No hubo reunión por causa de tanta lluvia y enfermedad; no obstante, muchos de los enfermos hoy fueron levantados por el poder de Dios, mediante la ministración de los élderes de Israel, en el nombre de Jesucristo.

Lunes y martes 22 y 23 de junio.— Se administró la unción a los enfermos, con resultados milagrosos, pero muchos siguieron enfermos, y cada día se presentan otros casos.

Domingo 4 de agosto.— Se reunió la Iglesia para servicio sacramental. Exhorté largamente a la Iglesia concerniente a la necesidad de ser justos y limpios de corazón delante del Señor. Hablaron también otros hermanos; algunos de los Doce que estaban presentes profesaron su voluntad para salir a sus misiones en Europa, sin bolsa ni alforja. Se administró el sacramento; prevaleció un espíritu de

humildad y armonía, y la Iglesia aprobó una resolución para que los Doce salgan a sus misiones tan pronto como sea posible, y que los santos provean para las familias de ellos durante su ausencia.

Domingo 10 de septiembre.— Asistí a la reunión, y hablé sobre algunos errores de los escritos de Parley P. Pratt. Esta semana decreció grandemente la enfermedad.

Lunes 9 de septiembre, y casi toda la semana: estuve visitando a los enfermos y ayudando en la edificación de nuestra nueva ciudad.

Sábado 14 de septiembre— El Presidente Brigham Young salió de su casa en Montrose para ir a su misión en Inglaterra. Se hallaba muy enfermo; no pudo llegar al río, una distancia de ciento cincuenta metros, sin ayuda. Después de cruzar el río, el hermano Israel Barlow lo llevó en las ancas de su caballo hasta la casa de Heber C. Kimball, donde siguió enfermo hasta el día dieciocho. Dejó a su esposa enferma, con un niño de sólo diez días de nacido, y a todos sus hijos enfermos, sin poder ayudarse el uno al otro. Volví a casa por la noche.

Domingo 15 de septiembre.— Estuve visitando a los enfermos.

Lunes y martes 16 y 17 de septiembre— Estuve ocupado en el trazado de los terrenos de la ciudad.

Miércoles 18 de septiembre.— Fui a Burlington, Territorio de Iowa. Los Elderes Young y Kimball partieron dejando enfermos a la hermana Kimball y a todos sus hijos, excepto el pequeño Heber; avanzaron veinte kilómetros en su viaje hacia Inglaterra, y llegaron a la casa del hermano Osmon M. Duel, quien vivía en una pequeña cabaña cercana a las vías del ferrocarril que van de Commerce a Varsovia. Estaban tan débiles que no pudieron meter sus maletas a la casa sin la ayuda de la hermana Duel, que los recibió amablemente, les preparó un lugar para que se acostaran y les hizo una taza de té.

Jueves 19 de septiembre.— Esta noche regresé de Burlington. El hermano Duel llevó en su carro a los Elderes Young y Kimball hasta Lima, una distancia de veinticuatro kilómetros; y allí otro hermano los llevó a la casa del hermano Mikesell, cerca de Quincy, una distancia de treinta kilómetros. La fatiga del día fue demasiado para sus débiles cuerpos; estaban exhaustos, y tuvieron que permanecer unos cuantos días para recuperarse.

Viernes y sábado 20 y 21 de septiembre.— En casa, atendiendo asuntos domésticos y de la Iglesia.

Los Elderes Jorge A. Smith, Rubén Hedlock y Teodoro Turley salieron para Inglaterra, y volcaron su carro a la orilla del río, antes de siquiera perder de vista la ciudad. Los Elderes Smith y Turley estaba tan debilitados que no podían subir al carro otra vez, y el hermano Hedlock tuvo que subirlos. Poco después pasaron junto a unos hombres que les preguntaron si habían salido del cementerio, tan lamentable era su aspecto por la enfermedad.

Domingo 22 de septiembre.— Presidí la reunión y hablé concerniente al “otro Consolador”, como lo había enseñado previamente a los Doce.

Pasé la semana arreglando varios asuntos en casa, excepto cuando visité a los enfermos, que en general ya se están recuperando, aunque despacio, algunos de ellos.

Domingo 29 de septiembre. — Hicimos la reunión en mi casa. Luego que otros habían hablado, hablé yo sobre la inutilidad de predicar grandes juicios al mundo, siendo lo mejor predicar el evangelio en su sencillez. Explicué algo concerniente a la venida del Hijo del Hombre; también, que es falsa la idea de que los santos escapan de todos los juicios, mientras los inicuos sufrirán; porque toda carne está sujeta al padecimiento, “y los justos apenas escapan”; con todo, muchos de los santos se librarán, pues los justos vivirán por la fe; sin embargo, muchos de los justos serán presa de las enfermedades, las pestilencias, etc., por motivo de la debilidad de la carne, mas se salvarán en el reino de Dios. De modo que es un principio injusto decir que tales o cuales personas han transgredido porque han sido víctimas de las enfermedades o la muerte, pues toda carne está sujeta a la muerte; y el Salvador ha dicho: “No juzguéis, para que no seáis juzgados”.

Martes 29 de octubre.— Salí de Nauvoo en compañía de Sidney Rigdon, Elías Highbee y Orrin P. Rockwell, en un coche tirado por dos caballos, hacia la ciudad de Washington, para presentar ante el Congreso de los Estados Unidos los agravios que sufrieron los santos estando en Misuri. Pasamos por Carthage y nos quedamos esa noche en casa del Juez Highbee, llegando a Quincy al día siguiente.

Miércoles 27 de noviembre.— Yendo por las montañas, todavía a cierta distancia de Washington, nuestro cochero entró en una taberna para echarse un trago y los caballos se asustaron y empezaron a correr, bajando la colina a gran velocidad. Persuadí a mis compañeros de viaje que se calmaran y se quedaran en sus asientos, y tuve que sujetar a una mujer para evitar que arrojara a su hijito fuera del coche. Los pasajeros estaban asustados en extremo, pero hice todo lo posible para calmarlos; y abriendo la portezuela, me agarré del lado del coche lo mejor que pude y logré llegar al asiento del cochero, y refrené a los caballos cuando ya habían corrido unos tres o cinco kilómetros, y ni el coche, ni los caballos, ni los pasajeros sufrieron ningún daño. Se alabó mi acción con abundantes expresiones de elogio, diciendo que era uno de los actos más heroicos y audaces; y cuando los pasajeros se vieron a salvo, y los caballos quietos, su gratitud fue inmensa. Con nosotros iban varios miembros del Congreso, y propusieron mencionar el incidente en ese cuerpo, con la certeza de que esa acción sería recompensada en algún acto público; pero al preguntar mi nombre para poder mencionar al autor de su seguridad, y enterarse de que era José Smith, “el profeta mormón”, como ellos me llamaban, no volví a oír una sola palabra de gratitud, alabanza o recompensa.

Jueves 28 de noviembre.— Llegué a la ciudad de Washington, y me hospedé en la esquina de las calles Tercera y Misuri.

Lo siguiente es una copia de nuestra petición al Congreso para que se efectúe una reparación de nuestros agravios: Véase Historia de La Iglesia Vol. IV, Pagina 24.

(Nota del traductor: Esta petición al Congreso en Washington, D.C. consta de 14 páginas documentando en detalle los abusos, injurias, injusticias, robos y muertes causados a los santos por el populacho de Misuri. El documento explica que parte de la causa del odio hacia los mormones había sido el orden social, cooperación y la prosperidad de estos y el contraste de ello con la vida desordenada de la gente de Misuri que entonces, era la frontera oeste de los Estados Unidos. La gente era ruda y sin educación y empecinada con la esclavitud de negros, mientras que los mormones no creían ni practicaban la esclavitud, siendo gente mayormente del norte.

El documento incluye muchos detalles de como el Gobernador de Misuri, creyendo reportes falsos y sin investigarlos, había dado una orden oficial a la fuerza militar del Estado para exterminar o expulsar a los mormones del Estado. También relata como, cuando los oficiales de la Iglesia respondieron a una invitación para conferenciar sobre los problemas, fueron hechos prisioneros y condenados a ser fusilados por una corte marcial que incluyó a diecisiete ministros religiosos. La orden de fusilamiento no se llevó a cabo solo porque el general que la recibió se negó a obedecerla.

Esta petición no fue aceptada por el congreso federal, el cual sugirió que tal petición se hiciera al gobierno de Misuri.)

Sábado 21 de diciembre.— Llegué en tren a Filadelfia, directamente desde la ciudad de Washington; y estuve allí varios días, predicando y visitando de casa en casa, a los hermanos y otras personas.

WASHINGTON
1840
EL PRESIDENTE VAN BUREN

Miércoles 8 de enero. — El Sumo Consejo de Nauvoo votó a favor de que se preste todo el dinero que sea posible para ayudar a los santos necesitados.

Esta noche predicó el Presidente Young en el edificio de una escuela en la zona suroeste de Richmond; la gente comenzó a hacer ruido y a perturbar la reunión, y cuando el Presidente Young censuró su conducta vergonzosa, algunos de los presentes tronaron cohetes. El Presidente Young reprendió con severidad, y dijo que sería bueno traerles unos indios del oeste para que éstos los civilicen.

Durante mi estancia en Washington tuve una entrevista con el Presidente, Martín Van Buren, quien me trató con una gran insolencia, y no fue sino con gran renuencia que escuchó nuestro mensaje; cuando acabó de oírnos, dijo: “Señores, su causa es justa pero no puedo hacer nada por ustedes”; y si les ayudo perderé el voto de Misuri” Toda su conversación mostró que sólo está interesado en su puesto; que su pasión dominante es su engrandecimiento personal, y que ni la justicia ni la rectitud forman parte de su filosofía. Vi que es un hombre al que yo no puedo apoyar a conciencia como cabeza de nuestra noble República. También tuve una entrevista con el Sr. Juan O. Calhoun, cuya conducta hacia mí fue deplorable. Me convencí de que no tenía caso quedarme más tiempo para reclamar las justas demandas de los santos para la consideración del Presidente o del Congreso y estuve pocos días allí. Me regresé, acompañado de Porter Rockwell y el Dr. Foster, en ferrocarril y diligencia hasta Dayton, Ohio.

Viernes 7 de febrero.— El Sumo Consejo de Montrose votó a favor de suspender a todos los hermanos de esa rama de la Iglesia que persistan en vender bebidas alcohólicas.

Miércoles 4 de marzo.— Llegué a Nauvoo, luego de un fatigoso viaje entre nieve y lodo, y tras haber sido testigo de muchos comportamientos torpes por oficiales de gobierno, cuya meta debería ser la paz, prosperidad y bienestar de todo el pueblo; pero en lugar de eso, descubrí que los principios que rigen a las autoridades son popularidad personal y el engrandecimiento personal; y mi corazón deja de latir al ver, en las visiones del Omnipotente, el fin de esta nación, si continúa ignorando los lamentos y las demandas de sus ciudadanos honorables, tal como lo ha hecho y lo está haciendo.

También he disfrutado de preciosos momentos con los santos durante mi viaje.

Durante mi viaje de regreso a casa no dejé de proclamar la maldad e insolencia de Martín Van Buren hacia mí y hacia un pueblo herido; y tendrá su efecto en la opinión pública. Que nunca sea elegido para ningún nombramiento de confianza o poder, por el que pueda abusar del inocente y dejar libre al culpable.

(Nota del Traductor: El Presidente Van Buren trató dos veces de ser reelegido sin éxito alguno. Muchos años después, en el Templo de San George, Utah, cuando el Presidente de la iglesia Wilford Woodruff, en visión, recibió la petición de los presidentes de Estados Unidos de que los bautizara vicariamente, lo hizo por todos pero a Van Buren le contestó: “tu causa es justa, pero no puedo hacer nada”).

Durante este viaje conté con que el Dr. Foster mantendría mi diario al día, pero me falló.

La obra del Señor se está extendiendo rápidamente en los Estado Unidos y en Inglaterra. Los élderes salen casi en todas direcciones, y se bautizan multitudes.

Lunes 1° de junio.— Los santos ya han erigido doscientas cincuenta casas en Nauvoo, de bloque en su mayoría, unas cuantas de madera, y están en construcción muchas más.

El evangelio se extiende con gran rapidez por los Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Escocia y otros lugares.

Lunes 8 de junio.— Desde que el Congreso votó en contra nuestra, el Señor ha empezado a afligir a esta nación, y seguirá haciéndolo a menos que se arrepientan; porque como nación son culpables de robo, saqueo y asesinato, porque se han negado a proteger a sus ciudadanos y ejercer la justicia de acuerdo con su propia Constitución. Ha caído una granizada en Carolina del Sur; se dice que algunos trozos de hielo

tenían una circunferencia de veintitrés centímetros, acabando con las cosechas y matando al ganado. Los insectos devoran las cosechas en las tierras altas adonde no han llegado las inundaciones; y grandes desastres comerciales prevalecen en todas partes.

Lunes 17 de agosto.— Me reuní en mi oficina con los Sumos Consejos de Nauvoo y Iowa. Juan Batten formuló muchas acusaciones contra Elías Fordham. Luego de oír los testimonios y las palabras de los consejeros, me dirigí al Consejo con algo de detalle, mostrando que en realidad, en esa situación no había causa qué perseguir. Que era mejor que las partes se reconciliaran sin ninguna acción o voto del Consejo, y vivieran como hermanos de ahí en adelante, sin volver a mencionar su desacuerdo. Así lo hicieron.

Viernes 11 de septiembre.— Hubo un terremoto terrible en el Monte Ararat, que destruyó al pueblo de Makitchevan, dañó todos los edificios de Erivan y devastó los dos distritos de Sharour y Sourmate, en Armenia. Una gran masa se desprendió del Monte Ararat y destruyó todo lo que encontró a su paso a lo largo de casi ocho kilómetros. La villa de Akhouli, junto con sus mil habitantes, quedó sepultada.

Domingo 13 de septiembre.— El Elder Kimball bautizó a cuatro personas en Londres.

Lunes 14 de septiembre.— Murió en Nauvoo mi padre, José Smith, Patriarca de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Miércoles 16 de diciembre.— El día de hoy fue firmada por el Gobernador el acta de incorporación de la Ciudad de Nauvoo, la Legión de Nauvoo, y la Universidad de la Ciudad de Nauvoo, habiendo sido aprobado previamente por la Cámara de Representantes y el Senado.

El acta de incorporación de Nauvoo es de mi propio diseño, para la salvación de la Iglesia, y sobre principios tan liberales que todo hombre podrá vivir bajo su sombra protectora sin distinción de secta o partido.

NAUVOO 1841 MÁS PERSECUCIÓN

Lunes 8 de febrero.— Se reunió el Ayuntamiento y se inició la reunión con una oración, lo cual se estableció como regla fija. Presentó una propuesta para que se construya un canal a través de la ciudad, que fue aceptado; y fui nombrado para contratar a quienes hagan los estudios correspondientes. También propuse una ordenanza sobre la temperancia, que se leyó y se pospuso.

En la discusión de la ordenanza anterior, hablé detalladamente sobre el uso de los licores, mostrando que son innecesarios, actúan como veneno en el estómago, y en su lugar pueden usarse hierbas y raíces para lograr los efectos necesarios.

6 de abril.— ¡Hoy es el primer día del duodécimo año de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días! Desde temprana hora se congregaron en sus puntos de reunión las compañías que integran la Legión de Nauvoo, además de dos compañías de voluntarios del Territorio de Iowa, haciendo un total de dieciséis compañías, y en el debido orden se dirigieron al campo asignado para pasar revista. El aspecto, el orden y los movimientos de la Legión fueron sobrios, espléndidos e imponentes, y fueron reflejo del gusto, el tacto y la destreza de los hombres que forman la Legión. Dudamos que haya algo semejante en cualquier otra ciudad del oeste. A las siete y media de la mañana, el fuego de artillería anunció la llegada de los Generales de Brigada Law y Don Carlos Smith, al frente de sus tropas respectivas; y a las ocho en punto, el General de División Bennett se dirigió a su puesto al disparo del cañón, y tomó el mando de la Legión.

A las nueve y media de la mañana, llegó al campo el Teniente General Smith, con su guardia, Estado Mayor y oficiales, y las damas de Nauvoo les presentaron una hermosa bandera nacional de seda, que fue recibida respetuosamente y fue saludada con el disparo del cañón. El Coronel Robinson, el corneta, la llevó a su posición respectiva en la fila; entonces pasó revista el Teniente General, acompañado de su comitiva.

A las doce en punto, el desfile llegó al terreno del templo, cercándolo en una formación cuadrada, quedando en el centro el Teniente General Smith, el General de División Bennett, los Generales de Brigada Wilson Law y Don Carlos Smith, con sus respectivos Estados Mayores, guardias, oficiales, visitantes distinguidos, banda, coro, etc.; y en la parte interna del cuadro, las damas y caballeros, y el resto de los ciudadanos. Los oficiales, el pabellón, los arquitectos, el orador principal, etc., fueron debidamente conducidos a la plataforma que estaba al lado de la piedra angular principal, y se dio comienzo al servicio religioso cantando el himno número sesenta y cinco del himnario nuevo.

Entonces el Presidente Rigdon se dirigió a la congregación, e hizo notar que la ocasión no era común y corriente, sino de un interés especial y extraordinario; que era la tercera ocasión de naturaleza semejante en que se le pedía dirigirse a la gente y ayudar en la colocación de las piedras angulares de una Casa que se edificaría en honor del Dios de los santos.

Entonces, bajo la dirección de la Primera Presidencia, los arquitectos colocaron la primera piedra en su lugar (esquina sureste), y el Presidente José Smith pronunció la oración de dedicación.

Se declaró concluido el servicio, y los militares se retiraron al campo y rompieron filas con la aprobación y el agradecimiento del oficial comandante. La banda militar, al mando del Capitán Duzette, hizo una presentación digna y notable, cumpliendo su papel honorablemente. Sus emotivos acordes reflejaban las emociones que nacían en cada corazón, y nos motivaron en el cumplimiento de los arduos pero placenteros y honorables deberes que correspondían a ese día. También es digno de encomio el coro, dirigido por B. S. Wilber.

Lo que aumentó en mucho la felicidad que sentimos en esta ocasión especial, fue que no oímos nada de lenguaje profano u obsceno, ni vimos ebrio a nadie. ¿Se podría decir lo mismo de alguna reunión similar en cualquier otra ciudad del país? Gracias a Dios que las bebidas embriagantes, perdición de la humanidad en estos últimos días, están desapareciendo de Nauvoo.

En conclusión, diremos que nunca hemos visto un espectáculo tan impresionante como el que se presentó en esta ocasión y durante las sesiones de la conferencia. Esa multitud que se movía con toda armonía, amistad y dignidad, testificaba en términos inconfundibles que era un pueblo de inteligencia, orden y virtud, y en resumen, que eran santos; y que su Dios, ejemplo y director, es el Dios de luz, pureza y amor; y que ellos se sentían felices y bendecidos.

Sábado 15 de mayo.— Recientemente nos han llegado noticias de Tennessee, Nueva York, Canadá y Nueva Orleans. Los élderes están bautizando por todas partes.

Viernes 4 de junio.— Fui a ver al Gobernador Carlin en su residencia de Quincy. Durante mi visita fui tratado con la mayor amabilidad y respeto; nada se mencionó en cuanto a que hubiera alguna solicitud de parte del Gobierno de Misuri para que se me arrestara. Pocas horas después de haber salido de la residencia del Gobernador, él envió al alguacil del Condado de Adams, Tomás King, y al alguacil de Quincy, Tomás Jasper, y a algunos otros, junto con un oficial de Misuri, para arrestarme y entregarme a las autoridades de Misuri.

Sábado 5 de junio.— Mientras me hospedaba en el Hotel de Heberlin, de Arroyo Bear, unos cuarenta y cinco kilómetros al sur de Nauvoo, me arrestaron el Sheriff King y sus asistentes. Varios de ellos, al ver el espíritu del oficial de Misuri, abandonaron el grupo con repugnancia y se fueron a sus hogares. Por lo tanto, regresé a Quincy y obtuve una orden de hábeas corpus del Sr. Carlos A. Warren; y como el Juez Esteban A. Douglas estaba en Quincy esa noche, fijó una audiencia para el martes siguiente en Monmouth, Condado de Warren, donde la corte empezaría ese día.

Domingo 6 de junio.— Anoche llegaron a Nauvoo las noticias de mi arresto, y se circularon por toda la ciudad. Oseas Stout, Tarleton Lewis, Guillermo A. Hickman, Juan S. Highbee, Uriel C. Nickerson y Jorge W. Clyde salieron en un esquife desde el desembarcadero de Nauvoo con la intención de alcanzarme y rescatarme, si fuera necesario. Tenían un fuerte viento en contra, pero llegaron a Quincy al anochecer; fueron a la casa de Benjamín Jones, y se enteraron de que yo iba rumbo a Nauvoo, custodiado por dos oficiales.

Llegué a Nauvoo bajo la custodia de los oficiales (el alguacil King enfermó de repente, y lo estuve curando y atendiendo en mi casa, para que pudiera ir a Monmouth), y les notifiqué a varios de mis amigos que se alistaran para acompañarme a la mañana siguiente.

Lunes 7 de junio.— Salí muy temprano rumbo a Monmouth, que está a una distancia de ciento veinte kilómetros (llevando conmigo al Sr. King y atendiéndolo en su enfermedad), acompañado de Carlos C. Rich, Amasa Lyman, Sadrac Roundy, Reynolds Cahoon, Carlos Hopkins, Alfredo Randall, Elías Highbee, Morris Phelps, Juan P. Greene, Enrique G. Sherwood, José Younger, Darwin Chase, Ira Miles, Joel S. Miles, Lucien Woodworth, Vinson Knight, Roberto B. Thompson, Jorge Miller y otros. Viajamos hasta la medianoche, hora en que acampamos por el camino.

Martes 8 de junio.— Llegamos y desayunamos en Monmouth. Percibimos una gran agitación entre el pueblo, y los ciudadanos manifestaban mucha curiosidad, ansiosos por ver al Profeta, pensando que me verían en cadenas. El Sr. King (con la salud algo mejorada) tuvo mucha dificultad para protegerme de la chusma que se había juntado. El Sr. Sidney A. Little, mi defensor, pidió “que el caso del Sr. Smith ya empiece a tramitarse”, pero el Procurador no aceptó, argumentando que no estaba preparado porque no se le notificó del juicio con suficiente anticipación. Por lo tanto, se acordó posponerlo hasta el miércoles por la mañana.

Por la noche se manifestó mucha inquietud entre la gente, y los ciudadanos contrataron varios abogados para acusarme.

Se me pidió que predicara a los ciudadanos de Monmouth, pero como era prisionero estuve encerrado en mi cuarto; y no podía siquiera bajar a comer, pues la gente se aglomeraba en las ventanas para poder verme. De manera que asigné al Elder Amasa Lyman para que predicara en el edificio de la corte el miércoles por la noche.

Miércoles 9 de junio.— Desde temprana hora la corte estaba llena de espectadores deseosos de ver el proceso.

El Sr. Morrison, representando los intereses del Gobierno, pidió tiempo para enviar a Springfield por la acusación, pues no se encontraba entre los documentos. Eso hubiera retrasado el proceso y, como no era importante para el asunto, mis abogados aceptaron la existencia de una acusación, para que siguiera adelante la investigación.

El Sr. Warren, mi defensor, leyó una petición que declaraba que yo estaba detenido ilegalmente, y que la acusación de Misuri se había obtenido por medio de fraude, y soborno, todo lo cual yo estaba preparado para probar.

Entonces el Sr. Little llamó a los siguientes testigos: Morris Phelps, Elías Highbee, Reynolds Cahoon y Jorge W. Robinson, y se les juramentó. Los abogados contrarios estaban en contra del procedimiento, pues allí terminaría el caso. Sobre eso se armó una acalorada discusión que duró todo el día.

Todos los abogados del lado contrario, con la excepción de dos, los Sres. Knowlton y Jennings, se limitaron a considerar los méritos de la acusación y se comportaron como unos caballeros; pero era evidente que el plan de los Sres. Knowlton y Jennings era agitar a la opinión pública todavía más, y encender los ánimos de la gente contra mí y mi religión.

Mis abogados, los Sres. Charles A. Warren, Sidney H. Little, O. H. Browning, Jacobo H. Raiston, Ciro Walker y Archibaldo Williams, actuaron noble y honorablemente, y se mantuvieron en defensa del acusado en forma digna de unos caballeros.

A algunos de ellos, inclusive, les habían dicho que si me defendían, se atuvieran a las consecuencias. Pero mis abogados no se intimidaron, y respondieron que si antes no estaban decididos a defenderme, ahora esas amenazas los habían convencido de hacerlo. Mis defensores se refirieron a la ilegalidad del caso, y que la acusación de Misuri era falsa e ilegal, y que se obtuvo mediante soborno, fraude y corrupción.

Luego de escuchar a la defensa, la corte terminó la audiencia como a las seis y media de la tarde.

La muchedumbre que estaba en la corte estaba tan apasionada, que el Juez Douglas le ordenó al Alguacil del Condado de Warren que la contuviera, pero éste no lo hizo y el Juez lo multó con diez dólares. Unos cuantos minutos después, otra vez se le ordenó al Alguacil que evitara que los espectadores empujaran al prisionero y a los testigos. El contestó: “Ya le dije a otro alguacil que lo haga”. El Juez dijo: “Secretario, añádale a esa multa otros diez dólares”. Al ver que el descuido salía caro, el Alguacil se apresuró a cumplir con sus deberes.

Un joven abogado de Misuri se ofreció como voluntario para acusarme; hizo cuanto pudo para condenarme, pero había bebido tanto y mascaba tanto tabaco, que a menudo pedía un vaso de agua fría. Sólo habló unos cuantos minutos cuando empezó a sentirse mal. Pidió el permiso de la corte, y salió de ahí, vomitando por todas las escaleras. Como la gente de Illinois llama “vomitones” a los de Misuri, esta circunstancia fue muy divertida para los miembros del tribunal. En su alegato, su lenguaje fue tan escandaloso que el Juez en dos oportunidades se vio en la necesidad de mandarle callar.

Le tocó el turno al Sr. O. H. Browning, y poco después regresó el abogado de Misuri y pidió la oportunidad de terminar su alegato, lo cual se le concedió.

Después, el Sr. Browning reanudó su defensa con gran poder; y cuando dio una relación de lo que personalmente había visto en Quincy y a orillas del Río Misisipí, cuando los santos fueron “exterminados en Misuri”, donde podía seguir el rastro de mujeres y niños por sus pisadas marcadas con sangre en la nieve, la gente presente se conmovió hasta las lágrimas. Incluso el Juez Douglas y la mayoría de los oficiales lloraron.

Por la noche, el Elder Amasa Lyman predicó en el edificio de la corte un poderoso discurso sobre los primeros principios del evangelio, que cambió completamente el sentimiento antagónico de la gente.

Jueves 10 de junio.— La corte se inició como a las ocho de la mañana, cuando el Juez Douglas dio su opinión sobre el caso.

La decisión fue bien acogida por mí y los hermanos, y todos aquellos de mentalidad libre de prejuicios. Se decidió que para que se acepte otra orden de arresto en mi contra, el Gobernador de Misuri

debe hacer otra demanda. Así, una vez más he sido librado de las garras de mis crueles perseguidores, por lo que agradezco a Dios, mi Padre Celestial.

Fui puesto en libertad como a las once de la mañana, y pedí comida para mi compañía que ya era de sesenta hombres; y cuando pedí la cuenta, el individuo, con odio y sin conciencia, contestó: “Son sólo ciento sesenta dólares”.

A eso de las dos de la tarde iniciamos el regreso, viajamos unos treinta y dos kilómetros, y acampamos a la orilla del camino.

Viernes 11 de junio.— Iniciamos la marcha muy temprano; llegamos a La Harpe para comer, y finalmente a Nauvoo antes de las cuatro de la tarde, entre las aclamaciones de los santos.

Domingo 25 de julio.— Asistí a la reunión en la arboleda. Por la mañana predicaron los Elderes Orson Pratt y Jorge A. Smith. El Elder Sidney Rigdon predicó en la tarde un sermón fúnebre general para el consuelo e instrucción de los santos, sobre todo, aquellos que habían sido llamados a llorar la pérdida de familiares y amigos. A continuación prediqué yo, ilustrando el tema de la resurrección con ejemplos sencillos.

El Elder Jorge A. Smith se casó con Betsabé W. Bigler. Ofició la ceremonia Don Carlos Smith, lo cual fue el último acto oficial de su vida, hallándose muy débil en esa ocasión.

El hermano Guillermo Yokum sufrió la amputación de una pierna por el Dr. Juan F. Weld, que lo operó en forma gratuita. Fue herido en la masacre de Haun’s Mills, el treinta de octubre de 1838, y había estado en cama desde entonces, hasta que se vio que la única manera de salvar su vida era mediante la amputación de su pierna. También había sido herido en la cabeza durante la masacre.

Sábado 7 de agosto. — El menor de mis hermanos, Don Carlos Smith, murió en su residencia de Nauvoo esta mañana, a las dos con veinte minutos, a los veintiséis años de edad. Nació el veinticinco de marzo de 1816. Fue uno de los primeros en recibir mi testimonio, y fue ordenado al sacerdocio cuando apenas tenía catorce años de edad. La noche del día en que se mostraron las planchas del Libro de Mormón a los ocho testigos, se efectuó una reunión en la que todos los testigos, y también Don Carlos, dieron testimonio de la veracidad de la última dispensación. En agosto de 1830 acompañó a mi padre a visitar a nuestro abuelo, Asael Smith, y otros familiares, en el Condado de San Lorenzo, Nueva York.

Don Carlos nos visitó varias veces cuando estuvimos en la cárcel de Libertad, y trajo a nuestras esposas para vernos, junto con algo de dinero y otras cosas para suplir nuestras necesidades. Cuando salió de Misuri, llevó consigo a la familia de mi padre, y alcanzó a verla establecida en Quincy, Illinois. En junio de 1839 comenzó los preparativos para imprimir el Times and Seasons. Elías Smith, Hyrum Clark y otros resucitaron la prensa y el tipo, sacándolos de un pozo en Far West, donde los habían enterrado por seguridad la noche que el General Lucas cercó la ciudad con la milicia del populacho. El molde para un número del Elder’s Journal fue enterrado todavía entintado. Los tipos quedaron muy dañados por la humedad, por lo que era necesario ponerlos en uso lo más pronto posible y, para poder hacerlo, Don Carlos tuvo que limpiar un sótano por donde fluía continuamente un arroyo, por ser el único lugar en que pudo colocar la prensa. Ebenezer Robinson y su esposa se enfermaron, y Don Carlos tuvo que llevar toda la carga.

Cuando una gran cantidad de los hermanos estuvieron enfermos, el martes veintitrés de julio de 1839, les dije a Don Carlos y Jorge A. Smith que fueran y visitaran a todos los enfermos, ejercieran una fe poderosa y los bendijeran en el nombre de Jesucristo, mandando al destructor que se alejara, y a la gente, que se levantara y caminara; y que no dejaran una sola persona en cama entre mi casa y la de Ebenezer Robinson, a tres kilómetros de distancia. Bendijeron a más de sesenta personas, muchas de las cuales pensaban que jamás volverían a levantarse; pero fueron sanadas, se levantaron de sus camas y dieron gloria a Dios; algunos incluso ayudaron a visitar y bendecir a otros que estaban enfermos.

El trabajar en el sótano húmedo y el ministrar a los enfermos debilitó su salud, de modo que el primer número del Times and Seasons no se publicó hasta noviembre. Editó treinta y un números.

Fue nombrado General de División en la milicia del Condado de Hancock; y a la muerte de Seymour Brunson, lo hicieron Teniente Coronel.

El primero de febrero de 1841 fue nombrado miembro del Ayuntamiento de Nauvoo, y se le tomó juramento el tres de febrero; el día cuatro fue nombrado General de Brigada en la Legión de Nauvoo.

Medía 1.93 m; era esbelto y fornido, de cabello claro; y era muy fuerte y activo. Su peso normal en estado de salud era de noventa kilogramos. Siempre fue amado por los santos. Dejó tres hijas, que son: Agnes C., Sophronia C. y Josefina D.

Jueves 12 de agosto.— Un número considerable de indios de las tribus Sac y Fox ha acampado por varios días en las cercanías de Montrose. Muchos de ellos cruzaron en el transbordador y en dos chalanas, porque deseaban venir a verme. La banda militar y un destacamento de los Invencibles [parte de la Legión] estaban en la orilla, listos para recibirlos y escoltarlos hasta la arboleda, pero rehusaron saltar a la orilla hasta que yo bajara. Por consiguiente, bajé y me reuní con Keokuk, Kis-kikosh, Appenoose, y otros cien jefes y bravos de esa tribu, y sus familias. En el desembarcadero me presentó con ellos mi hermano Hyrum, y después del saludo los llevé al lugar de reuniones en la arboleda. Les enseñé muchas cosas que el Señor me había revelado concerniente a sus padres, y las promesas que les fueron hechas, y que se hallan en el Libro de Mormón. Les aconsejé que cesaran de matarse el uno al otro, y de guerrear con otras tribus; y que mantuvieran la paz con el hombre blanco. Todo esto les fue traducido.

Keokuk respondió que él tenía un Libro de Mormón en su casa, que yo le había dado años antes. “Creo”, dijo él, “que eres un gran hombre, y bueno; parezco rudo, pero también soy hijo del Gran Espíritu. He escuchado tu consejo; vamos a dejar de pelear y hacer todo lo que nos has enseñado”.

Luego de nuestra conversación, fueron agasajados en el prado por los hermanos, con comida, postres y sandías, y ellos ejecutaron para los espectadores una muestra de sus danzas.

Domingo 15 de agosto.— Hoy murió mi hijo pequeño, Don Carlos, a la edad de catorce meses y dos días.

Se efectuó una conferencia en Zarahemla, en la que hablaron los Elderes Brigham Young y Jorge Miller sobre la construcción del Templo de Nauvoo.

Domingo 5 de septiembre.— Prediqué a una congregación numerosa, sobre la ciencia y práctica de la medicina, con el deseo de persuadir a los santos a confiar en Dios cuando estuviesen enfermos, y no en el brazo de la carne; y que viviesen por la fe y no por la medicina o el veneno; y si hallándose enfermos, habían llamado a los élderes para orar por ellos, y no habían sanado, que usaran hierbas y alimento sencillo.

Miércoles 22 de septiembre.— Un grupo de hermanos salió hacia los bosques, algunos ochocientos o mil kilómetros hacia el norte, siguiendo el río, para conseguir madera para el Templo y la Mansión de Nauvoo.

Lunes 10 de octubre.— Los Doce se reunieron para conferenciar, y estuvieron casi todo el día visitando a los enfermos.

Llegó una carta del Elder Erastus Snow, desde Northbridge, Massachusetts. Estuvo laborando en Salem y la región por cuatro semanas, organizó una rama de treinta miembros, y las perspectivas son halagüeñas.

Viernes 29 de octubre. — De conformidad con una orden del Alcalde, fui con dos compañías de la Legión para remover un negocio sucio, propiedad de Pulaski S. Cahoon, que el Ayuntamiento había señalado como indeseable.

Domingo 7 de noviembre.— Predicó por dos horas el Elder Guillermo O. Clark, censurando la falta de santidad en la vida de los miembros, y requiriendo solemnidad, santidad y moderación en extremo, al estilo rígido de los sectarios.

Lo taché de fariseo e hipócrita, y de no edificar a la gente; y les mostré a los santos lo que es la templanza, la fe, virtud, caridad y verdad. Exhorté a los santos a que no siguieran el ejemplo del adversario, de acusar a los hermanos, y dije: “Si no os acusáis el uno al otro, Dios no os acusará a vosotros. Si nadie os acusa, entraréis en el cielo; y si obedecéis las revelaciones e instrucciones que Dios os da por conducto mío, yo os haré entrar en el cielo sobre mis hombros. Si no me acusáis a mí, tampoco os acusaré yo. Si cubrís mis pecados con un manto de caridad, lo mismo haré por vosotros, porque la

caridad cubre multitud de pecados. Lo que muchos llaman pecado no es pecado; yo hago muchas cosas con objeto de acabar con la superstición, y la he de derribar”. Hice referencia a la maldición de Cam por haberse reído de Noé, mientras éste se hallaba bajo el efecto de su vino, pero sin hacer mal. Noé era un hombre justo, y sin embargo, bebió vino y se embriagó; el Señor no lo abandonó por causa de esto, pues retuvo todo el poder de su sacerdocio; y cuando Canaán lo acusó, maldijo a Canaán en virtud del sacerdocio que poseía; y el Señor respetó su palabra y el sacerdocio que tenía, no obstante su embriaguez; y la maldición permanece sobre la posteridad de Canaán hasta el día de hoy.

Lunes 8 de noviembre.— A las cinco de la tarde en punto, asistí a la dedicación de la pila bautismal en la Casa del Señor. El Presidente Brigham Young fue quien la dedicó.

La pila bautismal está situada en el centro del subterráneo, debajo del salón principal del templo; está hecha de madera de pino, de duelas machihembradas, en forma de óvalo, con una longitud de 4.88 metros, anchura de 3.65 metros, y una altura de 2.13 metros desde la base, con una profundidad de 1.22 metros. La moldura que cubre la base y la parte superior fue hermosamente tallada a mano en estilo antiguo. Los costados están acabados en madera. En los lados norte y sur hay un tramo de escaleras que bajan al interior de la pila, con su barandilla respectiva.

La pila descansa sobre doce bueyes, cuatro a cada lado y dos en cada uno de los extremos, con sus cabezas, lomos y piernas delanteras sobresaliendo por debajo de la pila. Fueron tallados en tablones de pino pegados con goma, usando como modelo el más hermoso novillo de cinco años que se pudo encontrar en la región, y guardan una semejanza sorprendente con el original. Los cuernos se copiaron del cuerno más perfecto que se pudo hallar.

Los bueyes y las molduras ornamentales de la pila fueron tallados por el Elder Elías Fordham, de la ciudad de Nueva York, y le llevó ocho meses terminarlos. La pila se construyó protegida dentro de paredes de madera, con techo también de madera. El agua se abasteció de un pozo de nueve metros de profundidad que está en el extremo oriente del subterráneo.

Esta pila se construyó para efectuar los bautismos por los muertos mientras que se termina el templo, cuando se reemplazará con una más resistente.

Viernes 26 de noviembre.— Asistí a la reunión del Ayuntamiento y propuse una ordenanza en relación con los vagos, y los que traen exhibiciones y espectáculos, para evitar cualquier cosa obscena o inmoral, y fue aprobado por el Ayuntamiento por unanimidad.

Domingo 28 de noviembre.— Pasé el día en casa del Presidente Young, con los Doce Apóstoles, tratando con ellos varios temas. Estuvo presente el hermano José Fielding, después de estar ausente cuatro años por motivo de su misión en Inglaterra. Declaré a los hermanos que el Libro de Mormón era el más correcto de todos los libros sobre la Tierra, y la clave de nuestra religión; y que un hombre se acercaría más a Dios por seguir sus preceptos que los de cualquier otro libro.

Sábado 11 de diciembre.— Estando esta noche con los Doce Apóstoles en mi casa de la calle Water, mandó a Brigham Young Presidente de los Doce Apóstoles, a que fuera e instruyera al comité de construcción en cuanto a sus deberes, y le prohibiera recibir más donaciones para la construcción del templo, a menos que las reciba del fideicomisario; y si el comité no da oído a esta instrucción y no cumple sus deberes, que le mostrara cómo obedecer.

Desde que he estado ocupado en establecer los cimientos de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Santos de los Últimos Días, varias razones me han impedido continuar mi diario e historia en una manera satisfactoria para mí, o justa para la causa. Los encarcelamientos, los procesos judiciales, la traición de algunos de mis secretarios, la muerte de otros, y mi pobreza y las de mis hermanos, causada por el saqueo continuo y el destierro, me han impedido dejar para la posteridad un relato coherente de eventos para los que aman la verdad; no obstante, he mantenido un diario de la mejor manera que las circunstancias me lo han permitido; y he dictado mi historia de cuando en cuando, cuando he podido, para que los trabajos y sufrimientos de los primeros élderes y santos de esta última dispensación no queden completamente perdidos para el mundo.

Domingo 12 de diciembre.— Por la mañana prediqué en el Hotel de Snyder.

Lunes 13 de diciembre.— Nombré a Willard Richards registrador del templo y secretario personal mío, y también secretario general. Comenzó sus labores en mi nueva oficina, en la tienda de ladrillo.

Martes 14 de diciembre.— Empecé a desempacar y ordenar gran cantidad de mercancía en el segundo piso de mi nueva tienda, que se localiza en la esquina noroeste de la manzana 155. Los albañiles y carpinteros todavía trabajan en la planta baja del edificio.

Domingo 26 de diciembre.— La reunión pública de los santos se verificó en mi casa esta noche, y luego que el Patriarca Hyrum Smith y el hermano Brigham Young hubieron hablado sobre los principios de la te y los dones del Espíritu, leí el capítulo trece de la Primera Epístola a los Corintios, y también parte del capítulo catorce, y dije que el don de lenguas era necesario en la Iglesia; pero que si Satanás no pudiera hablar en lenguas, no podría tentar a un holandés ni al de ninguna otra nación, sino únicamente al que hablara inglés, porque puede tentar al que habla inglés, pues me ha tentado a mí, y yo hablo inglés. Mas en la Iglesia, el don de lenguas por el poder del Espíritu Santo es para ayudar a los siervos de Dios, a fin de predicar' a los que no creen, como en el día de Pentecostés. Cuando se reúnan las personas devotas de todas las naciones para oír las cosas de Dios, los élderes deben predicarles en su propia lengua, sea alemán, francés, español, irlandés o cualquier otra; y aquéllos que entienden el idioma en que se está hablando han de interpretar; y a eso se estaba refiriendo el apóstol en 1 Corintios 14:27.

NAUVOO
1842
ORGANIZACIÓN DE LA SOCIEDAD DE SOCORRO

Miércoles 5 de enero.— Guillermo Wightman firmó y me entregó los planos del pueblo de Ramus a mí, como único Fideicomisario de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Hoy abrió sus puertas por primera vez mi nueva tienda, y se llenó de clientes; estuve todo el tiempo tras el mostrador, como dependiente, atendiendo a mis amigos.

Jueves 6 de enero.— El año nuevo se ha anunciado —y hasta ahora ha seguido— con los mejores auspicios, y los santos muestran en su naturaleza la influencia de un Dios bondadoso e indulgente, que los ha bendecido con los medios para erigir el templo del Más Alto Dios, esperando con ansias la terminación del mismo como un evento de la mayor importancia para la Iglesia y para el mundo, haciendo que se regocijen los santos de Sión, y que tiemblen los hipócritas y pecadores. En verdad ésta es una época que los Santos de los Últimos Días recordarán por mucho tiempo —época en que el Dios del cielo ha empezado a restaurar a sus siervos y su pueblo el antiguo orden de su reino— por ser el día en que se están reuniendo todas las cosas para llevar a cabo la integración de la plenitud del evangelio, la dispensación de dispensaciones, el cumplimiento de los tiempos; día en que Dios ha comenzado a manifestar y organizar en su Iglesia cosas que han sido, y que los sabios y profetas de la antigüedad anhelaron ver, pero murieron sin ese privilegio; día en que empiezan a manifestarse las cosas que han estado ocultas desde antes de la fundación del mundo, y que Jehová ha prometido dar a conocer a sus siervos a su debido tiempo, para preparar a la Tierra para su venida en su gloria, una gloria celestial, y un reino de reyes y sacerdotes para Dios y el Cordero para siempre, en el Monte de Sión, y con El los ciento cuarenta y cuatro mil que vio Juan el Revelador, todo lo cual acontecerá en el tiempo de la restauración de todas las cosas.

Se efectuó una conferencia en Zarahemla, en la que se desorganizó la estaca de allí; en su lugar se organizó una rama, con Juan Smith como Presidente.

Miércoles 12 de enero.— Fui hacia el sur unos doce kilómetros, en compañía del hermano Juan Sanders y Pedro Maughan, y encontré una veta de carbón de unos cincuenta centímetros de espesor, aparentemente de buena calidad.

El Elder Benjamín Winchester fue suspendido del Quórum de los Doce hasta que se arrepienta de su desobediencia a la Primera Presidencia.

Martes 18 de enero.— Hoy revoqué la carta poder que le había dado al Dr. Isaac Galland para tramitar asuntos para la Iglesia

Luego de tratar diversos asuntos y dormir una hora, estuve leyendo el Libro de Mormón para hacer algunas correcciones, y por la noche estuve conversando con el Alcalde [Juan C. Bennett] sobre los amanitas y los negros.

Miércoles 26 de enero. — La Iglesia está en situación próspera, y los santos se esfuerzan para construir el templo. La ciudad goza de buena salud.

Viernes 28 de enero. — Estando en mi oficina, vinieron mi esposa Emma y la hermana Whitney, y estuvieron ahí una hora.

Decidí que el Elder Juan Snyder salga a una misión y, si es necesario, que alguien lo acompañe, y que edifique el reino, y consiga los medios para ir a Inglaterra y lleve la carta requerida en la revelación del veintidós de diciembre. Pedí a los Doce, Brigham Young, Heber C. Kimball, Wilford Woodruff y Willard Richards presentes, que llamaran al Elder Snyder y le notificaran estas cosas

Elías Highbee, del comité del templo, vino a mi oficina, y le dije: “El Señor no está complacido con usted; debe ceñir sus lomos y hacer más, lo mismo que su familia; porque no ha sido tan diligente como debía, y ya que la primavera se acerca, debe usted levantarse y apresurarse y ser más activo, y enseñar a sus hijos a trabajar, para que ayuden en la construcción del templo”.

Martes 1° de marzo.— En la mañana estuve en mi oficina y en la imprenta, corrigiendo la primera lámina o grabado de los anales de Abraham, que preparó Rubén Hediocck para el Times and Seasons; y pasé la tarde ocupado en mi oficina. Por la noche estuve con los Doce y sus esposas, en la casa del Elder Woodruff, y les expliqué muchos principios importantes relativos al mejoramiento constante que concierne a una existencia inteligente.

Martes 15 de marzo.— Oficié como Gran Capellán en las instalaciones de la Logia Masónica de Nauvoo, en la arboleda cercana al templo. Estuvo presente el Gran Maestro Jonás, de Columbus, y una gran congregación. Fue un buen día; se hizo todo en orden, y hubo satisfacción por parte de todos. Por la noche recibí el primer grado de la Francmasonería en la Logia de Nauvoo; la reunión se realizó en mi oficina.

Jueves 17 de marzo.— El Sumo Consejo retiró la mano de hermandad del Elder Oliverio Olney, por auto designarse profeta, y fue suspendido.

Tomé parte en la organización de la “Sociedad Femenina de Socorro de Nauvoo”, en el salón de la Logia. La Presidenta es la hermana Emma Smith, y las Consejeras, las hermanas Elizabeth Ana Whitney y Sara M. Cleveland. Les di mucha instrucción; leí del Nuevo Testamento y en Doctrina y Convenios sobre la “señora elegida”, explicando que ser elegido significa ser escogido para cierta obra, y que la revelación se cumplía con la elección de la hermana Emma para formar parte de la Presidencia de la Sociedad; antes había sido ordenada para exponer las Escrituras. Emma fue bendecida, y sus Consejeras fueron apartadas por el Elder Juan Taylor.

Domingo 20 de marzo. — Prediqué a una larga congregación reunida en la arboleda, cerca del templo, al lado oeste. Ante la congregación yacían los restos de uno de los hijos del Sr. Windsor P. Lyon, por lo que adapté mi discurso a la ocasión.

Jueves 24 de marzo. — Se me solicitó que asistiera a una reunión con la Sociedad Femenina de Socorro, cuyo objeto es auxiliar a los pobres, los necesitados, las viudas y los huérfanos, y toda otra obra caritativa. Hoy se completó su organización. La Presidenta es la Sra. Emma Smith; las Sras. Elizabeth Ana Whitney y Sara M. Cleveland son sus Consejeras; la Srta. Elvira Cole es la Tesorera; y nuestra bien conocida y talentosa poetisa, la Srta. Eliza A. Snow, es la Secretaria. En la reunión para la organización de la Sociedad, así como en las reuniones subsiguientes, hubo gran asistencia por parte de algunas de nuestras damas más inteligentes, humanitarias, filantrópicas y respetables; y conociendo la benevolencia pura que brota espontáneamente de sus corazones, tenemos toda la seguridad de que, con los recursos de que disponemos, correrán para socorrer al forastero, curarán el corazón afligido, enjugarán las lágrimas del huérfano, y alegrarán el espíritu de la viuda.

Nuestras mujeres siempre se han distinguido por sus actos de bondad y caridad; mas el trato despiadado que recibieron de los salvajes de Misuri, ha dificultado hasta ahora el que extiendan la mano de caridad de manera notable; no obstante, cuando en medio de la persecución el pan era arrebatado de sus hijos indefensos por sus crueles opresores, siempre estuvieron listas para abrir las puertas de la hospitalidad al cansado viajero, compartir lo poco que tenían con el hambriento, y dar de sus escasas ropas al más necesitado. Y ahora que se encuentran en una tierra más clemente, entre gente mejor, y disponen de medios que hasta ahora no habían tenido, estamos convencidos de que gracias a sus esfuerzos se mitigarán las dificultades del pobre, del forastero y del huérfano.

Tuvimos el privilegio de ser testigos de su organización, y nos sentimos muy complacidos de su modus operandi, y el orden que prevaleció. Esta mañana hubo un terremoto en Falmouth.

Viernes 25 de marzo.— Atendí diversos asuntos.

Sábado 26 de marzo.— El Elder Juan Snyder recibió sus últimas instrucciones del Presidente, y fue bendecido por el Elder Brigham Young, con la imposición de manos del Presidente José Smith, Juan E. Page y Willard Richards, y salió hoy rumbo a Inglaterra.

Domingo 27 de marzo.— Luego de hablar a los santos sobre el tema del bautismo por los muertos, bauticé a ciento siete personas.

Presenció el desembarco de ciento setenta hermanos ingleses del vapor Ariel, bajo la presidencia del Elder Lyman Wight; llegaron asimismo \$3,000 en artículos para el Templo y la Mansión de Nauvoo.

Lunes 28 de marzo.— En la oficina. Recibí de Parley P. Pratt los donativos que vienen de Inglaterra, y atendí asuntos diversos. También los días veintinueve y treinta

Domingo 10 de abril.— Prediqué en la arboleda, y pronuncié una maldición sobre todos los adúlteros, fornicarios y gente sin virtud, y aquéllos que han usado mi nombre para llevar adelante sus inicuos propósitos.

Noche del sábado 16 de abril.— El día de hoy se publicó por primera vez en mi oficina el primer número de *The Wasp*, periódico semanal cuyo editor es Guillermo Smith, dedicado a las ciencias, las artes, la literatura, agricultura, manufactura, comercio y las noticias del momento, en hoja pequeña; su costo: \$1.50 por año.

Domingo 17 de abril.— Pasé el día en casa, con mi familia.

Lunes 18 de abril.— A consecuencia de la pérdida de nuestras propiedades por la violencia de la chusma de Misuri, y los enormes gastos que tuvimos que hacer para defendernos de las crueles persecuciones de ese Estado, fui a Cartago con mis hermanos Hyrum y Samuel H. Smith, y testificamos individualmente ante el Secretario de la corte del Comisario del Condado. También estuvieron en Cartago Sidney Rigdon y muchos otros hermanos, por otros asuntos. Fue con nosotros mi secretario, el Dr. Richards.

Domingo 24 de abril.— Prediqué en la colina cercana al templo, en cuanto a la edificación del templo; y censuré a los ricos y comerciantes que no quieren ayudar en la construcción.

Lunes 25 de abril, martes 26 y miércoles 27.— Me ocupé en la lectura, meditación, etc. Estuve casi todo el tiempo con mi familia.

Jueves 28 de abril.— A las dos de la tarde me reuní con las integrantes de la Sociedad Femenina de Socorro. Después de presidir la ceremonia de admisión de muchas nuevas socias, di un discurso sobre el sacerdocio, y cómo las hermanas podrían obtener los privilegios, dones y bendiciones del sacerdocio. Que las señales les seguirían, como la sanidad de los enfermos, echar fuera demonios, etc.; y que ellas podían alcanzar esas bendiciones mediante una vida y conversación virtuosas, y diligencia en guardar todos los mandamientos. La Srta. Eliza R. Snow redactó un resumen de todo esto.

Viernes 29 de abril.— Se manifestó una conspiración contra la paz de mi casa, y tuve algo de problema para contrarrestar los planes de ciertos individuos despreciables, y restaurar la paz. El Señor me ha manifestado muchas cosas de las que no me es prudente hablar hasta que otros puedan también testificar de ellas.

Sábado 30 de abril.— Recibí la visita del Juez Jacobo Adams, de Springfield, y pasé la mayor parte del día con él y mi familia. Firmé documentos para Jacobo y Carlos Ivins, y muchos otros.

Domingo 1° de mayo.— Prediqué en la arboleda, concerniente a las llaves del reino, la caridad, etc. Las llaves son ciertas palabras y señales por las que los espíritus y personajes verdaderos pueden distinguirse de los falsos; pero no se pueden revelar a los élderes hasta que el templo esté terminado. El rico puede obtenerlas sólo en el templo; el pobre puede obtenerlas en la cima de los montes, como Moisés. El rico no puede salvarse sin caridad, sin dar de comer a los pobres cuando y como Dios lo requiera. Hay señales en el cielo, en la Tierra y en el infierno; los élderes deben conocerlas todas para ser investidos de poder para completar su obra y evitar el engaño. El diablo conoce muchas señales, pero no conoce la señal del Hijo del Hombre o Jesús. Nadie puede decir con verdad que conoce a Dios hasta haber experimentado algo, y eso sólo puede ser en el Lugar Santísimo.

Miércoles 4 de mayo.— Pasé el día en la parte superior de la tienda, en mi oficina privada (así llamada porque en ese lugar guardo mis escritos sagrados, traduzco anales antiguos, y recibo revelaciones) y en mi oficina para asuntos generales, o salón de la Logia (donde la fraternidad masónica se reúne ocasionalmente, a falta de un lugar mejor) en concilio con el General Jacobo Adams, de Springfield; el Patriarca Hyrum Smith; los Obispos Newel K. Whitney y Jorge Miller; el Presidente Brigham Young, y los Elderes Heber C. Kimball y Willard Richards, dándoles instrucciones sobre los principios y el orden del sacerdocio, atendiendo a los lavamientos, unciones, investiduras, y la comunicación de las llaves pertenecientes al Sacerdocio de Aarón, hasta el orden mayor del Sacerdocio de Melquisedec; explicando el orden concerniente al Anciano de Días y todos aquellos planes y principios

por medio de los cuales uno puede alcanzar la plenitud de las bendiciones que se han preparado para la Iglesia del Primogénito, y ascender y morar en la presencia de los Elohim en los mundos eternos. En este concilio se instituyó el orden antiguo de las cosas por primera vez en estos últimos días. Y las comunicaciones que revelé a este grupo fueron de cosas espirituales, y sólo los de ánimo espiritual las habían de recibir; y nada se reveló a estos hombres que no se hará saber a todos los Santos de los Últimos Días, en cuanto estén preparados para recibirlo y se prepare un lugar propio para comunicarlas, sí, aun al más débil de los santos. Por tanto, sean diligentes los santos en edificar el templo y todas las casas que Dios les ha mandado o les mandare erigir; y esperen su tiempo con paciencia, llenos de mansedumbre y de fe, perseverando hasta el fin, con el firme conocimiento de que todas las cosas que se trataron en este concilio siempre son gobernadas por el principio de revelación.

Sábado 7 de mayo. — Hoy desfiló la Legión de Nauvoo. Deseo mencionar que el día transcurrió armoniosamente, sin borracheras, escándalo o confusión. Hubo una multitud de espectadores, y muchos visitantes distinguidos expresaron gran satisfacción. Sólo deseo hacer notar una cosa: el General Bennett me pidió que tomara el mando de la primera cohorte durante el simulacro, lo cual no acepté. Luego, me pidió que tomara mi lugar detrás de la caballería, sin mi Estado Mayor, durante el simulacro de la batalla, pero a esto se opuso el Capitán A. P. Rockwood, comandante de mi guardia, quien se mantuvo a mi lado, y yo escogí mi propia posición. Y los verdaderos sentimientos del General Bennett hacia mí no se manifiestan al mundo en poco tiempo, entonces es posible que haya sido falso el apacible susurro del Espíritu, que durante el destile me dijo que se estaba tramando alguna maldad durante el simulacro. Dentro de poco se sabrá. El día del juicio, John C. Bennett tendrá que responder a esto: ¿Por qué me invitó a que tomara el mando de una de las cohortes, y más tarde, que ocupara mi puesto sin mi Estado Mayor, durante el simulacro del siete de mayo de 1842, que podría haberme costado la vida sin que jamás se supiera quién había cometido el acto?”

Sábado 14 de mayo.— En la mañana asistí a una reunión del Ayuntamiento, e hice ver enérgicamente la necesidad de que se tomen medidas para suprimir las casas y actos de infamia dentro de la ciudad, para protección de los virtuosos e inocentes y el bien de la moral, explicando que en el lugar hay ciertos personajes dispuestos a corromper la moral y castidad de nuestros ciudadanos, y que en realidad hay casas de infamia; por lo que se aprobó una ordenanza que prohíbe los burdeles y la conducta escandalosa. Se publicó en *The Wasp* de hoy.

También hablé largamente a favor de abrogar la ordenanza que permite negocios de tabernas, etc. Al finalizar la reunión, trabajé en mi huerto, y salí a caminar por la ciudad.

Llegó de Liverpool el hermano Amós Fielding.

Se informó en Nauvoo que el ex-Gobernador Boggs, de Misuri, había sido herido.

Martes 17 de mayo. — Juan C. Bennett renunció a la alcaldía de Nauvoo.

Jueves 19 de mayo.— Llovió y estuve en casa hasta la una de la tarde, hora en que asistí a una sesión especial del Ayuntamiento. Juan C. Bennett, viendo que sus fornicaciones y maldades pronto saldrían a la luz, y que crecía contra él la indignación de un pueblo ofendido, pensó que sería mejor convertir a la necedad en virtud, y tratar de aparentar que era inocente, renunciando a su puesto de Alcalde, lo que el Ayuntamiento aceptó con gusto. El Ayuntamiento eligió como Alcalde a José Smith, y como Asistente, a Hyrum Smith.

Mientras se llevaba a cabo la elección, recibí y escribí la siguiente revelación:

“De cierto, así te dice el Señor, mi siervo José, por la voz de mi Espíritu: Hiram Kimball ha estado premeditando el mal contra ti, junto con otros; y si continúan, serán maldecidos, porque yo soy el Señor, tu Dios, y estaré a tu lado y te bendeciré. Amén”.

Se lo pasé a Hiram Kimball, que estaba al otro extremo del cuarto y era uno de los concejales.

Samuel H. Smith formuló cargos contra Robert D. Foster ante una reunión especial de consejo, por lenguaje abusivo hacia Samuel H. Smith, y también por abusos hacia el alguacil. Pasé el día en consejo; eran tales las pruebas contra Foster, que tuve muchas dificultades para absolverlo, incluso después de su confesión, pues deseaba hacerlo, con la esperanza de que se corrigiera.

Martes 24 de mayo.— Chauncey L. Highbee fue cortado de la Iglesia por el Sumo Consejo, por conducta impúdica; y por enseñar que no era malo si se hacía en secreto, etc. También se le fijó una fianza de \$200, luego de que lo demandé por difamación ante el Juez de Paz Ebenezer Robinson.

Miércoles 25 de mayo.— Estuve aconsejando a los obispos, ayudándolos a controlar la iniquidad.

Hoy se le notificó a Juan C. Bennett que la Primera Presidencia, los Doce y los obispos lo habían suspendido y se disponían a publicarlo. Pero al humillarse y rogar que no se publicara nada por el amor de su madre, la noticia no llegó al papel.

Jueves 26 de mayo.— Esta mañana asistí a una reunión con casi cien de los hermanos, en el salón de la Logia, ante quienes Juan C. Bennett admitió su conducta inicua y licenciosa en Nauvoo; y dijo que merecía el más severo de los castigos, llorando como niño y rogando que lo perdonaran, si fuera posible. Tan profundo era su aparente sentido de culpabilidad e inaptitud para una sociedad respetable, tanto fingió, o en realidad sintió contrición en ese momento, que fue perdonado. Yo pedí misericordia para él.

Sábado 28 de mayo.— Se reunió el Sumo Consejo, como lo ha estado haciendo cada día de la semana, para investigar los cargos en contra de varios individuos por conducta indecorosa, resultado de la influencia y enseñanzas de Juan C. Bennett; varios fueron cortados, y otros fueron perdonados luego de confesar.

Miércoles 8 de junio.— Envié al Dr. Richards a Cartago por unos asuntos. A su regreso, el caballo de alguna manera tropezó y cayó en medio de la calle, y el doctor apenas si salió con vida. Fue una treta del diablo para matar a mi secretario. Ultimamente yo también he sufrido ataques semejantes, y Satanás anda buscando nuestra destrucción por todos lados.

Sábado 11 de junio.— Las chusmas y los disturbios se multiplican en la comarca.

Sábado 25 de junio. — Traté asuntos con el hermano Hunter y el Sr. Babbitt; y posé para un retrato de mi perfil que se colocará en una litografía del mapa de Nauvoo.

Los Sres. Stephens y Catherwood han logrado recolectar en Centro y Sudamérica gran cantidad de reliquias de los nefitas, o de los antiguos habitantes de América de que se trata en el Libro de Mormón, las cuales desembarcaron en Nueva York recientemente.

Domingo 3 de julio. — Esta mañana prediqué en la arboleda ante unas ocho mil personas. El tema de mi discurso fueron las palabras de Daniel, de que en los últimos días el Dios del cielo levantarla un reino, etc.

Miércoles 6 de julio.— Atendí asuntos en la ciudad.

Esta mañana salieron hacia los pinares del norte dos chalanas cargadas de provisiones y el equipo necesario, y tripuladas por cincuenta de los hermanos, para sumarse a los que ya están allá y erigir aserraderos, aserrar tablas y tablones, y volver la primavera próxima con madera para el templo de Dios, la Mansión de Nauvoo, etc., para embellecer la ciudad de Nauvoo, de acuerdo con los profetas.

Sábado 9 de julio. — Cabalgué en la pradera con los hermanos Clayton y Gheen, para inspeccionar algunos terrenos. Comimos en mi granja, cultivé un sembradío de papas, y en la tarde volvimos a la ciudad, y atendí varios asuntos.

Lunes 11 de julio.— En la mañana estuve arreglando unos asuntos con el Sr. Hunter. En la tarde, en la imprenta leyendo los periódicos; y le compré un caballo a Harmon T. Wilson y le puse por nombre “Joe Duncan”.

Sábado 6 de agosto. — Pasé a Montrose, Iowa, al otro lado del río, acompañado del General Adams, el Coronel Brewer y otros, y presencié el nombramiento de los oficiales de la Logia Masónica de Montrose, por el General Jacobo Adams, Asistente del Gran Maestro de Illinois. Mientras que él daba las instrucciones necesarias al nuevo Maestro, estuve conversando con varios hermanos a la sombra del edificio, sobre el tema de nuestras persecuciones en Misuri y la molestia constante que ha estado siguiéndonos desde que fuimos echados de ese Estado. Profeticé que los santos seguirían padeciendo mucha aflicción y serían expulsados hasta las Montañas Rocosas; muchos apostatarían, otros serían asesinados por nuestros perseguidores, o perderían sus vidas a causa de los rigores de la intemperie o las

enfermedades; y que algunos de ellos vivirían para ayudar a establecer colonias y edificar ciudades, y ver a los santos llegar a ser un pueblo fuerte en las Montañas Rocosas.

Martes 16 de agosto.— El hermano Derby se ha interesado mucho por mi bienestar; que Dios lo bendiga.

Bendito es el hermano Erastus H. Derby, y será bendito del Señor. Es una persona sensata y fiel. Por tanto, las trampas que en el futuro sobrevendrán a hombres traicioneros y de corazón corrupto, no llegarán a sus puertas, sino quedarán lejos de su sendero. El ama la sabiduría, y será lleno de ella. Que sobre su cabeza haya una corona de gloria. Que la luz de la verdad eterna ilumine su entendimiento. Que su nombre se tenga en memoria eternamente. Que las bendiciones de Jehová coronen a su posteridad después de él, porque me dio consuelo en la soledad de mi refugio. Cuán glorioso y bueno ha sido para mí encontrar amigos puros y santos, que son fieles, justos y verdaderos, cuyo corazón no desfallece; cuyas rodillas están firmes, sin vacilar, mientras sirven al Señor satisfaciendo mis necesidades en el día en que se ha derramado sobre mí la ira de mis enemigos.

En el nombre del Señor lo bendigo, y digo, en el nombre de Jesucristo de Nazaret, que éstos son los que heredarán la vida eterna. Lo digo en virtud del Santo Sacerdocio, y por ministerio de ángeles, y por el don y el poder del Espíritu Santo.

Cuán gloriosos fueron mis sentimientos al reunirme con ese grupo fiel y bondadoso, la noche del jueves once, en la isla de la desembocadura de los ríos, entre Zarahemla y Nauvoo. Con qué inefable delicia y arrebatado de gozo se llenó mi corazón al tomar de la mano a mi amada Emma, mi esposa, la esposa de mi juventud y la elegida de mi corazón. Muchas fueron las reflexiones de mi corazón al contemplar por un momento las muchas experiencias que hemos sido llamados a sobrellevar; los trabajos y fatigas; los pesares y sufrimientos; y el gozo y el consuelo que de cuando en cuando ha cruzado nuestro camino. ¡Oh, cuántos pensamientos pasaron por mi mente en un momento! Y ahí estaba ella otra vez, enfrentando el peligro, firme, impávida e inquebrantable, inmutable, mi amorosa Emma.

Estaba también mi hermano Hyrum, que enseguida me tomó de la mano. Pensé para mis adentros: “Mi hermano Hyrum, qué corazón tan noble hay en ti”. ¡Oh, que Jehová el Eterno corone tu cabeza con bendiciones eternas, como recompensa por el cuidado que has tenido de mi alma! ¡Cuántos pesares hemos sufrido juntos! Y una vez más nos vemos acosados por la mano implacable de la opresión. Hyrum, tu nombre estará escrito en el libro de la ley del Señor, y tu generación lo verá, para que siga tu ejemplo.

Asimismo, estaba el hermano Newel K. Whitney. Cuántas tristezas hemos pasado; y otra vez estábamos juntos. Eres un fiel amigo en quien el afligido puede confiar con la mayor seguridad. Que las bendiciones del Eterno coronen tu cabeza. ¡Qué fervoroso corazón! ¡Qué alma tan preocupada por el bienestar del que ha sido echado y odiado de casi todos los hombres! Hermano Whitney, no sabes cuán fuertes son los lazos que unen mi alma y mi corazón a ti.

Mi corazón se llenó de alegría al estrechar, uno por uno, la mano de cada uno de los del grupo que estaba de pie sobre la orilla. Estaban allí Guillermo Law, Guillermo Clayton, Dimick B. Huntington, Jorge Miller; ellos formaban ese pequeño grupo.

No mencionaré los detalles de lo que pasó en esa noche sagrada, que recordaré por siempre; pero deseo anotar aquí los nombres de los fieles. Ellos y yo hemos estado juntos en la prosperidad, y fueron mis amigos; y ahora me encuentro con ellos en la adversidad, y todavía son mis amigos más afectuosos. Aman al Dios que yo sirvo; aman las verdades que yo enseño; aman las doctrinas sagradas que yo atesoro en mi pecho con todo el calor de mi corazón, y con ese ardor que no puede apagarse. Amo la verdad y la amistad; amo la ley y la virtud; amo al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Y ellos son mis hermanos, y viviré; y porque yo viviré, vivirán ellos también. No son ellos los únicos que han atendido a mis necesidades, y que bendecirá el Señor. También está el hermano Juan D. Parker y el hermano Amasa Lyman, y el hermano Enrique G. Sherwood. Mi corazón quiere corresponder a las incansables bondades que me han dispensado estos hermanos. Son hombres de gran estatura espiritual, manos generosas y acciones nobles; con un corazón grande, magnánimo y audaz. Está el hermano José B. Noble de quien haré memoria delante del Señor. Está mi hermano Samuel H. Smith; él es aun como Hyrum. También está el hermano Arturo Millikin, quien se casó con mi hermana menor Lucy; él es un hombre fiel, honrado y recto.

Sería injusto olvidar a quienes me llevaron a remo en el esquife río arriba esa misma noche, después que tuve que separarme de ese hermoso grupo —y que me trajeron a este refugio seguro, solitario y aislado—: el hermano Jonatán Dunham, y también el otro, cuyo nombre desconozco. Fueron tantos los pensamientos que llenaron mi corazón dolorido mientras ellos remaban. No se quejaron de la fatiga o los apuros para lograr mi seguridad. Mi corazón hubiera sido más duro que el diamante si no hubiera orado por ellos fervorosamente. Y luego de hacerlo, la voz quieta y apacible susurró a mi alma: “Estos que comparten tus trabajos con tan fieles corazones, reinarán contigo en el reino de Dios”; pero tuve que separarme de ellos en silencio, y vine a mi refugio. Espero poder verlos otra vez, para servirles y ministrarles consuelo. No les faltará un amigo mientras yo viva. Mi corazón amará y mis manos obrarán por los que me aman y me sirve, y siempre seré fiel a mis amigos. ¿Es que seré desagradecido? ¡Nunca! ¡No lo permita Dios!

Deseo continuar con este tema en el futuro.

Martes 23 de agosto.— Muchas son las almas a las que amo más allá de la muerte. Me he mostrado fiel a ellos, y estoy determinado a serles fiel hasta que Dios me llame a dejar esta vida. ¡Oh!, tú que ves y conoces los corazones de todos los hombres; tú, Eterno, Omnipotente, Omnisciente y Omnipresente Jehová, Dios; tú, Elohim, que te sientas, como dijo el salmista, en el trono celestial, mira ahora a tu siervo José, y haz que se le conceda la fe en el nombre de tu Hijo Jesucristo en grado mayor al que tu siervo jamás ha alcanzado, aun la fe de Elías; y que la luz de vida eterna se encienda en su corazón para no apagarse jamás; y que las palabras de vida eterna se derramen sobre el alma de tu siervo, para que pueda saber tu voluntad, tus estatutos, y tus mandamientos y tus juicios, para poder cumplirlos.

Que como el rocío sobre el Monte Hermon se derrame sobre tu siervo tu gracia divina, tu gloria y tu honra, en la plenitud de tu misericordia, poder y bondad. ¡Oh!, Señor, Dios, mi Padre Celestial, ¿acaso será en vano que tu siervo sea expulsado de entre sus amigos y arrancado de su seno, para quedar atado con frías cadenas de hierro, ser puesto entre las paredes tristes de la prisión para vivir días de dolor, de pesar y de miseria, por mano de un enemigo enfurecido y encaprichado que quiere saciar su sed infernal de sangre inocente, y sin otro motivo de parte de tu siervo que la defensa del inocente; y tú, un Dios justo, no oirás mi llanto?. No; tú me oirás, porque soy un hijo del pesar en esta vida mortal por causa de mis sufrimientos, pero no para condenación eterna; porque tú conoces, ¡oh, Dios!, la integridad de mi corazón. Me oíste, y yo sabía que tú me oirías, y mis enemigos no prevalecerán; se derretirán como cera delante de tu faz; y como el bramido del torrente de las aguas, o como el terremoto que abre las grietas, o como el estallido más potente del trueno, o el relámpago más destellante, o como el sonido de la trompeta del arcángel, o la voz del Dios Eterno será el castigo que sobrevendrá a mis enemigos en un instante, repentinamente, y quedarán atrapados, caerán y se hundirán en el foso que cavaron para mí y mis amigos, y perecerán en su propia infamia y vergüenza, arrojados en el infierno eterno por sus obras diabólicas y asesinas.

Viernes 2 de septiembre.— Estuve en casa. Esta tarde llegó a la ciudad el informe de que el Sheriff iba camino a Nauvoo con una fuerza armada.

Sábado 3 de septiembre.— Pasó la mañana en casa, con Juan F. Boynton.

Domingo 2 de octubre. — Como a las diez de la mañana llegó un mensajero de Quincy, diciendo que el Gobernador había ofrecido una recompensa de \$200 por la captura de José Smith, hijo, y \$200 por Orrin P. Rockwell. Esto se confirmó al recibirse los periódicos. El Quincy Whig también dice que el Gobernador Reynolds ha ofrecido una recompensa, y publica la proclamación del Gobernador en la que ofrece una recompensa de \$300 por José Smith, hijo, y \$300 por Orrin P. Rockwell. No se espera que se logre mucho con el ofrecimiento de la recompensa.

Mi esposa siguió muy enferma. Estuve todo el día con ella.

Lunes 3 de octubre.— Emma está un poco mejor. Estuve con ella todo el día.

Martes 4 de octubre.— Mi esposa está enferma otra vez. Estuve atendiéndola todo el día, algo enfermo yo también.

Miércoles 5 de octubre.— Mi querida Emma ha empeorado. Surgió el temor de que ya no se recuperara. Se sumergió en el río dos veces, lo cual evidentemente le hizo mucho bien. Por la noche

empeoró nuevamente, y siguió muy enferma. Estuve enfermo, y muy afligido por la enfermedad de mi esposa.

Jueves 13 de octubre.— Llegaron los hermanos de Wisconsin, con una balsa con unos veintisiete mil metros de tablones, y seiscientos sesenta y seis metros cúbicos de madera para el Templo y la Mansión de Nauvoo.

Sábado 15 de octubre.— Regresó a Nauvoo el hermano Juan D. Parker, y les informó a mis amigos que yo estaba bien.

Domingo 23 de octubre.— El comité del templo puso hoy a consideración de los hermanos la conveniencia y las ventajas de poner en el templo un piso provisional, para que en adelante los hermanos puedan reunirse en el templo para adorar, en lugar de hacerlo en la arboleda. Esas eran mis instrucciones, y los santos mostraron regocijarse mucho con ese privilegio.

Viernes 28 de octubre. — En cuanto amaneció fui a casa para visitar a mi familia. Encontré a Emma más enferma, y bien al resto de la familia. Por la tarde salí de la ciudad a caballo, e hice un poco de ejercicio. Por el curso que parecen haber tomado las cosas, nos sentimos inclinados a creer que mis enemigos no me molestarán más por el momento.

Los hermanos terminaron hoy de poner los asientos y el piso provisional en el templo, y su apariencia es verdaderamente hermosa y halagadora. Los esfuerzos que hicieron los hermanos la semana pasada para lograr esto, son dignos de alabanza.

Sábado 29 de octubre.— Como a las diez de la mañana fui a visitar el templo. Expresé mi satisfacción con los arreglos hechos, y me sentí complacido con el avance que se ha logrado en la construcción del sagrado edificio. Regresé a casa, tras conversar con varios de los hermanos y estrechar la mano de muchos de ellos, que se sentían felices de ver a su profeta otra vez; pero poco después fui a la tienda, donde se hallaba reunido un buen número de hermanos y hermanas que habían llegado por la mañana de la región de Nueva York, Long Island, etc. Después de las palabras de los Elderes Taylor, Woodruff y Samuel Bennett, hablé yo extensamente, indicándoles la manera de proceder y cómo debían conducirse en cuanto a la compra de tierras, etc.

Les hice ver que cuando los hermanos se sentían descontentos y murmuraban, generalmente era porque despreciaban o desobedecían el consejo dado; y muchos, al llegar aquí, se disgustaban por el comportamiento de algunos de los hermanos, porque no se hacían las cosas con toda perfección; y luego se enojaban y de este modo daban al diablo la oportunidad para destruirlos. Les dije que yo no era sino hombre, y no debían esperar que yo fuese perfecto; y si esperaban la perfección en mí, yo la esperaba en ellos; pero si soportaban mis debilidades y las debilidades de los hermanos, en igual manera yo soportaría sus debilidades.

Les dije que probablemente tendría que esconderme otra vez en los bosques, mas no por eso debían ellos de perder el ánimo, sino al contrario, edificar la ciudad, el templo, etc. “Cuando mis enemigos me priven de mis derechos, lo aguantaré y me quitará de en medio; pero si os quitan vuestros derechos, lucharé por vosotros”. Los bendije y me despedí.

Domingo 30 de octubre. — Se reunieron los santos para adorar en el templo, en el piso provisional. Las paredes tienen una altura aproximada de 1.20 metros sobre el subterráneo; y a pesar de su tamaño se llenó enteramente. Pensaban que yo les predicaría, pero envié a decirles que estaba tan enfermo que no podía ir a reunirme con ellos; en consecuencia, discursó el Elder Juan Taylor.

Lunes 31 de octubre.— Fui a mi granja con mis hijos, y no regresé hasta el anochecer.

Martes 1° de noviembre.— Fui al templo con Emma. Se está recuperando rápidamente. Por la tarde fui a ver al Dr. Willard Richards, que estaba muy enfermo en la casa del Elder Woodruff; después, acompañado de mis hijos y Guillermo Clayton, fui a la granja. Al ir bajando la colina, cerca del pueblo, el coche se ladeó y se volcó. Caí a cierta distancia del coche, y mis tres hijos quedaron casi debajo de él. Me levanté y fui a ver si alguno de los niños había muerto, pero ninguno estaba lastimado seriamente. Federico G. Williams, el que quedó más lastimado, resultó con una herida en la mejilla.

Fue un milagro el haber escapado sin heridas graves de este accidente, y sólo podemos atribuirlo al poder de la Divina Providencia. Agradezco a Dios por el atento y bondadoso cuidado que tiene de su siervo y su familia.

El coche quedó tan destrozado, que lo dejamos allí; subimos a los niños en el buggy del hermano Stoddard, y regresamos a casa. Por la noche visité el templo con dos de mis hijos.

Sábado 5 de noviembre. — Me quedé en casa debido a la lluvia. Recibí la visita de varios indios, acompañados de un intérprete negro. Expresaron mucha simpatía hacia el pueblo mormón, y dijeron que eran sus amigos. Luego de comer algo y haber conversado largo rato, se marcharon demostrando estar muy satisfechos con la visita.

Le aseguré al Dr. Richards que el Misisipí estará congelado en menos de un mes, a pesar de que ahora el tiempo es agradable y cálido.

Lunes 7 de noviembre.— Pasé la tarde con mi hermano Hyrum y algunos de los Doce, y dando instrucciones sobre el viaje que se piensa hacer hacia Springfield el quince de diciembre próximo. En la tarde llegó el Sr. Calvino A. Warren, y les pedí a algunos de los Doce y otros, que testificaran ante el Sr. Warren lo que sabían en cuanto al nombramiento del Fideicomisario, demostrando también con documentos que fui autorizado por la Iglesia para comprar y poseer propiedades en nombre de la Iglesia, y que había obrado en todas las cosas según las instrucciones legales que había recibido.

Jueves 17 de noviembre.— Hubo una tormenta de nieve muy fuerte, y el Elder Alteo Harmon (que regresaba de su misión) y otro hombre murieron de trío en la pradera que está entre Nauvoo y Cartago. El Misisipí se congeló, cumpliendo mi profecía.

Sábado 26 de noviembre.— Por la noche fui con el Elder Richards a ver a Brigham Young. Enfermó de gravedad repentinamente, con síntomas de apoplejía. De inmediato lo bendijimos mediante la imposición de manos, y a eso añadimos el uso de hierbas. Le ocasionó vómito y purgación abundantes, que eran buena señal. A pesar de que los que enferman así rara vez llegan a vivir por mucho tiempo, los hermanos se unieron en oración, y sentimos grandes esperanzas de que se recuperara.

Domingo 27 de noviembre.— Todo el tiempo en casa, excepto por la visita que hice al Presidente Young, que sigue gravemente enfermo.

Miércoles 7 de diciembre.— Comí con el Elder Orson Hyde y su familia. El Elder Hyde llegó hoy de su misión en Jerusalén. Su presencia es verdaderamente grata. Estuve todo el día con el Elder Hyde, y acarreado leña.

Jueves 8 de diciembre.— En casa. Recibí la visita del Elder Hyde y su esposa.

El día de hoy, el Gobernador de Illinois, Tomás Ford, en su discurso inaugural ante el Senado y la Cámara de Representantes advirtió que se ha hablado bastante sobre ciertas prerrogativas que se han otorgado al pueblo de Nauvoo. Que esas prerrogativas son censurables por muchas razones, pero particularmente por los poderes que otorgan. Los habitantes del Estado se han escandalizado, y pretenden que esas prerrogativas se modifiquen, para que los habitantes de Nauvoo no gocen de mayores privilegios que nuestros conciudadanos.

Viernes 9 de diciembre.— Estuve partiendo leña todo el día.

Martes 20 de diciembre.— Acarreando y partiendo leña, como lo he estado haciendo casi todo el tiempo desde el día nueve. El Presidente Young sigue muy enfermo.

Lunes 26 de diciembre.— En la mañana estuve en concilio, y después fui arrestado por el General Wilson Law por instrucciones del Gobernador Carlin. Los Elderes Enrique G. Sherwood y Guillermo Clayton fueron a Cartago para obtener una orden de hábeas corpus para llevarme al tribunal de Springfield. El General Law me puso bajo la custodia del Dr. Richards, con quien fui a visitar a la hermana Morey, que ha estado padeciendo mucho. Le recetamos la flor de lobelia, entre otras cosas. He comprobado su utilidad por experiencia propia. Es una de las obras de Dios pero, igual que el poder de Dios o cualquier otra cosa buena, se vuelve perjudicial si no se usa adecuadamente. El hermano Morey me regaló un bastón que está hecho de un diente de ballena de esperma: el puño, de marfil de ballena, y el

intersticio, de caoba. Al regresar a casa hallé a mi esposa en trabajo de parto. Dio a luz un niño, que no sobrevivió.

Martes 27 de diciembre.— A las nueve de la mañana salí hacia Springfield, custodiado por Wilson Law; me acompañaban Hyrum Smith, Willard Richards, Juan Taylor, Guillermo Marks, Leví Moffit, Pedro Haws, Lorin Walker y Orson Hyde. En el camino a Cartago nos encontramos a Guillermo Clayton y Enrique G. Sherwood, que habían obtenido una orden de hábeas corpus del encargado de la oficina, pues el Secretario de la corte había sido elegido para el Senado Estatal.

Había mucha nieve y el viaje fue difícil, pero al ponerse el sol llegamos a la casa de mi hermano Samuel, en Plymouth. Allí nos alcanzaron Eduardo Hunter, Teodoro Turley, el Dr. Tate y Sadrac Roundy. Cené con la familia de mi hermano Guillermo, que vivía bajo el mismo techo; dormí sobre una piel de búfalo extendida en el suelo, junto con el Dr. Willard Richards, y soñé que estaba junto a una hermosa corriente de agua, y vi un pez y lo pesqué. Poco después vi otros, y también los pesqué. Luego vi una multitud de peces, y pesqué en abundancia, y pedí sal y los salé.

Miércoles 28 de diciembre.— La mañana era húmeda. Salimos como a las ocho y llegamos a la posada del Sr. Stevenson, en Rushville, a una distancia como de treinta y dos kilómetros, a las tres de la tarde. La esposa de mi hermano Guillermo, que estaba enferma, iba con nosotros, acompañada de la hermana Durphy, que había salido de Nauvoo con nosotros, para cuidarla. Estuve parte de la noche con el Sr. Urías Brown y su familia, y parte de nuestro grupo. Hablando sobre la anulación de las prerrogativas políticas, les dije que el acto de tocar el Acta Constitutiva de Nauvoo no era ni más ni menos que un asalto en despoblado; y que yo nunca permitiría que nuestras prerrogativas se redujeran, pero que sí debían aumentar las de otras ciudades. Cuando volví a la posada, los hermanos midieron mi estatura, que fue de 1.83 metros, y la de mi hermano Hyrum fue la misma.

Jueves 29 de diciembre.— Salimos temprano; a las once cruzamos el Río Illinois, y antes de las cinco de la tarde llegamos a la casa del Capitán Dutche, un total de unos cincuenta kilómetros; el tiempo está frío en extremo. El General Law me preguntó por qué el sol tiene nombre masculino, y la luna, uno femenino. Le respondí que la raíz masculina es más fuerte que la femenina. El sol es un astro que rige ciertos planetas, mientras que la luna recibe su luz del sol, y es una luz menor o más débil.

Que los gobernantes de Misuri reparen los daños que les han causado a los santos, o que la maldición sea sobre ellos de generación en generación, hasta que lo hagan.

Cuando yo iba a Misuri acompañado del Elder Rigdon, con nuestras familias, un día extremadamente frío, estábamos a veintidós kilómetros de la casa más cercana. Solicitamos hospedaje en todas las posadas, pero fue en vano; éramos mormones y no se nos podía alojar. Era tan intenso el frío que en una hora hubiéramos perecido. Suplicamos por nuestras esposas y nuestros hijos, sin resultado alguno. Nos pusimos de acuerdo, y los hermanos manifestaron estar dispuestos a apoyarme, y decidimos pelear antes que morir de frío.

Entré a una posada y supliqué que se nos diera alojamiento. El dueño me dijo que no nos hospedaría ni por amor ni por dinero. Le contesté que teníamos que quedarnos allí, y allí nos quedaríamos pasara lo que pasara, pues si no lo hacíamos moriríamos. Me dijo: “Hemos oído que los mormones son gente muy mala; y por eso los habitantes del pueblo de París hemos convenido en no hacer ningún trato con ellos; si no fuera por eso, se podrían quedar aquí”. Le dije: “Vamos a quedarnos, pero no gracias a usted. Tengo suficientes hombres para tomar este pueblo, y si hemos de morir de frío, antes de morir quemaremos estas casas”. Se nos abrieron las puertas de las posadas, y fuimos alojados; y a la mañana siguiente recibimos muchas disculpas de los habitantes del pueblo, por habernos tratado tan mal.

Viernes 30 de diciembre.— Salimos a las ocho de la mañana, y a las dos y media de la tarde llegamos a la casa del Juez Adams, de Springfield.

Sábado 31 de diciembre.— Se nos otorgó la orden, regresamos, y me dirigí al tribunal. El Sr. Butterfield leyó la orden de hábeas corpus, pidió que la corte fijara una fianza hasta que yo pudiera tener una audiencia, lo cual se concedió; y aunque se trataba sólo de un delito menor, a los Generales Jacobo Adams y Wilson Law también se les pidió una fianza para asegurarme, por la cantidad de \$2,000 cada uno, y se fijó el juicio para el lunes.

La corte estaba llena, y al llegar el General Law a la parte superior de las escaleras, uno de la multitud dijo: “Ahí va Smith el Profeta; y es un tipo bien parecido”; y otro [añadió]: “Y tan sinvergüenza como el que más”. Hyrum respondió: “Y muchas otras cosas, ¿no?”. “Sí [dijo el hombre], muchas, muchas más, y sus compañeros son iguales”.

Al llegar al pie de las escaleras, el General Law dijo: “Yo soy uno de sus compañeros”. El hombre contestó: “Pues también eres un sinvergüenza”. “Eres un canalla mentiroso,” replicó Law; y el hombre comenzó a quitarse la ropa y salió corriendo a la calle, maldiciendo y armando gran agitación, y entonces intervino el Sr. Prentice, el alguacil, y con grandes esfuerzos reprimió a la chusma. El Sr. Prentice se merece todo el crédito, por su celo en mantener la paz.

Cuando los camorristas se dispersaron, fui con el Sr. Butterfield y el Dr. Richards a ver al Gobernador Ford, que estaba enfermo. Me dijo que tenía una petición para reanudar la persecución legal en mi anterior caso de traición contra Misuri, pero que él sabía que era nula. Comimos con el Sr. Butterfield en un hotel, donde se alojaba el Gobernador, y luego regresamos al cuarto del General. Durante nuestra conversación, el General hizo la observación de que él no era religioso. Le dije que yo no estaba atado a ningún credo popular, y que por eso no le simpatizaba a la gente. “Bien”, dijo el General, “por los informes que recibimos, teníamos razones para creer que los mormones eran gente rara, diferente de los demás, con cuernos o algo así; pero veo que son como todo el mundo; es más, pienso que el Sr. Smith es un hombre muy bien parecido”.

A las dos de la tarde volví a la casa del Juez Adams, y asigné a los Elderes Hyde y Taylor para que predicaran en el Salón de Asambleas a la mañana siguiente.

Esta tarde unos caballos se desbocaron y huyeron, pasando por la Casa de Gobierno, y se escuchó el grito: “¡Se escapa Joe Smith!”, lo que causó gran alboroto y un receso inesperado en la Cámara de Representantes.

ILLINOIS-MISURI

1843

HÁBEAS CORPUS

Mañana del domingo 10 de enero de 1843.— Vino a verme el Presidente de la Cámara de Representantes para decirme que hoy podíamos usar el salón para predicar. Tuve una agradable entrevista con el Sr. Butterfield, el Juez Douglas, el Senador Gillespie y otras personas. En respuesta a una pregunta del Sr. Butterfield, declaré que la principal diferencia entre los Santos de los Últimos Días y los sectarios era que éstos últimos estaban limitados a un credo en particular, lo cual los privaba del privilegio de creer cualquier otra cosa, mientras que los santos de los últimos días no tienen un credo, sino que pueden creer en todos los principios verdaderos, conforme se les revelan de cuando en cuando.

A petición del grupo, expliqué la naturaleza de un profeta. Si una persona me preguntase si yo era profeta, no lo negaría, ya que estaría mintiendo; porque, según Juan, el testimonio de Jesús es el espíritu de profecía. Por tanto, si profeso ser testigo o maestro, y no tengo el espíritu de profecía, que es el testimonio de Jesús, soy testigo falso; pero si soy maestro y testigo verdadero, debo tener el espíritu de profecía, y eso es lo que constituye a un profeta; y cualquier hombre que diga que es maestro o predicador de justicia, y niegue el espíritu de profecía, es mentiroso y no hay verdad en él; y por esta llave se puede conocer a los falsos maestros e impostores.

A las once y media de la mañana acudimos al salón principal, donde el Elder Orson Hyde leyó un himno. El Elder Taylor hizo la oración. Luego, los santos cantaron “El Espíritu de Dios”. El Elder Hyde predicó sobre el capítulo tres de Malaquías. Estuvieron presentes la mayor parte de los miembros de la Legislatura y de los varios Departamentos de Estado.

Comí con el Juez Adams a la una de la tarde, y a las dos y media regresamos al salón y escuchamos la predicación del Elder Taylor sobre Apocalipsis 14:6,7, y los primeros principios del evangelio. Había una gran congregación, que escuchaba muy atentamente a pesar de su ansiedad por “ver al Profeta”.

Cené en la casa del hermano Bowman, donde vi a la hermana Lucy Stringham (que fue uno de los primeros frutos de la Iglesia en Colesville, Nueva York) y a muchos otros de los santos. A las siete regresé a la casa del Juez Adams.

Lunes 2 de enero. — Luego de desayunar con el Juez Adams, profeticé en el nombre del Señor que no me llevarían a Misuri ni vivo ni muerto. A las nueve y media de la mañana acudí a la corte; y a las diez, tomó su lugar el Juez Pope, acompañado de varias damas.

Se presentó mi caso, y el Sr. Lamborn, Procurador de Illinois, solicitó que el caso se continuara al día siguiente, y se fijó mi juicio para la mañana del miércoles. Mi abogado, el Sr. Butterfield, presentó varias objeciones contra algunos puntos a los que se hacía referencia en la orden de hábeas corpus. A las diez y media me dirigí al salón del Senado y estuve conversando con varios caballeros. Comimos en un restaurante. Al levantarnos de la mesa, el Juez Brown me invitó a su habitación, y me informó que estaba a punto de publicar una historia de Illinois, y que deseaba que le proporcionara una historia del desarrollo y progreso de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días, para incluirla en su obra.

A la una y media de la tarde volví a la casa del General Adams. Un caballero de San Luis le dijo al General Law que la impresión general era que Smith era inocente, y el entregarlo sería como un asesinato; que sólo debería azotársele un poco y dejarlo ir. Es evidente que el prejuicio va cediendo en la opinión pública.

A las cuatro vinieron a verme el Sr. Lamborn, el Sr. Prentice, el alguacil y como una media docena de personas más. El alguacil dijo que era la primera vez, durante su administración, que asistían damas a un juicio en la corte. Prevaleció en ese grupo un sentimiento particularmente agradable y conciliatorio, y el alguacil me invitó a una comida familiar cuando fuera puesto en libertad.

A las cinco fui a la casa del Sr. Sollars con los Elderes Hyde y Richards. El Elder Hyde preguntó acerca de la situación del negro. Yo respondí que habían venido al mundo en un estado de esclavitud física y mental. Si cambiaran a una situación como la de los blancos, serían como ellos. Tienen alma y

merecen la salvación. Si uno va a Cincinnati o a cualquier otra ciudad, y ve a un negro bien educado, que tiene su propio coche, allí está mirando a un individuo que se ha elevado por la fuerza de su propia inteligencia a su alto estado de respetabilidad. Los esclavos que se hallan en Washington son más educados que muchos de los hombres que ocupan puestos de importancia, y los jóvenes negros alcanzarán mayor cultura que aquéllos a quienes sirven.

El hermano Hyde dijo que de ponerlos en ese nivel se harían más importantes que él. Yo le contesté: “Si yo lo elevara a usted al mismo nivel en que yo me hallase, y entonces tratara de oprimirlo, ¿no se indignaría usted y trataría de elevarse más que yo, como sucedió con Oliverio Cowdery, Pedro Whitmer y muchos otros, que dieron que yo era un profeta caído y que ellos eran capaces de guiar al pueblo, aunque jamás intenté oprimirlos, sino siempre procuré elevarlos? Si algo tuviera yo que ver con el negro, lo limitaría por medio de leyes estrictas a su propia especie y le concedería igualdad ante la ley en toda la nación”.

Por no haber fe, tampoco hay frutos. Nadie, desde el principio del mundo, ha tenido fe sin algo que la acompañe. Los antiguos apagaron la violencia del fuego, se libraron del filo de la espada, las mujeres recibieron a sus muertos, etc. Por la fe se hicieron los mundos. El hombre que no tiene ninguno de los dones, no tiene fe, y se está engañando a sí mismo si cree que la tiene. Ha faltado la fe no sólo entre los paganos, sino también entre la llamada cristiandad, de modo que no ha habido lenguas, sanidades, profecía, profetas, apóstoles, ni ninguno de los dones y bendiciones.

Algunos de los presentes opinaron que yo no era un profeta muy humilde, de modo que les dije: “Soy manso y humilde de corazón, y personificaré a Jesús por un momento para ilustrar el principio”. Entonces grité en alta voz: “¡Ay de vosotros, doctores; ay de vosotros, escribas, fariseos e hipócritas!” Mas en todos los lugares en que jamás he estado, no hallaréis uno donde yo les haya criticado su comida, su bebida, su casa, su hospedaje; no, nunca; y esto es lo que significa la mansedumbre y humildad de Jesús.

El Sr. Sollars declaró que Jaime Mullone, de Springfield, le contó lo siguiente: “Estuve en Nauvoo, y vi a José Smith, el Profeta. Tenía un caballo rucio, y le pregunté dónde lo había conseguido, y Joe dijo: ‘¿Ves aquella nube blanca?’ ‘Sí’ ‘Pues al pasar la nube por aquí, saqué este caballo de ella.’ Ese es un buen ejemplo de las diez mil mentiras insensatas que esta generación está circulando para desacreditar la verdad y a sus defensores.”

¿Qué es lo que generalmente inspira en los profesores del cristianismo la esperanza de salvarse? Es esa influencia sutil, sofisticada, del diablo, por medio de la cual engaña a todo el mundo. “Pero”, dijo el Sr. Sollars, “(¿acaso no puedo arrepentirme y ser bautizado, y prescindir de los sueños, visiones y otros dones del Espíritu?)” Yo le contesté:

“Supongamos que ando viajando y tengo hambre, y encuentro a un hombre al que le digo que tengo hambre. El me dice que más adelante hay una posada, y que vaya y llame a la puerta, y obedezca todos los reglamentos de la casa: como llamar a la puerta, pedir alimento y sentarme a comer, o no podré satisfacer el hambre. Voy y llamo, y pido alimento y me siento a la mesa, pero no como. ¿Podré satisfacer el hambre? No. Tengo que comer. Los dones son el alimento, y las gracias del Espíritu son los dones del Espíritu. Cuando inicié esta obra, y logré que creyeran dos o tres personas, viajé con Oliverio Cowdery una distancia de cerca de cuarenta y ocho kilómetros para visitarlas. Teníamos solamente un caballo para los dos. Al llegar, vino contra nosotros un populacho de unos cien hombres antes que tuviéramos tiempo de comer, y nos persiguieron toda la noche. Llegamos a casa poco después de haber amanecido, tras haber viajado alrededor de noventa y seis kilómetros, sin alimento. A menudo he viajado toda la noche a fin de visitar a los hermanos; y cuando he viajado predicando el evangelio entre desconocidos, frecuentemente me han despedido sin darme de comer”.

Así pasamos la noche en plática y enseñanza, y al terminar cantamos un himno e hicimos una oración, y nos despedimos. Los Elderes Hyde, Richards y yo nos acostamos y disfrutamos del descanso hasta la mañana siguiente.

Martes 3 de enero.— Después del desayuno fui a visitar a la hermana Crane, y bendije a su bebé, José Smith Crane. Volví a la casa del Juez Adams, donde conversé con los Sres. Trobridge, Jonás, Browning y otros sobre mi antigua acusación de traición contra Misuri. A las nueve y media fui a la corte, y conversé con los Sres. Butterfield, Owen, Pope, Prentice y otros. Salí a las doce, y pasé la tarde en casa del Juez Adams. Cuando anocheaba vino el alguacil con citas para mis testigos. Pasé la noche con los hermanos, en

la casa del Juez Adams, en agradable visita; y profeticé, en el nombre del Señor, que no sería muy grande la oposición que enfrentaría en mi juicio por la mañana. Dormí en un sofá, como acostumbraba mientras estuve en Springfield.

Miércoles 4 de enero.— A las nueve de la mañana me presenté en la corte. El Juez Pope ya estaba en su lugar, y había diez damas a un lado de él. Llegó Josías Lamborn, Procurador general del Estado de Illinois, y propuso que mi caso no se presentara.

Entonces mi abogado ofreció leer, como evidencia, las declaraciones juradas de varias personas, que comprobaban definitivamente que yo estuve en Nauvoo, en el Condado de Hancock, Estado de Illinois, los días seis y siete de mayo del año 1842, a más de cuatrocientos ochenta kilómetros del Condado de Jackson, Estado de Misuri, donde se alega que fue herido el mencionado Boggs. Y que nunca estuve en el Estado de Misuri entre el diez de febrero y el primero de julio de 1842; y que las personas mencionadas habían estado conmigo durante todo ese tiempo. Que el día seis de mayo ya mencionado asistí a un ejercicio militar en Nauvoo, en presencia de un numeroso grupo de personas; y que el día siete de mayo pasé revista a la Legión de Nauvoo en presencia de varios miles de personas.

El Procurador del Estado de Illinois se opuso a la lectura de las declaraciones juradas, arguyendo que yo no tenía derecho legal de contradecir la demanda. Mi abogado sostuvo que: primero, yo tenía el derecho de probar que la demanda era falsa; segundo, las declaraciones mencionadas no contradecían la demanda sino contradecían el hecho de que yo estuve en Misuri al tiempo del crimen que se alega, o que huí de la justicia de ese Estado. La corte decidió que se leyeran las declaraciones como evidencia, bajo las objeciones; y se leyeron, todo lo cual aparecerá en el registro del caso.

En el curso de su alegato, el Sr. Butterfield explicó que el Gobernador Reynolds había apoyado una mentira al solicitar mi arresto; y dijo que: “El Gobernador Carlin no habría entregado ni a su perro bajo tal petición. Que se haga el intento de entregar a un hombre que no ha salido del Estado, es un atentado contra la libertad de nuestras instituciones. Lo que le sucede hoy a él, puede sucedernos a nosotros mañana. Creo que bajo ninguna circunstancia el acusado debe ser entregado a Misuri. Está comprobado que él y su pueblo han sido víctimas de la intolerancia de Misuri. Si él va allá, será para ser asesinado. El es inocente y no hace mal a nadie. Si hay alguna diferencia entre él y el resto de la gente, es que su pueblo cree en la profecía, mientras que los demás no; los profetas antiguos profetizaban en verso, y los modernos, en prosa”.

El Sr. Butterfield manejó el caso con gran cordura. La corte estuvo atestada durante todo el proceso; reinó el mayor decoro, y se eliminó mucho prejuicio. El Sr. Lamborn apenas dijo lo que requería su relación con el caso.

La corte se suspendió hasta las nueve de la mañana siguiente, para formar una opinión. Después de ser presentado con varias personas, me retiré a la casa del Juez Adams. Luego de la comida conversé por un rato con mi hermano Hyrum, y con Teodoro Turley. A las cinco y media de la tarde fui a la casa del Sr. Prentice en su coche, en compañía del General Law y Orson Hyde. Disfruté de una visita muy agradable con el Sr. Prentice y su familia, el Juez Douglas, los Sres. Butterfield, Lamborn y Edwards, el hijo del Juez Pope y muchos otros; participamos de una cena espléndida; se relataron anécdotas muy interesantes, y todo hizo que la comida y la visita fueran placenteras. Regresé a la casa del Juez Adams como a las once de la noche.

Jueves 5 de enero.— A las nueve de la mañana me presenté en la corte, que estaba llena de espectadores ansiosos de “ver al Profeta” y oír la decisión del Juez Pope, quien pronto ocupó su asiento, acompañado de media docena de damas, y dio lo siguiente: Véase Historia de la Iglesia Vol. V, Páginas 223 -231.

(Nota del Traductor: El Juez Pope presentó, en nueve páginas, un estudio jurídico de primer orden. Primero, hizo un estudio constitucional mostrando que un Juez Federal (como él) sí tenía jurisdicción sobre el caso, contrariando al Fiscal del Estado quien reclamaba que una corte estatal debería considerar el caso - Después, el Juez mostró, con lógica impecable, como la acusación del Gobernador de Misuri, contra el profeta,- dirigida al Gobernador de Illinois- era ilegal, impropia y defectuosa. El Juez disertó, con maestría impresionante, sobre la defensa de HABEAS CORPUS, la ley inglesa de 1679, y norteamericana de 1787 que protege a todo ciudadano contra un arresto arbitrario. El HABEAS CORPUS, usado por el profeta siempre que tuvo oportunidad, demanda que el caso se presente cuanto

antes ante un tribunal para que la acusación se verifique, mostrando pruebas o cuerpo del delito, y que se demuestre la causa específica de la detención y si ésta debe mantenerse. Se puede decir que, tal vez sin saberlo, el Juez Pope fue inspirado para defender al profeta de un complot entre los gobiernos de dos estados. El Juez ordenó la libertad del profeta.)

Al final, hice un saludo reverencial a la corte la cual se suspendió hasta las diez de la mañana del día siguiente. Acepté la invitación de ver al Juez Pope en su habitación oficina, y estuve conversando una hora con Su Señoría; le expliqué que yo no pretendía ser más profeta que lo que debe ser todo predicador de justicia, y le di un panorama breve y general de mis principios. El Sr. Butterfield me pidió que profetizara cuántos habitantes llegaría a haber en Nauvoo. Le contesté: “No diré cuántos habitantes llegará a haber en Nauvoo, pero cuando yo llegué a Commerce, le dije a la gente que iba a edificar una ciudad, y los habitantes de allí replicaron: “Que el diablo nos lleve si lo logras”. De manera que les profeticé que edificaría una ciudad, y los habitantes profetizaron que no podría; ahora tenemos doce mil habitantes. Puedo profetizar que será una gran ciudad, pues ya clavamos las estacas y sólo nos falta llenar los huecos”.

El Juez fue muy atento, y me pidió que mi secretario, el Dr. Richards, le proporcionara una copia de su decisión, para la prensa. Comí en casa del General Adams; por la tarde visité con el hermano Clayton y el Sr. Butterfield. En la noche visité al Sr. Groves y pernocté en casa del General Adams, junto con el Dr. Richards.

Viernes 6 de enero.— En la mañana fui a ver al Juez Pope, acompañado del Dr. Richards, quien le entregó un reporte de su decisión. Visité al Sr. Butterfield, y le di dos pagarés de doscientos treinta dólares cada uno, habiéndole pagado cuarenta dólares por sus servicios. Obtuve copias certificadas de los actos de la corte, y además visité al Gobernador Ford para recoger su certificado, tras lo cual me aconsejó que me abstuviera de asuntos políticos. Le dije que siempre me había regido por ese principio, y así lo testificaron el Dr. Richards y el General Law; y que los mormones se unían al tiempo de las elecciones por la persecución, no por influencia mía; y que basaban todas sus acciones en el principio de la libertad.

En el transcurso del día estuve en la corte, conversando mucho con los abogados y otras personas, sobre diversos temas, especialmente sobre religión. El Juez Pope me expresó sus mejores deseos, y dijo que esperaba que ya no fuera perseguido, y yo lo bendije. El Sr. Butterfield dijo que yo debía depositar mi descargo legal en los archivos del templo, cuando esté terminado. Mi descargo, que aquí se menciona, comenzaba con mi petición por la orden de hábeas corpus, y terminaba con el certificado de Tomás Ford, Gobernador de Illinois, incluyendo todos los documentos relacionados con mi juicio, unidos con una cinta azul, y con el sello de la corte.

Al dar el Juez su opinión en el tribunal, entre otras cosas dijo: “Si fuera prerrogativa mía demandar al Congreso por alguna cosa, sería por permitir la extradición de fugitivos a base de leyes defectuosas. También criticó severamente las acciones de algunos Gobernadores y oficiales involucrados en mi caso, aunque supongo que consideró apropiado omitirlos en la copia para la prensa

Recibí muchas invitaciones para visitar a caballeros distinguidos en Springfield, que el tiempo no me permitió cumplir; también recibí un boleto para asistir al teatro esta noche, pero la obra se suspendió por lluvia.

Sábado 7 de enero.— A las ocho y media de la mañana salimos de la casa del Juez Adams para regresar a Nauvoo, y llegamos a la casa del Capitán Dutch a las cuatro de la tarde. El viaje fue muy difícil, entre nieve y lodo, y hacía tanto frío que los caballos estaban blancos, cubiertos de escarcha.

Lunes 9 de enero.— Salimos para Plymouth a las ocho y media de la mañana; los caminos estaban muy duros y con hielo. Estando a unos tres kilómetros al oeste de Brooklyn, como a las doce y media de la tarde, los caballos del coche grande resbalaron y no se pudo controlarlos, y caballos y coche, con Lorin Walker y el Dr. Richards adentro, se salieron del camino unos dos metros y medio, sin otro daño que la ruptura del eje delantero y el techo del coche. Fue gracias a la intervención de la Divina Providencia que ninguno de los hermanos resultó herido en lo más mínimo. Cortamos un árbol pequeño, arreglamos el eje, reanudamos la marcha, y como a las cuatro de la tarde llegamos a la casa de mi hermano Samuel, en Plymouth. Después de la cena visité a mi hermana Catalina Salisbury, acompañado del Dr. Richards y la hermana Durphy. Esa era la primera vez que visitaba a mi hermana en el Estado de Illinois, y esa circunstancia trajo a mi mente vivos recuerdos de la familia de mi padre, de los que hablé abiertamente,

en especial de mi hermano Alvin. El era un hombre muy bien parecido, superado sólo por Adán y Set, y tenía una gran fuerza. En una ocasión, cuando dos irlandeses estaban peleando y uno estaba a punto de sacarle los ojos al otro, Alvin lo levantó del cuello de la camisa y de los pantalones, y lo arrojó por encima de los hombres que se habían juntado para ver la pelea.

Regresamos a la casa de mi hermano Samuel apenas antes de que terminara la reunión en el edificio de la escuela, donde predicó el Elder Juan Taylor. Luego de saludar a varias personas que vinieron a verme, y tras cantar un himno, nos retiramos a descansar.

Martes 10 de enero.— A las ocho y media de la mañana salimos hacia Nauvoo, deteniéndonos solamente en un pozo de agua, en Cartago, para dar de beber a los animales, y llegamos a mi casa a las dos y media de la tarde. Encontré con bien a mi familia, que se había reunido con muchos amigos, para saludarnos a nuestro regreso. Mi anciana madre entró y me tomó del brazo sin que la viera, y el verla me produjo una sorpresa muy agradable, mientras que ella se llenó de alegría al ver a su hijo libre una vez más.

Miércoles 11 de enero.— Esta mañana salí con mi esposa con la intención de ir a casa del hermano Daniel Russell y pedirle una disculpa por haber averiado su coche a nuestro regreso de Springfield, pero se nos quebró el carruaje y tuvimos que volver a casa, donde recibí la visita de un grupo de damas y caballeros de Farmington, que está sobre el Río Des Moines, y se fueron a las dos y media de la tarde.

Mandé hacer invitaciones de parte mía y de mi esposa para una comida en mi casa el próximo miércoles a las diez de la mañana, dirigidas a los hermanos: Wilson Law, Guillermo Law, Hyrum Smith, Samuel Bennett, Juan Taylor, Guillermo Marks, Pedro Haws, Orson Hyde, Enrique G. Sherwood, Guillermo Clayton, Jabez Durphy, H. Tate, Eduardo Hunter, Teodoro Turley, Sadrac Roundy, Willard Richards, Arturo Millikin, Brigham Young, Heber C. Kimball, Wilford Woodruff, Jorge A. Smith, Alfeo Cutler, Reynolds Cahoon, y sus esposas; también para mi madre (Lucy Smith), y las hermanas Eliza R. Snow y Hannah Ells.

Jueves 12 de enero.— En casa todo el día.

Viernes 13 de enero.— En casa casi hasta la puesta del sol; luego fui con el Dr. Richards a la casa del hermano Guillermo Marks, para ver a Sofía Marks, que estaba enferma; la oímos relatar su sueño o visión de la visita de sus dos hermanos ya muertos, tocante a las relaciones y asociaciones en el otro mundo.

Sábado 14 de enero.— Por la mañana salí con mi esposa. A las diez asistí a una reunión del Ayuntamiento, y por la noche hice venir a los Doce, para orar en mi recámara por Sofía Marks, quien está muy enferma.

Domingo 15 de enero.— Lo pasé en casa, con mi familia.

Martes 17 de enero.— Por ser el día señalado por los Doce como día de humildad, ayuno, alabanza, oración y acción de gracias ante el gran Elohim, asistí a una reunión pública que estuvo concurrida en extremo. Se efectuaron muchas otras reuniones en diversas partes de la ciudad, con mucha asistencia; y había gran gozo entre el pueblo porque yo había sido liberado de las garras de mis enemigos una vez más. Por la noche asistí a un juicio con otras seis personas, en el caso de un terreno del Dr. Robert D. Foster.

Miércoles 18 de enero.— A las diez de la mañana empezaron a llegar los invitados a mi casa, y antes de las doce ya estaban todos presentes, con excepción de Leví Moffat y su esposa, y la esposa de mi hermano Hyrum, que estaba enferma. Les repartí tarjetas, impresas especialmente para la ocasión con el himno especial de los hermanos Law y Richards; y también otro de la hermana Eliza R. Snow, que se imprimió en el Times and Seasons, volumen cuatro, página noventa y seis, los cuales cantó todo el grupo con mucho gusto.

Entonces leí la carta que Juan C. Bennett envió a Sidney Rigdon y Orson Pratt, y les dije que el Sr. Pratt me había mostrado la carta. El Sr. Rigdon no quería que se supiera que él andaba mostrando la carta, sino deseaba mantenerla en secreto, como si tuviera correspondencia secreta con Bennett; pero en cuanto el Sr. Pratt tuvo la carta en sus manos, me la trajo, lo cual demuestra que el Sr. Pratt no ha tenido correspondencia con Bennett, ni nada que ver en sus obras de tinieblas.

Les dije que por medio del Sr. Backenstos le había mandado decir al Gobernador Ford que si Misuri me seguía persiguiendo, yo me defendería.

Seguimos conversando sobre diversos temas hasta las dos de la tarde, hora en que pasaron a la mesa veintiún personas, y les servimos Emma y yo, junto con otros ayudantes. El cuarto era chico, así que eran pocos los que podían acomodarse a la vez. El segundo grupo que se sentó a la mesa era de veinte, y el tercero, de dieciocho, con el cual estuvimos mi esposa y yo; el último grupo fue de quince.

Se relataron muchas experiencias interesantes; el grupo estaba muy animado y el día transcurrió en forma muy placentera. Estaba ahí el Presidente Brigham Young, aunque muy débil. Esa era la primera vez que salía de su casa desde que enfermó. Había tenido una fiebre tan alta, que estuvo acostado en una cabaña de troncos, sin calefacción, la mayor parte del tiempo, a pesar de que hacía tanto frío que a quienes lo atendían, con el abrigo y los guantes puestos, se les congelaban los dedos de las manos y de los pies mientras lo abanicaban. Lo que le daba un toque especial a esta celebración era que ese día se cumplían quince años de mi matrimonio con Emma Hale.

Viernes 20 de enero.— Por la tarde asistí a una reunión con los Doce, en la casa del Presidente Young. Estaban presentes: Brigham Young, Heber C. Kimball, Orson Hyde, Orson Pratt, Juan Taylor, Wilford Woodruff, Jorge A. Smith, Willard Richards y Hyrum Smith. Hablamos sobre una variedad de temas. Relaté mi sueño: “Esta mañana soñé que estaba en la Cámara de Representantes, en Springfield, y entonces varios de ellos, que no querían que yo estuviese allí, comenzaron a cortarme y golpearme las espinillas con fierros. Lo soporté todo lo que pude, y luego salté el barandal, tomé una varilla de hierro y fui contra ellos, maldiciendo de la manera más terrible, y los eché del edificio. Desde la puerta les dije que me trajeran a un secretario, y yo haría leyes que fueran buenas. Afuera del Capitolio había una muchedumbre tratando de organizar un ejército para capturarme, y había muchos caballos atados. Pensé que no los dejaría atraparme; de manera que, tomando una varilla de hierro, me abrí paso entre ellos, tratando de encontrar el mejor caballo, temiendo que intentaran alcanzarme. Entonces desperté”. Soñarse volando significa prosperidad y liberación de los enemigos. Soñarse nadando en aguas profundas significa éxito entre mucha gente, y que la palabra irá acompañada de poder.

Le dije al Elder Hyde que cuando hablara en el nombre del Señor, se cumplirían sus palabras; pero que no debía maldecir al pueblo, sino bendecirlo.

Yo profetizo, en el nombre del Señor Dios, que en cuanto terminemos el templo y ya no necesitemos agotar nuestros recursos en su construcción, tendremos los medios para congregar a los santos por millares y decenas de millares.

Miércoles 8 de febrero.— Esta mañana estuve leyendo en alemán, y visité a un hermano y una hermana de Michigan, que pensaban que “un profeta siempre es profeta”; mas yo les dije que un profeta es profeta sólo cuando obra como tal. Después de la comida llegó el hermano Parley P. Pratt; conversamos sobre diferentes asuntos. A las cuatro de la tarde salí con mi hijo Federico, para hacer ejercicio deslizándome en el hielo.

Jueves 9 de febrero.— Una vez, en Kirtland, vino un hombre y me dijo que había visto a un ángel, y describió su vestido. Le dije que él no había visto ningún ángel, y que en el cielo no había vestidos como ése. Se enfureció, y salió a la calle y mandó que descendiera fuego del cielo para consumirme. Me reí de él y le dije: “Usted es uno de los profetas de Baal: su dios no lo oye; salte y córtese con cuchillos”. Entonces mandó que descendiera fuego del cielo y consumiera mi casa.

Mientras predicaba en Filadelfia, me interrumpió un cuáquero para demandar una señal. Le mandé que guardara silencio. Después del sermón, de nuevo pidió una señal. Dije a la congregación que aquel hombre era adúltero; que la generación mala y adúltera demanda señal; y que el Señor me había dicho en una revelación que cualquier hombre que pidiese una señal era adúltero. “Es cierto —declaró uno— porque yo lo sorprendí en el hecho”. Esto mismo lo confesó más tarde el hombre cuando fue bautizado.

Sábado 11 de febrero. — El día de hoy tuve una entrevista con el Elder Rigdon y su familia. Expresaron el deseo de salvarse. Prevaleció un buen sentimiento, y nos estrechamos la mano una vez más.

A las diez de la mañana asistí a una reunión con el Ayuntamiento. Le profeticé a Jacobo Sloan, el secretario, que será mejor que de aquí a diez años no diga nada más sobre impuestos; me dirigí al nuevo Ayuntamiento amonestándolos sobre la necesidad de que obraran sobre el principio de la liberalidad, y aliviar a la ciudad de todas las cargas y gastos innecesarios; y no intentar mejorar la ciudad, sino promulgar leyes que promuevan la paz y el orden; entonces el pueblo mejorará la ciudad; vendrán

capitalistas de todas partes y establecerán fábricas y maquinaria de todas clases; se levantarán nuevos edificios en todo lugar, y Nauvoo se convertirá en una gran ciudad. Profeticé que si el Ayuntamiento era liberal en sus procedimientos, se volvería rico, y hablé en contra del principio de cobrar por cada pequeño servicio que se presta y, especialmente, contra la paga extra que reciben los comités por sus servicios. Censuré a los jueces de las últimas elecciones por no extender las votaciones después de las seis de la tarde, cuando todavía había muchos que deseaban votar.

Jueves 16 de febrero.— Luego del desayuno, nos dirigimos (el Sr. Cowan, el resto del grupo y yo) hacia Shokoquon. Después de haber viajado ocho kilómetros, se volcó el trineo de los hermanos Hyde y Pratt. El hermano Hyde se hirió en la mano; el caballo escapó pero lo trajimos de nuevo. Después de comer fuimos a Shokoquon, inspeccionamos el lugar y nos pareció muy adecuado para una ciudad; regresamos al lugar donde comimos. El Elder Hyde y yo predicamos por das horas a un auditorio numeroso y atento (sobre Apocalipsis 19:10) y demostramos a la gente que cualquier hombre que negara ser profeta no era un predicador de justicia. Abrieron sus ojos, y se mostraron muy complacidos. Cuando veníamos de regreso, el caballo del Sr. Crane, que venía atrás de nosotros, corrió y saltó dentro de nuestro trineo al mismo tiempo que nosotros saltábamos para evadirlo, y de allí, sobre nuestro caballo y la cerca, con todo y trineo, pues todavía iba enganchado al caballo, y la cerca era alta; los dos caballos corrieron por entre los árboles, zafándose de los trineos, sin herirse o herir a los conductores. Fue una hazaña verdaderamente sorprendente, e igualmente sorprendente fue el escape de todos los involucrados, sin recibir daño. Cenamos en casa del Sr. Crane, y pasamos esa noche en casa del Sr. Rose. El Dr. Richards invitó a los hermanos a venir a mi casa el próximo lunes, para partir y apilar leña.

Sábado 18 de febrero. —Casi todo el tiempo en casa y en la oficina. Varios hermanos pidieron consejo sobre algunos aspectos de la ley. Me visitó el Sr. Warren, de Quincy. Su caballo se había herido, y él dijo que no era la primera vez que había estado en peligro por no seguir mi consejo. Mientras comíamos, le hice la observación a mi familia y a los amigos presentes, de que cuando la Tierra sea santificada y sea como un mar de vidrio, será un gran Urim y Tumim, y los santos podrán ver en ella y conocer como son conocidos.

Lunes 20 de febrero.— Vinieron unos setenta hermanos, según previo acuerdo, y aserraron, acarrearon, partieron y apilaron en mi patio una gran cantidad de leña. Pasaron el día bromeando, y de muy buen humor. El tronco de un roble, que medía 1.62 metros de diámetro, fue cortado con una sierra en cuatro minutos y medio por Hyrum Dayton y el hermano Juan Tidwell. Yo lo había cortado y traído a casa con anterioridad.

Mientras la corte de la ciudad se hallaba en sesión, vi que dos muchachos peleaban en la calle, cerca de la Posada de Mills. Salí de la reunión, de inmediato, sujeté a uno de los muchachos (el que había empezado la pelea con garrotes) y luego al otro: y tras darle los consejos apropiados, les di una reprimenda a los curiosos, por no intervenir en un caso como ése, y les dije que reprimieran todos los disturbios callejeros desde su comienzo. Volví a la corte, y les dije que a nadie se le permitía pelear en Nauvoo, sino a mí. En la noche visité al hermano Heber C. Kimball.

Juan Quincy Adams presentó ante la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, una petición firmada por 51,863 ciudadanos de Massachusetts, rogando al Congreso que aprobara el hecho y propusiera las enmiendas a la Constitución que desligaran de la institución de la esclavitud a los firmantes.

Domingo 26 de febrero.— En casa todo el día. Mi madre ha estado enferma de una inflamación en los pulmones, y la estuve atendiendo.

Lunes 27 de febrero.— Atendí a mi madre casi todo el día, pues ha seguido muy enferma. Expedí una orden de cateo para que el hermano Dixon buscara una caja de zapatos robados en las casas de ---Fidler y Juan Eagle.

Martes 28 de febrero.— Casi todo el tiempo con mi madre y mi familia. Vino el Sr. Juan Brassfield, a quien conocí en Misuri, y pasó aquí todo el día y la noche. Por la tarde mi madre estuvo algo mejor; y a las cuatro de la tarde fui a comer en la casa del Elder Orson Hyde.

Miércoles 10 de marzo.— Esta mañana estuve leyendo y practicando el alemán. Fui a mi oficina y revisé mi carta de despedida en el Times and Seasons, número siete, volumen cuatro; después fui con el

alguacil Enrique G. Sherwood para conseguir provisiones para Tomás Morgan y Roberto Taylor, a quienes, a petición de los habitantes de la ciudad, yo había enviado para cumplir su castigo en las carreteras de Nauvoo.

Esta tarde vino a verme el Elder Orson Hyde para pedirme prestado un caballo. Le pedí a mi mozo de cuadra que le pusiera la silla de Teniente General a mi caballo “Joe Duncan”, para que el Elder Hyde lo cabalgue.

Con fecha veintiocho de febrero le firmé poderes a Amasa Lyman, para que venda todas las tierras del Condado de Henderson, Illinois, que me había vendido el Sr. McQueen.

El Misisipi se congeló el diecinueve de noviembre pasado, y todavía está así. Los carros y los caballos lo cruzan constantemente hacia Montrose.

Continuamente he recibido solicitudes para mandar élderes a predicar, a las que se dio contestación en el Times and Seasons de hoy, diciendo que en la conferencia del seis de abril se atenderán tantas peticiones como sea posible.

Viernes 3 de marzo.— Esta noche regresó de Ramus el Obispo Newel K. Whitney, con cinco carros cargados de granos y provisiones como regalo para mí, lo cual me proporcionó un alivio muy oportuno. Oro al Señor que bendiga abundantemente a los que lo dieron; y que se les devuelva centuplicado.

Sábado 4 de marzo.— Al regresar a mi oficina después de la comida, dije el siguiente proverbio; “Si un hombre quiere ser grande, no debe dedicarse a cosas pequeñas, aunque puede disfrutarlas” Esto sugiere que un profeta no puede ser su propio escribiente, sino que debe tener a alguien que escriba por él.

La batalla de Gog y Magog se verificará después del Milenio. El resto de todas las naciones que lucharen contra Jerusalén recibirán el mandamiento de subir allá para adorar durante el Milenio.

El día de hoy, el Sr. Warren, del Senado Estatal, propuso que se considere la propuesta para anular el acta constitutiva de la ciudad de Nauvoo; pero el Senado se negó a anularla.

Orrin Porter Rockwell fue hecho prisionero por los de Misuri en San Luis, debido a un volante que lo acusa de balacear al ex-Gobernador Boggs el seis de mayo de 1842.

Domingo 5 de marzo.— Me quedé en casa todo el día para cuidar a mi madre, que todavía está enferma. Hubo un fuerte temblor de tierra en Memphis, Tennessee.

Lunes 6 de marzo.— En el periódico de Boston leí una carta del Elder Jorge J. Adams, y también otro comunicado que muestra el progreso de la verdad en Boston y sus alrededores. A las nueve de la mañana llegué a mi oficina, y le pedí al Dr. Richards que escribiera una carta para ese periódico. Después practiqué el alemán hasta la hora de la comida; y por la tarde salí a visitar a los enfermos.

Sábado 11 de marzo.— Muy frío anoche. El agua se congeló en los cuartos más calientes de la ciudad.

A las nueve de la mañana salí hacia Ramus, junto con el hermano Brigham Young, y tuvimos un viaje encantador. Llegamos a la casa del hermano McClary a las tres cuarenta y cinco. Pernoctamos con el hermano Benjamín F. Johnson. En la noche, cuando hubo una diversión de lucha vencí con una sola mano a Justo A. Morse, el hombre más fuerte de Ramus.

Domingo 12 marzo.— Por la mañana prediqué a los santos de Ramus, teniendo como tema el versículo dos del capítulo catorce de Juan: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay...” Encontré a los hermanos bien y muy animados. En la tarde predicó el hermano Brigham.

Estuve toda la noche en casa del hermano Benjamín F. Johnson.

Como el Elder Jorge J Adams fue llamado a Nauvoo, mil doscientos habitantes de Boston pidieron que los Elderes Heber C. Kimball y Orson Hyde vayan a laborar en ese lugar. Otra petición similar llegó de Salem, Massachusetts, de parte del Elder Erastus Snow.

Lunes 13 de marzo.— Luché con Guillermo Wall, el luchador más experimentado de Ramus, y también lo vencí.

Por la tarde tuvimos una reunión de la Iglesia. Con el voto de la gente, Almon W. Babbit fue nombrado el Elder presidente en ese lugar. En la reunión de la noche fueron bendecidos veintisiete niños, de los cuales yo bendije diecinueve, con gran fervor. Virtud salió de mí y las fuerzas me abandonaron, por lo que pedí que los hermanos continuaran la reunión.

El termómetro marcó tres grados bajo cero al amanecer en Nauvoo.

El Sr. Ivins llegó a Nauvoo y afirmó que Orrin Poder Rockwell venía con él de Nueva Jersey a San Luis, cuando Rockwell fue arrestado el cuatro de marzo, y fue puesto en la cárcel de San Luis. El Elder Hyde fue a predicar a Quincy.

Los periódicos informan que han caído limaduras de hierro y azufre en una tormenta de nieve, en cinco condados de Misuri.

Martes 14 de marzo.— El hermano Jededías M. Grant me preguntó por qué me puse pálido y me quedé sin fuerzas anoche mientras bendecía a los niños. Le dije que vi que Lucifer ejercería su influencia a fin de destruir a los niños que yo estaba bendiciendo, y que con toda la fe y espíritu que había en mí, me esforcé por dejar sobre ellos una bendición que guardara sus vidas sobre la Tierra; y fue tanta la virtud que salió de mí y pasó a los niños, que me debilité y todavía no podía recobrarne; y me referí al caso de la mujer que había tocado el borde del vestido de Jesús (Lucas, capítulo ocho). La virtud que aquí se menciona es el espíritu de vida; y el hombre que ejerce una fe grande cuando unge a los enfermos, bendice a los niños pequeños, o confirma a los recién bautizados, posiblemente se debilitará.

El Elder Brigham Young y yo volvimos de Ramus, y tras un viaje extremadamente frío, bajo una fuerte tormenta de nieve, llegamos a Nauvoo como a las cuatro de la tarde.

Miércoles 15 de marzo.— Profeticé, en el nombre del Señor Jesucristo, que Orrin Poder Rockwell se libraría honorablemente de la gente de Misuri. Advertí a Pedro Hawes que corrigiera a sus muchachos, pues si no los controlaba en sus maldades, finalmente caerían en la prisión.

Anoche soñé que nadaba en un río de agua pura, clara como el cristal, por encima de un banco de los peces más grandes que jamás he visto. Estaban directamente debajo de mí. Estaba asombrado, y tuve temor de que me ahogaran o me hicieran algún otro daño.

Hubo un gran incendio en Valparaíso, el peor hasta ahora en Chile. Los daños se calculan en \$2,000,000.

Jueves 16 de marzo.— En la oficina, leyendo documentos; y aconsejé a mi hermano Hyrum, al Dr. Foster, y a muchos otros.

Viernes 17 de marzo.— Parte del día en mi oficina, y el resto en casa.

Arregle un trato con el hermano Perry; le di una escritura por ochenta acres de tierras y un terreno en la ciudad, y profeticé que no pasarían seis meses antes de que pudiera venderlos al contado.

A las cuatro de la tarde, Newel K. Whitney me trajo una carta del Sr. R. S. Blennarhassett, de San Luis, relativa a Orrin Porter Rockwell; y la contesté inmediatamente.

Nos han llegado informes de que se han formulado nuevas acusaciones contra mí, mi hermano Hyrum, y cientos de otros hermanos, sobre los viejos asuntos de Misuri; y que Juan C. Bennett estaba haciendo amenazas de muerte

El Emperador de China cedió a Gran Bretaña la isla de Hong Kong, y mediante un acuerdo abrió cinco puertos al comercio inglés.

Sábado 18 de marzo.— Estuve en la oficina la mayor parte de la mañana, en animada conversación con el Dr. Willard Richards y otros hermanos. Terminé de redactar una carta para Arlington Bennett.

Alrededor del mediodía me acosté sobre el escritorio, con la cabeza en una pila de libros de leyes, y dije: “Escriban y díganle al mundo que reconozco que soy un gran abogado; voy a estudiar leyes, y así es como estudio yo”; y me quedé dormido.

Por la tarde salí con Guillermo Clayton, a ver terrenos para el Obispo Whitney, y después estuve jugando a la pelota con los niños.

Los franceses echaron mano de unas islas del Pacífico.

Domingo 19 de marzo.— Salí con Emma a visitar mi granja; regresamos a eso de las once de la mañana, y pasé el resto del día en casa.

Lunes 27 de marzo.— Tuvimos corte de la ciudad para juzgar a Field por embriagarse y maltratar a su esposa. Le impuse una multa de \$10 y los gastos

Se efectuó una conferencia en Hartland, Condado de Niágara, Nueva York. Se ordenó a tres élderes y un presbítero, y se unieron a la Iglesia cinco personas.

Se calcula que las pérdidas de China en su reciente guerra con Inglaterra fueron de 15,000 hombres, 1,500 piezas de artillería, y gran parte de su fuerza naval.

Martes 28 de marzo. — Cambié mi oficina al cuartito de la nueva tienda de ladrillo.

Vino a mi casa Josías Butterfield y me insultó en forma tan infame, que lo tuve que aventar fuera de la casa y hasta la calle

El Elder Brigham Young visitó a Jorge A. Smith, quien está muy enfermo.

Viernes 31 de marzo.— A las diez de la mañana tuvimos corte de la ciudad para juzgar a Amós Lower, por golpear a Juan H. Burghard. Tras oír los testimonios, le impuse a Lower una multa de \$10.

Estuve toda la tarde en casa del Sr. Lucian Woodworth, acompañado de mi hermano Hyrum, Heber C. Kimball, Orson Hyde, Wilford Woodruff y el hermano Chase, y nuestras esposas; nos divertimos y nos deleitamos con un pavo engordado.

Domingo 2 de abril.— Viento del noreste. Cayeron varios centímetros de nieve, pero se derritió casi toda. Estuve en la reunión a las diez de la mañana. Oí la predicación del Elder Orson Hyde, comparando a los predicadores sectarios con los cuervos que se alimentan de carroña, pues prefieren creer las mentiras que se cuentan sobre los santos, que la verdad. Sobre la venida del Salvador, dijo que cuando El aparezca seremos como El, etc. Que es nuestro privilegio el que el Padre y el Hijo moren en nuestro corazón, etc.

Comimos con mi hermana Sophronia McCleary, y le dije al Elder Hyde que le haría algunas correcciones a su sermón de la mañana. El contestó:

“Son bien recibidas”.

Asistí a la reunión a la una de la tarde. Leí el capítulo cinco de Apocalipsis, haciendo énfasis en el versículo seis, demostrando con ello la existencia de bestias en el cielo. Probablemente eran bestias que habían vivido en otro planeta, no en el nuestro. Dios nunca ha usado la figura de una bestia para representar al reino de los cielos. Cuando se ha usado, es para representar a una iglesia apóstata. Esta es la primera vez que yo he hablado sobre esos asuntos en Apocalipsis; y si los jóvenes élderes dejaran esas cosas por la paz, sería mucho mejor.

Entonces corregí las palabras del Elder Hyde, igual que lo había hecho con él en privado.

Planeábamos salir hacia Cartago al terminarse la reunión, pero nos lo impidió el mal tiempo; de manera que convoqué otra reunión para la noche.

En la reunión de las siete de la noche, resumí el tema de las bestias, y expliqué claramente que la visión de Juan era muy diferente de la profecía de Daniel: una se refería a cosas que existen en el cielo, y la otra es una figura de cosas que están sobre la Tierra.

Al término de la reunión regresamos a la casa de Benjamín F. Johnson, donde dormimos, e hice la observación de que los ciento cuarenta y cuatro mil sellados son los sacerdotes que serán ungidos para ministrar en el sacrificio diario.

Regresó de Chicago Dimick B. Huntington, tras un viaje muy difícil, por las inclemencias del tiempo. En el puerto de Chicago el hielo tenía noventa centímetros de espesor. Me trajo una carta del Sr. Justino Butterfield.

Jueves 6 de abril. — Es el primer día del decimocuarto año de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Brilla el sol, tibio y agradable. Ya ha desaparecido casi toda la nieve, a excepción de una poca en el lado norte de la colina sobre Zarahemla, Iowa. En el Misisipí, al oeste del templo, el hielo

tiene un espesor de sesenta centímetros. Muchos de los hermanos que venían de Iowa a la conferencia, cruzaron sobre el hielo. Las paredes del templo ya tienen una altura de entre sesenta centímetros y 1.20 metros sobre el nivel del suelo.

Miércoles 12 de abril.— Antes que se terminara la conferencia de los élderes, apareció a la vista desde el templo el vapor Amaranth, que venía río arriba; y cerca del mediodía desembarcó sus pasajeros en el muelle que está enfrente del antiguo edificio de correos. Eran doscientos cuarenta santos que venían de Inglaterra, bajo la dirección del Elder Lorenzo Snow, quien salió de Liverpool el mes de enero pasado, después de una misión de casi tres años. Estuve junto con un gran número de hermanos y hermanas, para saludar a nuestros amigos a su llegada, y pedirles que se reúnan en el templo mañana a las diez de la mañana, para recibir instrucciones.

Luego de desembarcar a los santos, el Amaranth continuó río arriba. Es el primer barco de la temporada.

Como a las cinco de la tarde, el vapor Maid of Iowa paró en el desembarcadero de la Mansión de Nauvoo, y desembarcó alrededor de doscientos santos, que venían bajo la dirección de los Elderes Parley P. Pratt y Leví Richards. Habían salido de Liverpool el otoño pasado, y se habían detenido durante el invierno en San Luis, Alton, Chester, etc. El Capitán del Maid of Iowa, Dan Jones, se bautizó hace unas cuantas semanas. Estuve presente en el desembarco, y fui el primero en abordar el vapor, donde me encontré con la hermana Mary Ana Pratt (que había ido a Inglaterra con el hermano Parley) y su hijita de sólo tres o cuatro días de nacida, y no pude contener las lágrimas.

Llegaron tantos de mis amigos y conocidos en un solo día, que estuve muy ocupado recibiendo sus felicitaciones y respondiendo a sus preguntas. Me regocijé al verlos con tan buena salud y buen espíritu.

Lunes 17 de abril— El Elder E. M. Webb me dice en su carta que ha estado trabajando con éxito en varios condados del Estado de Michigan. Cuando llegó a Comstock, Condado de Kalamazoo, el Dr. Juan C. Bennett estaba dando una conferencia allí, y le dijeron que en la región andaba un élder mormón. Bennett dijo: “Es uno de los ángeles destructores de Joe Smith, que ha venido a matarme”; y salió tan de prisa que olvidó pagar la cuenta del lugar donde se hospedaba, y también olvido pagarles a los pobres presbiterianos la luz y la calefacción que le proporcionaron. El Elder Webb comenzó a predicar allí, bautizó a veinticuatro personas y organizó una rama.

Martes 18 de abril.— Por la noche tuve una plática con tres jefes indios que vinieron como representantes de la tribu Pottawatamie, y se quejaban de que les estaban robando su ganado, caballos, etc. Estaban muy molestos, y deseaban saber qué hacer. Habían aguantado sus agravios con paciencia.

Lunes 1° de mayo.— Salí con Lucien Woodworth, y le pagué veinte libras esterlinas, las cuales le pedí prestadas a Guillermo Allen.

Aquí incluyo los facsímiles de las seis planchas de bronce encontradas por el Sr. Roberto Wiley y otros, cerca de Kinderhook, Condado de Pike, Illinois, el veintitrés de abril, mientras excavaban un gran montículo. A unos dos metros de la superficie encontraron un esqueleto que debe haber tenido una altura de 2.75 metros. Las planchas estaban sobre el pecho del esqueleto, y estaban cubiertas de caracteres antiguos por ambos lados.

He traducido una parte; contienen la historia de la persona con la que estaban enterradas. La persona era descendiente de Cam, por los lomos de Faraón, rey de Egipto; y recibió su reino de Gobernante del cielo y de la Tierra.

Sábado 6 de mayo. — En la mañana me entrevisté con un profesor de mesmerismo y frenología. Me opuse a que actuara dentro de la ciudad. También tuve una entrevista con un predicador metodista, y conversamos sobre su Dios sin cuerpo ni partes.

A las nueve y media de la mañana monté en mi caballo, junto con mi Estado Mayor, la banda y una docena de damas encabezadas por Emma, y nos dirigimos al lugar del desfile de la Legión de Nauvoo, al este de mi granja que está en la pradera. La Legión se veía bien, mejor que en cualquier ocasión anterior, y ejecutó sus marchas de manera admirable.

Los oficiales hicieron honor a la Legión. Muchos de ellos iban equipados y armados. Los hombres estaban muy animados. Habían mejorado mucho, tanto en disciplina como en uniforme, y nos sentimos

orgullosos de pertenecer a un cuerpo de hombres que en disciplina, uniforme, aspecto y conocimiento de las tácticas militares, son el orgullo de Illinois, una de sus mejores defensas, y un baluarte para la región del oeste.

En el curso de mis palabras en la pradera, le dije a la Legión que cuando hemos solicitado la ayuda de quienes están en el poder, siempre nos han contestado que no pueden ayudarnos. Si yo tuviera el poder para proteger al inocente, nunca diría que no puedo hacer nada por él, sino ejercería ese poder. Al finalizar el discurso, la Legión marchó hacia la ciudad y se dispersó en la calle Main como a las dos de la tarde; el día estaba ventoso y muy frío. Estuvieron presentes dos oficiales de los Estados Unidos, y el General Swazey, de Iowa, y expresaron gran satisfacción ante nuestras marchas y apariencia. En la noche asistí a la actuación del Sr. Vicker, prestidigitación, magia, etc.

Martes 9 de mayo.— Abordé el Maid of Iowa en compañía de mi esposa, mi madre y demás adultos de mi familia; también con Sidney Rigdon, Parley P. Pratt, Juan Taylor, Wilford Woodruff y un centenar de damas y caballeros. Diez minutos antes de las ocho de la mañana salimos del muelle de Nauvoo, saludados por el disparo del cañón, y llevando a bordo una excelente banda de música.

Escuchamos un magnífico discurso de nuestro estimado amigo Parley P. Pratt. La banda tuvo muy buena actuación. Era general el buen humor. El Capitán y sus oficiales hicieron todo lo posible para que estuviéramos cómodos, y disfrutamos de un viaje muy agradable.

Zarpamos con la intención de visitar Augusta, pero no fue posible debido al bajo nivel del Río Shunk. Por lo tanto, cambiamos nuestro curso hacia Burlington, tocando Fort Madison a la ida, y Shokoquon a la vuelta.

Por razón de que el Gobernador de Iowa había rehusado revocar una orden que se informó que se había expedido a petición del Ejecutivo de Misuri, bajo los mismos cargos por los que yo ya había sido juzgado por el Juez Pope, prescindí del placer de visitar a mis amigos de Burlington y Fort Madison. Durante nuestra estancia en esos lugares me quedé escondido en el bote.

El Maid of Iowa está muy bien. Sus servicios están bien para el tamaño del bote, y realizó el viaje en menos tiempo del calculado, por lo que llegamos a casa como a las ocho de la noche.

Viernes 12 de mayo.—Le compré a Moffatt la mitad del vapor Maid of Iowa; y el Capitán Dan Jones comenzó a hacer viajes entre Nauvoo y Montrose, como transbordador.

Al amanecer llegó el Obispo Jorge Miller con un lanchón con quince mil doscientos metros de madera de pino para el Templo y la Mansión de Nauvoo, del aserradero que está sobre el Río Black, en Wisconsin, donde hubo setenta y cinco centímetros de nieve durante el invierno.

Lunes 15 de mayo.— Emma llegó en el coche a Yelrome anoche, viniendo de Quincy, y nos fuimos juntos a casa. En el camino nos detuvimos un poco en la casa del hermano Perry. Los hermanos Jorge A. Smith y Wilford Woodruff iban en mi buggy. Me preguntaron si el caballo se quedaría quieto sin que lo ataran. Contesté: “Sí, pero nunca arriesguen propiedad al juicio de un caballo”

Domingo 21 de mayo. — A las diez y media de la mañana estuve en el templo, y tuve que abrirme paso entre la multitud, por los pasillos, para llegar al estrado, donde hice notar que algunas personas creían que era algo terrible el que alguien ejerciera un poco de poder. Que yo pensaba que era una lástima que alguien diera ocasión para que se ejerciera el poder, y pedí que las personas despejaran los pasillos, pues si no lo hacían, alguna vez alguien podría subir o bajar corriendo y atropellar a alguna de ellas; y les pedí a dos acomodadores que mantuvieran libres los pasillos.

Después del himno y la oración, leí el primer capítulo de la Segunda Epístola de Pedro, y prediqué sobre eso.

Lunes 22 de mayo.— Acudí a la oficina a las nueve de la mañana. Recibí cartas de las hermanas Armstrong y Nichols, de Filadelfia, quejándose del comportamiento calumnioso de Benjamín Winchester, y pedí que los Doce Apóstoles tomaran medidas en el asunto.

Esta mañana recibí un bastón largo con cabeza de plata, grabado con el lema: ATENCION.

Miércoles 24 de mayo.— El Elder Addison Pratt donó un diente de ballena, un coral, los huesos del ala de un albatros y la piel de una de las patas, la quijada de una marsopa, y un diente de foca, para iniciar un museo en Nauvoo.

Domingo 28 de mayo.— Día frío y lluvioso.

A las cinco de la tarde me reuní con mi hermano Hyrum, Brigham Young, Heber C. Kimball, Willard Richards, Newel K. Whitney y Jacobo Adams en la cámara afta, para atender a las ordenanzas y entrenamientos. Oramos por que Jacobo Adams fuera librado de sus enemigos; y que Orrin P. Rockwell fuera liberado de la prisión; y que los Doce prosperaran en juntar los fondos para construir la Mansión de Nauvoo.

De los Doce Apóstoles escogidos en Kirtland, que Oliverio Cowdery, David Whitmer y yo ordenamos, solamente dos no han levantado el calcañar contra mí, a saber, los hermanos Brigham Young y Heber C. Kimball.

Viernes 2 de junio.— Cerramos el contrato por el que entregué dos pagarés por \$1,375, y me convertí en co-propietario del vapor Maid of Iowa Seguí en la oficina con el Capitán Dan Jones casi toda la mañana, que estuvo muy lluviosa.

En la tarde salí para invitar a varios amigos a una excursión mañana en el Maid of Iowa; y tuve una larga conversación con un ministro presbiteriano.

Sábado 3 de junio.— Esta mañana salimos para Quincy mi familia, un grupo grande de hermanos y hermanas y yo, en un viaje de placer en el vapor Maid of Iowa, con una magnífica banda musical, y llegamos allá como a la una de la tarde.

Iniciamos el regreso a las cinco de la tarde, pero a la una de la madrugada amarramos el bote en Keokuk, por motivo de una fuerte tormenta que duró hasta el amanecer, y entonces reanudamos el regreso, llegando gustosamente a casa a las siete de la mañana del día cuatro.

Domingo 11 de junio.— A las dos y media de la tarde, presenté ante la congregación al Sr. De Wolf, clérigo de la Iglesia Episcopal, y pedí a la congregación que le prestara su atención. El leyó el capítulo seis de Hebreos, y luego se arrodillo para orar, vestido con su indumentaria de ministro, lo cual despertó algo de curiosidad entre algunos de los santos. Después de que el coro cantó un himno, él predicó sobre los primeros dos versículos del capítulo seis de Hebreos, hablando sólo de principios que la Iglesia acepta. Al terminar su discurso, dijo: “Es posible que ya no os vuelva a ver en esta parte de la eternidad; pero nos veremos otra vez cuando el Señor Jesús descienda con sus ángeles para llamar a los muertos de sus tumbas, y sentarse para juzgar a todo el mundo”.

Durante la reunión del Sumo Consejo, el Elder Kimball hizo algunas observaciones generales sobre la Palabra de Sabiduría. Empezó diciendo que él siempre había despreciado ideas pequeñas entre los hombres, y que Dios también las despreciaba y no se fijaba en cosas pequeñas, como lo hacemos nosotros. El veía la integridad en el corazón del hombre. Dijo que algunos solían guardar estrictamente la Palabra de Sabiduría, y al mismo tiempo le daban la espalda a un hermano pobre que les pidiera de comer.

Después, en el transcurso del día volvió a referirse al mismo tema, y dijo que deseaba que nadie fuera a malinterpretar lo que había dicho, porque había hablado en forma muy general; y añadió que él siempre había obedecido la Palabra de Sabiduría, y esperaba que todos los santos hicieran lo mismo. Dijo que cuando estuvo en Inglaterra, la enseñó en público solamente una o dos veces, y que los santos vieron su ejemplo y lo siguieron. Del mismo modo, cuando los élderes salen a predicar, si observan la Palabra de Sabiduría también la observarán quienes ellos traigan al reino; pero si los élderes no la observan, no deben esperar que sus hijos lo hagan, sino que harán lo que ellos, pues todo espíritu engendra lo suyo. Tampoco podrán esos élderes hacer mucho bien, porque el Espíritu Santo no morará en ellos, ni tampoco el Padre o el Hijo, pues éstos no morarán donde el Espíritu Santo no pueda estar; ninguno de ellos mora en templos impuros.

Martes 13 de junio.— Salí hacia el norte en compañía de mi esposa y los niños, para visitar a su hermana, la Sra. Wasson, y a su familia, que viven cerca de Dixon, Condado de Lee, Illinois.

El Elder Wilford Woodruff fue a la pradera con varios de los hermanos para cercar su terreno de cinco acres, y se quebró su carro y la rueda le cayó en el brazo y lo lastimó bastante, pero pudo reparar el carro y seguir su camino. Luego de trabajar arduamente durante todo el día, fue a la casa del hermano Cheney para pedir agua para tomar, pero un perro bravo le mordió la pantorrilla, dejándolo casi sin poder caminar.

Miércoles 14 de junio.— Hay prosperidad. Se levantan edificios por todas partes, y los ciudadanos muestran su determinación de engrandecer a Nauvoo. El templo va tomando forma poco a poco. El Misisipí ha estado creciendo durante tres o cuatro días, y ahora tiene ocho o diez centímetros más de su caudal regular.

Viernes 16 de junio.— El Juez Adams me escribió desde Springfield, a las diez de la noche, que el Gobernador Tomás Ford le dijo que iba a expedir una orden de arresto contra mí, a petición del Gobernador de Misuri, y que entraría en vigencia mañana

Jueves 22 de junio.— Hubo otra reunión de los trabajadores del templo, en la arboleda cercana al templo, concerniente a sus salarios.

Con anterioridad había anunciado que predicaría hoy en Dixon, pero en vista de las circunstancias envié una carta a Dixon, diciéndole a la gente que había una orden de arresto contra mí, y por esa razón no me era posible predicar allá; y me estuve escondido todo el día. Les dije a mis amigos que si salía hacia mi casa podía ser arrestado donde no tuviera amigos y ser llevado a Misuri, y creí preferible quedarme en Inlet y ver qué pasaría. Muchas personas [en Dixon] tenían grandes deseos de oírme predicar, pero se vieron desilusionadas.

El abogado Eduardo Southwick, de Dixon, al oír de la orden contra mí, recorrió veinte kilómetros para informármelo. Le agradecí su amabilidad. le pagué veinticinco dólares y lo presenté con mis amigos Esteban Markham y Guillermo Clayton, haciéndole ver que ya había recibido la información con anterioridad.

Viernes 23 de junio.— Llegó de Springfield el Juez Adams.

A las ocho de la mañana se reunió un grupo de hermanos para remover un material del templo a la arboleda.

A las diez de la mañana envié a Guillermo Clayton rumbo a Dixon, para que tratara de averiguar qué pasaba allá. En el camino se topó con el Sr. José H. Reynolds, Alguacil del Condado de Jackson, Misuri, y el alguacil Harmon T. Wilson, de Cartago, Illinois, pero como iban disfrazados no los reconoció; y cuando llegaron a Dixon se hicieron pasar por élderes mormones que querían ver al Profeta. Contrataron a un hombre para que los llevara, pues habían corrido sus caballos casi hasta reventarlos.

Llegaron a la casa del Sr. Wasson mientras la familia estaba comiendo, a eso de las dos de la tarde. En la puerta dijeron que eran élderes mormones y querían ver al hermano José. Yo estaba en el patio, camino al corral, cuando Wilson se metió por un lado de la casa y me vio. Me habló de un modo grosero y nada caballeroso, y Reynolds se me echó encima, me agarró por el cuello, y ambos me pusieron sus pistolas contra el pecho, sin mostrarme orden alguna. Reynolds gritó: “maldición..., si te mueves te mato; si te mueves un centímetro te mato, quédate quieto o te mato”. Les pregunté: “¿Qué significa todo esto?” “Te voy a enseñar qué significa, y si te mueves un centímetro te mato”. Les respondí: “No tengo miedo de que me maten; no le temo a la muerte”. Y me descubrí el pecho y les dije que dispararan. “He aguantado tanta opresión, que estoy cansado de vivir; mátenme, si les place. Sin embargo, soy un hombre fuerte, y con mis propias manos puedo tumbarlos a los dos en un momento; mas si traen una orden legal contra mí no ofreceré resistencia, pues siempre me he sujetado a la ley”. Reynolds replicó: “si dices una palabra más, te mato”. Le contesté:

“Dispara; no le temo a tus pistolas”.

Para entonces Esteban Markham ya venía hacia nosotros. Cuando ellos lo vieron venir, le apuntaron con sus pistolas y amenazaron matarlo si se acercaba más; pero no hizo caso de sus amenazas y siguió caminando. Entonces volvieron las pistolas contra mí, apretándolas contra mi costado, con el dedo en el gatillo, y le ordenaron a Markham que se detuviera o dispararían contra mí. Como Markham venía

rápidamente hacia mí, le dije: “No va a resistirse a la acción de los oficiales, ¿verdad, hermano Markham?” Y él contestó: “No, si son oficiales, no; conozco la ley demasiado bien como para hacer eso”.

Entonces me sacaron de allí rápidamente, echando maldiciones, me pusieron en un carro sin mostrarme orden alguna, y estaban a punto de llevarme sin siquiera dejarme ver o despedirme de mi familia y amigos, o al menos darme tiempo de traer mi sombrero o mi ropa, o que me los trajeran mi esposa o mis hijos. Entonces les dije: “Caballeros, si traen consigo alguna orden legal contra mí, deseo obtener una orden de hábeas corpus”, y me contestaron: “no obtendrás nada”. Y siguieron clavándome sus pistolas en los costados.

Markham sujetó los frenos de los caballos, y así permaneció hasta que mi esposa pudo traermi mi sombrero y mi saco. De nuevo Reynolds y Wilson amenazaron con matar a Markham, pero éste les dijo: “No hay ley sobre la Tierra que autorice a un Alguacil a llevarse a un prisionero sin su ropa”. En ese momento vi a un hombre que iba pasando, y le dije: “Estos hombres me están secuestrando, y necesito una orden de hábeas corpus para librarme de ellos”. Pero como no mostró ningún interés, le pedí a Markham que la obtuviera, y de inmediato se fue cabalgando hacia Dixon, hacia donde me llevó el Alguacil toda velocidad, sin permitirme hablar con mi familia, o despedirme de ella. Los oficiales llevaron las pistolas con el cañón encajado en mis costados por más de doce kilómetros, y sólo desistieron al oír los reproches de Markham por su cobardía de maltratar tan cruelmente a un prisionero indefenso. Llegamos a la posada que estaba a cargo del Sr. McKennie, y me encerraron en un cuarto, sin dejarme ver a nadie, y pidieron que les alistarán otros caballos en cinco minutos.

Le dije a Reynolds una vez más que deseaba obtener asesoría jurídica, y me contestó: no tendrás ninguna asesoría; una palabra más, y te mato”. “¿Qué caso tiene repetirme lo mismo tantas veces?”, le dije. “Ya les he dicho que me disparen, y se los digo una vez más”. Por la ventana vi a un hombre que pasaba, y le grité: “¡Estoy aquí ilegalmente preso, y necesito un abogado!” Vino el abogado Eduardo Southwick, pero le dieron un portazo en las narices, añadiendo la ya vieja amenaza de matarlo si se acercaba.

Después vino otro abogado (el Sr. Shepherd O. Patrick), y lo trataron de igual manera, por lo cual empezó a crecer el alboroto en Dixon.

Un Sr. Lucien P. Sanger le preguntó a Markham qué pasaba, y él le contó todo, y le dijo que el Alguacil intentaba llevarme directamente a Misuri antes que yo pudiera obtener una orden de hábeas corpus.

Sanger se lo hizo saber al Sr. Dixon, el dueño de la casa, y a sus amigos, los cuales se juntaron afuera de la puerta de la posada, y le dijeron a Reynolds que si ésa era la manera de hacer las cosas en Misuri, ellos en Dixon las hacían diferente. Ellos eran republicanos, gente respetuosa de las leyes, y le advirtieron a Reynolds que no podría llevarme sin darme la oportunidad de que se me hiciera justicia; pero que si querían persistir en ello, ellos sabían cómo tratar a la gente como ellos.

El Sr. Reynolds, al ver que era inútil ofrecer mayor resistencia, permitió que entraran a verme el Sr. Patrick y el Sr. Southwick (con Wilson vigilando la puerta por dentro, y Reynolds, por fuera). Les dije que me habían llevado prisionero ilegalmente; que me habían insultado y maltratado físicamente. Les mostré mis costados, que ya tenían un color negro en una zona de unos cuarenta y cinco centímetros de circunferencia en cada lado, consecuencia del castigo que me infligieron con sus pistolas; y les pedí que buscaran una orden de hábeas corpus, y entonces Reynolds juró que sólo me dejarían esperarla por media hora. El Sr. Dixon inmediatamente le envió un mensajero al Sr. Chamberlain, que vivía a diez kilómetros de allí; y le envió otro a Ciro H. Walker, que andaba cerca de allí, para que vinieran y obtuviera la orden de hábeas corpus.

Markham fue ante un Juez de Paz y solicitó una orden de arresto contra Reynolds y Wilson, por haberlo amenazado de muerte. Quedaron bajo la custodia de un alguacil. Y solicitó otra orden por asalto y amenazar mi vida, por lo que fueron arrestados otra vez.

Markham entró precipitadamente en el cuarto y colocó (sin que lo vieran) una pistola en mi bolsillo, a pesar de que al mismo tiempo Reynolds y Wilson tenían sus pistolas listas y amenazaban con matarlo.

Como a la medianoche solicitó una orden de arresto por violación de la ley relativa a las órdenes de hábeas Corpus, pues Wilson me había puesto bajo la custodia de Reynolds para que éste me llevara a

Misuri, para burlar el efecto y operación de la ley mencionada. Se fijó una audiencia para las diez de la mañana siguiente, de modo que fui de nuevo llevado al cuarto y vigilado toda la noche.

Sábado 24 de junio.— Como mi caballo favorito, “Joe Duncan”, estaba agotado por haber corrido tanto con el hermano Clayton, contraté a un hombre para que llevara en su buggy al hermano Clayton a Rock Island, a donde llegó el vapor Amaranth quince minutos después, en el que consiguió pasaje rumbo a Nauvoo, para informarle a mi hermano Hyrum lo que había pasado, y pedirle que me enviara ayuda en el acto.

Como a las ocho llegó un abogado y extendió una orden de hábeas corpus que debería ser servida ante el Honorable Juan O. Caton, Juez del 9º Circuito Judicial en Ottawa, y la orden se les presentó a Reynolds y Wilson.

El Sr. Ciro Walker, que andaba haciendo campaña para ser Representante ante el Congreso, me dijo que no podría disponer de tiempo para defenderme como abogado, a menos que yo prometiera que votaría por él. El era considerado el mejor abogado penalista en esa parte de Illinois, por lo que decidí procurar su ayuda, y le prometí mi voto. Después, hablando con Markham, le dijo gustoso: “Ahora estoy seguro de salir electo, pues José Smith me ha prometido su voto, y voy a defenderlo”.

A las diez de la mañana se expidió otra orden —esta vez de la Corte de Circuito del Condado de Lee— contra Reynolds y Wilson, por detención ilegal y perjuicios, demandándose por daños la cantidad de diez mil dólares, alegándose que la orden expedida por el Gobernador de Illinois era nula ante la ley; por lo que se les exigió una fianza de diez mil dólares cada uno, y tuvieron que mandar traer a un fiador a Misuri, y ahora ellos quedaron bajo la custodia del Alguacil del Condado de Lee.

Reynolds y Wilson se sintieron mal al confrontar estas últimas órdenes, y moderaron su conducta un poco; y después también obtuvieron una orden de hábeas corpus, para comparecer ante el Juez Canton.

En virtud de la primera orden de hábeas corpus fui llevado por Reynolds y Wilson a Ottawa, pero en Pawpaw Grove de nuevo fui atacado por ellos, en presencia del mesonero.

El Sr. Walker envió en mi ayuda al Sr. Campbell, Alguacil del Condado de Lee, y llegó y durmió a un lado mío. En la mañana se presentaron ciertos hombres que querían verme, pero no se me permitió hablar con ellos. La noticia de mi llegada se circuló rápidamente en la región, y muy temprano por la mañana el cuarto más grande del hotel ya estaba lleno de ciudadanos deseosos de oírme predicar, y así me lo pidieron.

Entró al cuarto el Alguacil Reynolds y señalándome, dijo: “Quiero que sepan que este hombre es mi prisionero, y quiero que salgan y no se reúnan por aquí de esta manera”. El Sr. David Town, caballero de edad avanzada que estaba cojo y llevaba un gran bastón de madera de nogal, avanzó hacia Reynolds, golpeando con su bastón en el suelo, y le dijo:

“Tú, representante del infierno, aquí te vamos a enseñar que no se interrumpe a un caballero. Siéntate allí (indicando una silla muy baja) y quédate sentado. No abras la boca hasta que el General Smith termine de hablar. Si en Misuri no aprendiste buenos modales, aquí te enseñaremos que un arriero no puede maltratar a un caballero. Aquí no se secuestra a un hombre, aunque lo hagan en Misuri; y si intentas hacerlo, encontrarás en este bosque a una comisión que juzgará tu caso; y te aseguro, mi muy estimado, que es el tribunal mayor de los Estados Unidos, pues de su fallo nadie apela”.

Reynolds, sin duda sabiendo que quien le hablaba era el jefe del comité que había evitado que los especuladores de terrenos se aprovecharan de los colonos, se sentó en silencio mientras prediqué a la gente por una hora y media sobre el tema del matrimonio, ya que mis visitantes me habían pedido que expresara mi punto de vista sobre las leyes de Dios respecto al matrimonio. En aquel momento empecé a gozar de libertad.

Cuando yo salí de Dixon, mi esposa y mis hijos salieron de Inlet hacia Nauvoo, en un coche conducido por Lorenzo D. Wasson, sobrino de mi esposa.

Domingo 25 de junio.— En Pawpaw Grove nos enteramos de que el Juez Caton se encontraba de visita en Nueva York, por lo que salimos (Reynolds, Wilson, Walker, Southwick, Patrick, Dixon, Esteban Markham y yo) como a las ocho de la mañana de regreso a Dixon, llegando allá a eso de las cuatro de la tarde. De nuevo me encerraron en un cuarto, vigilándome toda la noche.

Desde el domingo anterior había bajado el nivel del Misisipí.

Hubo reunión en el templo a las diez de la mañana. El Elder Lyman Wight predicó sobre la caridad. En la tarde estaba predicando el Elder Maginn, cuando mi hermano Hyrum subió al estrado y les pidió a los hermanos que se reunieran con él en la logia en treinta minutos.

De inmediato los hermanos se dirigieron allá en tan grandes números que la cuarta parte de ellos no pudo entrar al salón; de modo que se salieron al prado y formaron un cuadro. Mi hermano Hyrum les informó que como a las dos había llegado el Elder Guillermo Clayton, y le dijo que José H. Reynolds, Alguacil del Condado de Jackson, Misuri, y Harmon T. Wilson, de Cártago, me habían tomado por sorpresa y me habían arrestado; y les relató todo lo que sabía hasta mi llegada a Dixon. Pidió voluntarios que fueran a ayudarme y ver que se respetaran mis derechos, y de los más de trescientos que se ofrecieron, escogió a algunos.

Esa misma noche salieron los Generales Law y Carlos C. Rich, con una compañía de alrededor de ciento setenta y cinco hombres a caballo. Antes de la salida llegó el Elder Wilford Woodruff y donó un barril de pólvora, con el que todos los hombres llenaron su cuerno o polvorín.

Wilson Law declaró que no iría a menos que recibiera dinero para sus gastos, a lo que el Elder Brigham Young contestó que el dinero vendría, aunque de momento no sabía dónde podría conseguir un dólar. Pero treinta minutos después comenzó a moverse, y dos horas después ya había reunido setecientos dólares, y los entregó en manos de Hyrum Smith y Wilson Law, para sufragar los gastos de la expedición. Setenta y cinco hombres fueron río arriba en el Maid of Iowa, con el Capitán Dan Jones, para revisar los vapores, por si yo estuviera prisionero en uno de ellos, pues me suponían camino a Ottawa.

Varios indios Pottawatamie llegaron para visitar la Mansión de Nauvoo y el Templo. Deseaban conversar, pero su intérprete no podía hablar mucho.

La orden de hábeas corpus [la primera que se expidió y debería servirse ante el Juez Caton, de Ottawa] fue devuelta con la nota de: “Juez ausente”, Pero otro abogado expidió otra a las siete de la mañana, y a solicitud del Coronel Markham, que decía: “ para servirse ante el tribunal del 5° Distrito Judicial más cercano autorizado para considerar y determinar órdenes de hábeas corpus”; y el Alguacil del Condado de Lee se las presentó a Reynolds y Wilson pocos minutos más tarde. Mis abogados, Markham, Dixon y otros amigos y yo acordamos salir antes de las nueve de la mañana para ir a ver al Juez Esteban A. Douglas en Quincy, a una distancia aproximada de cuatrocientos veinte kilómetros. Contraté al Sr. Luden P. Sanger para que nos llevara en su diligencia hasta Quincy.

Luego envié a Markham con una carta para el General Wilson Law, pidiéndole que me encontrara en Monmouth el miércoles por la noche, con suficientes hombres para evitar que me secuestraran y me llevaran a Misuri, pues yo sabía bien que todo ese estado estaba lleno de hombres deseosos de llevarme allá y matarme sin ninguna sombra de legalidad o justicia, a pesar de saber que yo no había cometido crimen alguno digno de muerte o prisión.

Lunes 26 de junio.— Se informó que había ordenes en Nauvoo para llevar a Misuri a Lyman Wight, Parley P. Pratt y Alejandro McRae, quienes se armaron para evitar ser secuestrados.

Martes 27 de junio.— Comimos en Genessee. A las dos de la tarde reanudamos la marcha. Cuando íbamos a cruzar el Río Fox, le pedí a Reynolds el privilegio de pasar a caballo, y me lo negó; pero por intercesión del Alguacil Campbell y el Sr. Ciro Walker, este tomó mi asiento en la diligencia, y yo tomé el de él en el buggy, con el Sr. Montgomery, estudiante de leyes y yerno de Ciro Walker. Tres kilómetros después nos encontramos con Pedro W. Conover y Guillermo L. Cutler, y estreché las manos de los dos al mismo tiempo, sin poder contener las lágrimas al ver a los primeros de mis amigos que venían a encontrarme, y le dije al Sr. Montgomery: “Esta vez no me llevan a Misuri. Ya están aquí mis muchachos”.

A continuación les pregunté cuántos venían con ellos, y me respondieron que habían salido diez, pero uno había ido a llevarle mi carta a Wilson Law, y dos a Monmouth.

Mientras hablábamos llegó Markham, con el Capitán Tomás Grover y los otros cinco hermanos. Y también llegaron los del grupo que salió conmigo de Dixon. Entonces le dije a Reynolds: “Reynolds,

ahora ya puedo disfrutar el privilegio de montar a mi viejo ‘Joe Duncan’ “, y monté en mi caballo favorito. Todo el grupo se dirigió entonces a una granja, donde nos detuvimos.

Reynolds y Wilson habían empezado a temblar, y se acercaron a Conover, que era un viejo conocido de Wilson. Conover le preguntó a Wilson: “¿Qué te pasa? ¿Tienes escalofríos?” Wilson contestó que no.

Reynolds le preguntó: “¿Viene Jim Flake junto con el grupo?”, y le contestaron: “Ahora no, pero lo verás mañana como a esta hora”. “En ese caso”, dijo Reynolds, “ya soy hombre muerto, porque nos conocemos desde hace tiempo”. Conover le dijo que no tuviera miedo, porque no le pasaría nada. Reynolds parecía una hoja de álamo tembloroso cuando Markham se acercó a saludarlo. Reynolds dijo:

“¿Viene usted como amigo? Pensé que me matarla si me volvía a encontrar”. Markham respondió: “Somos amigos, excepto en los asuntos legales; éstos deben seguir su curso”.

Llegamos al lugar, y allí el Alguacil del Condado de Lee pidió alojamiento para todos. Me pusieron en un cuarto cerrado con llave, junto con el Capitán Grover. Se dijo que ese día algunos de los hermanos estuvieron bebiendo whisky, en violación de la Palabra de Sabiduría. Llamé a los hermanos para investigar el caso, y quedé satisfecho de que no se había hecho ningún mal.

Estando allí, Conover me cambió la pistola de un solo tiro que Markham deslizó en mi bolsillo, en Dixon, por un revólver de seis tiros.

Como a las ocho de la noche, Reynolds, Wilson y el mesonero estuvieron planeando la manera de juntar un grupo de hombres que me llevara por la fuerza hasta la desembocadura del Río Rock en el Misisipí, pues allí había una compañía lista para capturarme. Markham alcanzó a oír la conversación y lo notificó al Alguacil del Condado de Lee, y éste mandó colocar una guardia, para que nadie entrara o saliera de la casa durante la noche.

Markham partió al amanecer, recorriendo unos treinta kilómetros, pasando Andover a las ocho de la mañana; y a las nueve se encontró con el Capitán Tomás Grover y una compañía de diez hombres, a quien le dio mi mensaje. Se pusieron de acuerdo, y le enviaron el mensaje al General Law, por medio de Philander Colton. Markham inició el regreso con la compañía.

Esta noche llegaron a Nauvoo mi esposa y mis hijos.

Llegaron muchos forasteros a la ciudad; se redobló la vigilancia durante la noche.

Miércoles 28 de junio.— Salimos de Andover como a las ocho de la mañana; entramos en una pequeña arboleda que está en el nacimiento del Arroyo Elleston, y allí permanecemos una hora para que pastaran los animales. Reynolds dijo: “Ahora de aquí nos vamos a la desembocadura del Río Rock y tomamos el vapor hacia Quincy”. Markham dijo: “No, porque estamos preparados para viajar, e iremos por tierra.

Wilson y Reynolds hablaron a una y dijeron: “No, nunca podremos pasar cerca de Nauvoo y salir con vida”, y ambos apuntaron sus pistolas a Markham, quien volteó a ver al Alguacil Campbell, del Condado de Lee, y le dijo: “Cuando estos hombres tomaron prisionero a José Smith, lo desarmaron y le quitaron hasta la navaja. Ahora son prisioneros de usted, y le pido que les quite las armas; eso va de acuerdo con la ley”.

Ellos se negaron a entregarlas, y Markham le dijo al Alguacil: “Si usted no puede quitarles las armas, aquí hay hombres suficientes, y puede usted llamar a un grupo que lo haga, porque está claro que ellos son hombres peligrosos”.

Entonces Reynolds y Wilson entregaron con renuencia sus armas al Alguacil. La compañía reinició la marcha hacia Nauvoo. Cuando ya estaba a diez kilómetros de Monmouth, se detuvo en una granja después de haber recorrido más de sesenta kilómetros. Anochecía, y pedimos que se nos diera alojamiento y cena.

Pedro W. Conover durmió afuera de la casa, en la esquina suroeste. Reynolds y Wilson salieron de la casa con el hijo del mesonero. Estuvieron hablando un rato, y finalmente decidieron llevarse los caballos del coche, ir a Monmouth, juntar una chusma y venir a la granja ya entrada la noche, capturarme, y llevarme al Río Misisipí, y de allí a Misuri, pues para eso ya estaba listo un bote de vapor en la desembocadura del Río Rock.

Al terminar de trazar el plan, se separaron Reynolds, Wilson y el muchacho, y se dirigieron al establo. Conover, habiendo oído la conspiración sin que ellos se dieran cuenta, se levantó y vino a decirme lo que acababa de oír.

Lo consulté con Ciro Walker, el mesonero y el Alguacil Campbell, quien tomó a Reynolds y a Wilson bajo su custodia y los encerró y colocó una guardia de dos hombres a la puerta de la casa, con órdenes de no permitir que nadie entrara o saliera, excepto el mesonero, el cual, tan pronto como se enteró del intento de meter en dificultades a su hijo, acabó con sus planes de participar en el secuestro.

En Nauvoo había algo de nerviosismo por tantos forasteros y personas que andaban en la ciudad.

Jueves 29 de junio.— Esta mañana reanudamos nuestro viaje, quedando Monmouth a nuestra izquierda, y Oquaka, ocho kilómetros a nuestra derecha; unos cinco kilómetros después de haber pasado Monmouth, nos encontramos con Guillermo Empy, Gilberto Rolfe, James Flack y otros tres.

Llamé a Flack a mi lado y le encargué que no le hiciera nada a Reynolds, aunque en el pasado él le hubiera dado motivos, pues yo le había prometido que lo protegería, y le pedí a Flack que desechara sus sentimientos contra Reynolds.

El grupo siguió hasta el Río Henderson, y comimos en una granja propiedad del Sr. Alanson Hagerman.

Mientras estábamos en esa granja llegaron en grupos pequeños el General Wilson Law, Guillermo Law y sesenta hombres más. Caminé un corto trecho para encontrarlos. Guillermo y Wilson Law saltaron de sus caballos para abrazarme y besarme, derramándose muchas lágrimas de gozo.

Habló con mis abogados y les dije que Nauvoo era el lugar más cercano en que las órdenes de hábeas corpus se podían considerar. Analizaron el asunto y decidieron que tenía razón, por lo que cambiamos nuestro rumbo hacia Nauvoo, y mi corazón se alegró ante la idea de estar pronto en medio de mis amigos otra vez. Despaché un mensajero para informar el cambio a los ciudadanos de Nauvoo; y le pedí a Canover que se adelantara a la casa del Sr. Miguel Crane, que está sobre el Arroyo Honey, y pidiera que se preparara cena para cien hombres.

Después de comer recorrimos unos veinticuatro kilómetros. Al llegar a la casa del Sr. Grane, salté del buggy, y en lugar de pasar por el portón, brinqué la cerca sin tocarla. El Sr. Crane salió corriendo y me abrazó, dándome la bienvenida.

Se preparó un buen número de pavos y pollos, proporcionándose una cena substanciosa para todos; y la compañía festejó, cantó y se divirtió mucho esa noche. Le mostré los costados al Sr. Grane y a los de la compañía; todavía los tenía negros y azulosos, por los golpes que recibí de las pistolas de Reynolds y Wilson, mientras iba de Inlet Grove a Dixon, hacía ocho días.

Viernes 30 de junio.— Anoche salió un mensajero de nuestra compañía, llegando a Nauvoo temprano en la mañana, para informar que yo y la compañía llegaríamos a la ciudad alrededor del mediodía. El Dr. Willard Richards y Wilford Woodruff prepararon los asientos del cuarto de la corte en preparación para mi llegada.

A las diez y media de la mañana salió de la ciudad la Banda de Música de Nauvoo, y la Banda Militar, con Emma y Hyrum, para encontrarme; y también una procesión de coches con algunos de los habitantes distinguidos de la ciudad.

A las ocho de la mañana inició la jornada la compañía que estaba conmigo; llegamos al Big Mound a las diez y media; los hermanos adornaron las bridas de sus caballos con flores de la pradera, y vino a encontrarnos un grupo de ciudadanos. Seguimos nuestro camino, y a las 11:25 a.m., enfrente de la granja de mi hermano Hyrum, dos kilómetros al este del templo, me alegré al ver que se acercaba hacia nosotros la procesión; y le mandé al Coronel Rockwood que colocara a mis guardias en sus posiciones apropiadas en la procesión. Yo iba en el buggy con el Sr. Montgomery. El Alguacil Reynolds y Wilson, con mis tres abogados (Ciro Walker, Shepherd G. Patrick y Eduardo Southwick) iban en la diligencia con Lucien P. Sanger, propietario de la diligencia. El Sr. Campbell, Alguacil del Condado de Lee, y una compañía de ciento cuarenta hombres iban a caballo. Yo estaba prisionero en manos de Reynolds, agente de Misuri, y Wilson, su ayudante. Ellos estaban prisioneros en manos del Alguacil Campbell, que nos había confiado a todos a la custodia del Coronel Markham, protegido por mis amigos, para que nadie escapara.

Cuando llegó la compañía que venía de la ciudad, dije que creía que ahora viajaría más cómodo; me bajé del buggy, abracé a mi esposa y a mi hermano Hyrum, quien derramó lágrimas de gozo por mi regreso, tal como sucedió con casi toda la compañía que nos rodeaba (fue una reunión callada, solemne); monté a mi otro caballo favorito, “Old Charley”, y la banda empezó a tocar, y empezamos a marchar lentamente hacia la ciudad, con Emma cabalgando hasta el pueblo.

Los coches se formaron a la cabeza de la procesión, seguidos de mi compañía, y al final, los ciudadanos. Al acercarnos a la ciudad la escena se volvió más interesante; las calles en general estaban bordeadas a ambos lados con los hermanos y hermanas, con semblantes gozosos y llenos de satisfacción de verme a salvo una vez más. Fui saludado por los vítores de la gente y los disparos de los rifles y el cañón. Fue necesario colocar hombres que mantuvieran libres las calles para que pasara la procesión, y llegué a mi casa a la una de la tarde, donde a la puerta estaba mi anciana madre para abrazarme, con lágrimas de gozo rodando por sus mejillas, y mis hijos prendidos de mí con sentimientos de gusto entusiasta y arrebatado. El pequeño Federico exclamó: “Pa, los de Misuri ya no te van a llevar otra vez, ¿verdad?” Mis amigos de Dixon contemplaban con asombro y encanto el apego que me mostraban mi familia y los santos.

La multitud parecía no querer dispersarse, hasta que trepé sobre la cerca y les dije: “Estoy libre de las manos de la gente de Misuri una vez más, gracias a Dios. Agradezco la bondad y el amor que ustedes me tienen. Los bendigo a todos en el nombre de Jesucristo. Amén. Los veré en la arboleda, cerca del templo, a las cuatro de la tarde”.

Cuando me senté a comer con mi familia, Reynolds y Wilson fueron puestos a la cabecera de la mesa, con unos cincuenta de mis amigos; y mi esposa, a la que no me permitieron ver cuando me arrestaron y maltrataron tan cruelmente, les sirvió de lo mejor que había; todo contrastaba con el trato que me dieron cuando me arrestaron y hasta que mis amigos acudieron en mi ayuda.

En cuanto llegamos a la ciudad se reunió la Corte Municipal, y le dije:

“La orden de hábeas corpus expedida por el abogado en Dixon se expidió para la corte más cercana que tenga esa jurisdicción; y vosotros sois esa corte”.

El Sr. Reynolds se negó a someterse a la orden, pero se sometió al proceso dictado, y fui entregado en manos del Judicial de la ciudad. Dije a la corte que tenía una cita para predicar al pueblo, y solicité el permiso de la corte, que me fue concedido, y la corte pospuso el caso hasta las ocho de la mañana siguiente. A las cinco de la tarde estuve en la arboleda y hablé a la multitud. Mientras estaba en la arboleda, Reynolds y Wilson salieron hacia Cartago, junto con el abogado Davis, de Cartago, amenazando reunir a la milicia y venir otra vez y sacarme de Nauvoo.

Domingo 2 de julio.— Se reunió una congregación numerosa en la arboleda cercana al templo, y escuchamos un discurso interesante del Elder Orson Hyde. Al terminar él, los Sres. Walker, Southwick, Patrick y Wasson hablaron desde el estrado, declarando que yo me había sujetado a la ley en todo momento, y había tratado a mis perseguidores y secuestradores con amabilidad y cortesía. También hablaron sobre el comportamiento ilícito de mis enemigos. Vino de Cartago el Juez Adams, e informó que Wilson y Reynolds estaban incitando a la gente en contra mía y solicitaron al Gobernador Ford que enviara un pelotón para recapturarme.

Acto seguido, ciento cincuenta ciudadanos de Nauvoo firmaron una petición para el Gobernador, rogándole que no expidiera más órdenes de arresto; también se formuló una protesta por lo que se estaba llevando a cabo en Cartago. La firmaron y la enviaron a Cartago por medio de los Sres. Southwick y Patrick.

Por la noche regresó de Cartago el Coronel Markham, e informó que al llegar a Cartago se enteró de que Reynolds y Wilson lo habían acusado que él (Markham) había arrebatado de sus manos a José Smith por medio de fuerzas armadas en Elleston Grove; y que también habían levantado una petición firmada por los habitantes de Cartago, y enviada al Gobernador Ford por medio de ellos, Reynolds y Wilson, solicitándole que ordenara una fuerza armada, y ellos vendrían a Nauvoo a capturarme. Markham pidió a un oficial que fuera al Gobernador Ford y que le pidiera suspender todas las acciones hasta que se obtuvieran los documentos para comprobar la veracidad de las declaraciones.

Lunes 10 de julio.— Salí hacia la granja en compañía de Emma.

Martes 11 de julio.— Salí en el coche con mi familia.

Miércoles 12 de julio.— Recibí la siguiente revelación en presencia de mi hermano Hyrum y el Elder Guillermo Clayton: Véase Doctrina y Convenios, Sección 132.

Hyrum llevó la revelación y se la leyó a Emma.

Le pedí a Clayton que escriturara ciertos terrenos a Emma y los niños.

Los Elderes Brigham Young, Wilford Woodruff y Jorge A. Smith llegaron a Louisville y visitaron al Sr. Porter, “El Bebé de Kentucky”, que mide 2.30 metros y pesa 113 kilogramos.

Jueves 13 de julio.— Estuve hablando con Emma la mayor parte del día, y aprobé las leyes de la Legión que han sido revisadas.

Los Elderes Esdras T. Benson, Q. S. Sparks y Noé Rogers predicaron en Cabbotville, Massachusetts. Mientras predicaba el Elder Rogers, varias personas arrojaron piedras por la ventana y una le pegó en el muslo al Elder Benson. Cuando salieron del salón, la chusma les arrojó una lluvia de piedras, pero ninguna lastimé a los hermanos.

Viernes 14 de julio.— Estuve todo el día en casa. Me visitó un gran número de damas y caballeros que venían de Quincy en un vapor. Me manifestaron gran amabilidad.

Sábado 15 de julio.— Pasé el día en casa. Mucho calor. Por la mañana la lluvia mojó el suelo dos centímetros y medio. A las seis de la tarde salí con mi familia y un centenar de amigos, para un paseo en el Maid of Iowa, desde el desembarcadero de la Mansión de Nauvoo hasta la parte norte de la ciudad, y regresamos al anochecer.

Domingo 16 de julio.— Por la mañana y por la tarde prediqué desde el estrado que está en la arboleda, al oeste del templo, en cuanto a que los enemigos del hombre son los de su propia casa.

“En el pecho de algunos que profesan ser santos en Nauvoo, está el mismo espíritu que crucificó a Jesús. Tengo enemigos secretos en la ciudad, entremezclados con los santos”, etc. Dije que ya no profetizaría, y propuse a Hyrum para ocupar el oficio de profeta de la Iglesia, pues es su derecho.

Dije que voy a traer una reformación y los santos deben considerar a Hyrum, porque él tiene la autoridad. Dije que yo podría ser un sacerdote del Dios Altísimo y mencioné ligeramente el tema del convenio sempiterno, explicando que un hombre y su esposa deben entrar en ese convenio mientras estén en el mundo, pues de lo contrario ningunos de los dos tendrá derecho sobre el otro en el mundo venidero. Pero por razón de la incredulidad de la gente, por ahora no puedo revelar la plenitud de estas cosas.

Martes 18 de julio.— Estuve trabajando en mi granja.

Lunes 24 de julio.— Esta mañana conversé extensamente con el Sr. Hodge, candidato demócrata al Congreso. Le hablé de la corrupción y desatino del Gobernador en enviar una fuerza armada para capturarme, etc., y le dije que ésa era la 38a. acusación contra mí por motivo de mi religión.

Terminé un contrato con Guillermo y Wilson Law. Me deben \$167, cantidad por la cual Guillermo Law me dio un pagaré.

Martes 25 de julio.— Estuve enfermo, y acostado en mi cama; me visitó el Dr. Willard Richards.

El Elder Noé Rogers bendijo a la hermana Webster, en Farmington, Connecticut, pues por varios años no ha podido caminar.

Miércoles 26 de julio.— Esta mañana la hermana Webster se levantó de su cama y caminó.

Martes 1º de agosto.— La construcción del templo avanza en forma sostenida. La paredes del santo edificio siguen elevándose, y muchos esperan su terminación con grandes deseos e interés.

Hay toda clase de mejoras en Nauvoo y sus alrededores. Se levantan casas por todas direcciones de la ciudad, y las granjas van quedando dentro de la ciudad. Pronto el desierto florecerá como la rosa.

El Elder Luman A. Shurtliff dice en su carta que ha viajado por los estados de la Nueva Inglaterra, y recientemente bautizó a veinte personas.

Miércoles 2 de agosto.— Estuve un poco mejor y fui a la casa de Jacob Baum para pedirle dinero prestado. En la noche conversé con el Dr. J. M. Bemhisel.

Una petición de contribuciones se ha pedido para construir una casa para el Elder Willard Richards, para lo que yo contribuí un terreno dentro de la ciudad. Los hermanos contribuyeron \$25 en efectivo, diez bultos de piedra, un metro cúbico de cal, ciento cinco días de trabajo, \$59 en trabajo, quince mil novecientos ladrillos, vidrio, madera y otros materiales, además de cierta cantidad de comestibles. Espero que no esté muy lejano el día en que mi secretario tenga una casa cómoda para su familia

Viernes 4 de agosto.— Estoy mejor de salud; fui a la granja. En la noche fui con Emma a visitar al Elder Cahoon, y allí encontramos a mi hermano Hyrum y su esposa.

Domingo 6 de agosto.— Predicó el Elder Pratt, sobre el testimonio. Cuando terminó, le dije a la gente que daría mi sermón el domingo próximo, pues hoy no podía; pero sí hablaría sobre otro tema: las elecciones.

Emma salió hacia San Luis para tratar unos asuntos por mí, pues no es prudente que yo vaya a Misuri.

Lunes 7 de agosto.— Hubo elecciones de Representantes al Congreso y el Estado, y oficiales del Condado. En Nauvoo prevalecieron los candidatos demócratas, por inmensa mayoría.

Sábado 12 de agosto.— Emma regresó de San Luis. Estuve en casa, enfermo. Robert O. Foster resultó electo el lunes pasado como comisionado escolar, y Jorge W. Thatcher, como secretario de la corte del condado, por lo que fueron a Cartago a poner sus fianzas y prestar juramento. Al estar en la corte, llegaron Harmon T. Wilson, Juan Wilson, Franklin J. Morrill y Prentice con otros doce o quince, armados de garrotes, cuchillos y pistolas, y dijeron a la corte que no debían aprobar las fianzas [de los oficiales que resultaron electos] o tomarles juramento; y que si lo hacían habría derramamiento de sangre; y juraron por su honor y reputación que no permitirían que tomaran posesión de sus oficios, y acabarían con los mormones. No obstante, las fianzas fueron aceptadas, y la chusma anunció una junta de los antimormones del Condado de Hancock para el sábado próximo, para acordar si los mormones retendrían sus oficios.

El Elder Willard Richards prestó juramento como secretario de catastro de la ciudad de Nauvoo.

Martes 22 de agosto. — Tuvimos junta de la corte de la ciudad y multé a Esteban Wilkinson por vender alcohol sin licencia.

Constantemente oímos rumores de que la gente de Cartago está juntando una chusma para expulsar del Estado a los mormones.

Viernes 25 de agosto.— Estuvo en la oficina mi hermano Hyrum, conversando conmigo sobre la nueva revelación en cuanto al matrimonio celestial.

Llovió todo el día; es la primera lluvia que cae en Nauvoo desde el primero de junio. La tierra ha estado excesivamente seca y las papas tempranas casi perdidas. Se atrofió el desarrollo del maíz, e incluso las vides fueron muy perjudicadas por la sequía.

Sábado 26 de agosto. — Seiscientas casas fueron destruidas por el fuego en Kingston, Jamaica. Los daños se calculan en \$1,500,000.

La fragata de vapor Misuri, de los Estados Unidos, fue destruida por fuego.

Regresó el Elder Jonatán Dunham, de su viaje exploratorio por el oeste.

Domingo 10 de septiembre.— Frío y muy lluvioso. Por primera vez se inició un incendio en la oficina, este otoño. Esta es la primera lluvia de importancia desde el primero de junio. Ha habido lluvias, tres o cuatro, ocasionalmente, pero no suficientes para regar los campos de papas, y en las huertas las verduras han dejado de crecer por motivo de la sequía. El maíz ha quedado dañado seriamente, en gran parte por un gusano en la mazorca. Las papas tempranas casi no merecen la pena de desenterrarlas.

Lunes 11 de septiembre.— A las seis de la tarde me reuní en mi oficina privada con mi hermano Hyrum, Guillermo Law, Newel K. Whitney y Willard Richards, para orar por la hijita del hermano Law, que está enferma, y por Emma, que ya está algo mejor.

Martes 12 de septiembre.— Día lluvioso.

Miércoles 13 de septiembre.— Asistí a una conferencia que dio en la arboleda el Sr. Juan Finch, un socialista de Inglaterra; y como respuesta dije algunas palabras.

Jueves 14 de septiembre.— Asistí a otra de las conferencias que dio el Sr. Finch sobre el socialismo; cuando terminó, hice unos cuantos comentarios, y me referí a Sidney Rigdon y Alejandro Campbell organizando una comunidad en Kirtland. Dije que no creía esa doctrina.

Poco después el Sr. Finch respondió y dijo: “Soy la voz de uno que clama en el desierto. Soy el profeta espiritual; el Sr. Smith es el temporal”. El Elder Juan Taylor contestó su conferencia detalladamente.

Viernes 15 de septiembre.— Coloqué un letrero que dice: “LA MANSIÓN DE NAUVOO”.

Mi casa ha estado llena continuamente de forasteros y otras personas que vienen a verme o a tratar asuntos en la ciudad, al grado que ahora me veo imposibilitado para atender a tanta gente en forma gratuita. Mi hogar ha sido la casa y lugar de descanso de miles, y muchas veces mi familia ha tenido que pasarla sin comida después de haberle servido a los visitantes todo lo que había. Y yo podría seguir el mismo curso si no fuera por la persecución incansable y cruel de mis despiadados enemigos. Me veo en la necesidad de abrir “La Mansión” como un hotel. de la ciudad; y como la Mansión es grande y cómoda, da a los viajeros mayor confort que cualquier otro lugar en esta región del Misisipí. He construido un establo grande de ladrillo, con capacidad para acomodar a setenta y cinco caballos al mismo tiempo, y almacenar el forraje necesario; no hay en todo el Estado algo así.

Hubo práctica militar en Nauvoo. A las dos cuarenta y cinco de la tarde, nació en Nauvoo Rhoda Ana, hija de Willard y Jenetta Richards.

Sábado 16 de septiembre.— Desfile general de la Legión de Nauvoo cerca de mi granja. Fui recibido con honores militares. La Legión se retiró a la una de la tarde, por un lapso de dos horas, y fui a casa a comer. Regresé a las tres con veinte minutos; junto con mi Estado Mayor pasé revista a la Legión, tras lo cual tomé mi puesto e impartí ordenes.

Luego de la revista, dirigí unas palabras a la Legión sobre su prosperidad constante, y les pedí a los oficiales que aumentaran los números de la Legión. Me sentí muy satisfecho con los oficiales y soldados, y personalmente me sentí bastante bien.

La Legión se retiró al atardecer. Me dirigí a casa con mi Estado Mayor, contento por los resultados del día.

Domingo 17 de septiembre.— Estuve en la reunión; mientras predicaba el Elder Almon W. Babbit, tomé mi puesto como presidente municipal fuera de la congregación, para mantener el orden y dar ejemplo a los demás oficiales.

Después de la predicación di algunas instrucciones sobre el orden en la congregación, que no trajeran sus caballos y que adultos y niños no están en el estrado sin tener por qué, etc.

En la noche predicó el Sr. Blodgett, ministro unitarista. Estuve de acuerdo con su discurso en general, pero disentí en algunos puntos, sobre los que opiné libremente, para su gran satisfacción

Sábado 23 de septiembre. — Regresó de Dixon el Elder Esteban Markham, pues el juicio de Reynolds y Wilson se pospuso hasta mayo próximo.

Regresó del aserradero el Obispo Jorge Miller. Informó que el nivel de Río Black está tan bajo que no pudieron pasar su lanchón al Misisipí.

Estuve con el Elder Orson Spencer; le pedí prestados \$75 para el Templo.

Jueves 5 de octubre.— Esta mañana fui a la granja con el Sr. Butterfield. En la tarde fui a la pradera para mostrarles a unos hermanos algunos terrenos. En la noche estuve en casa y salí a pasear a la calle con mi secretario. Di instrucciones de enjuiciar a aquellas personas que estaban predicando, enseñando o practicando la doctrina de la pluralidad de esposas; porque, de acuerdo con la ley, yo tengo las llaves de este poder en los últimos días, y jamás hay sino uno a la vez sobre la Tierra, a quien se confiere el poder y sus llaves; y constantemente he dicho que ningún hombre tendrá sino una esposa a la vez, a menos que el Señor dicte lo contrario.

Jueves 2 de noviembre.— Convine en escribir una carta para los cinco candidatos a la Presidencia de los Estados Unidos, y preguntarles cuáles son sus sentimientos hacia nosotros, y, en caso de ser electos, qué curso de acción tomarían respecto a la opresión y crueldad que hemos sufrido por parte del Estado de Misuri.

Domingo 5 de noviembre.— Salí junto con mi madre, y otros, para beneficio de su salud.

Al estar comiendo enfermé repentinamente, se me dislocó la quijada, mostrando síntomas de envenenamiento.

Por la noche asistí a una reunión de oración en la sala que está arriba de la tienda.

El Sr. Cole ha tenido una escuela en funcionamiento por algún tiempo en la sala de arriba, pero el ruido es una molestia para los secretarios que trabajan en la Oficina del Historiador. Le pedí al Dr. Richards que le avisara al Sr. Cole que debe buscar otro salón para la escuela, pues ése se necesita para efectuar reuniones.

En la reunión predicó el Elder Rigdon. Recibí una carta de Rubén Hedlock, fechada en Liverpool el dieciséis de octubre. Me informa que hay una gran demanda de predicadores, y se necesitan muchos élderes por todo ese país. Hay mucha oposición. Los santos desean que la Star siga publicándose, y su tirada es de 1 ,600 ejemplares.

También recibí una carta de Hyrum Clark, en la que da un informe parcial de los asuntos de las oficinas de emigración y publicaciones.

Lunes 6 de noviembre.— Varios asuntos domésticos me mantuvieron ocupado por la mañana; por la tarde escuché a Guillermo W. Phelps relatar su visita con el Gobernador, lo cual me divirtió.

Martes 7 de noviembre.— El Sr. Cole volvió a meter las mesas en la sala y Richards y Phelps vinieron a decirme que el ruido de la escuela los perturbaba en su trabajo de escribir la historia. Di órdenes de que Cole busque otro lugar, ya que la historia debe continuar escribiéndose sin interrupciones; y son pocos los asuntos por los que siento mayor ansiedad que por el registro de mi historia, lo cual ha sido una labor difícil a causa de la muerte de mis mejores secretarios, la apostasía de otros, y el robo de registros que cometieron Juan Whitmer, Ciro Smalling, y otros.

Miércoles 8 de noviembre.— De las nueve a las once me entrevisté con Richards y Phelps; leí y releí parte de mi historia; luego atendí algunos asuntos con varios individuos. En la tarde examiné muestras de diseñado para los púlpitos del templo; de dos a tres estuve conversando con Phelps, Lewis, Juan Butler y otros.

Lunes 20 de noviembre.— Se hospedaron en la Mansión dos caballeros de Vermont. Por la tarde anduve con ellos, mostrándoles las mejoras que hay en la ciudad. En la noche vinieron a visitarme varios de los Doce y otros hermanos. Mi familia cantó unos himnos y el Elder Juan Taylor dio un discurso, al que le pusieron toda su atención y se mostraron muy interesados.

Martes 21 de noviembre.— Estuve en mi antigua casa todo el día, en una reunión con los Doce y otros hermanos. Le dicté a mi secretario una carta para amigos de Vermont, mi Estado natal.

También di instrucciones a los Elderes Richards, Hyde, Taylor y Phelps para que escriban una “Proclamación a los Reyes de la Tierra”.

Miércoles 22 de noviembre.— Me dirigí a la pradera con G. Clayton y Lorenzo O. Wasson, y encontré a Arturo Smith cortando arboles en mi terreno sin mi consentimiento, y se lo prohibí.

En la noche se realizó una junta de oración en mi antigua casa.

Hubo cinco defunciones en la ciudad durante la semana pasada.

Jueves 23 de noviembre. — Asistí a una reunión en mi antigua casa; como a las once y media de la mañana caminé hasta el río para observar la corriente, las rocas, etc. Sugerí la idea de solicitar al Congreso una concesión para construir un canal a través de las cascadas, o una represa para llevar el agua a la ciudad y poder construir molinos y otras fabricas.

Sábado 25 de noviembre.— En la noche se reunió la corte para juzgar el caso de Harrison Sagers, acusado de seducción. El había declarado que yo había enseñado que no era malo. Estuve presente, con varios de los Doce, y dije unas palabras con el propósito de terminar con toda maldad, y exhortarlos a practicar la virtud y la santidad delante del Señor. Les dije que la Iglesia no había recibido mi permiso para cometer fornicación, adulterio o cualquiera otra acción corrupta; y que cada palabra y acto mío era para enseñar todo lo contrario. Si un hombre comete adulterio, no puede entrar al reino celestial de Dios. Aunque se salve en cualquiera de los reinos, no puede ser en el reino celestial. Creía que los muchos ejemplos que se han visto, como los de Juan C. Bennett y otros, eran suficientes para demostrar el error de ese curso de conducta.

Condené esas acciones in toto, y advertí a los presentes contra esas maldades, pues con seguridad traerán una maldición sobre cualquiera que las corneta.

Sábado 2 de diciembre.— Se realizó una junta de oración de la una a las seis de la tarde, en el salón de asambleas arriba de la tienda. Los Elderes Orson Hyde, Parley P. Pratt, Wilford Woodruff, Jorge A. Smith y Orson Spencer recibieron sus investiduras, e instrucciones adicionales en el sacerdocio. Estuvieron presentes unas treinta y cinco personas.

Domingo 3 de diciembre.— Me presenté en el salón de asambleas a eso del mediodía; estaban todos, menos Hyrum y su esposa. Se había resbalado y doblado la coyuntura de la rodilla y falseado el músculo de la pierna, y yo lo había estado ministrando. Emma había estado enferma durante la noche. Cuando empezó la reunión, Guillermo W. Phelps leyó mi carta a mis amigos de Vermont, la cual fue dedicada con oración después que todos habían opinado sobre ella.. También oramos por Natán Pratt, que está muy enfermo, por Hyrum y otros. Después, los instruí en las cosas del sacerdocio.

Lunes 4 de diciembre.— A las seis de la tarde asistí a la reunión de los ciudadanos en el salón de asambleas, que estaba lleno con una congregación escogida. Muchos no pudieron entrar. Estaban presentes dos personas de Misuri. Hico algunos comentarios al iniciar la reunión, pidiendo que estuvieran tranquilos y calmados, y que al mismo tiempo palpitaran en su pecho el espíritu patriótico, y cuando la ocasión lo requiera, hablar poco y actuar; y cuando venga el populacho, rechazarlos.

Mi secretario, Willard Richards, leyó el memorial para el Congreso, y la asamblea votó unánimemente a favor del memorial. Hablé por dos horas y media, relatando muchas circunstancias ocurridas en Misuri que no se mencionaron en el memorial. Ya llevo treinta y ocho acusaciones, y pagarnos en Misuri \$150,000 por nuestros terrenos. En Washington le pedí prestados \$500 al Juez Young, para cubrir los gastos del grupo que me acompañó, y he tenido que pedir otros préstamos.

Daniel Avery y su hijo fueron secuestrados en la región de Varsovia por un grupo de hombres de Misuri ayudados por algunos antimormones de ese Condado, y los llevaron a Misuri.

Jueves 7 de diciembre.— Los hermanos alemanes se reunieron a las seis de la tarde en el salón de asambleas, y escogieron al Obispo Daniel Garn como su élder presidente, y se organizaron para tener predicaciones en su lengua materna.

Domingo 10 de diciembre.— Día lluvioso. Estuve en casa.

En la noche se efectuó una junta de oración en salón de asambleas. Yo no estuve presente. Presidió Brigham Young. Oraron por varios enfermos.

Por una carta de J. White, asistente al Sheriff del Condado de Clark, Misuri, me enteré que el Sr. Daniel Avery está en la prisión del Condado de Marion, sin juicio alguno. El Sheriff pide que vayan allá varios hombres como testigos. A las claras es una trampa para capturar más gente nuestra. Cuando estuve prisionero en Misuri, mis testigos fueron arrestados antes de llegar a la corte para testificar, con excepción de uno, que fue expulsado de la corte por un oficial, el Teniente Cook, quien lo maldijo y le ordenó a sus hombres que lo mataran. Y después de eso, Birch, el Fiscal del Estado, volteó hacia mí burlonamente, y dijo: “¿Por qué diablos no manda llamar a sus testigos?”, y el Juez King se rió al ver mi desconcierto. Ya los santos han aguantado demasiada injusticia del populacho de Misuri.

Jueves 14 de diciembre.— En casa. Llegó a Nauvoo Philander Avery, tras escapar de sus captores en Misuri.

Viernes 15 de diciembre.— Esta mañana me desperté con buena salud, pero luego sentí gran sequedad en la boca y garganta, malestar en el estómago, y empecé a vomitar. Mi esposa me atendió, ayudada por mi escribiente, el Dr. Willard Richards y su hermano Leví, quien me administró hierbas y bebidas sencillas. Nunca antes había quedado postrado en tan poco tiempo; mas al anochecer estaba bastante recuperado.

Hace mucho calor para esta época del año.

Sábado 16 de diciembre.— Esta mañana ya me sentía mucho mejor; me levanté a las diez, y estuve todo el día en reunión con el Ayuntamiento, la cual se realizó en mi casa, para mi comodidad.

Domingo 17 de diciembre.— El Sr. King Follet, uno de los alguaciles del Condado de Hancock, salió con otros diez hombres esta tarde, para arrestar a Juan Elliot por secuestrar a Daniel Avery; llevaba una orden expedida por el Sr. Aarón Johnson, Juez de Paz.

Lunes 18 de diciembre. — El alguacil Follet regresó con Juan Elliot, maestro de escuela, y se efectuó un interrogatorio ante el Sr. Johnson en el salón de asambleas. Elliot fue encontrado culpable de secuestrar a Avery, y fue consignado con una fianza por la cantidad de \$3,000.

Como a las diez de la noche llegaron dos jóvenes mensajeros declarando que se estaba juntando una chusma en Varsovia, y también en la casa del Coronel Leví Williams; y otros habían ido a Misuri para traer mas gente.

Martes 19 de diciembre.— En casa. Regresó una parte de los hombres que habían salido con Oseas Stout, diciendo que cuando ya estaban a tres kilómetros de la casa del Coronel Williams, les informaron que en la casa había un cuerpo de hombres armados, por lo que pensaron que era mejor volver por armas y refuerzos; y que el hermano Chester Loveland les había dicho que él vio que treinta hombres armados fueron siguiendo al alguacil King Follet por varios kilómetros, cuando llevaba a Elliot bajo su custodia.

El Sr. Johnson le escribió cuanto antes a Loveland para que viniera a Nauvoo e hiciera una declaración jurada de los movimientos bélicos del populacho, para enviársela al Gobernador.

Mandé que mis secretarios hicieran copias de las declaraciones juradas relativas al secuestro de los Avery, para enviarlas al Gobernador Ford y que quede sin excusa, aunque es posible que ni siquiera las lea.

A la una de la tarde estuve presente en el desfile de la Legión cerca del templo; los oficiales pasaron revista, y les dieron instrucciones de que estuvieran preparados con sus armas y municiones para entrar en acción en cualquier momento.

Jueves 21 de diciembre.— Alrededor de la una de la mañana me alarmé al oír los disparos de un rifle, y me levanté y fui a la orilla del río para ver a la guardia y preguntar qué pasaba. Para mi sorpresa, ellos no habían oído nada, aunque yo estaba seguro que los disparos provenían de Montrose. Por la mañana se comprobó que sí había habido disparos: unos pendencieros de Montrose habían estado disparando.

Al mediodía me reuní con el Ayuntamiento, el cual votó que el concejal Orson Pratt entregue al Congreso el memorial

Se aprobó una ordenanza para impedir en la ciudad de Nauvoo el cateo o captura de personas o propiedades mediante procesos de otros lugares.

Les di instrucciones al Fiscal y a los policías para que se encargaran de que se saque de la ciudad a todos los vagos, y que todas las casas mantengan el orden —parar las peleas de los muchachos en las calles, evitar que los niños jueguen en lugares peligrosos— y corregir como padres cualquier otra anomalía. Me ofrecí para construir la cárcel de la ciudad, lo cual me autorizó el Ayuntamiento.

Viernes 22 de diciembre.— Estuve en casa hasta las nueve de la mañana, leyéndoles a mis hijos una revista.

Poco después de las doce fui a la bodega, donde se hallaban Butler y Lewis, y empecé a conversar con el Dr. Juan F. Charles, tratando de convencerlo de que la formación de populachos no es justificable, y que yo no tenía nada que ver en la política.

David Holman, que vive a unos tres kilómetros de Ramus, salió en la noche con su familia para hacer una visita. Como a las diez descubrió que su casa estaba en llamas. Los vecinos le habían estado preguntando cuánto tiempo estaría fuera. Un hombre fue hasta Cartago, vino un grupo, se adueñaron de lo que había adentro, y le prendieron fuego a la casa

El tiempo está cálido y agradable.

Lunes 25 de diciembre.— Me despertó a eso de la una de la mañana una hermana inglesa, Leticia Rushton, viuda de Richard Rushton, padre, y que perdió la vista desde hace diez años, acompañada de tres de sus hijos y sus esposas, y sus dos hijas y sus esposos, y varios de sus vecinos, todos cantando un himno especial, lo cual hizo que mi alma se llenara de regocijo. Toda mi familia y los huéspedes se levantaron a oír la serenata, y di gracias a mi Padre Celestial por la visita de ellos, y los bendije en el nombre del Señor. También visitaron a mi hermano Hyrum. Se levantó y salió a estrecharles la mano, y bendijo a cada uno de ellos en el nombre del Señor, y les dijo que al principio pensó que había bajado a visitarlo una coro celestial, tan agradable era la música.

En casa todo el día. Al mediodía vinieron a pedirme consejo unos hermanos del poblado de Morley, y les dije que mantuvieran la ley de su parte y les iría bien.

A las dos de la tarde se sentaron a mi mesa unas cincuenta parejas, para comer. Mientras comía vino mi escribiente para pedirme que solemnizara el matrimonio de su hermano, el Dr. Levi Richards con Sara Griffiths; pero como no podía salir, lo envié a buscar al Presidente Brigham Young, quien los casó.

Un grupo numeroso cenó en mi casa, y pasó la noche cantando y bailando de manera muy animada y cordial. En el transcurso de la fiesta entró un hombre con el cabello hasta los hombros, aparentemente borracho, y comportándose como uno de Misuri. Le pedí al Capitán de la Policía que lo sacara. Se originó una riña, y pude verle claramente la cara y, para mi gran sorpresa y gozo inexpresable, descubrí que era mi largamente probado, afectuoso pero cruelmente perseguido amigo Orrin Porter Rockwell, acabado de llegar después de casi un año de encarcelamiento, sin haber sido sentenciado, en Misuri.

Daniel Avery fue liberado de su prisión de Misuri mediante hábeas corpus. Sin duda fue consecuencia de nuestra persistencia en comunicarnos con el Gobernador, y tratar de enjuiciar a los secuestradores y hacer pública la conducta de los de Misuri.

Día cálido; lluvia por la noche.

Martes 26 de diciembre. — En casa. Me regocijé con el escape de Rockwell de las garras de Misuri, y en que Dios lo ha librado. El hermano Daniel Avery llegó hoy al anochecer; y por ahora los de Misuri ya no tienen el placer de alegrarse del sufrimiento de más víctimas mormonas; mas su sed de sangre no estará apagada por mucho tiempo mientras no encuentren a otra víctima en quien saciar sus deseos de venganza y maldad.

Sábado 30 de diciembre.— A las nueve de la mañana tuvimos una corte de la ciudad. Fueron traídos dos muchachos, Roswell y Evander White, por robar seis gallinas y un gallo. Fueron sentenciados a pagar las aves y a diez días de trabajos forzados en las calles de la ciudad.

Domingo 31 de diciembre.— En casa. Por la tarde visité al Elder Parley P. Pratt y a su esposa.

Al anochecer asistí a una junta de oración. Administré el sacramento, después de lo cual me retiré. A la medianoche, unos cincuenta músicos y cantantes cantaron bajo mi ventana el Himno de Año Nuevo, escrito por el hermano Phelps.

NAUVOO-CARTAGO

1844

TRAICIÓN-ASESINATO

Lunes 10 de enero de 1844.— El año nuevo se anunció con una tempestad estruendosa y fría.

Al salir el sol, fueron traídos ante mí por la Policía: Tomás Miller, Jacobo Leach, Jacobo Bridges y Juan Frodsham, acusados de conducta escandalosa. Le impuse a Miller una multa de \$5; los otros fueron absueltos.

Un grupo numeroso asistió a mi casa para la cena de Año Nuevo, con música y baile hasta que amaneció. Estuve en mi oficina privada con mi familia, el Elder Juan Taylor y otros amigos.

Jueves 4 de enero. — En casa. Comí en el cuarto que está al norte de la casa, y le hacía notar al hermano Phelps qué esposa tan bondadosa y previsoramente tengo —cuando le pido un poco de pan y leche, me pone sobre la mesa tantas buenas cosas para comer, que pierdo el apetito— y en ese momento entró Emma, mientras Phelps decía: “Usted debería hacer lo que Napoleón Bonaparte: usar una mesa pequeña, donde sólo quepan los alimentos que quiere tomar”. Mi esposa contestó: “Mi esposo es más grande que Napoleón: él nunca puede comer sin sus amigos” A lo que añadí:” Es lo más sabio que jamás te oí decir.”

Viernes 5 de enero.— ¿Será posible que el traidor del cual Porter Rockwell me informa que se está comunicando con mis enemigos de Misuri, sea uno de los de mi propio grupo? La gente de la ciudad está asombrada, y casi todos se preguntan el uno al otro: “¿Será posible que el hermano Law o el hermano Marks sea traidor y quiera entregar al hermano José en manos de sus enemigos de Misuri?” Si no es así, ¿qué significa todo esto? Los justos son tan valientes como el león.

Sábado 6 de enero. — Hay diez centímetros de nieve. Salí con Emma en un trineo.

Los obispos y los hermanos del Sacerdocio Menor se reunieron en el salón de Enrique W. Miller.

Domingo 7 de enero.— En casa por la mañana. Por la tarde fui a mi granja, y prediqué en casa del hermano Cornelio P. Lott.

Los Doce Apóstoles asistieron a reuniones y predicaron en diferentes partes de la ciudad.

A las seis de la tarde asistí a una junta de oración con el quórum en el salón de asambleas. Ausentes Law y Marks.

Lunes 8 de enero.— La mañana en casa. A las once fui a mi oficina para investigar una dificultad entre Juan D. Parker y su esposa. Luego de trabajar con ellos unas dos horas, se logró la reconciliación.

Jueves 11 de enero.— Los Doce Apóstoles invitaron a los santos de Nauvoo a cortar y acarrear para mí entre setenta y cinco y cien bultos de leña los días quince y dieciséis de actual.

Lunes 29 de enero.— A las diez de la mañana se reunieron en la oficina del Alcalde los Doce Apóstoles, y mi hermano Hyrum y Juan P. Greene, para poner a consideración el curso que tomará este pueblo en relación con las próximas elecciones presidenciales.

Por ahora los candidatos al puesto de Presidente de los Estados Unidos son Martín Van Buren y Enrique Clay. Es moralmente imposible que este pueblo vote en justicia por la reelección del Presidente Van Buren: un hombre que desatendió criminalmente sus deberes como Jefe de la Nación de manera desvergonzada y fría, cuando se le pidió su ayuda en los problemas de Misuri. Su respuesta despiadada arde como una antorcha en el pecho de todo amante de la libertad: “Su causa es justa pero no puedo hacer nada por ustedes”.

En cuanto al Sr. Clay, sus sentimientos y desprecio insolente por los derechos del pueblo están claros en su contestación: “Váyanse y búsquese otro lugar que los ayude.” lo cual hace imposible que quienes apoyan los derechos constitucionales lo apoyen a él en las urnas.

Por tanto, fue propuesto, por Willard Richards, y aprobado por unanimidad, que tengamos una candidatura independiente, con José Smith como candidato a la Presidencia; y que usemos todos los medios honrados de que dispongamos para lograr su elección.

Martes 30 de enero.— A las once de la mañana entré en la oficina con el Coronel Jackson.

A la una de la tarde tuve una junta de presidencia municipal en mi oficina, con el caso “La Ciudad Vs. Coates”. Multé al acusado con \$25 y los gastos, por golpear a Juan Ellison.

De nuevo predicó un partidario de Miller en el salón de asambleas, y la contestación estuvo a cargo del Elder Rigdon. El lugar estaba lleno.

Hubo junta de oración en casa del Elder Brigham Young.

Miércoles 31 de enero.— A las once de la mañana me presenté en la oficina, y le dije a Benjamín Winchester que fuera a Varsovia y predicara los primeros principios del evangelio, consiguiera algunos diccionarios, y volviera a casa.

Por la noche se efectuó junta de oración en la casa del Elder Brigham Young. Parece haber mucho entusiasmo por todo Nauvoo, y una búsqueda de las cosas de Dios entre todos los quórums y la Iglesia en general.

Domingo 4 de febrero.— Asistí a la junta de oración con el quórum en el salón de asambleas, e hice algunas observaciones sobre los ciento cuarenta y cuatro mil que menciona Juan el Revelador, explicando que ya ha empezado la selección de personas que formarán ese grupo.

Lunes 5 de febrero. — Por la tarde vino a recibir instrucciones el Elder Guillermo Weeks, a quien contraté como arquitecto para el templo. Le di instrucciones relativas a las ventanas circulares, diseñadas para iluminar las oficinas que podrían ponerse entre los arcos entre piso y piso. Me dijo que colocar ventanas circulares en los lados de un edificio constituía una violación de todas las normas conocidas de la arquitectura, y que era mejor que fueran semicirculares; y que el edificio era demasiado bajo para tener ventanas circulares. Le dije que las quería circulares aun si él tenía que hacer el templo tres metros más alto de lo que se calculó originalmente; que una luz en el centro de cada una de las ventanas circulares sería suficiente para iluminar todo el salón; que si el edificio era así iluminado, el efecto sería grandioso. “Deseo que lleve a cabo mis diseños. He visto en visión el aspecto espléndido de ese edificio iluminado, y quiero que se construya según el modelo que me fue mostrado”.

Miércoles 7 de febrero. — En el Warsaw Message de hoy apareció un artículo titulado: “Lamentaciones por querer mas esposas”, que es evidentemente obra de Wilson Law; está cargado de un espíritu malicioso y sucio.

Sábado 17 de febrero.— Se reunió el Sumo Consejo para resolver varias dificultades entre hermanos.

Los antimormones efectuaron una convención en Cartago, con el propósito de planear el modo de expulsar a los santos del Estado. Entre las resoluciones está una que señala el nueve de marzo próximo como día de ayuno y oración, en el que se pide que los fieles de todas las sectas oren al Dios Omnipotente para que traiga sobre el falso profeta José Smith un profundo arrepentimiento, o que le dé un castigo ejemplar a él y a sus principales cómplices.

El hielo del río se quebró.

Domingo 18 de febrero.— Hermoso día. Viento del suroeste.

Se reunió una congregación numerosa cerca del templo, y prediqué un extenso discurso.

A las cuatro de la tarde me dirigí a mi oficina con Hyrum y dos caballeros de San Luis. El Dr. Richards me leyó la carta del Senador Calhoun, y Phelps leyó mis “Apuntes sobre el Poder y la Política del Gobierno Nacional”

Martes 20 de febrero.— A las diez de la mañana fui a mi oficina, donde se reunieron los Doce Apóstoles y otras personas, con los hermanos Mitchell Curtis y Esteban Curtis, que vinieron del aserradero que está sobre el Río Black el primero de enero. Los enviaron Lyman Wight y el Obispo Miller, para saber si Lyman debía predicar a los indios, pues los menominees y los chippeways se lo habían pedido.

Los chippeways le habían dado al hermano Wight un regalo en señal de paz, y los hermanos les habían dado a ellos medio barril de harina y un buey, para que no murieran de hambre; y Wight había ido a su área para ayudarles a hacer un camino.

Les indiqué que le dijeran al hermano Wight que no tenía ningún consejo que darle sobre el asunto. Que él está ahí, en su propia área y debe actuar bajo su propia responsabilidad, y hacer lo que le parezca mejor en relación con los indios, pues entiende las leyes y la naturaleza del asunto tanto como yo acá, y nosotros no deseamos meterlo en dificultades.

Di instrucciones a los Doce Apóstoles de enviar una delegación a explorar algunos sitios en California y Oregon, y buscar un buen lugar donde a podamos trasladarnos después que el templo quede terminado, y donde podamos levantar una ciudad en un día, y tener nuestro propio gobierno, Sí, en medio de las montañas, donde el diablo no pueda echarnos; y viviremos en un clima saludable, donde podamos vivir los años que queramos.

Calor. El hielo flota río abajo.

Hubo una reunión de los ciudadanos del Condado de Hancock en la corte de Cartago. Aprobaron una resolución que señala el segundo sábado de marzo para cacería general de lobos. Es el mismo día que escogió la convención del diecisiete de este mes como día de ayuno y oración para mi destrucción.

Viernes 23 de febrero.— G. W. Phelps recibió una carta de Juan Whitmer, relativa a ciertos registros y un libro que contienen parte de la historia de los primeros días de la Iglesia, que mis secretarios habían escrito, y que es propiedad de la Iglesia y con la que Juan Whitmer se quedó ilícitamente. Contestó la carta el Dr. Richards.

Me reuní con los Doce en el salón de asambleas para hablar sobre la expedición que iba a explorar Oregon y California. Hyrum y Sidney estuvieron presentes. Les dije que quería que exploraran toda aquella región montañosa. Tal vez sería mejor ir directamente a Santa Fe. “Envíense veinticinco hombres; prediquen el evangelio dondequiera que vayan. Salga el hombre que pueda reunir quinientos dólares, un buen caballo y una mula, un fusil, una escopeta, una silla de montar y freno, un par de revólveres, un cuchillo y un buen sable. Nómbrase un capitán y búsquense voluntarios. Quiero que todo el que vaya se porte como rey y sacerdote. Quizá al llegar a las montañas deseará hablar con su Dios; al hallarse entre las naciones salvajes, debe tener el poder para gobernar, etc. Si no podemos conseguir voluntarios, esperemos hasta después de las elecciones”.

Jorge D. Watt dijo: “Caballeros, iré yo”. Se ofrecieron como voluntarios: Samuel Bent, José A. Kelting, David Fullmer, Jacobo Emmett, Daniel Spencer, Samuel Rolte, Daniel Avery y Samuel W. Richards.

Domingo 25 de febrero.— Prediqué en la manzana del templo. Hyrum también predicó. En la noche asistí a una junta en el salón de asambleas. Oramos por que “Apuntes sobre el Poder y la Política del Gobierno Nacional” se difunda por todas partes y sea un medio para abrir el corazón de la gente. Di algunas instrucciones importantes, y profeticé que dentro de cinco años nos halláramos fuera del poder de nuestros enemigos, ya fuesen apóstatas o la gente del mundo; y dije a los hermanos que lo anotaran, para que cuando se cumpliera, no dijese que se habían olvidado de esta palabra.

Algo de lluvia por la noche; neblinoso y nublado.

Sábado 9 de marzo.— Me reuní con el Ayuntamiento, y expliqué mis razones en favor de la anulación de la ordenanza sobre marranos en la ciudad. [El asunto se discutió con algo de detalle.]

El Ayuntamiento suspendió la liberación por una hora. Por la tarde, el Ayuntamiento rechazó la petición de anular la ordenanza.

Propuse que se otorgara una licencia a Hiram Kimball y al Sr. Morrison, quienes tienen terrenos enfrente del desembarcadero, para que hagan muelles y cobren muellaje; entonces la ciudad no tendrá que mantener allí un empleado; que Kimball y Morrison paguen un impuesto por cada bote; y ellos pueden o no cobrarle un impuesto al bote, como prefieran.

La Sociedad Femenina de Socorro se reunió dos veces en el salón de asambleas.

Nuestro digno hermano King Follet murió esta mañana, a causa de que se rompió accidentalmente una cuerda y cayó sobre él un cubo con rocas mientras se hallaba tapiando un pozo de agua, y los hombres que estaban arriba le estaban bajando las rocas.

Domingo 10 de marzo.— Helada en la noche; hermoso día. Viento del sur.

El día de hoy fue sepultado el hermano King Follet, con honores masónicos.

Asistí a la reunión, y prediqué sobre el tema del Elías Precursor, Elías el Profeta, y el Mesías.

Viernes 10 de mayo.— Se convocó una corte marcial en la oficina del Alcalde para juzgar a Roberto D. Foster, Cirujano general por conducta impropia e indigna de un oficial. Presidió el General de Brigada Jorge Miller. Se sostuvieron los cargos.

Los apóstatas distribuyeron entre la gente un bosquejo del Nauvoo Expositor.

El tribunal del Condado de Lee, Illinois, adjudicó \$40 por daños contra José H. Reynolds y Harmon T. Wilson, por detención ilegal y abuso contra mi persona en ese Condado el mes de junio pasado.

Martes 21 de mayo. — Una mañana muy agradable. Cabalgué hasta la pradera con Porter Rockwell y el Sr. Reid. A las siete de la mañana, los Elderes Brigham Young, Heber C. Kimball, Lyman Wight y unos cien élderes más salieron de la ciudad en el vapor Osprey (que comanda el Capitán Anderson) para San Luis.

Al anochecer estuve en casa con Emma, que ya está algo mejor. Estuve paleando la tierra acumulada en la acequia, mientras Wasson estaba parado en la esquina de la cerca para observar. Llegó un oficial que traía una citación judicial y para llevarme a Cartago, pero no me encontró. En la noche salí para ver al niño de David Yearsley, que está enfermo, y regresé a casa a las nueve.

Miércoles 22 de mayo.— En casa, vigilando, pues los oficiales de Cartago andan tras de mí.

A las diez de la mañana, unos cuarenta indios de los Sacs y Foxes llegaron a la puerta de la Mansión, cuatro o cinco de ellos a caballo, entre quienes estaba el hermano de Halcón Negro, Kis-kish-kee, etc. Me vi obligado a mandarles decir que por ahora no podía verlos. Acamparon por la tarde y noche en los alrededores. Estuve de servicio con la Policía, y vi a varios individuos rondando en varios lugares.

Día muy agradable.

Jueves 23 de mayo.— Emma está bastante mejor.

A la una de la tarde tuve una plática con los indios Sacs y Foxes en la cocina trasera. Me dijeron: “Cuando nuestros padres llegaron aquí, la tierra estaba habitada por los españoles; cuando los españoles fueron expulsados, llegaron los franceses, y después, los ingleses y los americanos; y nuestros padres estuvieron hablando mucho con el Gran Espíritu”. Se quejaron de que los blancos le habían robado sus tierras y los trataban con crueldad.

Les dije que yo sabía que los habían tratado injustamente, pero que habíamos comprado estas tierras con nuestro dinero. Les aconsejé que no vendieran más tierras, y que cultivaran la paz con las demás tribus y con todos los hombres, pues el Gran Espíritu quería que estuvieran unidos y vivieran en paz. “El Gran Espíritu me ha permitido encontrar un libro [mostrándoles el Libro de Mormón] que habla acerca de vuestros padres, y el Gran Espíritu me dijo: ‘Debes enviarlo a todas las tribus que puedas, y decirles que deben vivir en paz’; y cuando alguien de nuestro pueblo vaya a veros, quisiera que lo tratáis como nosotros os tratamos”.

A las tres de la tarde los indios iniciaron una danza de guerra al frente de mi antigua casa. Nuestra gente empezó a tocar música, y disparé el cañón. Después de la danza, que duró dos horas, el disparo del cañón dio por terminado el evento, y marchamos de regreso a la oficina, acompañados de nuestra música. Antes de que los indios empezaran la danza, los santos hicieron una colecta para darles alimentos.

Sábado 25 de mayo.— En casa, tratando de evadir las posibles órdenes de arresto de Cartago. Al anochecer, regresaron de Cartago Eduardo Hunter y Guillermo Marks, del Gran Jurado; también vinieron el Fiscal Juan P. Greene y Almon W. Babbit, quienes me informaron que había dos acusaciones contra mí: una por perjurio, formulada por José H. Jackson y Roberto D. Foster; y otra por poligamia formulada por Guillermo Law. De los detalles me enterará más adelante.

Viernes 7 de junio.— Vino Roberto D. Foster, supuestamente para hacer algunas concesiones y poder regresar a la Iglesia. Quería una entrevista a solas conmigo, a lo que me negué. Platiqué con él en el pasillo, en presencia de varios caballeros. Le dije que estaba dispuesto a reunirme con él en presencia de varios amigos; yo escogería a tres o cuatro, y él podría escoger un número igual; y que yo estaba

dispuesto a arreglarlo todo bajo principios justos. Por la noche se circuló un informe afirmando que Foster había dicho que yo lo aceptaría de nuevo bajo cualquier condición, y que le daría un montón de dólares para que aceptara el trato.

Fui a la imprenta a eso de las dos de la tarde, y le di instrucciones al Elder Juan Taylor de contestar un recado de Jorge W. Harris.

Hoy se publicó el primer y único número del Nauvoo Expositor, editado por Silvestre Emmons.

Por la noche recibí una carta extremadamente insolente y ofensiva, de Roberto O. Foster. Noche agradable.

Sábado 8 de junio.— Estuve en reunión con el Ayuntamiento de diez de la mañana a una de la tarde; también de tres a seis y media. Se puso a consideración el asunto del Nauvoo Expositor. Se aprobó una ordenanza concerniente al fiscal de la ciudad y sus deberes.

El Elder Jedediah M. Grant predicó esta noche en la Mansión. Truenos y lluvia toda la noche.

Lunes 10 de junio.— Estuve en reunión con el Ayuntamiento desde las 10 a.m. hasta la 1:20 p.m., investigando los méritos del periódico antimormón Nauvoo Expositor, y también el comportamiento de los Law, Highbee, Foster y algunos otros que están conspirando para quitarme la vida y esparcir a los santos o expulsarlos del Estado.

Se aprobó una ordenanza relativa a los escritos difamatorios. El Ayuntamiento aprobó una ordenanza declarando que el Nauvoo Expositor era una cosa indeseable, y expidió una orden para que yo me encargara de abolir el periódico. Le mandé al fiscal que la destruyera sin demora; y al mismo tiempo ordené que Jonatán Dunham, General de División en funciones de la Legión de Nauvoo, ayudara con la Legión al fiscal, si se le solicitaba.

Como a las ocho de la noche regresó el fiscal, e informó que había sacado a la calle la prensa, el tipo, papeles impresos y accesorios, y los había destruido. Esto se hizo por el carácter difamatorio del periódico y su intención declarada de destruir este Municipio y echar de la ciudad a los santos. El pelotón regresó a la Mansión, junto con el fiscal, acompañado de varios centenares de ciudadanos, y les dirigí unas breves palabras, diciéndoles que habían hecho lo correcto y que ni uno solo de sus cabellos sería castigado por ello; que habían cumplido las órdenes que me fueron dadas por el Ayuntamiento; que yo no volvería a admitir que se estableciera en la ciudad otra publicación calumniosa; que no importaba cuántos periódicos se imprimieran en la ciudad, si publicaban la verdad; pero que no les toleraría calumnias. Luego los bendije en el nombre del Señor. El discurso fue bien acogido por la multitud, con Hurra. El pelotón y la muchedumbre se dispersaron ordenadamente. Francis M. Highbee y otros hicieron varias amenazas.

Viento del este. Nublado y muy frío.

Martes 11 de junio.— Me entrevisté con el Elder G. J. Adams; luego volví a casa para comer.

A las dos de la tarde fui a la corte. Había mucha gente presente. Hablé por una o dos horas, repasando los acontecimientos, la chusma que se estaba formando, etc.; y le dije a la gente que estaba listo para pelear si la chusma me obligaba a ello, porque no me sujetaría a la esclavitud. Les pregunté si me apoyaban, y gritaron: “¡Sí!” Volví a casa.

Nuestra comunicación por correo parece estar cortada, pues nada de nuestra abundante correspondencia nos ha llegado por medio del correo en las últimas tres semanas, y el Dr. Hickok parece estar al tanto de eso. Di instrucciones al Dr. Richards para contestar la carta del Dr. Hickok, y luego salí con O. P. Rockwell.

Los Elders Jedediah M. Grant y Jorge J. Adams predicaron en mi casa por la noche. Día fresco y nublado.

Esta mañana vino a verme en la imprenta el Capitán del vapor Osprey. Fui con él a su bote, que estaba en el desembarcadero. Al llegar, Carlos A. Foster dijo a los pasajeros que vinieran a ver al hombre mas malo del mundo. Lo llamó el Sr. Eaton, y dijo a los pasajeros que Foster era el hombre mas malo del mundo. Rollison trató de desenfundar una pistola, pero Eaton lo silenció y los contuvo a todos.

David Harvey Redfield informó que anoche, mientras él estaba en la colina apenas antes de que llegara la Policía, Francis M. Highbee dijo, refiriéndose a la prensa impresora del Nauvoo Expositor: “Si le ponen las manos encima o la destruyen, desde esa misma hora pueden considerar que ha empezado su caída, y en diez días más no quedará un mormón en Nauvoo. Todo lo que hagan les será hecho a ellos”. También lo oyó Addison Everett.

Jason R. Luse informó que Lanthus Rolf dijo, mientras se quemaba la prensa, que antes de tres semanas la Mansión sería destruida, y que él ayudaría a ello; y Tallman Rolf dijo que la ciudad sería arrasada en un lapso de diez días. También lo oyeron Moisés Leonard y Josué Miller.

Se informa que han salido mensajeros en todas direcciones para tratar de juntar una chusma; y quienes pertenecen a la chusma están vendiendo sus casas en Nauvoo y liquidando sus propiedades.

Miércoles 12 de junio.— En mi oficina a las diez de la mañana.

A la una y media fui arrestado por David Bettisworth. Cuando el oficial terminó de leer la orden de arresto, le hice notar la cláusula de la orden:

“Ante mí o algún otro juez de paz del Condado”. Y le dije: “Estamos listos para ser enjuiciados por el Sr. Johnson o cualquier otro juez de Nauvoo, de acuerdo con los requisitos de la orden”. Pero Bettisworth juró que nos llevaría a Cártago para comparecer ante Morrison, quien expidió la orden, y se veía muy enojado. Le pregunté si era su intención violar la ley, pues ya conocía el privilegio de los prisioneros y se debía respetar. Les pedí a todos los presentes que fueran testigos de que me estaba ofreciendo (lo mismo hizo Hyrum) para comparecer ante el juez de paz más cercano, y también les pedí que fueran testigos de si el oficial respetaba o no la ley.

Me indigné tanto por su abuso de quitarme el privilegio de la ley de Illinois, de presentarme ante “algún otro juez”, que decidí obtener una orden de hábeas corpus.

Martes 13 de junio.— Por la noche asistí a una reunión. Predicó Jorge J. Adams, y después yo hice algunos comentarios, y relaté un sueño que tuve hace poco. Me vi viajando en mi coche, y mi ángel guardián iba conmigo. Pasamos por el templo y no íbamos muy lejos cuando vimos a dos víboras grandes tan enroscadas que ninguna de las dos podía moverse. Le pregunté a mi guía qué significaba eso. Me contestó: “Esas víboras representan al Dr. Foster y a Chauncey L. Highbee. Son tus enemigos y desean destruirte; pero ves que están tan enroscados que no tienen fuerzas para dañarte”. Luego me vi subiendo la calle Mullholland, pero mi ángel guardián no iba conmigo. Al llegar a la pradera, me alcanzaron y atraparon Guillermo y Wilson Law, y otros más, y dijeron: “¡Ajá; por fin te atrapamos! ¡Te amarraremos y te pondremos en un lugar seguro!”, y sin más ni más me bajaron del coche, me ataron las manos por detrás y me arrojaron en un pozo seco y profundo, donde quedé completamente imposibilitado para tratar de escapar, y se fueron. Mientras forcejeaba para intentar salir, oí que Wilson Law gritaba pidiendo ayuda. Logró desatarme lo suficiente como para poder saltar, y me agarré del pasto que crecía en la orilla del pozo.

Afuera del pozo vi a Wilson Law, cerca de ahí, atacado por bestias salvajes, y me gritaba: “¡Oh, hermano José, venga a salvarme!” “No puedo”, contesté, “porque usted me ha puesto en este pozo profundo”. Al voltear hacia el otro lado, vi a Guillermo Law con la lengua de fuera, la cara morada, y de su boca escurriendo un líquido verde, pues una gran serpiente estaba arrollada en todo su cuerpo, y lo había prendido del brazo, poco más arriba del codo, estando a punto de devorarlo. En medio de su intensa agonía, me gritó: “¡Oh, hermano José, hermano José, venga a salvarme! También a él le contesté: “No puedo, Guillermo; quisiera hacerlo, pero usted me ató y me dejó en este pozo, y no puedo ayudarlo ni salir de aquí”. Poco después llegó mi guía y dijo en voz alta:

“José, José, ¿qué estás haciendo allí?” Le contesté: “Mis enemigos cayeron sobre mí, me ataron y me arrojaron aquí”. Entonces me tomó de la mano, me sacó del pozo, me liberó y nos fuimos de ahí, felices.

Esta noche llegaron de Cartago dos de los hermanos, y dijeron que allá estaban reunidos unos trescientos hombres del populacho, con la intención declarada de salir contra Nauvoo; y que Hamilton estaba pagando a dólar la medida de treinta y cinco litros de maíz para alimentar a sus animales.

Sábado 15 de junio.— En casa. Vinieron dos hermanos de Lima, y dijeron que el Coronel Levi Williams había decomisado las armas de los mormones en esa región. Querían mi consejo sobre el asunto. Les dije que cuando entregaron las armas habían entregado casi sus vidas.

Se informa que una compañía de hombres está entrenándose constantemente en Cartago. El Sr. Juan M. Crane, de Varsovia, dijo que habían llegado a Varsovia varias cajas de armas que venían de Quincy. Había mucha agitación, pero creía que se esperarían hasta la reunión de Cartago, que se fijó para mediados de la próxima semana.

Llegó el Maid of Iowa a las dos y media de la tarde, mientras yo analizaba la pintura: “La muerte cabalgando el caballo amarillo”, de Benjamín West, que se ha estado exhibiendo en mi salón de lectura por los últimos tres días. El Maid perdió su barcaza chica, la cual estaba cargada de maíz y madera, pues se partió en dos en un remolino del Río Iowa.

Esta mañana salió para Springfield Samuel James, llevando cartas y documentos para el Gobernador Ford en cuanto a la destrucción de la prensa del Expositor.

Domingo 16 de junio.— Vino a Nauvoo el Juez Isaí B. Thomas, y me aconsejó que me presente ante algún juez de paz del Condado para ser interrogado sobre las acusaciones anotadas en la orden del Juez Morrison, de Cartago; y si yo me rendía, eso calmaría el alboroto, satisfaría a la ley y acabaría con todo pretexto legal para formar una chusma; y él quedaría comprometido a obligarlos a mantener el orden.

Unos cuarenta caballeros de Madison vinieron en un vapor para investigar sobre nuestras dificultades. Me reuní con ellos en la sala Masónica a las dos de la tarde, y les di la información que deseaban. El Dr. Richards, leyó las minutas del Ayuntamiento, que declaraban que el Nauvoo Expositor era un cosa indeseable. Quedaron satisfechos. Luego fui al estrado que está cerca del templo, y dirigí la palabra a varios miles de los hermanos. Les di instrucciones de mantenerse tranquilos y preparar las armas para defender la ciudad, ya que se informaba que se estaba juntando una chusma en Cartago y en otros lugares. Los exhorté a mantenerse callados y no hacer disturbios; y di instrucciones a los hermanos de organizarse como un grupo de ciudadanos y enviar delegados a todo los pueblos y aldeas circunvecinas, para explicarles la razón del alboroto, y mostrarles que en Nauvoo todo estaba tranquilo y que no había motivos para que se formaran populachos.

Llegó un mensajero, declarando que el Secretario de la Corte del Condado temía que lo echarían de Cartago mañana; y que la única manera de evitar el derramamiento de sangre era hacer que viniera el Gobernador personalmente.

Vino el hermano Butler, de Arroyo Bear, e hizo una declaración jurada ante el registro de la ciudad, afirmando que mil quinientos hombres de Misuri estaban para cruzar el Misisipí hacia Varsovia a la mañana siguiente, camino de Cartago.

Lunes 17 de junio.— Esta mañana fui arrestado junto con Samuel Bennett, Juan Taylor, Guillermo W. Phelps, Hyrum Smith, Juan P. Greene, Dimick B. Huntington, Jonatán Dunham, Esteban Markham, Jonatán H. Holmes, Isaí P. Harmon, Juan Lytie, José W. Coolidge, H. David Redfield, O. P. Rockwell y Leví Richards, por el alguacil Joel S. Miles, en virtud de una orden expedida por Daniel H. Wells, a petición de W. G. Ware, acusados de participar en un tumulto el día diez del presente mes, para destruir la prensa del Nauvoo Expositor. A las dos de la tarde nos presentamos ante el Juez Wells en su casa; y luego de un largo y riguroso interrogatorio, fuimos absueltos.

Eduardo Hunter, Felipe B. Lewis y Juan Bilis salieron para llevarle al Gobernador Ford la declaración jurada de Tomás G. Wilson y mi carta, etc. Le encargué a Eduardo Hunter, bajo juramento, que le dijera al Gobernador Ford todo lo que sabía de mí, bueno o malo, pues me conoce desde hace varios años, y le dije: “Hermano Hunter, usted siempre ha deseado poder haber estado con nosotros desde el principio. Si va a Springfield y trata este asunto por mí ahora, en este tiempo de peligro, será como si usted hubiera estado en Misuri y con nosotros todo el tiempo”.

También di la orden de que el Coronel A. P. Rockwood llamara a mi guardia personal y a mi Estado Mayor, y que se presentaran en mi cuartel general; también ordené que la Legión desfilara mañana a las diez de la mañana.

El populacho sigue aumentando sus números en Cartago y otros lugares.

Se informa que Guillermo y Wilson Law han tramado un plan para incendiar la imprenta del Nauvoo Neighbor esta noche. Por lo tanto, aposté un fuerte cuerpo de policías alrededor del local y por toda la ciudad.

Vino a verme el Capitán del vapor Osprey.

Como a las once de la noche vino un negro a mi oficina, trayendo una carta abierta, sin fecha ni nombre; y dijo que se la dio el Dr. Foster en Madison, para que se la entregara a Enrique O. Norton. En la carta, el Dr. Foster dice que Richards y Dunham juraron en mi presencia que lo matarían (a Foster) en dos días, y que en Madison había un hombre que estaba dispuesto a jurar que los había oído decir eso en mi casa.

Di la última orden como a las doce de la noche, y me retiré a descansar. Tiempo agradable.

Martes 18 de junio.— A las ocho de la mañana se reunió la Legión, de acuerdo con la orden que se había dado, y a las nueve se organizó bajo las órdenes del General de División en funciones Jonatán Dunham. La primera sección estaba al mando del Coronel Esteban Markham, General de Brigada en funciones; y la segunda sección, al mando del Coronel Oseas Stout, General de Brigada en funciones.

Poco antes se me informó que se habían desembarcado varias cajas de armas, las cuales fueron decomisadas por el fiscal. Poco después se descubrió que las armas las había enviado Enrique G. Sherwood, y el fiscal las compró para la ciudad.

A eso de la 1:45 p.m. promulgué la ley marcial en la ciudad.

Como a las dos de la tarde, la Legión se formó en la calle cerca de la Mansión

El Juez Phelps leyó la edición especial del Warsaw Signal del diecisiete de este mes, en la cual se pedía la ayuda de todos los ciudadanos para ayudar a exterminar a los dirigentes de los santos, y expulsar a éstos.

Como a las 3:15 p.m. tomé el mando, y con mi Estado Mayor marché al frente de la Legión hasta la calle Main, y regresamos a nuestro lugar. Nuestro número era grande, tomando en cuenta la cantidad de élderes que habían salido a cumplir misiones. Luego de pasar el mando de la Legión a sus varios comandantes, ordené a éstos que recibieran los comunicados oficiales solamente a través de mis ayudantes de campo, que son el canal oficial. Regresé a casa.

Llegaron nueve mensajeros de Cartago, e informaron que la chusma había recibido información del Gobernador, que el no los reconocería oficialmente. La chusma maldijo al Gobernador y dijeron que era tan malo como José Smith. Que no les importaba si les ayudaba o no.

En Cartago hay un cuerpo de hombres armados, y se está juntando un populacho en Fountain Green, que está llamando mucho la atención.

Sadrac Roundy, policía, informó a las diez de la noche, después que ya me había retirado a descansar, que un hombre de apellido Norton había amenazado con matarme; se realizó una investigación de inmediato, pero no se encontraron pruebas.

Miércoles 19 de junio.— Se reunió la Legión en el lugar de desfiles. De Green Plains llegó una compañía de la Legión como a las once de la mañana. Fui a encontrarlos enfrente de la Mansión, y una escolta bajó y los acompañó.

El domingo dieciséis, un comité de la chusma, encabezado por Jacobo Charles, alguacil del Condado de Hancock, fue a la casa del Capitán Chester Loveland, que vive a seis kilómetros al sureste de Varsovia, y le pidió que reuniera a su compañía para unirla al grupo de David Bettisworth y venir a Nauvoo para arrestarme a mí y a los demás del Ayuntamiento. Terminantemente se negó a cumplir su petición. El mismo grupo regresó el día diecisiete con una orden, según dijeron, del Gobernador, la cual Loveland creyó (correctamente, sin duda) que era falsificada, y otra vez se negó a ir con ellos. El grupo le informó su negativa al Coronel Williams, quien nombró a un comité de doce hombres para embrear, emplumar y linchar al Capitán Loveland el día dieciocho. El comité se dirigió allá, llegando como a la medianoche.

Loveland había sido informado de la orden de Williams, y se preparó para la defensa y estuvo vigilando. Cuando llegaron y vio cuántos eran, y que traían un cubo de brea y una bolsa de plumas,

además de sus armas, apagó la luz y se colocó en un lugar conveniente para defender la entrada (antes había asegurado bien la puerta). Rodearon la casa varias veces, intentaron abrir la puerta, la golpearon, lo llamaron por su nombre, y consultaron entre sí qué harían. Unos opinaron que debían romper la puerta, otros pensaban que era demasiado peligroso. Sabían que él tenía que estar adentro, porque ya casi habían llegado cuando él apagó la luz. Finalmente, les faltó valor, y luego de advertirle que abandonara la región inmediatamente, se fueron. Durante todo ese tiempo crítico, Loveland no dijo una palabra.

En la tarde di órdenes al General Dunham de apostar un pelotón de guardia, al mando del Coronel Markham, en todos los caminos que convergen en la ciudad; y otra guardia, al mando de Isái P. Harmon, en todas las calles de la ciudad y en las riberas del río. También di órdenes de que toda la pólvora y municiones se pusieran a buen recaudo, y que todas las armas estuvieran distribuidas, y las que sobraran se repartieran entre quienes pudieran usarlas.

Según la mejor información que se ha recibido, hay doscientos hombres armados en el área de Rocky Run; doscientos en Varsovia; doscientos en Misuri; y los números siguen aumentando.

A las nueve de la noche llegué a casa. La ciudad está en silencio.

Jueves 20 de junio.— Al amanecer me dirigí a la pradera con mi Estado Mayor y el General de División Dunham, para contemplar la situación, trazar planes para la defensa de la ciudad y escoger los lugares más propios para hacer frente al populacho, e hice arreglos para abastecer de provisiones a la ciudad, dándole instrucciones a mi agente de que empeñe mis granjas para ese propósito.

A las diez de la mañana llegó de Louisiana el Dr. Southwick, e informó que no había mucha agitación en San Luis; que a Varsovia había llegado un cañón desde Quincy, y que le habían informado que había gran alboroto en Misuri.

A las once pasé revista a la Legión enfrente de la Mansión, y a orillas del río.

Le envié órdenes al Capitán Almon W. Babbit, comandante de la compañía que está en Ramus, de que viniera a Nauvoo inmediatamente con sus hombres para ayudarnos a defender la plaza; esta mañana, mi cuñado Guillermo McLeary me informó que cuando se leyó la carta ante la compañía, Babbit se rehusó a venir, y dijo que era una decisión descabellada y se opuso a que viniera cualquiera de la compañía. La compañía se (armó en una fila, y Babbit dijo: “Si alguno de ustedes va, no podrá llegar vivo a Nauvoo”, y entonces mi tío Juan Smith se puso enfrente de la fila y dijo: “Todo hombre que obedezca el llamado del Profeta, irá y regresará a salvo, y ni un solo cabello de su cabeza se perderá; y os bendigo en el nombre del Señor”.

Entonces la compañía le entregó el mando a Urías H. Yager, y éste aceptó; y salieron rumbo a Nauvoo, a pesar de que muchos de ellos carecían de botas o zapatos. No habían avanzados ocho kilómetros cuando se encontraron con una chusma que les doblaba en número y llevaba dos banderas rojas. La compañía tomó posiciones en un bosque desde donde dominaban el camino. La compañía de Macedonia se formó en fila y marcharon hacia adelante, pasando al enemigo al alcance de sus disparos, mientras la chusma les disparó en varias ocasiones, y las balas les pasaban silbando cerca de la cabeza. Llegaron aquí al amanecer, y le di instrucciones al abastecedor para que abasteciera a los que necesitaban zapatos.

Escribí a los apóstoles que estaban ausentes en sus misiones, que volvieran de inmediato, a saber: Brigham Young, en Boston; Heber C. Kimball, en Washington; Orson Hyde, en Filadelfia; Parley P. Pratt, en Nueva York; Orson Pratt, en Washington; Wilford Woodruff, en Portage, Nueva York; Guillermo Smith, en Filadelfia; Jorge A. Smith, en Peterboro; Juan E. Page, en Pittsburgh; y Lyman Wight, en Baltimore. También, Amasa Lyman, en Cincinnati, Ohio; y Jorge Miller, en Richmond, Condado de Madison, Kentucky. Envié las cartas por medio de Aarón M. York al Río Illinois, por motivo de la suspensión del correo.

A las ocho de la noche vino Tomás Bullock y me leyó las declaraciones de Isaac Morley, Gardner Snow, Juan Edmiston, Edmundo Durtee, Salomón Hancock, Allen T. Waite, Jacobo Guyman, Abadías Bowen, Alvah Tippetts, Hiram B. Mount y Juan Cunningham, y luego se hicieron los juramentos de las declaraciones ante el Sr. Aarón Johnson.

A las diez de la noche, Juan Pike y Enrique Gates se presentaron en el cuartel del General de División, y le informaron que habían visto a un grupo de hombres que llevaban unas trescientas cabezas de ganado en dirección al campamento del populacho. Los vaqueros decían venir de Misuri, y estaban como a catorce kilómetros de Nauvoo.

Le di instrucciones a Teodoro Turley de comenzar a fabricar la artillería. Me preguntó si debía rentar un edificio y poner a algunos hombres a reparar las armas que estaban descompuestas. Confidencialmente le dije que en todo este lío no se dispararía una sola de nuestras armas.

Le aconsejé a mi hermano Hyrum que llevara a su familia a Cincinnati en el próximo vapor. Hyrum contestó: “José, no puedo dejarte”.

Viernes 21 de junio.— Como a las diez de la mañana fui con mi guardia hasta la calle Main, más allá del cuartel del General de División, y pasé revista a la Legión.

Al recibir la noticia de la llegada del Gobernador a Cartago, salió un mensajero para Keokuk, para detener al mensajero que yo había enviado para ver al Gobernador en Springfield, antes de enterarme de su llegada a Cartago.

Llegó a Nauvoo un oficial del Ejército de los Estado Unidos que había arrestado a un desertor, y pernoctó en mi casa.

El Coronel Brewer y su esposa llegaron a la Mansión como a las nueve de la noche. Lo mismo el Sr. Jacobo W. Woods, abogado mío de Burlington.

A las diez de la noche, alguien informó que cuando iba a su casa, como a tres kilómetros de la ciudad, un desconocido le disparó. El General Esteban Markham ordenó que saliera un destacamento hacia el lugar designado, registrara la región, y viera que todo estuviera en orden.

Sábado 22 de junio.— Se reunió la Legión; luego de recibir instrucciones, se retiró hasta las seis de la tarde, hora en que se volvió a reunir.

A las siete de la noche, instruí al General Dunham que hiciera que la segunda cohorte saliera mañana y trabajara por turnos de tres o cuatro horas, con herramientas, y tomaran las medidas necesarias en caso de un ataque.

Esta mañana llegó de Cartago Almon W. Babbitt, a petición del Gobernador, quien pensaba que no era prudente hacer que Richards, Phelps y otros miembros del Ayuntamiento fueran a Cartago.

Tal parece que el Gobernador, al llegar a Cartago, recluto a la chusma como milicia, aceptó las farsas y mentiras que nuestros enemigos han circulado como si fueran la verdad, se convirtió en Suprema Corte y decidió en cuanto a la legalidad de nuestras ordenanzas y procedimientos municipales, que son asunto del Poder Judicial solamente. En su carta nos acusa, basándose en las más malditas falsedades, de violar la ley y el orden, lo cual jamás ni siquiera pensamos. Trató a nuestros delegados con mucha rudeza. Mis cartas que iban dirigidas a él, le fueron leídas en la presencia de un gran número de nuestros peores enemigos, que interrumpían al lector a casi cada momento, diciendo : “Eso es mentira” Nunca les concedió el privilegio de decirle sólo a él una palabra, en medio de interrupciones tales como:

“Son unos endemoniados mentirosos”, proferidas por la multitud que estaba presente. Los hechos muestran conclusivamente que él está bajo la influencia del espíritu del populacho, y quiere ponernos en manos de los asesinos, cerrando los ojos ante nuestra destrucción, eso o que es tan ignorante que no ve lo corrupto y diabólico de la gente que lo rodea.

Consulté con mi hermano Hyrum, el Dr. Richards, Juan Taylor y Juan M. Bernhisel, y decidí enviar a Washington para notificar del asunto al Presidente Tyler.

Como a las siete de la tarde les pedí a Reynolds Cahoon y Alteo Cutler que montaran guardia en la Mansión y no permitieran que ningún extraño entrara en la casa.

Al anochecer le pregunté a O. P. Rockwell si estaba dispuesto a acompañarme en un corto viaje, y me contestó que sí.

[Abraham C. Hodges dice que nada más anocheció, José llamó a Hyrum, Willard Richards, Juan Taylor, Guillermo W. Phelps, A. C. Hodge, Juan L. Butler, Alteo Cutler, Guillermo Marks y algunos

otros, a su cuarto, y dijo: “Hermanos, aquí está una carta del Gobernador que deseo que se lea”. Al terminarse de leer. José declaró: “No hay misericordia; aquí no hay misericordia”. Hyrum dijo: “No la hay; es seguro que si caemos en sus manos moriremos”. José respondió: “Sí, ¿qué haremos, hermano Hyrum?” El contestó: “No sé”. De repente se animó el semblante de José y dijo: “Hay una salida. En mi mente está claro lo que debemos hacer. A los que quieren son a Hyrum y a mí; entonces, decid a todos que sigan con sus asuntos, y que no se reúnan en grupos, sino que se dispersen. Sin duda vendrán aquí a buscarnos. Dejadlos que busquen; no os dañarán a vosotros ni vuestra propiedad, ni siquiera un cabello de vuestra cabeza. Cruzaremos el río esta noche y nos iremos al oeste”. Salió de la casa para cruzar el río. Estando afuera, les indicó a Butler y Hodge que llevaran el Maid of Iowa (que estaba a cargo de Repsher) al desembarcadero y en él pusieran a su familia y la de Hyrum, y sus pertenencias; luego, que bajaran el Misisipí hasta el Río Ohio, y por éste fueran hasta Portsmouth, donde tendrían noticias de ellos. Entonces tomó de la mano a Hodge y dijo: “Ahora, hermano Hodge, pase lo que pase, nunca niegue la fe, y todo le irá bien”.]

Le declaré a Esteban Markham que si nos volvían a atrapar a mí y a Hyrum, seríamos asesinados, o yo no era profeta de Dios. Que deseaba que Hyrum viviera para vengar mi sangre, mas él está resuelto a no abandonarme.

[Cinco días después, José y Hyrum eran asesinados en la cárcel de Cártago.]

(Nota del Traductor: Varias veces el profeta había dicho que no moriría hasta que él terminara su misión en esta tierra Como la historia de la Iglesia lo demuestra, él estableció los cimientos del Reino y al hacerlo, supo que tendría que sellar su testimonio con su sangre. Los detalles de cómo un profeta hace eso dependen de diferentes circunstancias. El plan de escaparse al oeste fue cambiado por el plan de rendirse a la ley y tratar otra vez más de probar su inocencia. En esos momentos debe haber pensado en el peligro para los miles de habitantes de Nauvoo y lo inútil de sacrificar las vidas que miles de sus hermanos le ofrecían para defender la suya. Se entregó a la cárcel de Cártago bajo la protección personal del Gobernador del Estado. Pero el Estado se prestó para el asesinato de un profeta de Dios.

La obra de restauración estaba hecha. La última Dispensación del Evangelio en la historia de la tierra estaba abierta, con todos los poderes celestiales en las manos de hombres con las llaves del Sacerdocio Divino para seguir la obra que él fue llamado a iniciar. Con las debilidades de un mortal, José Smith había cumplido el llamado que soto uno dirigido y apoyado por el Altísimo pudo haber hecho.

Personalmente él había entrenado a Brigham Young, John Taylor, Wilford Woodruff y a miles que seguirían edificando la Iglesia bajo la constante dirección del cielo. La Iglesia que crecería cada día hasta que Jesucristo mismo viniera a la tierra la segunda vez.

Como es sabido, Satanás traiciona a los que lo siguen. Casi nadie recuerda el nombre de los enemigos de José Smith. Pero el nombre de José Smith es conocido y pronunciado por millones de hombres, mujeres y niños, cada día y cada semana, en cientos de lenguajes y en cientos de lugares por toda la tierra.

¿Que predicó José Smith? Que Jesucristo es el Hijo de Dios, el Salvador del mundo; el único nombre por el cual el género humano puede regresar a la presencia del Padre Eterno. ese testimonio de Jesucristo lo dio José Smith al mundo y lo selló con su sangre.